TZVI MEDIN

Mito, pragmatismo e imperialismo

La conciencia social en la conquista del imperio azteca

TIEMPO EMULADO

Tzvi Medin

MITO, PRAGMATISMO E IMPERIALISMO

LA CONCIENCIA SOCIAL EN LA CONQUISTA DEL IMPERIO AZTECA

Iberoamericana - Vervuert - 2009

Bibliographic information published by Die Deutsche Nationalbibliothek.
Die Deutsche Nationalbibliothek lists this publication in the Deutsche Nationalbibliografie; detailed bibliographic data are available on the Internet at http://dnb.ddb.de

Esta investigación se ha llevado a cabo en el marco de la Cátedra Elías Sourasky de Estudios Iberoamericanos de la Universidad de Tel Aviv

Derechos reservados

© Iberoamericana, 2009
Amor de Dios, 1 – E-28014 Madrid
Tel.: +34 91 429 35 22
Fax: +34 91 429 53 97
info@iberoamericanalibros.com
www.ibero-americana.net

© Vervuert, 2009
Elisabethenstr. 3-9 – D-60594 Frankfurt am Main
Tel.: +49 69 597 46 17
Fax: +49 69 597 87 43
info@iberoamericanalibros.com
www.ibero-americana.net

© Bonilla Artigas Editores, S.A. de C.V., 2009
Cerro Tres Marías núm. 354
Col. Campestre Churubusco, C.P. 04200
México D.F.

ISBN 978-84-8489-416-2 (Iberoamericana)
ISBN 978-3-86527-463-2 (Vervuert)
ISBN 978-607-7588-03-0 (Bonilla Artigas Editores)

Depósito Legal:

Ilustración de cubierta: Emisarios aztecas ante Cortés.
Detalle del *Lienzo de Tlaxcala*, siglo XVI
Diseño de cubierta: Carlos Zamora.

Este libro está impreso íntegramente en papel ecológico sin cloro.

Índice

Prólogo 11

Capítulo 1. El Caribe: escuela de conquistadores 21
El significado de la distancia 23
Un problema real: administración, distancia y codicia 31
Los dominicos: el dedo en la presa 45
La ambivalencia real 49
Disonancia ética y deshumanización 52
Intencionalidad y conciencia pragmática 67

Capítulo 2. La sociedad azteca: dialéctica del mito y del poder 79
El mito como instrumento de poder 81
Dialéctica I 104
Dialéctica II 107
Mitología, autocracia y terror 110

Capítulo 3. El rastro del oro y el horizonte imperial 129
Acumulando experiencias 130
Cortés viento en popa: «Colúa, Colúa, México, México» 141

Capítulo 4. Cortés y las básculas del terror 163
Entre la guerra relámpago y la incertidumbre estratégica 163
Diplomacia y mitología 170
Rebelión y mitología 181
Terror y mitología 186

Hacia Tlaxcala: el terror de la fuerza 194
Hacia Cholula: la fuerza del terror 210

Capítulo 5. Tenochtitlan: ¿trampa mortal u oportunidad fabulosa? 219
El salto mortal 219
La coalición Moctezuma-Cortés y el malinchismo 242

Capítulo 6. El vuelo del águila y la noche triste: Tenochtitlan no es Cholula 253

Capítulo 7. La rueda del destino y el heroísmo imposible: el último *round* 265
Cerrando filas: terror y codicia 268
Los preparativos bélicos y el comienzo de la confrontación 271
La puesta del sol 276

Capítulo 8. Los cuervos y el lamento 283

Bibliografía citada 291

A la memoria de Leopoldo Zea, maestro y amigo

Prólogo

En parte de mis investigaciones previas he venido ocupándome de la problemática de la conformación y el desarrollo de la conciencia colectiva desde una perspectiva histórica, pero en todos los casos me he centrado en el siglo XX. Este libro constituye una excepción en lo que se refiere a su ubicación cronológica, mas no en lo que se refiere a su objetivo, que también se centra en la problemática de la conciencia social, o sea en aquélla propia de un grupo social determinado o de una sociedad en general. La razón de la elección de la temática de la conquista del imperio azteca, aparte de su apasionante atracción desde innumerables puntos de vista, reside en que en la misma nos encontramos ante una confrontación de dos civilizaciones disímiles, caracterizadas por una conciencia colectiva muy diferente la una de la otra, lo que implica un contraste que alumbra y resalta con mayor nitidez tanto la conciencia propia de cada uno de ellos como la relevancia de tal diferencia para el desarrollo y el resultado de la confrontación. Es en este sentido preciso y específico que presentamos este libro, puesto que la historiografía, tanto del imperio azteca como de la conquista del mismo, ha llegado en nuestros días a logros excelentes y verdaderamente admirables, gracias a la labor erudita y constante de no pocos historiadores mexicanos y de otros países, y no solamente historiadores, sino asimismo arqueólogos, etnólogos, antropólogos, lingüistas, etc.

En el libro mismo no se expondrán, explícitamente, los fundamentos teóricos del mismo, y por ello apuntaremos, en este breve prólogo discursivo, a algunos de los aspectos que se encuentran implícitos en el mismo.

Desde el punto de vista de lo que consideramos como conciencia social, es posible distinguir, en lo «estructural», cinco ámbitos definidos: los contenidos cognitivos, el mundo conceptual, el de los valores, el emotivo y el terminológico, incluso en éste último todo lo simbólico. Las comillas de «estructural» nos recuerdan que se trata de una diferenciación analítica, puesto que, en realidad, los diferentes ámbitos mencionados se encuentran implícitos los unos en los otros; y amén de ello tal estructura se encuentra atravesada por los ejes de la ubicación, significación e identificación del «otro» y de la autoidentificación de uno mismo en un único acto de ejecutividad identitaria.

Los contenidos cognitivos del mundo de los aztecas y de los europeos eran, evidentemente, muy diferentes, aun previamente a toda conceptualización. Esto se hace patente, por ejemplo, en el ámbito geográfico. El mundo de los aztecas tenía unos límites más o menos claros, limitados por el grado de su desarrollo tecnológico y por sus posibilidades de comunicación y de transporte terrestre y marítimo en función del mismo. El modo en que conceptualizaban ese ámbito geográfico es otra cuestión, pero lo que conceptualizaban geográficamente, inclusive en medio de su visión cosmo-mítica, estaba ahí, con sus límites más o menos precisos de lo que hoy conocemos como Mesoamérica. Los aztecas no se habían topado ni con otros continentes ni con otras civilizaciones. El mundo era su mundo.

En lo que se refiere a los españoles, el mundo de los contenidos cognitivos al que se refería su conocimiento geográfico era mucho más amplio, incluía tres continentes y diversas civilizaciones, y se encontraba en constante expansión; era un mundo abierto, un incentivo constante al descubrimiento, y la carabela era, quizás, su símbolo más acertado. Los españoles siempre iban encontrándose ante una nueva frontera, siempre más allá de sí mismos, pero con toda su profundidad geográfica tras de sí, y con su imperio español, en Europa y en el Caribe, como constante base de aprovisionamiento y de nuevos refuerzos.

En este contexto, los aztecas no podían saber de dónde venían estos extraños intrusos, y en medio de su limitado mundo geográfico se abría ante ellos el espacio de la especulación: ¿de lugares lejanos, desconocidos?, ¿quizás de un mundo que no era el suyo?, ¿de los cielos?, y para ellos no se trataba de frontera alguna, sino de un encuentro y una confrontación que se daban en su mismo espacio imperial,

que intentaban defender, mantener y perpetuar. Era el quinto sol lo que estaba en juego. Y claro que la diferencia entre los meros contenidos cognitivos se hace también patente en el mundo de la técnica, de los andamios e instrumentos que armaban y sostenían a ambos mundos y, muy especialmente, el de los medios de transporte y el de las armas. Los barcos, los cañones, los caballos, las escopetas, que eran parte constitutiva del mundo cognitivo cotidiano de los españoles, se convirtieron en un principio para los aztecas, y para el resto de los pueblos de la región, en una estremecedora y aterrorizante novedad, que exigía imperativa y urgentemente su conceptualización, y conmovía profundamente su mundo emotivo; algo absolutamente desconocido hasta ese entonces. Para comprender estas nuevas y sorpresivas apariciones debían conceptualizarlas de la única forma posible, o sea ubicándolas y significándolas en su propio horizonte conceptual, al igual que a esos intrusos blancos, con barbas, a veces con una piel o unos vestidos metálicos, y a veces mitad hombres mitad monstruos cabalgantes.

También los españoles se encontraron con enormes novedades, pero todas ellas les resultaban dables de comprender, sin que tomaran la forma de una incomprensible disonancia cognitiva. Y es que eran ellos mismos los que iban en pos de los descubrimientos, basándose en los informes que habían sido recolectados previamente por otras expediciones. Habían salido al descubrimiento de otra civilización, de otro gran imperio, de otro lugar en el que abundaban el oro y los tesoros. Y esto del «otro», que aquí acentuamos, viene a hacer patente que no eran sino un tipo de fenómenos con los que ya se habían topado previamente (en Asia, en la misma España, musulmanes y judíos, en África, en las Canarias los guanches y, recientemente, en las islas del Caribe), y que poblaban las páginas de los escritos de Marco Polo y otros tantos, y que por ello eran dables de integrar en su mundo conceptual, por más que los aztecas y los otros pueblos indígenas de la región fueran tan diferentes y peculiares, y por más que no se comprendiera el significado de su lengua, de su cultura y de su comportamiento, y se les interpretara equivocadamente. Y es que lo diferente, lo peculiar y lo novedoso, en tanto tales, eran parte integral del mundo en expansión de los descubridores y los conquistadores, aunque su conceptualización y su valorización pudieran tomar, en medio de la confrontación, las formas más diversas, a veces concilia-

torias, a veces las más denigrantes. No es que no existieran, entre los españoles, las leyendas y los mitos sobre las criaturas que poblaban el Nuevo Mundo, pero al toparse con los indígenas su conceptualización y comprensión podían también sustentarse en un amplio ámbito de referencia a su previa experiencia histórica de encuentros y confrontaciones con otras civilizaciones, novedosas en su momento. La primera vez que vieron los templos de los mayas, por ejemplo, los llamaron «mezquitas», y cuando vieron cómo los sacerdotes se mortificaban haciendo sangrar su pene, consideraron que en las cercanías debería haber moros y judíos. Equivocados, sí, pero en el ámbito de la referencia a su experiencia histórica. Y allí estaban también sus casi treinta años en las islas del Caribe y en Tierra Firme, y sus progresivos contactos con los pueblos con los que se fueron topando, negociando, luchando, hasta llegar a Tenochtitlan. Para los pueblos que integraban el imperio azteca, en cambio, las opciones de referencia significativa ante la llegada de los españoles incluían, necesaria y ampliamente, el ámbito de las especulaciones mitológicas, aunque sin que ello implicara necesariamente tal o cual conclusión.

La conceptualización de los nuevos contenidos cognitivos con que se toparon los indios se fue dando en medio de las coordenadas emotivas del asombro, el temor y la incertidumbre. Las balas surcando los aires, el trueno y los relámpagos de los cañones, los caballos y sus jinetes, ¿monstruos?, ¿centauros?, por decirlo con un término tomado de los españoles, los barcos o montañas flotantes, todos ellos debían ser conceptualizados, ubicándoseles y significándoseles en medio de su horizonte mítico. Y antes de preguntarse cómo reaccionar, era necesario saber de qué se trataba.

¿Extraños y potentes invasores provenientes de tierras desconocidas? ¿Descendientes desconocidos de previos señores de la región? ¿Figuras legendarias? ¿Criaturas sobrehumanas de tal o cual modo, que llegaban, volvían, bajaban, acorde con sus propias creencias o, por lo menos, coherentemente con lo que las mismas permitían suponer y explicar?

¿No eran todas estas dudas e incertidumbres plausibles, «naturales», propias del mundo conceptual de estos pueblos, de su cultura y de su raciocinio mítico? ¿Por qué, junto a lo que parecería ser el justificado rechazo de tales o cuales versiones historiográficas específicas (la vuelta de Quetzalcóatl y su identificación con Cortés), eliminar

también tales opciones de forma general, imponiendo de hecho nuestra incredulidad y nuestra lógica a partir de nuestro presente horizonte discursivo?

No es nada sorprendente, todo lo contrario, el que tales posibilidades se abrieran ante los aztecas, acorde con su razón mítica, como una de las posibles opciones significativas de estos fenómenos, y lo menos que podemos aceptar es su asombro e incertidumbre. Del mismo modo no faltaron españoles, en una asimetría escalofriante, que conceptualizaron a los indios y a su cultura como satánicos y diabólicos. Al ir topándose con las diversas manifestaciones de la cultura de los pueblos que denominarían «indios» (otro ejemplo de lo imprescindible de la diferenciación analítica entre contenidos cognitivos, conceptualización y terminología), se decidieron por su conceptualización en términos civilizatorios («bárbaros») o, a veces (principalmente después de la conquista) también satánicos, y a partir de la misma también se darían los posteriores intentos etnocidas de borrar todo rastro de la cultura indígena. Si esto se dio entre los cristianos, ¿por qué no tomar en consideración las posibles especulaciones de los aztecas en medio de su horizonte mítico? Y además, ¿por qué no tomar en cuenta la casi ineludible heterogeneidad de tales especulaciones, acorde con tal o cual fase del proceso de la conquista, con los diversos pueblos indígenas, con los grupos dominantes o con otros componentes del complejo social, y con el pueblo en general?

Aunque, por cierto, el modo en que se dio la conceptualización mutua en ambos bandos fue muy diferente. La barbarización y/o la posterior satanización ideológica de los indios se irían dando a la par del comienzo de la construcción social y mental del mundo colonial, lo que conllevaba un renovado incentivo para la conquista, el dominio y la supeditación de las poblaciones indígenas, a la par que hacían posible su legitimación. El regateo de la categoría humana de los indios, de tal o cual forma, reducía el ámbito de relevancia de los valores éticos y religiosos de los conquistadores, que hacía posible, de tal modo, llevar a cabo los hechos más escandalosos para la conciencia cristiana sin tener que renunciar a sus valores éticos y religiosos, en otras palabras, sin poner en entredicho su propia identidad colectiva. Aunque todo esto sería sumamente complejo, puesto que por encima de las Indias y de Tierra Firme planeaba constantemente el imperativo de la evangelización, y los Reyes Católicos no dejaban de ordenar

constantemente el buen trato para los indios, a quienes reconocían como súbditos libres de la Corona. O sea, que si los indios se encontraron con una patente disonancia cognitiva, los españoles caribeños, o por lo menos una parte de ellos, debieron confrontar una no menos patente disonancia ética, entre la dimensión ética y religiosa que definía su misión y su identidad colectiva, por un lado, y su cotidiano comportamiento inhumano hacia los indios en medio de la conquista y la explotación colonial, por otro.

Para los aztecas y los otros pueblos de su imperio también se trató, en un primer momento y entre otras opciones, de la posible divinidad de los recién llegados, o del otorgamiento a los mismos de tal o cual carácter sobrenatural en función de su integración en el horizonte mítico propio de su civilización. Pero tal opción conceptual solamente posibilitó la apertura del abanico de la incertidumbre y la indecisión, conceptual y estratégicas por igual. Un abanico que desplegaba ante ellos una compleja gama de opciones operativas, desde la sumisión, los pactos y el vasallaje, a la misma confrontación bélica. Y es que inclusive la prueba del posible carácter sobrehumano de los intrusos, por ejemplo, bien podía pasar por la verificación de su inmortalidad o de su ser invencibles, lo que podía convertirse en un incentivo bélico para cerciorarse de ello o rechazar tal opción, como sucedió por lo general. Y todo esto se complica mucho más si recordamos a los pueblos indígenas que ya desde el primer momento salieron a combatir a los españoles sin tenerlos por seres sobrenaturales, muy posiblemente en función de las noticias que les habían llegado previamente sobre los mismos, o por el hecho de haber tomado prisioneros a algunos españoles cuyo barco había naufragado anteriormente. En fin, aunque aspiramos a centrarnos en la problemática de la conciencia social, no hay alternativa alguna para la narrativa histórica que va entretejiendo los diversos hilos de esta compleja epopeya histórica a la par que va dibujando el perfil de sus protagonistas.

En lo que se refiere al proceso histórico en el que se va dando la configuración de la conciencia social, de tal o cual tipo, preponderantemente (nunca exclusivamente) mítica en los aztecas o pragmática en los españoles, consideramos que es dable apuntar a cinco factores fundamentales que inciden en tal configuración y que también deben ser tomados en cuenta al abarcar la problemática de la caracterización de la conciencia social de aztecas y españoles por igual:

a) La tradición cultural, aunque siempre interpretada-significada desde el presente en tal o cual forma y, paralelamente, las instituciones sociales, culturales y educativas.
b) El poder político, que en todas sus modalidades incide, de tal o cual forma, en la conformación de la conciencia social.
c) El acontecer de la vida cotidiana.
d) La trascendencia y la dinámica de las diversas estructuras tecnológicas, económicas y sociales.
e) La confrontación crítica de los intelectuales

La escala jerárquica de la incidencia de estos cinco focos de conformación de la conciencia social varía a través de los diversos procesos históricos específicos, y sólo puede detectarse *a posteriori*, pero los cinco se encuentran siempre presentes. De este modo es comprensible que al entrecruzarse sus diversos mensajes de los modos más diversos (complementariamente, conflictivamente, en medio de la integración, de la supeditación o de la manipulación, etc.) se van haciendo posible las mas diversas configuraciones de la conciencia social, a la vez que también se abre el espacio de las contradicciones, de la incoherencia y de la irracionalidad, o sea de las disonancias de toda índole, también ellas habituales moradoras del ámbito de la conciencia colectiva. Y esto, a diferencia del espacio de las teorías, de las doctrinas ideológicas, las redes de conocimiento y los proyectos de toda índole (sociales, nacionales, culturales, etc.) que se ven caracterizadas por su pretensión de una coherencia lógica absoluta y se encuentran definidos y formulados conceptual y terminológicamente acorde con la misma. Y agreguemos aún que el espacio de la conciencia colectiva se encuentra atravesado por la espiral hermenéutica de la ubicación, significación e identificación del «otro» y de la autoidentificación de uno mismo en un único acto de ejecutividad identitaria, siempre dando otra vuelta de tuerca en su incesante recorrido existencial

En el mundo mítico de los aztecas el factor tradicional fue de importancia decisiva en su cosmovisión y en el mismo sentido de su existencia. En muchos sentidos el pasado lo era todo, en medio de un tiempo cíclico que volvía sobre sí mismo. Se trataba del quinto sol. Perseguidos por el destino implacable de los cuatro soles que habían sucumbido previamente, eran un pueblo de guerreros destinado al

combate, para salvar, por medio del sacrificio de sus prisioneros, la existencia del mundo y su misma existencia. Pero también lo político se hizo presente, muy claramente con las reformas de Itzcáetl y Tlacaélel y su muy pragmática instrumentación de lo mítico en función de un muy definido programa político imperial, traduciéndose todo ello al nivel de la conciencia popular; una traducción que se hizo posible gracias a la concertada y orientada acción de los sacerdotes, los artistas, los maestros y los oficiales militares. Y en los rituales, en las normas y en los cauces propios de la vida cotidiana, de la educación, los casamientos, bautizos, entierros y festividades, se iba conformando y reproduciendo constantemente su mundo cognitivo, conceptual, axiológico, emotivo y terminológico-simbólico. Un mundo que tenía su razón de ser y su forma de ser en sus orígenes míticos, en su destino mítico y en su mítica misión imperial. Un mundo personificado simbólicamente en la figura del *huey tlatoani*, el emperador Moctezuma II al llegar los españoles, en el que se daba la conjunción y la personificación del poder absoluto, la tradición religiosa y la verdad única Un imperio cuyos fundamentos económicos engranaban a la perfección con su mito-épica militar; pero que no pudo haber sido construido sin un espíritu práctico que haya ido permitiendo la invención de los medios más eficaces para mantener y ampliar constantemente su poder sobre territorios cada vez más extensos. Ya lo veremos, con las necesarias precisiones y matizaciones.

En lo que se refiere a los españoles, en cambio, nos toparemos con una conciencia fundamentalmente pragmática, que se fue conformando, en los años de su experiencia caribeña, a partir de la praxis colonial de la vida cotidiana, a partir de su confrontación con una realidad completamente nueva y desconocida ante la cual debieron ir improvisando, descubriendo e inventando por sí mismos, alejados de la España allende el mar, alejados por el espacio y el tiempo del poder real y eclesiástico. Fueron inventando, por así decirlo, desde abajo, desde los caminos que iban descubriendo paulatinamente, y no desde las alturas míticas y políticas desde que descendían las verdades primeras y últimas por igual. Se trataba de la conformación de una conciencia pragmática que buscaba, experimentaba e iba encontrando, en la experiencia cotidiana, las fórmulas operativas más adecuadas y efectivas para el logro de sus objetivos; que agregaban las unas a las otras para ir construyendo, por sí mismos, sus propias verdades, su

propio mundo (colonial), su «otro» y su sí mismo, cada uno de ellos a través del otro, sus propias categorías culturales, su propia ideología de la dominación.

Los unos deductivamente, para expresarlo de forma algo esquemática, a partir de la narrativa mítica, desde la que se desplegaba no sólo el pasado sino también el presente y el futuro por igual; los otros inductivamente, a partir de la acumulación de sus experiencias caribeñas, desde la praxis de la conquista y la colonial que les permitía ir conformando por sí mismos su derrotero histórico. Aunque, como ya hemos apuntado previamente, en ambos se daban tanto lo pragmático como lo mítico, sólo que prevalecía lo uno o lo otro en cada uno de ellos. Y es que la dimensión mitológica es esencial a todo proyecto imperial y a todo imperialismo, en tanto el pragmatismo radical y despiadado es inherente a su *modus operandi*. Los españoles, por cierto, no tuvieron inconveniente alguno en hacer gala de su radical pragmatismo a la vez que fortalecían su fe en la divina Providencia, que les aseguraba la victoria final, y que por momentos se expresaba muy concretamente en la visión del legendario Santiago cabalgando sobre su caballo blanco y decidiendo la suerte de los combates, tal cual lo relatarían algunos de los soldados. Imperialismo, mito y pragmatismo.[1]

En fin, no desplegaremos aquí todo el abanico teórico subyacente en este libro. Sea suficiente con estas contadas palabras, a partir de las cuales el lector ya podrá detectar buena parte del resto a partir de la lectura de esta epopeya histórica. Y es que, a pesar de privilegiar en nuestro análisis esta dimensión de la conciencia social, la heterogeneidad y la complejidad del fenómeno hacen que la narrativa histórica sea ineludible.

Mi agradecimiento a la Dra. Rosalie Sitman por su lectura del texto y sus sabias observaciones.

Mi agradecimiento, asimismo, al Sr. Simón Bernal por su trabajo en el proceso de edición de este libro.

1. Utilizamos el término imperialismo para referirnos a la praxis imperial y a la expansión imperial, y no en su relevancia teórica marxista-leninista o de otra índole.

Capítulo 1
El Caribe:
escuela de conquistadores

No tiene nada de extraño que los historiadores que se abocan al estudio del descubrimiento, la conquista y la colonización de América comiencen por concentrarse en la España de fines del siglo XV y comienzos del XVI. Es lógico que para comprender la epopeya se trate de esclarecer quiénes fueron los protagonistas históricos de la misma, cuál era su mundo espiritual, sus creencias, sus ideas, sus medios materiales, su tecnología, su sociedad y su política. Y ello es verdad de modo especial en lo que se refiere al período colonial, con su interrelación constante e institucionalizada entre España y sus colonias americanas. No obstante, al estudiar la conquista del imperio azteca por parte de los españoles deseamos centrar nuestro enfoque primordialmente en el Caribe, porque en él se fue forjando la figura de buena parte de los conquistadores que llegarían posteriormente a todos los rincones del continente. Y esto tiene razón de ser de modo especial en este libro, puesto que intentaremos demostrar que entre las diversas causas que hicieron posible el triunfo de Hernán Cortés sobresale, de modo especial, el que se haya tratado de una confrontación entre la conciencia predominantemente pragmática de los españoles y la conciencia predominantemente mítica de los aztecas. En el encuentro, la confrontación y el choque entre el imperio azteca y la punta de lanza de la expansión imperial española se conformó una situación completamente nueva para ambos bandos, en la que fue decisiva para su desenlace la capacidad de adaptación dinámica de los contrincantes y la celeridad de la misma. La conciencia predominantemente

pragmática, que era patrimonio de los españoles caribeños, les permitió relacionarse con la nueva realidad y discernir en ella los senderos mas útiles y efectivos para el logro de sus propósitos encaminándose rápidamente por ellos, en tanto la conciencia predominantemente mítica de los aztecas elevaba murallas que en un principio les impedían el conocimiento y la comprensión de una realidad completamente novedosa, y cuando al final lo lograban, aunque rápidamente, el tiempo ya había sido aprovechado de modo magistral por sus adversarios. Claro está que hablamos aquí de lo que era hegemónico en ambos bandos, en los que también era posible discernir elementos de otra índole, que nos obligan a un análisis mucho más complejo que el de esta fórmula inicial. Al fin y al cabo hubiera sido imposible crear un imperio, como lo hicieron los aztecas, sin buscar también pragmáticamente los medios adecuados para ello, y fue con la cruz por delante, su fe en la divina Providencia y el precedente de la Reconquista, que Cortés salió a la aventura que se convirtió en epopeya. En determinada medida este libro intentará ahondar en esta relación, siempre presente en todo proyecto imperial y en todo imperialismo (en su acepción de expansión imperial), entre la mitología y el pragmatismo. Aunque, como veremos detalladamente, un imperialismo, mítico y pragmático por igual, azteca o español, que conllevaba siempre la sumisión y la opresión, y a menudo también un franco y decisivo despliegue del terror paralizante.

El Caribe fue el escenario en el que los futuros conquistadores de México fueron conformando una personalidad peculiar, un determinado modo de pensar y de actuar, una mentalidad propia y un muy concreto abanico de actitudes frente a la realidad. Todo ello en medio de la paulatina construcción de su mundo colonial, cuyo eje primordial se encontraba definido por ese proceso de ejecutividad identitaria en el que iban definiendo tanto la identidad del «otro», del «indio», como la de sí mismos, un «sí mismos» reubicado en el nuevo contexto geográfico y social y resignificado en relación con los rasgos definitorios de sus previos arcos biográficos. Muchos de ellos llegaron con Colón en su segundo viaje, o algo mas tarde, y pasaron en el Caribe su época formativa. Diego Velázquez, conquistador y gobernador de Cuba, Francisco de Garay, gobernador de Jamaica, Juan de Esquivel, también Gobernador de Jamaica, Juan Ponce de León, gobernador de Puerto Rico, llegaron todos ellos en 1493. El mismo

Hernán Cortés salió para las Indias en 1504, a la edad de 19 años, y hasta el momento en que partió hacia México en 1519, pasaron 15 años decisivos en la formación de su personalidad. Aunque, por cierto, debemos tener presente que tras los conquistadores, y también ante ellos, se encontraba el espíritu de la Reconquista, con su proselitismo religioso, expansionista y militar, especialmente sus últimos 11 años que culminaron con la conquista de Granada; no por casualidad Santiago Matamoros se convirtió en Santiago Mataindios. Y asimismo se encontraba tras ellos y ante ellos, el precedente de la cruel y reciente ocupación de las Islas Canarias. Todo esto, por cierto, impulsado por las corrientes de un capitalismo mercantil cuyas olas vendrían a estrellarse fuertemente contra las nuevas tierras recientemente descubiertas.

Veamos en este primer capítulo el escenario de los españoles caribeños, escuela de conquistadores, para pasar luego el foco de nuestra atención, en el segundo capítulo, al imperio azteca, y continuar, con los capítulos posteriores, en pos de la epopeya histórica que cambiaría la faz del mundo, abriendo de par en par los portones de la expansión colonialista.

El significado de la distancia

El escenario caribeño, destinado por la historia, la geografía y la casualidad, a ser escuela de conquistadores, en la que se iría conformando una muy especial conciencia social, era algo sumamente peculiar. Estas islas del Caribe no sólo eran nuevas para los europeos, sino que eran la novedad. No sólo lejanas e incógnitas hasta esos momentos, no sólo peligrosas por los viajes que debían emprenderse hasta lograr posar el pie sobre ellas, sino que también poseían una amplia población, y por cierto que muy peculiar para los recién llegados. El tropezón de Colón con la isla de Haití, a la que apodaría La Hispaniola (La Española), truncó su viaje a Asia, aunque el almirante nunca llegó a reconocerlo, y plantó a los españoles en y frente a un mundo nuevo, desconocido y lejano, desafiante por la mera razón de estar allí.

Es verdad que se acostumbra a hablar de América como de una nueva frontera, de una nueva fase en aquel proceso histórico de la Reconquista española, durante la que los cristianos, que convivieron

y combatieron con los musulmanes durante centurias fueron empujando la frontera cada vez mas hacia el sur. Y es verdad que una vez que fue lograda la liberación de toda la región ibérica, con la caída de Granada en 1492, continuó la expansión más allá de los mares; hacia África, las Canarias, las Indias. Pero las Indias eran otra cosa. Exóticas, desconocidas, abiertas, tentadoras y distantes, muy distantes. No era ni la frontera de la Reconquista, que se movía hacia el sur en la misma península ibérica, ni la tan cercana de las Islas Canarias. Las islas del Caribe eran un lejano contorno que se iba dibujando paulatinamente con las travesías de los barcos a lo largo de las costas, y que las caminatas y cabalgatas al interior les iban dando profundidad; y ese contorno iba prefigurando mapas que más escondían y prometían que informaban, y que dejaban para la imaginación la tarea de llenar lo que faltaba, pero que se sabía que estaba allí. Era cuestión de descubrir, como se acostumbraba a decir por aquel entonces, «el secreto de la tierra». El mismo Cortés se expresaría de tal modo al llegar a Yucatán «...que de ninguna manera él se había de partir de aquella tierra hasta saber el secreto de ella...».[1] Aunque claro está que se buscaba lo que se suponía que existía, y los secretos más codiciados no eran tanto geográficos, y mucho menos culturales o antropológicos, sino aquellos que brillaban a la luz del sol bajo el áureo horizonte de las expectativas.

Mas la distancia no era solamente geográfica o temporal; no eran solamente las penurias del cruce del Mar Océano o el mes y medio o más de cada viaje que se convertía en una verdadera y temeraria aventura. El significado de la distancia era múltiple, y para lo nuestro interesa en especial la distancia a la que se encontraban los españoles del Caribe del poder imperial y del poder eclesiástico por igual, o sea del control real (en el doble sentido de la palabra) y del dogma y de la jerarquía católica. En otras palabras, nos interesa el distanciamiento de las autoridades, de la disciplina y del dogma, la distancia en la que las amarras se van aflojando y las posibilidades de la acción propia van creciendo, y todo ello a pesar del férreo control que se intentó imponer desde la península. Nos interesa la distancia que va haciendo posible la conformación de un nuevo español en el Caribe; conquis-

1. Hernán Cortés, *Cartas de relación*, primera carta-relación, Editorial Porrúa, México, 1993, p. 15. En adelante H C.

tadores, marinos, mercaderes, funcionarios y colonos que se van abriendo camino en medio de la nueva realidad en función de su propia confrontación con la misma y de las respuestas que ellos mismos van inventando, cotidianamente, a los problemas con que se topan. Españoles caribeños que más que descubrir un nuevo mundo, lo iban creando por sí mismos. En un determinado período de la Colonia corría un dicho que decía así: «Dios está en el cielo, el Rey está en Castilla y yo estoy aquí», y según otra versión «Dios está en el cielo; el Rey está lejos y yo mando aquí», y esto era verdad en especial en esa primera fase formativa. Aunque también es cierto que muy rápidamente se fueron entretejiendo los hilos de la corrupción entre los poderosos de la metrópoli y los pobladores y los conquistadores de las nuevas tierras, en una compleja trama que aún detallaremos y que abría todavía más la distancia existente entre la península y lo que sucedía en el Nuevo Mundo.

Y quizás no esté de más recordar el distanciamiento del marco familiar y de las obligaciones conyugales. La mayoría de los españoles en el Caribe eran solteros, y la mayoría de los casados habían dejado a sus familias allende el Mar Océano. Las mujeres españolas eran contadas por aquellos años, y el vivir entre y con las mujeres indias, también ellas objeto de la conquista y del comienzo del dominio y de la explotación colonial, creó una situación en la que los conquistadores se iban librando de los tabúes sexuales, religiosos y morales, no como algo excepcional que se debía mantener en un relativo secreto, o que tenía lugar tras la polvareda y la cortina de humo de la guerra, sino como algo propio de la vida cotidiana. Bartolomé de las Casas escribe sobre lo que se encontró al respecto en La Española, al llegar a ella en 1502[2]:

> Aquí viérades gente vil y a los azotado y desorejados en Castilla y desterrados para acá por homicianos y homicidas, y que estaban por sus delitos para los justiciar, tener a los reyes y señores naturales por vasallos y por más que bajos y viles criados. Estos señores y caciques tenían hijas o hermanas o parientas cercanas, las cuales eran luego tomadas, o por guerra o por grado, para con ellas se amancebar. Y así, todos estos trecientos

2. Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias*. Estudio crítico preliminar y edición por Juan Pérez de Tudela Bueso, Atlas, Madrid, 1957, Libro II, cap. I, vol. II, p. 5.

> hidalgos estuvieron algunos años amancebados y en continuo pecado mortal de concubinaria maldad, sin (tomar en cuenta) los grandes pecados que cada día y hora cometieron por ser opresores de esta gente y tiranos. Estas señoras, que se tenían por mancebas, llamaron sus criadas. Y así, tan sin vergüenza, delante unos de otros decían mi criada fulana y la criada de fulano como si dijeran mi mujer o la mujer de fulano.

Bartolomé de las Casas, el defensor de los indios, sí, pero también los Reyes Católicos. La misma reina Isabel, en sus instrucciones al gobernador Ovando, en setiembre de 1501, escribía que tenía conocimiento de que «algunos cristianos de las dichas islas, especialmente de La Española, tienen tomadas a los dichos indios sus mujeres e hijas y otras cosas contra su voluntad…».[3] Y 13 años más tarde el rey Fernando, en las instrucciones que daría a Pedrarias en 1514, cuando éste salió hacia Darién, en Panamá de nuestros días, volvía sobre lo mismo[4]:

> ...unas de las cosas que más les ha alterado (a los indios) en la isla Española y que más les ha enemistado con los cristianos, ha sido tomarles las mujeres e hijas contra su voluntad y usar dellas como de sus mujeres...

Es más que probable que esto haya constituido un factor decisivo que facilitó la eliminación de toda clase de tabúes o normas interiorizadas previamente más allá de lo sexual, lo que, aunado al distanciamiento de los vínculos autoritarios, reales y eclesiásticos, de la metrópoli, podría ser una de las claves más importantes en el proceso de conformación de la nueva personalidad ibero-caribeña en lo que se refiere a la insensible brutalidad y la inhumanidad que caracterizó a muchos de los períodos y de los actores de este momento inicial de la colonización.

3. CDI, *Colección de Documentos Inéditos, relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de América y Oceanía sacados de los Archivos del Reino y muy especialmente del de las Indias*, por D. Luis Torres de Mendoza, Joaquín Pacheco y Francisco Cárdenas, 42 vols., Imprenta de Manuel B. de Quirós, Madrid, 1864-1868, tomo 31, p. 15. En adelante CDI.

4. Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias*, Libro III, cap. LIV, vol. II, p. 303. Estas observaciones aparecen a menudo en las cédulas reales o instrucciones de los reyes preocupados por la persistencia del fenómeno y de sus efectos negativos. Véase, por ejemplo, las instrucciones al gobernador Ovando en 1503, CDI tomo 31, p. 159; o las instrucciones a Diego Colón en 1509, CDI, tomo 31, p. 388.

En medio de la distancia y del distanciamiento diversas causas hicieron posible una gran libertad de acción de los españoles del Caribe. Los Reyes Católicos intentaron imponer su dominio en las nuevas regiones que se iban descubriendo para evitar el surgimiento en las mismas de poderosos locales, a la vez que intentaban asegurar que el grueso del botín metálico llegara a sus manos. Pero en estos primeros y largos años no tuvieron muy claro qué hacer con sus nuevas propiedades y con el nuevo mundo de posibilidades que se iba abriendo cada vez más allende el Mar Océano, y más bien fueron reaccionando ante el devenir de los acontecimientos. Esto se hace patente en las diversas fórmulas institucionales y administrativas que fueron probando a través de esos primeros años. Y no sólo esto, sino que se trató de una época en que también la Corona sufrió de situaciones muy inestables. Isabel falleció en 1504, y luego vinieron algunos años de confusión con la reina Juana y con su esposo Felipe. Sólo en 1508 Fernando volvió a sentirse seguro en el trono, hasta que en 1516 también él paso al otro mundo (no a América), dejando la corona a su nieto Carlos I. Y además es necesario recordar que América, en esta primera fase, era en parte marginal para los monarcas españoles, abocados principalmente a su confrontación con Francia y con los otomanos, a las guerras en Italia y a la conquista de Nápoles (1504), a la conquista de Navarra (1512), y a la conquista de zonas del norte de África (1505-1511) ante el avance otomano. Y todo ello en medio de una ardua lucha diplomática con el objetivo de «enjaular» a Francia en un férreo círculo diplomático-militar (España- Inglaterra- Alemania-los Países Bajos e Italia). José Luis Martínez nos recuerda, aunque realmente suene increíble, que en las Memorias dictadas por Carlos V, que cubren los años de 1515 a 1548, no aparece ni una sola mención ni del Nuevo Mundo o de las Indias, ni de México ni de Hernán Cortés.[5] Y no sólo ello, sino que también se dieron serios conflictos internos, al grado de que durante la fase decisiva de la conquista de México estallaba en mayo de 1520 la insurrección de los Comuneros, que se prolongaría hasta su derrota en la batalla de Villalar en abril de 1521. No sólo las Indias eran distantes, también lo eran, en determinada medida, los reyes que lidiaban en la arena europea y en la misma España.

5. José Luis Martínez, *Hernán Cortés*, UNAM/Fondo de Cultura Económica, México, 1990, p. 74.

Y esta distancia y este distanciamiento conllevaban diversas facetas sumamente significativas de las que fueron plenamente concientes todos los implicados. Fernández de Oviedo, el cronista real de Carlos V a partir de 1532, en uno de esos concisos resúmenes que abundan en las páginas de su *Historia natural y general de las Indias*, y que en gran parte son también recuerdos de su propia experiencia, ilustra esto patentemente[6]:

> de aquí a España hay muchas leguas, e suélese decir que de luengas vías, etc.; y aunque fuese más corto el camino, el día de hoy, por nuestros pecados, anda ofendida y olvidada la verdad en la mayor parte de las lenguas; y aunque se quieran escudriñar las verdades, no hay tiempo para saberse lo cierto dellas; y cuando algo se sabe en Castilla que requiere proveerse, cuando acá llega lo proveído, es tarde, y el que queda lastimado nunca suelda su dolor.

Y esto a pesar de que los reyes, ya desde el segundo viaje de Colón, habían encargado a Juan Rodríguez de Fonseca, capellán de la reina Isabel y archidiácono de Sevilla y, desde 1495, obispo de Burgos, la centralización de todo lo relativo a los viajes de Colón y a la organización de las Indias. Y es que Fonseca, que poseía una gran capacidad organizativa y administrativa, hizo también gala de una enorme codicia, e imprimió su peculiar personalidad a estos pocos y largos años del comienzo de las conquistas y la colonización («rapaz, iracundo, autoritario, incontinente y falto de escrúpulos», escribe Juan Pérez de Tudela Bueso[7]). No fueron pocos los cortesanos y los funcionarios reales residentes en España, comenzando con el mismo Fonseca, que obtuvieron ingresos extraordinarios del trabajo de los indios que les fueron repartidos para su provecho personal, a la par del repartimiento de indios a funcionarios locales, en las mismas Indias, como parte de su remuneración. Pero no sólo ello, puesto que a pesar del fuerte autoritarismo y centralismo que caracterizó la labor

6. Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, edición y estudio preliminar de Juan Pérez de Tudela Bueso, Atlas, Madrid, 1959, Libro IV, cap. 1, p. 90.

7. Juan Pérez de Tudela Bueso, «Estudio preliminar. Vida y escritos de Gonzalo Fernández de Oviedo», en Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, Atlas, Madrid, 1959, p. XLIII, nota 124.

de Fonseca, mal podían ir juntos la disciplina con la administración a distancia y la corrupción que muy pronto se apoderó de las redes del poder burocrático en las alejadas Indias, convirtiéndose en una especie de telarañas en la que los indios quedaron fatalmente atrapados.

Lope de Cochinillos y Quintana, que fungió a partir de 1507 como secretario del Consejo Real, y que detentó asimismo numerosos cargos importantes en el gobierno de las Indias a la par de Fonseca (entre ellos nada menos que el de escribano mayor de minas en La Española y en Puerto Rico, encargado de otorgar los permisos para las excavaciones), fue uno de los principales promotores de esta corrupción y, ni que decir, uno de sus mayores beneficiarios. Manuel Giménez Fernández, en su detallado estudio, escribe que Cochinillos comenzó a adquirir en las Indias «puestos, derechos, granjerías y enchufes que, a la muerte del rey, le proporcionaban cuatro millones de maravedís anuales»,[8] amén de contar con 1.000 indios que le fueron otorgados por Fernando en el marco de su repartimiento[9]. Y debemos recordar que en su prominente puesto como secretario del rey recibía en pago un total de cien mil maravedís anuales, y como escribano mayor de la minas en La Española ciento cincuenta mil maravedís anuales[10] (nada cercano a los cuatro millones), lo que nos da una idea de lo enorme de sus «ganancias» provenientes de las Indias. En fin, una corrupción que se nutría de las exigencias ilegales de «regalos y propinas», de «suculentos cohechos», y de los «ilícitos provechos» de Cochinillos,[11] y que implicaba necesariamente a sus tenientes y representantes de la más diversa índole en las Indias, que a su vez implicaban a otras numerosas personas. Y es que la bruma de la distancia, que liberaba y posibilitaba una mayor capacidad de acción en las islas caribeñas, también ocultaba y distorsionaba, o por

8. Para una semblanza de Cochinillos, y de la trama de corrupción que fue urdiendo, puede verse Manuel Giménez Fernández, *Bartolomé de las Casas, delegado de Cisneros para la reformación de las Indias*, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, Sevilla, 1953, pp. 13-15.

9. Manuel Giménez Fernández, *Bartolomé de las Casas*, Escuela de Estudios Hispano-Americano, Sevilla, 1960, vol. II, p. 80. Fonseca contaba con un repartimiento de 800 indios.

10. CDI, tomo 31, pp. 182-183.

11. Ídem. Para el detalle de las diversas formas en que Cochinillos encauzaba la enormes «ganancias» hacia sus bolsillos véase CDI, tomo 1, pp. 256-264.

lo menos permitía mirar en otra dirección, no ver y supuestamente no saber. Y todo ello conllevaba, necesariamente, la implacable y creciente explotación y esclavización de los indios, que agudizaba aceleradamente su creciente mortandad.

A mayor cantidad y jerarquía de los «beneficiarios» mayor necesidad de oro, a mayor necesidad de oro mayor necesidad de indios para buscarlo y extraerlo, a mayor necesidad de indios mayor explotación, esclavización, mortandad y desestructuración de la sociedad nativa. Una desestructuración que implicaba su destrucción. Y es que ese «otro», el indio, no sólo era considerado como objeto de explotación, sino que asimismo era desechable. Más que «el otro» era «lo otro». Era el complemento esencial del «sí mismo» colonial, que privado de ese otro no podía ni ser ni existir.

Y Juan Ginés de Sepúlveda, en tanto capellán y cronista de Carlos V, deja también muy claro, refiriéndose a lo que había acontecido en La Española, el modo en que la corrupción, en conjunción con la distancia, corroía asimismo el engranaje jurídico y gubernamental[12]

> Sucedía que los magistrados y gobernadores pasaban por alto las injusticias de los demás, en parte por su complicidad en los crímenes y en parte porque no podían refrenar adecuadamente la conducta tan depravada de algunos hombres en unos lugares tan alejados de España.

En fin, éstos son algunos de los significados de la distancia y del distanciamiento, a los que se irían agregando, como veremos, otros de un peso mucho mayor. Era la distancia, era la bruma de la corrupción, era el «otro» mundo, el mundo del «otro». Era la espiral de lo que denomino como la usificación, o sea la ubicación (en su horizonte discursivo), significación (con relación a los demás) e identificación del otro y de uno mismo en un solo acto de ejecutividad identitaria.[13] Era la deshumanización del otro, de los indios del Caribe, o por lo menos el regateo de su humanidad, lo que convertía a los conquistadores y a los colonos, en un mismo acto de ejecutividad identitaria,

12. Juan Ginés de Sepúlveda, *Historia del Nuevo Mundo*, Introducción, traducción y notas de Antonio Ramírez de Verger, Alianza Universidad, Madrid, 1996, Libro I, cap. 27, p. 75.

13. Véase al respecto la introducción a mi libro, *El cristal y sus reflexiones. Nueve intérpretes españoles de Ortega y Gasset*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2006.

en los representantes de la civilización y en los nuevos amos, aunque en diversos casos ello conllevara su propia deshumanización, tal cual lo proclamarían Montesinos y Bartolomé de las Casas entre otros protagonistas de la época, de la misma época, y tal cual se reflejaría, como veremos, en los hechos destacados en las mismas instrucciones reales. Y nada cambiaba si se tenía la deferencia de verlos solamente como bárbaros y primitivos.

Un problema real: administración, distancia y codicia

Sin entrar al análisis del desarrollo de las diversas fórmulas institucionales, administrativas, financieras y comerciales, con las que la corona experimentó en estos primeros años ante sus dificultades para gobernar y administrar las lejanas Indias,[14] es necesario apuntar, aunque sólo sea muy sucintamente, a aquellos nombres que fueron marcando y personificando en el nuevo espacio caribeño tales tribulaciones reales, para lo que se impone un mínimo de la narrativa histórica. Todo ello en medio de una búsqueda que iba dejando amplios espacios para la iniciativa propia de los mercaderes, los conquistadores, los oficiales locales y los colonos, aunados a intereses metropolitanos de toda índole.

En un principio fue Colón quién detentó, acorde con las Capitulaciones de Santa Fe, previas a los mismos descubrimientos, los títulos hereditarios de almirante, virrey y gobernador de las islas y Tierra Firme que descubriera y ganara en el Mar Océano, y esto amén de los grandes derechos comerciales que se le concedieron. Eran demasiados títulos para el horizonte de expectativas que se abriría luego de sus descubrimientos, y seguramente que lo eran a ojos de la administración real, que deslumbrada por los nuevos territorios y por el brillo del oro, no vislumbraba ya muy bien los títulos hereditarios y las amplias concesiones otorgados previamente a Colón. Pero, además de ello, el almirante, virrey y gobernador se había topado con serias dificultades en la

14. En 1503 la corona fundó la Casa de Contratación en Sevilla para las negociaciones de las Indias, y en 1524, el Consejo Real y Supremo de las Indias. Para un resumen de la evolución general de estas instituciones puede verse Richard Konetzke, *América Latina. La época colonial*, Siglo XXI, Madrid, 1974, 3ª. ed., cap. 5, p. 99 y ss.

administración de La Hispaniola. Su hijo, Hernando, culparía de ello a «la maldad de Roldán», que fue quien incitó y organizó la sublevación contra su padre,[15] pero la verdad es que ya desde un principio se venía dando la confrontación entre los intereses monopolistas de Colón y de la Corona y las demandas económicas y políticas de los colonos, que acorde con sus propios intereses intentaban copar mejores posiciones en el nuevo espacio colonial que ellos mismos iban desplegando paulatinamente. Mas por una razón o por otra, al volver Colón en su tercer viaje a la ciudad de Santo Domingo, el 31 de agosto de 1498, se topó con que el recordado Francisco Roldán, alcalde mayor de la ciudad, se había levantado, junto con el cacique Guarionex, contra su hermano Bartolomé Colón, no quedándole al almirante otro remedio que pactar con él, concediéndole toda clase de posesiones territoriales y derechos sobre los indios. También Roldán y sus partidarios querían enriquecerse en las lejanas y nuevas tierras, y se movían por su propia cuenta para copar una mayor parcela de poder y exigir más oro e indios para sí mismos, y además reclamaban que el tradicional repartimiento español incluyera la mano de obra indígena para poder beneficiarse de la misma.[16] Posteriormente se desataron otras luchas internas que fueron reprimidas duramente por los hermanos Colón, que inclusive ordenaron colgar a los responsables de la rebelión.[17] Ante las dificultades de Colón para imponer su autoridad en la isla, aunadas a los primeros y serios desacuerdos con la Corona en lo que se refería a la vigencia de sus títulos (autorización de expediciones a las costas venezolanas que se llevaron a cabo sin su conocimiento), el almirante pagó en 1499 el precio de su fama, de su gloria y de su ineficacia para imponer rápida y claramente su autoridad en la isla, al ser enviado, junto a sus dos hermanos, de vuelta a España como prisionero. Los reyes no vieron con malos ojos la fugacidad de la gloria colombina en este primer y corto período de la administración, y Fonseca se encargó de poner fin a los privilegios otorgados a Colón en Santa Fe.

15. *Vida del Almirante don Cristóbal Colón, escrita por su hijo don Hernando*, Fondo de Cultura Económica, México, 1947, pp. 231 y ss.

16. Para algo del detalle de esta confrontación puede verse Frank Moya Pons, *La Española en el Siglo XVI. 1493-1520*, Universidad Católica Madre y Maestra, Santo Domingo, 1973, cap. I.

17. Para algo del detalle de este episodio puede verse Felipe Fernández-Armesto, *Colón*, Editorial Crítica, Barcelona, 1992, p. 172 y ss.

De este modo comenzó una segunda fase en los intentos de la Corona de encontrar la fórmula adecuada para administrar las lejanas islas del Caribe que, paulatinamente, se irían multiplicando en el lejano horizonte. En lugar del almirante, gobernador y virrey, en lugar de Colón, llegaron los gobernadores de la Corona. El primero, brevemente y en misión especial como gobernador y juez, fue el comendador de la Orden de Calatrava, Francisco de Bobadilla, quien envió a Colón y a sus hermanos cautivos a España, acusados de haber ahorcado a muchos rebeldes y de esclavizar y matar a miles de indios.[18]

La presión de los colonos, alentados por la expulsión de Colón, hizo que Bobadillas redujera drásticamente la cuota de oro que los colonos debían reservar para la Corona, lo que conllevó un paralelo aumento en la explotación de la población indígena en la cada vez más afiebrada búsqueda y extracción del metal aurífero.[19] Bartolomé de las Casas, que llegó a La Hispaniola en 1502, escribiría que durante este período aumentó aún más la explotación del trabajo indígena y el despojo de sus bienes, lo que a su vez tuvo la virtud de devolver la tranquilidad a los pobladores españoles de la isla, que según el mismo Bartolomé de las Casas, «adoraban» a Bobadilla.[20]

Pero muy rápidamente, a menos de dos años, llegó el turno de Nicolás de Ovando, quién tomó el lugar de Bobadilla en calidad de gobernador, con instrucciones de (re)establecer la autoridad y la justicia sobre «todos los indios y moradores de la isla», cuidar de su libertad sin que sean presas de la servidumbre, y devolver a Colón los bienes que le habían sido arrebatados. Y amén de ello debía someter a juicio de residencia al mismo Bobadilla.[21] Entre las causas que provocaron este rápido cambio de Bobadilla por Ovando, se encontró la insatisfacción de los reyes ante la reducción llevada a cabo por el primero de la parte del oro que los colonos debían reservar para la coro-

18. Tras una entrevista con los reyes que tuvo lugar el 12 de diciembre Colón obtuvo su libertad y el reconocimiento de sus derechos anteriores en tanto virrey de las Indias y almirante, pero de hecho se trató de un reconocimiento meramente nominal. En lo que se refiere a la devolución a Colón del oro y de todos sus bienes en las Indias véase la Real Cédula del 27 de setiembre de 1501, CDI, tomo 31, pp. 88-89.

19. Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias*, Atlas, Madrid, 1957, Libro II, cap. I, pp. 4-5.

20. Ídem.

21. CDI, tomo 31, pp. 13- 25.

na, de un tercio al diez por ciento. Los reyes consideraron que ello hizo «mucho dañó y perjudicó» a sus rentas, y le ordenaron a Ovando, de inmediato, en setiembre de 1501, que cancelara tal disposición.[22] En fin, no era fácil gobernar a distancia, y los reyes iban probando, intentando, reaccionando. Era el péndulo de las colonias caribeñas y la Corona tras sus oscilaciones, intentando apresurar el paso para no perder su ritmo. Con Colón habían faltado la autoridad y el orden (y habían sobrado los títulos y las concesiones), y con Bobadilla faltaba la parte del oro que se debía pagar a la corona. Con Ovando los Reyes Católicos consiguieron asegurar tanto lo uno como lo otro. Así al menos pareció durante la mayor parte de su gobierno de ocho años en La Hispaniola, pero hacia el final de los mismos ya se hacía evidente que por detrás de los logros inmediatos y visibles había algo, que a pesar de que la distancia desdibujaba y permitía no vislumbrar o supuestamente no vislumbrar, se tambaleaba fuertemente poniendo en peligro toda la empresa colonial.

Ovando, quien gobernó La Hispaniola entre 1502 y 1509, convirtió lo que era primordialmente una base comercial, al estilo portugués en África, en una colonia de asentamiento, ocupada básicamente en la explotación del oro aluvial y de la población indígena. Se trató de una nueva y decisiva fase, la tercera, en la que el nuevo gobernador extendió su dominio efectivo sobre toda la isla, repartió a los indios entre los encomenderos, y asimismo estableció el sistema de la «demora», que organizaba a los indios en grupos que eran enviados a las minas desde las diversas regiones de La Hispaniola, a principio por seis meses, luego por ocho, y a menudo sin límite alguno. Era, entre otras muchas cosas, la desestructuración de la sociedad indígena a la par de la progresiva estructuración del mundo colonial; era el regateo de la humanidad del indio a la par del delineamiento definitivo de la fisonomía del conquistador y del colono.

Y a pesar de las instrucciones previas de la Corona, revocando las órdenes de Bobadilla, se dio otra vez una significativa reducción en la parte del oro extraído de las minas que debía entregarse a los reyes, llegando finalmente, acorde a la Real Cédula de 1504, a sólo un quinto, el famoso quinto.[23] Y es que, tal cual lo expresa Richard Konetz-

22. CDI, tomo 31, pp. 41-43.
23. *Ibíd.* tomo 31, pp. 206-208.

ke, al hombre común en España el viaje al Nuevo Mundo se le presentaba, por aquellos años, solamente como una oportunidad para hacerse con un botín fabuloso y regresar al hogar cargado de tesoros. «Se probaba fortuna en las campañas italianas, así como en las expediciones a ultramar, y en ocasiones dependía sólo del azar el que alguien se alistara en los tercios del «Gran Capitán» (en Italia) o se decidiera a zarpar a las Indias Occidentales».[24] O sea que si se quería probar una nueva política de asentamientos coloniales era necesario exponer algún que otro incentivo, inclusive a cuestas del ingreso real. Aunque al acrecentarse la cantidad del oro extraído este incentivo redundaría también en los ingresos de la corona.

Y con el oro iban los indios, promulgándose el 20 de diciembre de 1503 la Real Cédula que autorizaba la repartición de indios a los españoles, que tenía como objetivo, aparte de su conversión al cristianismo y la explotación de su trabajo, evitar su simple y directa esclavización (pago de jornales, súbditos libres, buen trato).[25] Pero como todo en estos años, una cosa sería lo jurídico y otra muy diferente la realidad; una realidad que se iba conformando en función de la coherencia pragmática, que en las tan lejanas Indias servía de brújula vital a conquistadores, oficiales de la administración real, mercaderes y colonos, en su cotidiana confrontación con la realidad cotidiana. Y con el oro y los indios iba también la tarea de la «pacificación», o sea, la cruel y violenta represión y matanza de los indígenas a lo largo y a lo ancho de la isla, en la que Ovando instruiría numerosos alumnos que lo emularían con creces en los diferentes rincones del continente. Una «pacificación» que ilustraba plenamente la función de las palabras, lavadas, planchadas, bonitas, que (en)cubrían pulcramente la lejana realidad caribeña y que servían de andamios en la construcción de su nuevo mundo colonial.

Era la brújula de un pragmatismo caribeño, que al irse conformando en medio de la praxis colonial, hacía a un lado toda otra consideración (religiosa, ética, jurídica), fuera de la utilidad y la eficacia de los medios a tomar al avanzar por el camino que debía llevarlos a la riqueza, y con ella a las parcelas de prestigio y de poder que la misma

24. Richard Konetzke, *América Latina. La época colonial*, *ob. cit.*, 1979, p. 37.
25. CDI, tomo 31, pp. 209-212.

conllevaba. El pragmatismo puede llegar a detentar un cariz esencialmente humanista, puesto que apunta al ser humano como sujeto de un derrotero histórico que él mismo va definiendo, en función de su análisis de la realidad y su elección de los medios más efectivos para el logro de sus objetivos, entre los que también puede contarse el bien común. Pero cuando en esa labor los medios se convierten en objetivos, como sucedió con el ansia de oro y de poder que alumbraba el nuevo y lejano horizonte de las Indias, queda abierto el camino hacia la instrumentación del otro convertido en un medio más, en un mero objeto o instrumento, en una «pieza» más, tal cual se denominaba al esclavo indio, por lo general también desechable, todo ello en medio de la ignorancia y el desconocimiento de su misma humanidad. Es este el momento en que el pragmatismo, con la temeridad y la ilimitada fe en sí mismos que caracterizaba a tantos conquistadores del Caribe al abrir los senderos de su nuevo mundo, se convierte en un radical, y a menudo cruel y despiadado maquiavelismo, y el prójimo se convierte en lo otro, más que en el otro, y a veces en la manifestación de lo diabólico, en la otredad definitiva. Es la construcción del imaginario del nuevo mundo colonial, a la par y en concordancia con la trama de sus muy concretas y nada imaginarias relaciones de explotación. Del nivel lógico de A es A, y no-A no es A, de la diferencia lógica, se pasa a la diferenciación axiológica, a la valorización en medio de la jerarquización y de la categorización cultural, entre lo bueno y lo malo, lo mejor y lo peor, lo material y lo espiritual, lo superior y lo inferior, lo civilizado y lo primitivo, los cristianos y «los indios», un término, este último, que hace abstracción de las particularidades humanas propias de los diferentes pueblos indígenas, para identificarlos bajo el común denominador que homogeneizaba su significación en tanto diferentes, inferiores, primitivos, degenerados. Era el entramado de la categorización cultural y de la ideología de la dominación, de la manipulación y de la explotación, que se daban en medio de una praxis colonial que se nutría del poder relativo de los españoles con respecto a los pueblos indígenas, un poder en el doble sentido de la palabra, real y nada imaginario.

Y si nos hemos relacionado ahora con esta problemática, de la que aún volveremos a ocuparnos, es porque el resultado de la labor de Ovando, exitoso acorde al parámetro de la imposición del poder real en La Española y al de la mayor utilidad metálica posible, fue que

muy rápidamente se comenzó a extinguir la población indígena en medio de la conquista, la colonización y la explotación colonial, y que también el mismo metal divino se fue agotando.

La corona, por cierto, tenía pleno conocimiento de todo esto, pero sus intentos de evitar la agudización del fenómeno fueron absolutamente infructuosos, y en muchos casos meramente aparentes. Ya al comienzo del gobierno de Ovando los reyes le habían escrito que debía poner fin al modo en que se explotaba a los indios (la solución sería la del nefasto repartimiento), pero hacia final del gobierno del mismo Ovando, el rey Fernando volvía a explicitar otra vez, en una carta firmada en mayo de 1509, su preocupación (convertida ya en un ritual habitual) por las noticias que le llegaban de la isla sobre el reducido número de indios que quedaban en la misma.[26] El éxito administrativo de Ovando, que tanto se pondera en parte de la historiografía de la época, fue tan grande que en casi ocho años ya casi no quedaban indios. Su explotación había sido perfecta, y con la perfección de la máxima efectividad llegó la crisis: ya casi no quedaba a quien explotar, y dentro de poco tampoco quedaría lo que explotar. Tal cual lo expresa Carl Sauer, «el acelerado decline de los nativos conllevaba la amenaza del desastre, precisamente en los momentos de la mayor prosperidad de La Española».[27] Pero no era esto nada paradójico, puesto que respondía necesariamente a la dialéctica de la administración real, la distancia, la codicia y la corrupción, en aquella primera fase de la colonización del espacio caribeño, escuela de conquistadores. Y el rey tenía plena conciencia de ello.

En 1511, en una Real Cédula, Fernando volvería a escribir, esta vez al almirante Diego Colón, quien había substituido a Ovando como gobernador, que sabía de los muchos indios que morían por mal trato y porque no se les daba de comer, y que la población se iba reduciendo rápidamente.[28] Es el Rey quien lo escribe, y lo escribiría en otras muchas oportunidades, no un «propagandista» como a veces se denomina a Bartolomé de las Casas. Diego, hijo de Cristóbal Colón, se desempeñó en su cargo desde 1509 hasta 1516, abriendo un

26. CDI, tomo 31, p. 434.

27. Carl Sauer, *The Early Spanish Main*, University of California, Berkeley, 1966, p. 156.

28. *Ibíd.*, tomo 32, p. 315.

cuarto y nuevo período de peripecias administrativas en el que La Hispaniola dejó de ser el asentamiento único y exclusivo de los españoles en la región, en gran parte en función de las diversas exploraciones que salieron a la captura de esclavos que permitieran suplir la mano de obra que la explotación colonial había hecho desaparecer de la isla de La Hispaniola. Pero lo que se ampliaría en este período sería, en realidad, el perímetro de la acelerada extinción de la población de la región: las guerras, las matanzas, la esclavitud, la explotación colonial, la desestructuración de clanes, tribus y grupos familiares, la destrucción de los ecosistemas aborígenes,[29] el hambre y, finalmente, aunque aún no llegaban las grandes epidemias, las que irrumpieron no dejaron de causar grandes pérdidas; ese fue el resultado. La población de Jamaica, Cuba, y otras islas corrieron rápidamente el mismo destino que La Hispaniola. El lejano Caribe, escuela de conquistadores en la que la praxis de la destrucción iba de la mano de la construcción de su nuevo mundo.

Refiriéndose a la isla de Cuba, luego de que Diego Velázquez se apoderara de la misma, el dominico Bartolomé de las Casas, que participó en tal acción, describe la mecánica propia de la expansión:

> Cuanto más oro y riquezas adquirían, tantos más indios se les morían, y cuanto mayor número de ellos perecía y se les iba despoblando la isla, tanta mayor prisa se daban en hacer armadas para ir a buscar islas y saltear y robar las gentes naturales que en ellas vivían, de la manera que se había hecho en esta isla.[30]

El rey Fernando, a su modo, también expresaría lo mismo, aunque con una terminología, una conceptualización y una valorización completamente diferentes, cuando autorizaba, el 21 de julio de 1511, «el traspaso» de los indios «de las islas donde no hay oro a las islas donde lo hay, para que con ellos se sirvieren los cristianos de los dichos indios y los industriasen en las cosas de nuestra santa fe católica, porque no

29. Puede verse, al respecto, el sucinto y excelente artículo de Pedro A. Vives Azancot, «Los conquistadores y la ruptura de los ecosistemas aborígenes», en Francisco de Solano y otros, *Proceso histórico al conquistador*, Alianza Universidad, Madrid, 1988, pp. 95-118.

30. Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias*, Libro III, cap. 46, p. 156.

estén ociosos e idolátricos».[31] Si por un lado nos vamos topando con la traducción de lo ético-religioso al ámbito de la coherencia pragmática por parte de los españoles del Caribe, también es verdad que las instrucciones reales, por otro, dejaban un amplio margen de ambivalencia y de ambigüedad que facilitaban tales interpretaciones. Y ya hemos recordado que el rey Fernando, en una Real Cédula del mismo año, había expresado su pleno conocimiento de la mortandad que hacia presa de la población indígena de La Española. En la frase de Bartolomé de las Casas, citada previamente, nos encontramos con la destrucción del viejo mundo indígena, en la del rey Fernando, con la creación del nuevo mundo colonial; y, en verdad, iban a la par la una de la otra.

El franciscano Motolinía, o sea fray Toribio Benavente, escribiría estas líneas, bellas en su expresión y escalofriantes en su contenido:

> Sólo Aquél que cuenta las gotas del agua de la lluvia y las arenas del mar puede contar todos los muertos y tierras despobladas de Haití o isla Española, Cuba, San Juan, Jamaica y las otras islas.[32]

Y agregaría aún los siguientes conceptos, haciendo patente tanto la intención originaria de esta expansión mortífera como el modo en que ésta se expresaba en la terminología del momento:

> Y no hartando la sed de su avaricia, fueron a descubrir las numerables islas de los Lucayos y las de Baraguana, que decían Herrerías de Oro, de muy hermosa y dispuesta gente y sus domésticos guataios, con toda la costa de la Tierra Firme, matando tantas ánimas y echándolas casi todas al infierno, tratando a los hombres peor que a las bestias, y tuviéronlos en menos estima, como si en la verdad no fuesen creados a imagen de Dios.[33]

Eran la codicia, el oro, «el hambre mortífera del oro» según escribiría Pedro Mártir en 1527,[34] la lejanía, la impunidad de la distancia,

31. Richard Konetzke, *Colección de documentos para la historia de la formación social de Hispanoamérica, 1493-1810*, CSIC/Instituto Jaime Balmes, Madrid, 1953, vol. I, p. 26.

32. Fray Toribio Benavente «Motolinía», *Historia de los indios de Nueva España*, Alianza, Madrid, 1988, Libro I, cap. 3, p. 68.

33. Ídem, acentuación nuestra.

34. Pedro Mártir, *Décadas del Nuevo Mundo*, Polifemo, Madrid, 1989, Década IV, cap. X, p. 288.

la corrupción, el otro que no había sido creado a imagen de Dios, el indio; y al final también se quedaban sin los indios, lo que ya era un problema, e inclusive un desastre, puesto que constituían los andamios de su nuevo mundo colonial, y sin ellos no sólo no había colonizados, sino tampoco colonizadores.

El rey Fernando había permitido previamente, ya en 1509, el traspaso de indígenas de otras islas a La Hispaniola, y durante todo el período de gobierno de Diego Colón, había dado, constante y reiteradamente, órdenes detalladas para traspasar indios de las islas del Caribe a La Hispaniola como esclavos, estimulando, con diversos incentivos y privilegios, la caza de los mismos. En una Real Cédula del 23 de febrero de 1512 enviada a Diego Colón, por ejemplo, el rey estipula que los colonos que trajeran indios caribes de otras islas a La Hispaniola y a la isla de San Juan, los podrían tener como esclavos ellos y sus herederos.[35] Claro que, por lo general, se trataba supuestamente de «indios de guerra», pero ya a estas alturas ni siquiera había necesidad de ser «buen entendedor». El negocio era de todos y para todos. Y es que vaya uno a saber que fue lo que se escuchó primero en aquellas lejanas tierras, el zumbar de la lanza o el estruendo de las armas de fuego; y además encontraban por todos lados indios caribes, aquellos que era permitido esclavizar. La alquimia de la codicia y la distancia hacía posible, instantáneamente, las mutaciones antropológicas más increíbles.

El mismo rey Fernando reconoce en 1514, en sus instrucciones a Pedrarias, que «todos los cristianos, porque los indios se les encomienden, tienen muchas ganas que sean de guerra y que no sean de paz, y que siempre habían de hablar en este propósito».[36] Aunque el mismo Fernando, al tomar su decisión con respecto a la necesidad de traer indios a La Hispaniola por los pocos que quedaban en la misma, no dudó en escribirle al tesorero real en las Indias, Miguel de Pasamonte, que aceptaba sus consejos al respecto y que ordenaría traer a la isla todos los indios «que se pudiera», y que se trajeran a las minas «todos los indios que fuere menester».[37] Todo ello sin recordar en

35. CDI, tomo 32, p. 326.

36. *Obras de D. Martín Fernández de Navarrete.* Edición y estudio preliminar de D. Carlos Seco Serrano, Ediciones Atlas, Madrid, 1955, tomo II, p. 210. Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias,* Libro III, cap. LV, vol. II, pp. 304-305;

37. CDI, tomo 31, p. 434.

absoluto a los caníbales, sino simplemente a todos los que fuera necesario traer a las minas.

No es nada sorpresivo que también en esta oportunidad la efectividad convirtiera la solución en problema: la desolación, la mortandad y el despoblamiento no eran ya solamente de La Hispaniola sino de toda la región del Caribe. Y, otra vez, había que continuar desde lejos con la búsqueda, se imponía otra fórmula de gobierno y de administración. ¿Acaso no valdría la pena, ante tan tremenda crisis, una reevaluación de todo el sistema? Más aún cuando no se le podía echar la culpa al Gobernador Diego Colón, que había sido parcialmente neutralizado en sus labores por la misma Corona. Diego, quien había contraído enlace con María de Toledo, de la influyente familia de los duques de Alba, había sido nombrado por el rey como virrey y gobernador de las tierras descubiertas por su padre, y ello a solicitud de Federico de Toledo, duque segundo de Alba; mas no como heredero de los derechos de su padre, lo cual es sumamente significativo, sino por merced real. Asimismo, sus derechos en lo que se refiere a la administración de justicia en las Indias se vieron limitados por resolución del Consejo Real del 5 de mayo de 1511, instituyéndose ese mismo año la Real Audiencia de Santo Domingo compuesta por tres jueces con amplios poderes judiciales.[38] Y no menos importante que todo esto: Miguel de Pasamonte había sido nombrado, aún previamente al nombramiento de Diego, tesorero general de las Indias, en lo que era de antemano la neutralización parcial del hijo de Colón, en medio de una política general que venía a conectar a la Corona directamente con los gobernadores y con otros funcionarios en las diversas islas que estaban siendo pobladas. Y Pasamonte fue también nombrado alcalde y tenedor de la Fortaleza y Villa de la Concepción, la zona aurífera más importante de la isla.[39] El deseo de la Corona de evitar la formación de poderosos de toda índole en sus lejanos dominios, y de asegurar asimismo sus intereses económicos de forma directa, no agregó siempre efectividad a su administración, más aún

38. Véase el conciso relato de Fernández de Oviedo en lo que se refiere a la problemática situación de Diego Colón desde un principio, Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, Atlas, Madrid, 1959, Libro IV, cap.1, p. 90-91. En adelante Oviedo, *Historia general.*

39. Frank Moya Pons, *La Española en el siglo XVI. 1493-1520,* UCMM, Santo Domingo, 1973, p. 81.

cuando esto se entretejía con la red de corrupción segregada por Lope de Cochinillos y Quintana y Fonseca, una red en la que Pasamonte era una pieza indispensable. Así, por citar uno de los ejemplos más triviales en lo que se refiere a lo administrativo, pero no por ello menos ilustrativo de este enredo de jurisdicciones, el rey le escribe a Pasamonte en febrero de 1512 que le place que acompañe al gobernador en su visita a la isla de San Juan, porque ello asegurará que no se hagan cosas que no se deben hacer, y asimismo le solicita un informe sobre todo lo que sucedió en tal visita.[40] Manuel Giménez Fernández escribe que ya para 1516 el clan pasamontista tenía los resortes del poder político en todos los pueblos y ciudades de la isla.[41]

Aun previamente el mismo Ovando había sido nombrado gobernador de las Islas y de Tierra Firme del Mar Océano, pero el rey había enviado otras personas para dominar y gobernar en estas lejanas regiones, lo que creaba, en su deseo de mantener todos los hilos del poder en sus propias manos, un complicado embrollo que fue aprovechado por la gente del Caribe, en medio de disputas, querellas y maquinaciones que dejaban a Maquiavelo a nivel de simple aprendiz.

También había gobernadores que se encontraban supeditados formalmente a Diego Colón, como en el caso de Diego Velázquez, quien era teniente gobernador de Cuba, pero que de hecho se encontraba en contacto directo con el todopoderoso Fonseca y con la Corona y disfrutaba de un nada desdeñable grado de independencia con respecto al gobernador. Andrés de Tapia nos relata que Velázquez mantenía contactos con Fonseca y asignó «a algunos de los del consejo del rey pueblos de indios en la dicha isla para los aprovechar». Y agrega aún que Fonseca, que presidía el Consejo de las Indias, tenía la intención de casar a una de sus parientes con Velázquez, lo que ilustra el apoyo directo con que contaba el teniente gobernador en España.[42]

Esta ambivalencia y esta doblez entre las fórmulas oficiales y las intenciones reales (en el doble sentido de la palabra), y entre las órde-

40. CDI, tomo 32, p. 341.

41. Giménez Fernández, *Bartolomé de las Casas*, CSIC/Escuela de Estudios Hispano Americanos, Sevilla, 1969, vol. II, p. 126.

42. Andrés de Tapia, *Relación de algunas cosas de las que acaecieron al muy ilustre señor don Hernán Cortés, Marqués del Valle, desde que se determinó ir a descubrir tierra en la tierra firme del Mar Océano,* en edición de Germán Vázquez, *La conquista de Tenochtitlan*, Historia 16, Madrid, 1988, pp. 82-83.

nes explícitas y sus significados sobreentendidos, se convirtió en una de las características que Fernando impuso sin mayores ambivalencias y que los españoles del Caribe captaron muy rápidamente.

Así, por ejemplo, el Rey Católico exigía constantemente en sus cartas el buen trato para los indios, explicitando, siempre, y durante años, que tenía pleno conocimiento del mal trato que recibían y que provocaba su mortandad,[43] pero a la vez autorizaba y estimulaba repetidamente su captura y transporte a La Hispaniola,[44] ordenaba que se enviaran en mayor número a las minas, y que un tercio de ellos siempre se encontrara trabajando en ellas.[45] A buen entendedor pocas palabras bastan, inclusive cuando se dice en ellas lo contrario del mensaje literal que se transmite. Y los españoles del Caribe eran buenos entendedores. Como veremos, Hernán Cortés se convertiría en uno de los mejores ejemplos del desarrollo y adquisición de esa capacidad tan peculiar de traducir la coherencia de los textos jurídicos, morales y religiosos de las órdenes reales al nivel de la coherencia pragmática; aunque todo ello en medio de una mutua inteligencia, lo que quizás pueda permitirnos hablar de un implícito código jurídico. Las pulcras palabras lavadas, planchadas prolijamente, que más que comunicar debían encubrir, la clave hermenéutica de la coherencia pragmática, la telaraña de la corrupción, la distancia, la praxis de la conquista y de la colonización, en fin, todo aquello que convirtió al Caribe en escuela de conquistadores.

Pero como luego de estos diversos intentos administrativos el sistema se venía abajo, y los dominicos se preocupaban de pregonarlo a los cuatro vientos, esta vez la Corona decidió que valdría la pena revisarlo a fondo –al fin y al cabo ya casi no había nada que perder– y en 1516 se envió a La Española, diríamos que casi en un acto de desesperación, nada menos que a tres jerónimos.[46] Otro intento, el quinto; otra variante del gobierno de las lejanas y huidizas Indias, y esta vez marcada por el cambio en la cúpula real y en los intereses e interesados que se movían desde la misma. Lope de Cochinillos y Quintana, a quien nos hemos referido previamente, fue desplazado de su posi-

43. C.D.I., tomo 32, p. 315-316.

44. *Ibíd.*, tomo 32, p. 311.

45. Carl O. Sauer, *The Early Spanish Main*, University of California Press, Berkeley, 1966, p. 197.

46. Véase al respecto las instrucciones dadas a los mismos por la Corona: CDI, tomo 11, pp. 254-257.

ción encumbrada, y también Fonseca perdió su poder absoluto. El rey Fernando había muerto en enero de 1516 y el poder quedaría durante dos años en manos del Cardenal Cisneros en tanto corregente, quién prestó oídos a los informes, las quejas y las exigencias de ese gran defensor de los indios que fue Bartolomé de las Casas. Después de Colón, Bobadilla, Ovando, Diego-Pasamonte-Velázquez y el resto de los gobernadores, llegó el turno de los tres frailes que quizás pudieran aún salvar algo del derrumbe. Pero ello era no sólo poco probable, sino imposible. Habían bastado dos generaciones para acabar con la población del Caribe. Se agotaba el oro y se «agotaron» los tainos, y la Corona, mientras tanto, seguía buscando, a distancia, la fórmula adecuada para administrar y aprovechar al máximo posible sus posesiones ultramarinas en medio de toda clase de maquinaciones políticas. Y en medio del aprendizaje real se dio la progresiva y trágica desaparición de la población indígena. Muchos significados tuvieron la distancia marítima, psicológica y jurídica y las nieblas que cubrían el Mar Océano que dificultaban (a menudo supuestamente) ver y saber, pero por esos años el significado final y definitivo, el humano, se manifestó en el desaparición de la población indígena, mujeres, hombres y niños, sean cuales fueren los resultados definitivos (?) de la controversia sobre el número de la población de la región del Caribe, cuyas valoraciones oscilan entre los ocho millones de Cook y Borah (la escuela de Berkeley) y los cien mil de Rosenblat.

Pero antes de continuar consideramos necesario, ya en estas primeras páginas, detener levemente la trama de nuestro análisis para recordar que no pocos historiadores rechazan lo que consideran como los intentos de sus colegas de deshumanizar al español de las Indias tratándoseles como a «superhéroes o súper villanos», tal cual lo escribe el historiador español Germán Vázquez, quien también escribe que «el pánico cerval que experimentaban los hombres de Castilla generó un fuerte instinto de conservación que se tradujo en una actitud egoísta y cruel». Y agrega aun que «en contra de lo que pudiera pensarse, esta crueldad nada tiene que ver con las hecatombes de la tristemente célebre Leyenda negra». Germán Vázquez especifica asimismo que los europeos del siglo XVI desconocían el significado del término clemencia, y que el príncipe de Borbón, por ejemplo, «compatriota y contemporáneo de Michel de Montaigne, el refinado galo que criticara ferozmente *el alma bárbara de los españoles*», martirizaba a mujeres y niños para evitar que sus parien-

tes, encastillados en una fortaleza, disparasen contra sus tropas. Y los descubridores y conquistadores, «por supuesto transplantaron tan arbitrarias costumbres al Nuevo Mundo», aunque dando pruebas «de sin par equidad las aplicaron por igual a indios y blancos». Y finalmente Germán Vázquez escribe en la «Introducción general» a su edición de *La conquista de Tenochtitlan*, en la que presenta las crónicas de Juan Díaz, Andrés de Tapia, Bernardino Vázquez de Tapia y Francisco de Aguilar, que «la crueldad es un concepto sumamente relativo, que depende básicamente de los patrones morales vigentes en cada período histórico. Actos que hoy nos parecen bárbaros, como las torturas y las masacres, no escandalizaban en el siglo XVI». Y no deja de agregar que sí se dieron actos que se consideraron condenables, «y es que el miedo, el gran sentimiento de los conquistadores, transforma la solidaridad en egoísmo».[47] Coincidimos con Germán Vázquez en la necesidad de intentar comprender a los españoles en su dimensión humana, sin «superhombres ni villanos», y más aún, consideramos que no eran ni más ni menos españoles, y ni más ni menos hombres, los dominicos, por ejemplo, que en su momento pusieron el grito en el cielo, un grito de protesta. Y si se puede aceptar que históricamente cada época y lugar detentan una moral propia, lo que queremos apuntar, tal cual lo vamos haciendo, es la conciencia en esa precisa época, de una disonancia ética tal cual se expresa en los testimonios de los protagonistas, y no solamente de Bartolomé de las Casas. Es suficiente con la lectura de las ordenanzas y las instrucciones reales, y con la continua y necesaria traducción de lo ético y lo religioso a la coherencia pragmática, y al revés. Pero la postura que consideramos necesario concretizar en la argumentación, siempre fundamentada, de Germán Vázquez, debe encontrarse presente ante el lector de nuestro libro, precisamente por acentuar éste, por momentos, otras facetas y perspectivas de tal problemática.

Los dominicos: el dedo en la presa

En el ámbito religioso y eclesiástico, las autoridades locales y los colonos de La Hispaniola se vieron obligados a salir a la abierta con-

47. Germán Vázquez (ed.), J. Díaz, A. Tapia, B. Vázquez y F. Aguilar. *La conquista de Tenochtitlan*, Historia 16, Madrid, 1988, pp. 18-24.

frontación con la decidida postura de los dominicos, quiénes osaron hacer público que el rey estaba desnudo, o mejor dicho (no era cuestión de exagerar) sus representantes, los oficiales, los conquistadores y los colonos, haciendo trizas la implícita inteligencia y ambigüedad propias de la traducción de los textos jurídicos y religiosos al plano de la coherencia pragmática. La estridente disonancia ética sería ya insoslayable y sus ecos no dejarían de escucharse, a pesar de que fueron muchos los que desarrollaron una sordera crónica. La dimensión ético-religiosa proyectada por los dominicos tomaría la forma de un signo de indignación que quedaría pendiente por encima de la conciencia de los españoles en su aventura americana, y por encima de los otros colonialismos que se impondrían paulatinamente sobre los pueblos de todo el mundo.

Es imposible no recordar cómo comenzó todo con el sermón *Ego vox clamantis in deserto* de Fray Antonio de Montesinos en 1511, en el que salió tajante contra los encomenderos. Frente al gobernador, oficiales, letrados juristas y vecinos de Santo Domingo, Montesinos no dudo en decirles que vivían en pecado mortal «por la crueldad y tiranía que usáis con estas inocentes gentes», y presentarles desde el púlpito, dramática y sorpresivamente, las siguientes interrogantes:

> ¿...con qué derecho y con qué justicia tenéis en tan cruel y horrible servidumbre aquestos indios? ¿Con que autoridad habéis hecho tan detestables guerra a estas gentes, que estaban en sus tierras mansas y pacíficas, donde tan infinitas dellas, con muertes y estragos nunca oídos, habéis consumido? ¿Cómo los tenéis tan opresos y fatigados, sin darles de comer ni curarlos en sus enfermedades, que de los excesivos trabajos que les dais incurren y se os mueren, y por mejor decir , los matáis, por sacar y adquirir oro cada día?[48]

Se trataba, sin lugar a dudas, de un discurso verdaderamente revolucionario, que invertía el imaginario de los colonos y los conquistadores, convirtiéndolos en los verdaderos bárbaros ante las inocentes víctimas indígenas, y no sólo esto, sino que ahora eran ellos los que vivían en pecado mortal. Montesinos desestructura de un solo golpe retórico- discursivo el esencial esquema maniqueo del colonialismo,

48. Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias*, lib. III, cap. IV, vol. II, p. 176.

y planta ante la conciliada conciencia de los conquistadores, los funcionarios y los colonos, un espejo en el que no ven reflejado al héroe sino al villano. Era demasiado discurso para tal audiencia, entre la que se encontraba el mismo gobernador y virrey, Diego Colón. La reacción inmediata, luego de una reunión, fue la de ir a reprender al predicador y exigirle que «se desdijese» de su escandaloso sermón, pero cuando éste se negó a hacerlo se enviaron las quejas a España y las exigencias de hacer volver a la misma a los dominicos, encontrándose entre los delegados enviados también el franciscano fray Alonso del Espinal.[49] Montesinos se vio obligado a volver a España para defender su caso. En esta oportunidad el rey Fernando se identificó por completo con el gobernador y los ofendidos colonos, y al primero le escribió que, a pesar de que sabía que la predica de Montesinos siempre había sido escandalosa, «se maravilló» de escuchar sobre lo que había expresado sin fundamento alguno. Agregó asimismo que el Consejo Real había estado de acuerdo en hacer volver a España a todos los dominicos para ser castigados por su superior, pero que finalmente aceptó la solicitud del provincial y les permitió quedarse a condición de que no volvieran a expresarse al respecto.[50]

Mas de todas formas, y en secuencia nada casual, en 1512 fueron publicadas las Leyes de Burgos que reglamentaban la situación de los indios y el trato que debía otorgárseles. Pero a pesar de su importancia en el ámbito jurídico, estas leyes no sólo llegaban tarde, sino también, tal cual lo expresarían los dominicos, eran ingenuas, evasivas y poco efectivas. Y quizás, si recordamos la reacción del rey frente al incidente Montesinos, no había precisamente ingenuidad en la inefectividad de tales leyes. Los dominicos habían hecho sonar la campana de la conciencia cristiana en la casa real, pero el eco apenas si se escuchaba, y lo que llegaba parecía que portaba el mismo carácter ambivalente y el mismo entendimiento entre palabras que ya recordamos previamente. Y si no fuera así, la única explicación de la inefectividad de tales leyes viene a reforzar aún más nuestra tesis, puesto que expresaría la impotencia de la Corona para imponer una política determinada en las lejanas Indias. Por cierto, una de las características sobresalientes de las órdenes e instrucciones reales de toda índole sería su carácter reiterati-

49. *Ibíd.*, p. 179-180.
50. CDI, tomo 32, pp. 375-379.

vo, que por lo general se considera que manifestaba su relativa impotencia frente a la lejana realidad colonial. Aunque bien podría ser posible que la reiteración viniera a hacer flamear lo que se consideraba como la inevitable política oficial del Rey Católico (recuérdese la representación de la Iglesia en América por parte del mismo), en medio del código de la ambigüedad colonial que iba marcando el ritmo de extinción de la población natal. Las reiteradas formulaciones que volvían y volvían a repetirse a través de los años, más que comunicar y exhortar parecían un recurso literario que venía a ocultar y encubrir, y también a exaltar una preocupación (supuestamente) infinita e impotente.

Las Leyes de Burgos perpetuaron la institución de la encomienda, aunque intentando poner limites a la explotación de lo indios y asegurar que los mismos encomenderos los instruyeran en todo lo relativo a la fe cristiana y sus preceptos. Bien puede ser que la intención originaria de esta legislación apuntara a la protección de los indios y fuera expresión de una dimensión ético-religiosa siempre presente, pero, de hecho, protección y trabajo forzado muy difícilmente podían ir de la mano. ¿Y qué decir del nuevo cargo de los encomenderos en tanto misioneros? Cinco años luego de la publicación de las Leyes de Burgos, en mayo de 1517, el viceprovincial de los dominicos, fray Pedro de Córdoba, escribía al rey sobre los encomenderos que debían «enseñarles las cosas de la Fe, más en verdad no se las han enseñado, pues que ninguno dellos la sabe […] ansi mismo han vivido con malos exemplos que les han dado de luxurias, de violencias, de blasphemias, de diversas crueldades..».[51] Y agregaba, además, un detallado relato de la explotación de los indios, cinco años después de haber sido declaradas las leyes de Burgos, haciendo patente, otra vez, el abismo que se abría entre el ámbito jurídico y ético-religioso, por un lado, y la trágica realidad cotidiana de los indios que aún quedaban con vida. Así escribe fray Pedro de Córdoba[52]:

> en lo temporal, han tenido mucho cuidado y diligencia de hacerles sacar oro é labrar otras haciendas, trabajando todo el día en peso, y sufriendo el ardor del sol, que en estas tierras es muy grande, las aguas, vientos y tempestades, estando descalzos y desnudos, en cueros, sudando so la furia de los trabajos, no teniendo a la noche en que dormir sino en el suelo, no

51. CDI, tomo 11, p. 218.
52. *Ibíd.*, tomo 11, pp. 218-219.

> comiendo ni bebiendo para poder sustentar la vida, aun sin trabajo, matándolos de hambre y sed, y en sus enfermedades, teniéndolos mucho en menos que bestias suelen ser tenidas, porque aún aquellas suelen ser curadas, mas ellos, no las mugeres, á las cuales todas las naciones, por la flaqueza suya, suelen perdonar de trabajos, han trabajado é trabajan en esta tierra tanto é mas que los hombres; y así desnudas, y sin comer, é sin camas, como los hombres, y aun algunas preñadas, é otras paridas; que Pharaon y los egiptios aún no cometieron tanta crueldad contra el pueblo de Israel . Por los cuales males y duros trabajos, los mismos indios escogían y han escogido de se matar, escogiendo antes la muerte [...] que vez han venido de matarse cientos juntos por no estar por debajo de tan dura servidumbre.

Y así sigue el resto del informe sobre el trato a los indios cinco años después de haber sido implantadas las Leyes de Burgos. Eran los dominicos poniendo el dedo en la presa y reivindicando la dimensión ético-religiosa, pero nada cambió, a no ser que por esos años comenzó la labor esforzada de ese representante del humanismo cristiano que fue Bartolomé de las Casas, que luego de renunciar a su encomienda se dedicó a luchar denodadamente contra la explotación y la esclavitud de los indios.

Ahí estaba la disonancia ética, no como una apreciación anacrónica desde nuestra perspectiva histórica, sino como una parcela ineludible de la conciencia colonial de aquellos mismos momentos. Y el deseo de acallarla conllevaba el reconocimiento de su existencia. La distancia debilitó la autoridad real, el dogma y la disciplina, abriendo un amplio espacio para la iniciativa individual aguijoneada por el ansia de oro, gloria y poder, al unísono con la marginación de hecho de la dimensión ética y religiosa. Y más aún cuando las mismas órdenes e instrucciones del rey Fernando estimulaban constantemente, por esos años, la caza y la esclavización de indios en otras islas, todo ello en medio de una ambivalencia real que se convertía en norma, y que facilitaba la traducción de los textos jurídicos y de los parámetros ético-religiosos al ámbito de un pragmatismo radical.

La ambivalencia real

Hemos recordado e ilustrado previamente la ambivalencia propia de las órdenes y de la política de la Corona con respecto a las Indias,

mas es necesario tener presente que la misma Corona se encontraba en una situación ambivalente. Y es que la extracción del oro caribeño era vital para los monarcas católicos, especialmente en medio de los conflictos políticos y las guerras europeas y mediterráneas, y acorde a la razón imperial era imprescindible explotar las nuevas riquezas naturales auríferas y humanas por igual. No debemos olvidar que se estima que hasta 1520 salieron de las Indias hacia España, y por contrabando a Europa, alrededor de 30 toneladas de oro, una cantidad superior a la de la producción propia de Europa por aquellos años y muy por encima de la totalidad recogida por los portugueses en África en el mismo período.[53] Y además de ello la Corona debía recompensar a aquellos súbditos españoles que por su propia cuenta habían salido a una aventura peligrosa allende el Mar Océano.

Mas, por otro lado, la justificación de la conquista y la colonización se daba básicamente, aunque no exclusivamente, en función de la bula pontificia de Alejandro VI, que imponía la responsabilidad de evangelizar y proteger a los indígenas; y alguien podría también recordar los principios éticos del cristianismo, a los que ya en un inicio había apuntado la reina Isabel, que los dominicos pregonaban combativamente, y que muy pronto también ocuparían un lugar sumamente importante en la apreciación de toda esta problemática. Mas entonces, ¿que sería de los conquistadores, de los colonos, de los mercaderes, de los representantes del rey y del arca real? Desde la perspectiva colonialista, ¿de que vivirían, quién los mantendría, como se enriquecerían en aquel nuevo espacio que comenzaba a abrirse ante ellos, lleno de promesas auríferas, pero también de enormes dificultades, penurias, peligros, enfermedades y muerte? De antemano era ésta una situación conflictiva, que se agravaba mucho más debido a que constituía una de las facetas decisivas de las conflictivas relaciones entre la Corona, los conquistadores y los colonos, entre sí y con los diversos sectores de la jerarquía eclesiástica. Este triángulo de los incipientes beneficiarios coloniales se encontraba posado sobre las espaldas de los tainos de La Hispaniola y del resto de los indígenas de la región; ya fuera para la extracción del oro, para la construcción de las ciudades, para los cultivos agrícolas y demás trabajos que permi-

53. Guillermo Céspedes de Castillo, *América Hispana (1492-1898)*, Ed. Labor, Barcelona, 1983, p. 70.

tieran la manutención cotidiana, o para que elevaran sus tributos al rey y a la Iglesia. Cada porción de sus espaldas, ocupada por uno de los componentes del triángulo opresor, lo era a costa de los otros dos, aunque, mientras el forcejeo continuaba, cada vez eran menos las espaldas de los indios que quedaban a su merced.

Pero no solo esto, sino que la situación de la corona reforzaba mas aún la ambivalencia, puesto que si bien se trataba de los Reyes Católicos, que simbolizaban la cúspide de la integración estatal y el poder real, los monarcas no contaban con los medios necesarios para lanzarse a la aventura atlántica. Los Reyes Católicos imponían en España, su poder sobre las poderosas órdenes religioso-militares, la nobleza y las ciudades, y no querían permitir que allende el Mar Océano se conformara un sistema feudal y surgieran poderosos de todo tipo que actuaran con independencia del poder real, controlando el reparto del botín, incluyendo la mano de obra indígena. Pero la Corona no tenía la posibilidad de medirse por sus propias fuerzas y con sus propios recursos con el desafío, los gastos y la organización de los descubrimientos, las conquistas y la colonización, y por ello continuaría instrumentando la fórmula de la capitulación, que por cierto había funcionado exitosamente en la época de la Reconquista y durante la conquista de las Islas Canarias. La Corona firmaba contratos con particulares que organizaban y lideraban las expediciones (descubrir, poblar, rescatar), en la inteligencia que los territorios a conquistar eran patrimonio real, y que los reyes, a la vez que detentaban sus derechos, recompensaban el servicio otorgado por medios de beneficios, mercedes, y franquicias de diversa índole. Y es importante recordar al respecto que aparte de las dos primeras expediciones de Colón y la de Pedrarias Dávila (Pedro de Ávila) a Castilla de Oro, hoy Panamá, financiadas también por los reyes, el resto de las expediciones fueron básicamente empresas particulares en lo que se refiere a su financiamiento y organización, verdaderas empresas capitalistas en la que los inversionistas y los mercaderes coparon un protagonismo central (dinero, navíos, provisiones, armas, etc.) lo que por cierto presionaba aún más el rápido reembolso de la inversión. Enrique Otte, en una de sus excelentes investigaciones, no duda en estipular que la historia de América es la historia de la explotación de sus riquezas, y que la conquista fue el brazo militar de una empresa económica dirigida por los mercaderes, en el sentido de que ellos fueron los que se

beneficiaron de la explotación económica.[54] Y dada la necesidad de la corona de enriquecerse, enriquecer a los demás y evangelizar (que no siempre eran precisamente afines), ya hemos visto que, entre distancia y distanciamientos, los formalismos jurídicos y los principios cristianos desembocaban finalmente en las Indias en el cauce de un radical pragmatismo, por momentos maquiavélico. Veamos esto más detalladamente.

Disonancia ética y deshumanización

Quizás pueda parecer lógico el que la Corona exigiera en una misma orden proteger a los indígenas y también explotarlos en las minas; el lenguaje y las formulaciones jurídicas tienen su magia propia. El que ambas cosas a la vez fueran realmente imposible es ya otra cosa, y es importante volver a hacer notar que la disonancia ética constituía un claro problema del que todos los involucrados eran plenamente concientes en aquel momento histórico, y que el relacionarnos a la misma no implica un mero juicio nuestro con ribetes éticos anacrónicos y desconectado de la realidad de tal momento. A menudo se recuerda, como testimonio de la profunda religiosidad de los conquistadores, que muchos de ellos, hacia el final de sus vidas, se preocuparon por hacer patente su fe religiosa otorgando sus fortunas, o partes de ellas, a diversas instituciones religiosas, hospitales, asilos, etc., y a veces directamente a los mismos indios. Y en verdad, querer poner en duda la fe religiosa de los conquistadores, capitanes y soldados por igual, sería como querer poner en duda la fe de los indígenas en sus dioses y en sus mitos. No era que tuvieran tales o cuales ideas, parafraseamos a Ortega y Gasset, que podían tener o dejar de tener, sino que estaban, vivían en sus creencias; y éstas se iban manifestando en sus sentimientos y en sus acciones a lo largo de todo el derrotero de la conquista, ya sea en su fe en la divina Providencia como en los intentos de evangelización que acompañan constantemente las victorias de Hernán Cortés, en la presencia y la ayuda de Santa María y de

54. Enrique Otte, «Los mercaderes y la conquista de América», en Francisco de Solano y otros, *Proceso histórico al conquistador, ob. cit.,* p. 79, entre otros de sus escritos al respecto.

Santiago Mataindios en medio de los más cruentos combates, y en la misma satanización del indio al presenciar los sacrificios humanos propios de sus rituales, o para justificar la hecatombe que se iba extendiendo. «Naturalmente» que así era, y evidentemente no se necesita, para comprenderlo, del testimonio de los conquistadores en los momentos previos a su muerte, dándose en sus vidas suficiente testimonio de ello. Pero lo que sí se puede aprender de esta actitud de los conquistadores ante su muerte, es su arrepentimiento, su plena conciencia de lo que hemos denominado como «disonancia ética», que *sub perspectiva mortis* se convierte en una disonancia existencial.

La plena conciencia de tal problemática se dio desde el principio. Colón se apresuró a enviar cientos de indios a España a los Reyes Católicos, pero éstos, que ordenaron su venta en Andalucía en 1495, cancelaron tal orden para posibilitar el estudio del negocio de esclavos por parte de letrados, teólogos y canonistas, y averiguar si «...con buena conciencia se pueden vender éstos por esclavos o no».[55] Y para 1500 la Corona ya prohibía tanto la trata de esclavos indios como el inferirles daño alguno «ni en sus personas ni en sus bienes». Mas aún, Isabel ordenó que los indios que habían sido vendidos por el almirante fueran puestos en libertad y restituidos «a los países de su naturaleza».[56] Y de la postura de la reina Isabel y de su conciencia de tal problemática, es testimonio su mismo testamento, en 1504, en el que suplica al rey y encarga y manda a la princesa y a su marido el príncipe, que no consientan que se agravie a los indios de modo alguno, ya sea en su persona o en sus bienes, sino que sean tratados justamente y se remedie todo daño que se le hubiere hecho.[57]

A menudo se ha resaltado la importancia histórica de las decisiones de los reyes y el peso decisivo que tuvieron en las mismas los principios éticos cristianos, aunque no se deja de comprender que en tales decisiones también tuvo un peso innegable el deseo de los monarcas de limitar el poder de los conquistadores, evitando su posible fortalecimiento por medio de la esclavización de la población local.[58] O sea que se dieron consideraciones reales de índole religiosa,

55. Richard Konetzke, *América Latina. La época colonial*, *ob. cit.,* p. 154.

56. CDI, tomo 38, p.439.

57. *Testamento y Codicilio de la Reina Isabel la Católica*, Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid, 1969, pp. 42-43.

58. Véase, por ejemplo, Konetzke, *La época colonial*, *ob. cit.,* pp. 154-155.

ética y política por igual, y, ni qué hablar, también económica; aunque es necesario distinguir entre el reinado de la reina Isabel, que moriría en 1504 y el de Fernando, en todo lo que se refiere a la política de la Corona con relación a la población indígena.

Es imposible desentenderse de las numerosas y constantes instrucciones y ordenanzas emitidas por el rey católico en las que promulgaba la defensa y la protección de los indios, pero también debemos recordar que ello era un imperativo ineludible, puesto que los reyes habían exigido la concesión del patronato real por parte del Papa (nombramientos eclesiásticos y recolección del diezmo) sobre la Iglesia colonial, y Fernando lo había vuelto a exigir en 1505 para él y para sus herederos, lo que le fue otorgado por el Papa Julio II el 28 de julio de 1508 en la famosa bula *Universalis Ecclesiae Regiminis*.

De todas formas, sean tales o cuales las motivaciones reales (y muy posiblemente tales y cuales), queda clara la conciencia, en aquél mismo momento histórico, de la problemática ética y religiosa que se despertó, lo que por sí mismo es considerado por muchos historiadores como algo excepcional en la historia del colonialismo europeo.[59] Pero también nos es meridianamente clara, desde un principio, la ambivalencia de las posturas tomadas por la corona para medirse con tal problemática. Ya hacia 1500 las diversas órdenes reales dejaban un amplio margen para la esclavización de los infieles (indios) hechos prisioneros en una guerra justa y, entonces, aunque no fuera ésta la intención de la reina, en las lejanas islas los conquistadores siempre podían alegar que los indios fueron los culpables del conflicto. Con un océano por medio, lejos de España, y también lejos de Santo Domingo, vaya uno a saber quién tiró el primer tiro o quién lanzó la primera lanza. Más aún, cuando comenzaban a acumularse en España los datos sobre las nuevas costas que se iban descubriendo y sobre sus posibles tesoros, Isabel ordenó, en agosto de 1503, que los capitanes que fueran enviados a descubrir islas y Tierra Firme en las Indias capturaran a los caníbales antropófagos que se resistieran y no quisieran aceptar el cristianismo, y que los trasladaran a donde les pareciera necesario y allí los vendieran.[60] El 30 de octubre de 1503 volvió a

59. Véase, por ejemplo, Lewis Hanke, *La lucha española por la justicia en la conquista de América*, Aguilar, Madrid, 1959, p. 16.

60. CDI, tomo 31, pp.196-200.

ordenar lo mismo, mencionando específicamente la región del golfo de Cartagena, la isla de Baru, las islas de San Fernando y la isla Fuerte, amén de todos los otros lugares en los que supuestamente los caníbales se opusieran por la fuerza.[61] Carl O. Sauer escribe que la única expedición que había visitado previamente la costa de Colombia había sido la de Bastidas-Cosa, y que no existe ningún testimonio de que los indios en tal región hubieran luchado contra los españoles o matado cristianos, sino que, por el contrario, tuvieron exclusivamente negociaciones pacíficas. La Reina fue embaucada (indoctrinada escribe Sauer) por las historias sobre los horribles caníbales y sobre su rechazo del cristianismo, sin tener noticias de que en la mencionada expedición ni siquiera hubo clérigo alguno ni tampoco traductor.[62]

Diversas tácticas fueron instrumentadas para hacer posible lo que denominamos como la traducción de la coherencia jurídica y ética-religiosa de las órdenes e instrucciones reales a la coherencia pragmática, caracterizada esta última por la elección de los medios mas útiles y eficaces para el logro de la meta a alcanzar, haciendo a un lado, de hecho, toda consideración jurídica, moral o religiosa, haciendo a un lado la vida de los indios.

En forma general, la clave subyacente a las diversas tácticas de neutralización de la disonancia ética fue la deshumanización de los indígenas. La negación o la reducción de la humanidad de los indígenas disminuía el perímetro real de la vigencia de la ética cristiana, neutralizando, de tal modo, la explosiva disonancia moral entre lo dicho, predicado y ordenado y lo hecho o por hacer. Si los indios no eran seres humanos, o no lo eran en el pleno sentido de la palabra, se podían explotar, robar, humillar, esclavizar y matar, manteniendo a la vez los principios éticos y religiosos inmaculados a la par de la integridad de su propia identidad colectiva. Simplemente la neutralización de la disonancia ética por la deshumanización, lo que constituye la verdadera clave de todo racismo. El indio simbolizó al otro, más aún, a lo otro, y a la otredad por excelencia, siendo conceptualizado pragmáticamente como un mero instrumento para satisfacer la codicia y el

61. Sauer, *The Early Spanish Main*, *ob. cit.,* p. 161; Martín Fernández de Navarrete, *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los Españoles*, Madrid, 1825-1829, 3 vols., vol. I, pp. 552-553.

62. Sauer, *The Early Spanish Main*, *ob. cit.,* pp. 161-162.

ansia de poder; y su deshumanización, barbarización, y en algunos casos, satanización, hicieron posible la neutralización de la estridente disonancia ética propia de los protagonistas de ese momento histórico en las lejanas islas del Caribe. A partir de la praxis de la conquista y de la colonización se fue conformando dialécticamente una visión de mundo fundamentada en la «di-visión» maniquea y deshumanizante, otorgándosele al Nuevo Mundo colonial un significado muy especial, a la par de hacer «evidente» la legitimación del mismo.

Pero debemos tener presente que al hablar de la disonancia ética estamos también apuntando a la constante presencia del ámbito jurídico y ético-religioso. La misma justificación de la conquista se encontraba en la evangelización de los indios, y las normas éticas, las leyes, órdenes e instrucciones dedicadas a la protección de los indios y los valores religiosos cristianos planeaban trágica y constantemente por encima de todo el drama y la infinita tragedia que tenía lugar en las tierras de las Indias. Y no sólo ello. A la par de las matanzas, la esclavización y la explotación de los indios, nos encontramos, por ejemplo en octubre de 1514, con el permiso que el rey Fernando vuelve a otorgar expresamente a los casamientos entre los cristianos y las mujeres indias.[63] Claro que ello es también benéfico en lo que se refiere a la posibilidad de contribuir a la estabilidad social de sus dominios en las Indias, cuando ya era claro para todos el grado a que había llegado la extinción de la población nativa; pero, de todas formas, vuelve a hacerse explícito, por principio, el rechazo de la discriminación racial en tanto tal. Bien se podría decir que también aquí se hace patente la coherencia pragmática, dando respuesta a las necesidades de los conquistadores y los colonos en las circunstancias en que se encontraban (el mismo Fernando escribe que estos matrimonios serían «útiles y provechosos»[64]), pero es imposible desentenderse de la dimensión ética aquí presente. Aunque, por cierto, en la mismas islas

63. *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de Ultramar*, Real Academia de la Historia, Madrid, 1885-1932, 25 vols., vol. 9, p. 22. En adelante CDU. Ya en marzo de 1503 la reina había expresado su deseo, en instrucciones enviadas a Ovando, que «algunos cristianos» se casaran con «algunas mujeres indias», y mujeres cristianas con algunos indios. Konetzke, *Colección de documentos para la historia de la formación social de Hispanoamérica, 1493- 1810*, *ob. cit.,* vol. II, p. 12.

64. CDU, tomo 9, pp. 22-23.

hubo españoles que consideraron que podían tomar a las indias por la fuerza y obligarlas a casarse con ellos contra su voluntad, apropiándose a la vez de sus propiedades (siempre la traducción a la coherencia pragmática), lo que le impuso al rey la necesidad de volver a referirse a ello (siempre las mismas órdenes volviendo sobre sí mismas como demostración de su inefectividad) estipulando que las mujeres indias debían casarse por propia voluntad.[65]

Y es precisamente esta presencia de los principios éticos, religiosos y jurídicos, la que en su constante contrapunto con la conducta de los funcionarios locales, los conquistadores y los colonos, amén de la de sus patrones en la península, hace de esta estridente disonancia ética uno de los problemas centrales de buena parte de los protagonistas de aquel momento histórico; aunque ello fuera absolutamente irrelevante para el trágico destino de la población nativa en estas tres primeras décadas de la conquista y la colonización.

Para los españoles, como lo hemos visto, la salida de la problemática se encontró, por lo general, en la traducción de tales normas y principios de valor universal a la muy particular, maquiavélica y, en estos primeros años, despiadada coherencia pragmática, y en el delineamiento de un pesado signo de interrogación que dejaron pendiente, como una espada de Damocles, por encima de la humanidad de los pueblos indígenas. Para los indios del Caribe, en medio del horizonte de la extinción, no hubo salida alguna.

No fue casual, entonces, que como consecuencia de las tempranas acusaciones de los dominicos y del interés de la Corona por afirmar la libertad de sus súbditos indígenas, se desarrollara una ardua polémica sobre la guerra justa, la esclavitud y los modos adecuados para propagar la fe cristiana; pero siempre teniendo como trasfondo real la pregunta sobre la misma humanidad de los indios. Este debate se prolongaría durante varias décadas con Montesinos, Palacios Rubios, Matías de Paz, Bartolomé de la Casas, Ginés de Sepúlveda y otros muchos e importantes letrados y teólogos, pero todo tiempo que quedó pendiente un signo de interrogación por encima de la humanidad de los indios, especialmente en aquellos primeros años de la conquista, el mismo fue traducido por conquistadores y colonos en tanto un imperativo de dominación y explotación. Y es que las dudas de los

65. *Ibíd.*, p. 52.

teólogos y letrados y los vaivenes del debate sobre la humanidad o el grado de humanidad de los indios eran, en gran medida, irrelevantes en lo que se refiere al destino de la población y de la región del Caribe por aquellos años. No se trataba solamente de un problema de normas legales o de normas teológicas o jurídicas, sino del lugar que copaba el indio y su categoría humana en la conciencia colectiva de los conquistadores, los funcionarios locales y los colonos, y el modo en que ello se expresaba en la vida cotidiana. O quizás pueda esto formularse también al revés, un problema de la conquista y de la vida cotidiana colonial, de la praxis colonial y de la conformación en medio de la misma, y por la misma, de una muy determinada conciencia colectiva. Y es que el otro, lo otro, el indio, no era solamente un imprescindible andamio en el proceso de construcción del imaginario colonial, sino asimismo un «elemento» real e indispensable para la misma existencia y subsistencia de los colonos.

El «interrogatorio» (encuesta) llevado a cabo en 1517 por los tres frailes jerónimos que fueron enviados a La Española, que se nutrió de la información de algunos de los vecinos más veteranos, oficiales reales y religiosos de la isla, abre ante nosotros una preciosa ventana al lugar que copaba el indio en esa conciencia social que, a partir de la vida cotidiana, se había conformado a lo largo de los años entre los colonos mas veteranos. Una imagen del indio que se había ido construyendo a la par de la conformación de una nueva forma de vida, en el ámbito colonial, de los mismos conquistadores y de los colonos. Ninguno de los interrogados, con una sola excepción, consideró a los indios capaces de vivir en libertad. Si se les dejara libres, volverían a caer en la holgazanería, desnudismo, embriaguez, imprevisión y glotonería, volverían a sus danzas y a sus médicos hechiceros y a comer arañas y culebras, expresaba Antonio de Villasante, que se consideraba a sí mismo como el más familiarizado con las costumbres y las lenguas indias de La Hispaniola. En otras palabras, era necesario salvarlos de sí mismos, de su barbarie y de su propia naturaleza degenerada, tan lejanas de los parámetros propiamente humanos, civilizados y cristianos, que se personificaban en el mismo Antonio de Villasante y en el resto de sus compañeros. Al definir al indio se estaban definiendo a sí mismos. Una conceptualización del otro, del indio, que conllevaba necesariamente la de la propia mismidad de los colonos y de su empresa colonial: no se trataba de la opresión y de la explotación

de los indios, sino de su protección, salvación, redención. Palabras, conceptos, valores, categorías culturales que servían de fundamento para la imprescindible ideología de dominación de los conquistadores y de los colonizadores y para la definición de su misma identidad colectiva. Y todo esto parecía tan lógico y «natural», tan necesariamente «así», tan evidente que no sentían necesidad alguna de ocultar ese nexo entre su conceptualización del indio y sus intereses colonialistas. Cristóbal Serrano, regidor y vecino de Santo Domingo, escribe que si se dejara a los indios en libertad se despoblaría la isla de cristianos puesto que ya no podrían servirse de los indios, y por ende no podrían sostenerse «por que ni podrán cojer oro ni fazer otras granjerías», y que esa sería también la suerte del resto de las islas y de tierra firme. Y debido a que «el trato es por razón del oro» provocaría «la mayor perdida» que la Corona Real podría sufrir en el presente y en el futuro. Y entonces, según otro de los vecinos, Vázquez de Ayllón, era mejor que fueran hombres siervos que bestias libres. El indio como esclavo por su propio bien. Los colonos quizás no conocieran la filosofía aristotélica y su teoría sobre la esclavitud natural, acorde a la que el grado de *logos* de tales esclavos sólo alcanza para entender las órdenes que reciben, pero como vemos habían extraído de la experiencia cotidiana sus propias «verdades» al respecto. Además, sabían que los indios no mostraban ambición o deseo de riqueza, que eran, según Cristóbal Serrano, los móviles que impulsaban a los hombres a trabajar y adquirir bienes, y por ello carecían de lo necesario para vivir por sí mismos si no eran vigilados por los españoles. Los indios no tenían, simplemente, ni idea del *homo economicus* que iba perfilándose en aquella época de la Europa occidental. La muerte ya se había apoderado de la enorme mayoría de la población de la isla en contados años, pero Serrano nos dice que esa esclavitud era necesaria para poder ayudarlos a vivir, a los mismos indios, claro está. Y es que estos colonos vivían una realidad imaginada, construida, inventada, colonial, en la que tanto ellos como los indios poseían un perfil y un lugar muy definido y justificado, cuyo significado se daba en función de su alejada y específica ubicación en la gran red colonial, que ni terminaba en La Hispaniola, ni comenzaba en la península ibérica, y que pronto abrazaría progresivamente al mundo entero. Se habían topado con el indio, vivían a su lado, pero nunca se habían encontrado con él. Y lo que supuestamente conocían de él se

daba en medio del horizonte conceptual, axiológico, emotivo y terminológico de esta avanzada, en el extremo occidente, de la praxis del colonialismo mercantil europeo. Y no sólo esto, sino que por su experiencia, durante largos años, estos habitantes de La Hispaniola también eran concientes de que era muy difícil inculcar a los indios hábitos de honestidad y de sobriedad. Parecería no haber esperanza alguna de redención porque, dice Juan de Ampíes, cuando los españoles los azotaban o les cortaban las orejas como castigo, ¡los culpables no resultaban menos reputados por sus compañeros! Así se les conceptualizaba y se les valorizaba, y éste era el ambiente emotivo en que se relacionaban a los últimos y pocos restos que aún quedaban, en 1517, de la población de la isla.[66]

Existieron otros mecanismos, aparte del de la deshumanización, para hacer posible la traducción de lo ético y lo religioso a lo pragmático neutralizando la disonancia ética, y entre ellos sobresalieron el castigo ejemplar, la defensa propia y la masacre preventiva. Otra vez lo de siempre: vaya uno a saber quien tiró el primer tiro o lanzó la primera lanza. El mismo Ovando dio una serie de lecciones «ejemplares» como parte de su «pacificación» de La Hispaniola. Cuando los indios en la isla de Saona se rebelaron contra la tripulación de un barco al que abastecían de pan cazabe, luego de que uno de los españoles lanzó, sin razón alguna, a uno de sus perros para que despedazara al cacique local, Ovando envió de inmediato un contingente que «simplemente» terminó con toda la población de la isla.[67] Asimismo la «reina» de la península de Higuey, al sureste de La Hispaniola, fue degollada y fueron tomados numerosos cautivos.[68] El pretexto, en este último caso, fue que los indios querían rebelarse, lo que no deja de asombrar a Alonso de Suazo, quien en 1518 escribe que se trataba de «gente desnuda, que solo un cristiano con una espada basta para doscientos indios». El resultado fue la matanza de siete u ocho mil indios.[69] Esto era un castigo. Masacre preventiva era otra cosa, tal cual sucedió en

66. El original de este importante documento se encuentra en el Archivo General de las Indias, Sevilla, en «Indiferente, legajo 1624.(1)». Puede verse, asimismo, en Emilio Rodríguez Demorizi, *Los dominicos y la encomienda de indios de la Isla Española*, Academia Nacional de la Historia, Santo Domingo, 1971

67. Sauer, *The Early Spanish Main*, *ob. cit.,* pp. 148-149.

68. *Ibíd.*, pp. 149.

69. CDI, tomo I, pp. 306-307.

Xaraguá, en la región occidental de la isla. Regía los destinos de tal región la «reina» Anacona, quien junto con su difunto hermano Behechio, había recibido amistosamente a Colón e inclusive había acordado otorgarle un tributo voluntario. También con Roldán, el enemigo de Colón, había logrado entablar relaciones amistosas y acuerdos favorables a los españoles. Y Anacona recibió en el mismo espíritu también a Ovando y a sus soldados, en son de amistad, con agasajo y festejos, y congregando a numerosos caciques de la región en su honor. Pero «sospechando» (con o sin comillas) de una posible confabulación contra ellos, los españoles organizaron la celada, y en medio de los festejos, al darse la señal, el toque de una trompeta, comenzó la masacre (sin comillas). Todos los caciques fueron quemados en el palacio, o acuchillados fuera de él, y la reina ahorcada en la plaza. En lugar de Xaragua Ovando fundó una villa que se llamó Santa María de la Vera Paz.[70] Si esto era la «pacificación», pues el nombre no podía ser mas adecuado, y esto ya nos va adelantando algo sobre la enorme importancia de la manipulación de la terminología en la conformación de la coherencia pragmática. Y es que la conceptualización y la terminología son esenciales en la neutralización simbólica de las disonancias éticas, permitiendo continuar con la opresión, la explotación y las matanzas, sin necesidad de renunciar a los valores y a la personalidad colectiva, cristiana en este caso, de otra índole en tantos otros. Oviedo, por cierto, refiriéndose a las entradas de los españoles en la zona de Darién, escribiría que lo que «llamaban pacificar era yermar e asolar e matar e destruir la tierra de muchas maneras, robando e acabando los naturales de ella».[71] Y agrega aún, que «porque yo lo decía algunas veces, me tomaron en mala opinión los que quisieran que yo hobiera seguido el camino de los otros jueces»,[72] lo que nos viene a ilustrar, otra vez más, el modo en que lo jurídico engranaba cotidianamente con la constante legitimización de la coherencia pragmática, exenta de cualquier consideración de índole moral, religiosa o jurídica.

De este modo Ovando aseguró su dominio directo sobre la isla y sobre toda su población, pero, claro está, ello no fue sino la conse-

70. Sauer, *The Early Spanish Main*, *ob. cit.*, p. 153.

71. Fernández de Oviedo, Gonzalo, *Historia general*, vol. III, parte II, Libro XXIX, cap.15, p. 267.

72. Ídem.

cuencia de su necesidad de defenderse de los indios... Y lo que enseñó tan claramente Ovando, fue emulado con creces por sus alumnos en el resto del Caribe, como en los notorios casos de Diego Velázquez en Cuba y Ponce de León en San Juan. En lo que se refiere a esta última isla el rey Fernando le escribe al alcalde, en febrero de 1512, permitiéndole hacer la guerra a los caribes, esclavizarlos y enviarlos hacia donde quisieran, «para que antes y mejor se puedan destruir», estipulando que lo que lo indujo a tal decisión fue «lo mucho que deseo verla (a San Juan) pacificada.».[73] La destrucción y la pacificación iban de la mano en la construcción del nuevo mundo.

Pero si en España se debatía sobre ética, principios cristianos, Aristóteles y Santo Tomás, mientras que la espada y el repartimiento hacían estragos en la población nativa, lo que sí se convirtió en una urgente necesidad para el rey Fernando fue la definición de «la guerra justa» y el asegurar que los conquistadores se acataran a la misma. O sea que también la justicia se convertiría en uno de los mecanismos de traducción de lo ético y lo religioso a la coherencia pragmática; también la justicia era movilizada para neutralizar la estridente disonancia moral. Y bueno es volver a recordar que el rey detentaba el patronato real, por lo que no era una cuestión exclusivamente ética, sino que real y formalmente debía y tenía por obligación el escandalizarse.

En 1513, tres años luego del sermón de Montesinos y un año después de las Leyes de Burgos, el letrado real Palacios Rubios redactó el famoso *requerimiento*, que venía a asegurar, supuestamente, que no hubiera atropello alguno por parte de los conquistadores contra la población nativa. Se trataba de un documento que debía ser leído a los indios por medio de un traductor antes del comienzo de la conquista, explicándoseles desde la versión católica de la creación del mundo y del hombre hasta la donación del Papa Alejandro VI de todas las islas y tierras firmes del Mar Océano a los monarcas españoles, a la par que se aprovechaba la oportunidad para enseñárseles los principios básicos de la doctrina católica. Todo ello como antesala legitimadora de la exigencia de sometimiento a la Corona y de la aceptación del cristianismo. En caso de que no fuera así el camino

73. CDI, tomo 32, p. 345.

quedaba libre para «la guerra justa» y la esclavización.[74] Un escribano y un clérigo eran responsables de que todo ello se llevara a cabo de acuerdo con las órdenes reales. Dejemos al lector imaginarse la escena que tendría lugar en aquellas playas con la erudita proclama histórica-política-jurídica-teológica frente a aquellos hombres semidesnudos o desnudos, que ni entendían el idioma ni de poder haberlo entendido hubieran comprendido el mensaje del requerimiento., y que a veces ni llegaban a escucharlo por las distancias que los separaban de los españoles, o por haberse escapado aterrorizados. ¿Absurdo, ridículo, surrealista, una burla a la inteligencia? ¿Un ejemplo definitivo de la traducción de lo ético y de lo lógico a la coherencia pragmática? Muchos lo pensaron así en la misma época, pero no faltan historiadores que lo consideran, a pesar de sus imperfecciones, como «el primer despertar de la conciencia en las colonias de ultramar».[75] Sin lugar a dudas la perspectiva histórica nos permite realizar verdaderas maravillas que no pueden ser apreciadas en toda su magnitud en los momentos reales del acontecimiento. Pero Bartolomé de las Casas escribió que no sabía «si reír o llorar», y el historiador Oviedo nos relata, de primera fuente, que nada menos que el mismo Palacios Rubios parecía reírse de ello muchas veces y afirmaba que con el requerimiento quedaba satisfecha la conciencia de los cristianos.[76] El mismo Oviedo nos relata que Pedrarias Dávila le solicitó proclamar el requerimiento frente a los indios, a lo que Oviedo le respondió en medio de la risa de todos los presentes: «Señor, paréceme que estos indios no quieren escuchar la teología de este requerimiento, ni vos tenéis quien se la de a entender. Mande vuestra merced guardarle hasta que tengamos algunos de estos indios en la jaula, para que despacio lo aprenda e el señor obispo se lo de a entender».[77] Silvio Zavala, a quién tanto debe la historiografía de este período, comenta estas palabras de Oviedo escribiendo que «no faltó agudeza a estos españoles para convertirse en críticos de sus propias accio-

74. Para una incisiva crítica del requerimiento, véase Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias,* Libro III, cap. LVII, vol. II, pp. 308-309.

75. Richard Konetzke, *América Latina. La época colonial*, *ob. cit.*, p. 155.

76. Fernández de Oviedo, Gonzalo, *Historia general,* parte II, Libro XXIX, cap. VII, pp. 230-231.

77. Ídem.

nes».[78] Pero en este caso, si bien no faltó la agudeza, lo de la crítica es más bien problemático. Más bien parecería que queda muy clara la inteligencia, por parte de todos, del código implícito, propio de la traducción de lo ético y lo religioso a lo pragmático. Las risas son la irrebatible demostración de tal hipocresía. Bueno es poner atención a la conciencia del fraude, en la que se vuelve a dejar constancia de la disonancia ética, pero también al ambiente emotivo, a las bromas, y al desprecio hacia los indios que se hace patente en las palabras del mismo Oviedo. David Brading escribe que el que «semejante texto hubiera podido ser enviado al Nuevo Mundo resulta un comentario suficiente sobre el implícito desdén de su autor a los indios y al Evangelio cristiano».[79]

Muy pronto la farsa del requerimiento fue de conocimiento general; de los conquistadores y de los indios, y también del mismo rey. E ilustramos esto del requerimiento citando precisamente a Oviedo y, no solamente a Bartolomé de las Casas, el gran defensor de los indios, porque se trata del mismo Oviedo que no sólo estuvo con Pedrarias, sino que en algunos pasajes de sus escritos no deja de referirse a los indios del modo más denigratorio posible, llegando a escribir que por su degenerada condición humana «Dios consintió que se le acabasen las vidas, permitiendo que algunos inocentes, y en especial niños baptizados, se salvasen e los demás pagasen»;[80] y por ello cobra aún más importancia su testimonio de lo ridículo y absurdo del requerimiento instrumentado en tanto conducto evidente de traducción de lo ético-religioso y jurídico a la coherencia pragmática. Bartolomé de las Casas escribió sobre el requerimiento que era «injusto, impío, escandaloso, irracional, absurdo...».[81]

78. Silvio Zavala, *Filosofía de la conquista,* Fondo de Cultura Económica, México, 1972, p. 30.

79. David Brading, *Orbe indiano. De la monarquía católica a la república criolla, 1492-1867,* Fondo de Cultura Económica, México, 1991, p. 100.

80. Oviedo, *Historia general*, Libro III, cap. VI, p. 67, tomo I. Alexandre Coello de la Rosa escribe que Oviedo, como cronista real de la las Indias se manifestó contra los «indios diabólicos» al tiempo que exaltaba el destino providencial español, en tanto sus opiniones personales le llevaron a criticar la arrogancia, codicia e incompetencia militar de algunos conquistadores españoles («¿Indios buenos? ¿Indios malos? ¿Buenos cristianos? La cara oscura de las Indias en Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés», *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Universidad de Barcelona, vol. V, n. 101, 15 de noviembre de 2001).

81. Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias*, Libro III, cap. LVIII, vol. II, p. 312.

Quizás este ejemplo del requerimiento, entre otros muchos que nos ocupan, pueda ser una prueba irrefutable de lo fútil de escribir una historia mera y exclusivamente legal, o de las ideas en general, o de valorizar determinados acontecimientos sin contextualizarlos adecuadamente en el proceso histórico y sobre todo en su relevancia con respecto al sujeto histórico. Lo que para muchos historiadores es el despertar de la conciencia humana en ultramar,[82] para los indios fue la legitimación jurídica de su esclavización y su exterminio. Pero no sólo ello, puesto que hay de contextualizaciones a contextualizaciones. Así, por ejemplo, nos topamos con investigaciones de la documentación jurídica de las Indias en las que se hace muy clara la aspiración de pasar «de los esquemas teóricos a las realidades de la vida diaria y penetrar en los rincones del hombre y sus circunstancias», pero a la vez se considera que es imposible someterse a «criterios de ética o de moralidad que necesariamente conducen a juicios de valor que escapan a una comprobación de naturaleza científica».[83] Esta última afirmación puede ser discutible, pudiéndosele también considerar como acertada, pero nos parece que no es discutible el que los criterios de ética o de moralidad, en un determinado momento histórico, son tan reales, tan parte de la realidad, como cualquier otro de los componentes de la misma (económicos, políticos, jurídicos, etc.). Y en lo que se refiere directamente a nuestro tema, es importante volver a recordar que no se trata de tal o cual valorización moral, con ribetes anacrónicos por parte nuestra, puesto que la conciencia de la estridente disonancia ética era patrimonio general, y uno de los hechos más significativos de la realidad de aquel mismo momento histórico.

Quizás uno de los testimonios más prominentes de la conciencia de tal problemática sea la necesidad que sintieron personas como Oviedo, por ejemplo, de explicar-justificar la devastación de la pobla-

82. Ya recordamos a Richard Konetzke. Lewis Hanke, por su parte, titula uno de sus capítulos «El requerimiento, un documento extraordinario», y aunque estipula claramente lo inoperante del requerimiento y lo absurdo del mismo, considera que «durante los años 1511-1513 surgieron y se respondieron las más inquietantes cuestiones que pueda preguntarse cualquier nación colonizadora» (Lewis Hanke, *La lucha española por la justicia en la conquista de América*, *ob. cit.*, p. 72).

83. Alfredo Jiménez Núñez, «Epiqueya indiana o por qué, a veces, la ley se obedece pero no se cumple», en *El Reino de Granada y el Nuevo Mundo*, tomo 3, Diputación Provincial de Granada, Granada, 1994, pp. 265-277.

ción indígena en función de la satanización de las mismas víctimas. Comprendiendo que las categorías culturales –la barbarie de los indios y la civilización de los españoles– no eran suficientes para justificar de modo alguno el trágico destino de los primeros, se intenta neutralizar la estridente disonancia ético-religiosa a partir, precisamente, de estos mismos principios cristianos, convirtiéndoseles, de tal modo, de valores absolutos en medios de justificación ideológica. Una justificación imprescindible para no pocas de las almas más sensibles, ante la necesidad de mantener sus santas creencias en medio de la gran hecatombe; aunque para otros fuera, simplemente, la justificación ideológica de su violencia y de sus matanzas perpetradas y por perpetuar.

En este espíritu, al referirse a la población de La Española, Oviedo escribe los siguientes y estremecedores párrafos[84]:

> Ya se desterró Satanás desta isla; ya cesó todo con cesar y acabarse la vida a los mas de los indios, y porque los que quedan de ellos son ya muy pocos y en servicio de los cristianos o en su amistad. Algunos de los muchachos y de poca edad destos indios podrá ser que se salven, si creyesen y baptizados fueren como lo dice el Evangelio.

No es que desapareciera la población de la isla, que según Oviedo podía haber llegado en el momento de su descubrimiento a un millón de personas o más, de las que quedaban, nos dice en ese 1548 en que escribía, apenas 500 personas,[85] sino que se había desterrado a Satanás. Otra conceptualización y otra terminología, otro simbolismo y otra axiología bajo el manto de la teología, haciendo posible, para muchos, el mantenimiento de su identidad colectiva, de su mundo ético y emotivo, en medio de los valles y las planicies de la devastadora mortandad.

Por cierto, esta satanización teológica, que por lo general no era recordada por la mayoría de los colonos y los conquistadores, constituía también ella una proyección del mismo mundo de los españoles, y volvía a reforzar su propia identidad. Y es que, como lo expresa J. H. Elliott «al enfrentarse con las características más misteriosas de

84. Oviedo, *Historia general*, Libro III, cap. 3, p. 124, t. I.
85. *Ibíd.*, Libro III, cap. 6, p. 66, t. I.

las sociedades desconocidas, la de Europa del siglo XVI, obsesionada por el conflicto cósmico entre Dios y el diablo, encuentra las respuestas a su confusión en el *diabolus ex machina*».[86] Sólo que no era exclusivamente cuestión de confusión y de falta de entendimiento, de una limitación propia del mismo mundo conceptual de los unos frente a los otros, sino que en el contexto de la conquista y la colonización tales respuestas portaban asimismo un marcado significado ideológico, siendo para muchos no sólo una explicación cognitiva sino una justificación, un andamio más en la construcción de su mundo colonial. No era el intento de comprender lo que era, sino de imponer lo que debía ser en función de su intencionalidad originaria.

Intencionalidad y conciencia pragmática

La intencionalidad originaria de nuestras acciones puede jugar un papel decisivo en la conformación progresiva de la conciencia social y en la estructuración de los cinco ámbitos que es dable distinguir analíticamente en la misma: el de los contenidos cognitivos, el conceptual, el axiológico, el emotivo y el terminológico, que, por cierto, van definiendo, construyendo, la misma «realidad». En nuestro caso lo que nos interesa es aquella intencionalidad originaria, o aquellas expectativas, que fueron propias del rey, de los descubridores, los conquistadores y de los colonos. Pero ante todo se impone el caso de Colón.

Colón salió con la intención de llegar al Lejano Oriente por el occidente, y cuando tropezó con las islas Bahamas, Cuba y La Hispaniola, «encontró» finalmente lo que buscaba, o sea que sus nuevos contenidos cognitivos fueron conceptualizados en función de su intencionalidad originaria, a la par de la terminología correspondiente. Nunca se imaginó que no hubiera llegado a la costa oriental de Asia, y por ello no tuvo nada de raro el que se encontrara también con los «indios». Aún al regreso de su último viaje a América le escribió al Papa que había ganado 14.000 islas y 333 leguas del continente asiático, y que La Hispaniola era Tarsis, Escilia, Ofir y Ofaz y Cipango.

86. H. Elliott, *España y su mundo, 1500-1570,* Alianza Editorial, Madrid, 1991, p. 87.

Pero, debemos presentar una pregunta más: ¿para qué quería Colón llegar al Lejano Oriente? Mucho se ha escrito al respecto, y los investigadores basándose en las fuentes primarias, han optado por dar mayor peso a tal o cual motivación. Sin lugar a dudas es imposible desentenderse del hecho fundamental de que para lanzarse a tamaña empresa, Colón debió haber estado sediento de gloria y haber sido un apasionado del riesgo y la aventura. Al fin y al cabo nadie podía asegurar que volvieran de la misma. Pero para muchos estudiosos lo definitivo fue su pasión y su celo cristiano. Jacques Heers, por ejemplo, escribe que, sin duda alguna, «Colón, se cree, se sabe, mensajero de Dios»,[87] y Tzvetan Todorov escribe que el móvil que animaba a Colón era «la victoria universal del cristianismo», y que la devoción religiosa se encontraba infinitamente más cerca de su corazón que el oro, lo que en opinión de este autor se veía muy claramente explicitado en una carta que le escribió al Papa.[88] Pero en verdad éstas son precisamente el tipo de demostraciones difíciles de calibrar puesto que ¿qué otra cosa podía haberle escrito al Papa? No es que no se diera el fervor religioso, lo cual es innegable; la divina Providencia se encontraba siempre presente, pero asimismo es posible citar numerosas expresiones del Colón sediento de oro que iba saltando de isla en isla para encontrarlo, y su monopolio comercial en La Hispaniola refuerza esta otra perspectiva muy seriamente. Carl O. Sauer considera que «desde su primer desembarco hasta el final de sus días el oro obsesionó a Colón, dirigió sus exploraciones, y dominó su conducta»;[89] y Beatriz Pastor, por su parte, al referirse a la representación de América en tanto una utopía comercial, tal cual considera que se da en los escritos de Colón, escribe que «el carácter gratuito de las mercancías se conjuga con su valor material para crear una representación utópica que convierte a América en figura de provecho, ganancia pura, paraíso comercial, sueño dorado de cualquier mercader».[90] El mismo Colón, en 1503, escribía que «el oro es excelentísimo, del oro

87. Jacques Heers, *Cristóbal Colón,* Fondo de Cultura Económica, México, 1981, p. 413. Véase al respecto su capítulo titulado «Evangelización», pp. 412-439.

88. Tzvetan Todorov, *La conquista de América. El problema del otro*, Siglo XXI, México, 1994, p. 20.

89. Sauer, *The Early Spanish Main*, *ob. cit.*, p. 23.

90. Beatriz Pastor, «Utopía y conquista», en *El indio, nacimiento, y evolución de una instancia discursiva*, CERS, Montpellier, 1994, p. 98.

se hace tesoro, y con él quien lo tiene hace cuanto quiere en el mundo, si Dios Nuestro Señor no lo contradice, y llega a que echa las ánimas al Paraíso».[91]

La trama de motivaciones, expectativas e intenciones, religiosas y de otra índole, era sumamente compleja en este primer temerario que cruzó el Mar Océano, tan compleja como su personalidad, y no existe causa alguna para reducirla a la unidimensionalidad con el mero fin de aprisionarla en una fórmula coherente y definida. La coherencia psicológica es algo mucho más complejo. Y además debemos agregar a todo esto la dimensión legendaria que acompañó, en determinada medida, buena parte de las primeras navegaciones y descubrimientos. Se buscaban las islas de los Hombres (gigantes) y de las Mujeres (amazonas), California entre estas últimas; y la «ínsula perdita» o Antillas; la isla de Bimini con su fuente de la juventud, y todo ello, y mucho más, en medio de una región en la que se suponía que pululaban monstruos y seres míticos de toda índole. Y seguramente que debemos recordar la famosa leyenda de El Dorado, aunque algo posterior, que se creó en la misma región, y que como un poderoso imán aurífero ayudó a tantos aventureros codiciosos a internarse en su Nuevo Mundo, e ir descubriéndolo río a río, corriente a corriente, camino a camino. Aunque todo esto era el imán, y al llegar y poner pie en la tierra de la realidad, las referencias se dirigen a su experiencia histórica, y al pasar por vez primera ante los templos mayas, por ejemplo, se les denomina mezquitas.

En esos primeros años todo parecía juntarse y confundirse en la persona del almirante. Colón fue el primero que tuvo el valor para arriesgarlo todo por lo que para todos era un tenebroso signo de interrogación y que para él era un tentador signo de admiración; pero los que salieron en pos suyo, luego de su primer viaje, y también el mismo Colón a partir del segundo, ya sabían de los indios, del oro, y de la posibilidad de conseguirlo. El metal divino, y muy pronto también las perlas, brillarían desde el occidente inclusive más fulgurosamente que los mitos y las leyendas, o que las pregonadas, y para algunos sinceras aspiraciones de evangelización. Al fin y al cabo pasaron unos 20 años hasta que se dieron los primeros intentos de comenzar

91. Cristóbal Colón, «Relación del cuarto viaje, Jamaica, 7 de julio de 1503», en *Textos y documentos completos*, Juan Gil (ed.), Alianza Universidad, Madrid, 1992, p. 497.

tímidamente la evangelización de los indígenas, lo que consideramos como un argumento definitivo en este debate, especialmente cuando durante este período, como ya lo hemos señalado, se alcanzó a enviar 30 toneladas de oro a España y a Europa, y se extinguió prácticamente la mayor parte de la población indígena del Caribe. El encuentro entre Montesinos y los colonos de Santo Domingo dejó muy claro cuáles eran los valores mas brillantes y de mas peso entre los colonos del Caribe, y cuales eran las sensibilidades, o insensibilidades, que entretejían su mundo emotivo, en medio de una red terminológica que más venía a ocultar y a reprimir que a comunicar. Los principios cristianos ahí estaban, pero planeando demasiado alto y demasiado lejos, y los mitos y las criaturas mitológicas eran huidizos, atrayentes, pero siempre más allá, siempre a la vuelta del próximo cabo, atrayentes pero nunca presentes. Las pepitas de oro, en cambio, a veces más escasas, a veces más abundantes, eran palpables; las vetas de oro, reales; los indios, repartidos y encomendados, cazados y esclavizados. El encumbrado del Caribe que sólo ayer era un don nadie en España (Pizarro y Almagro eran analfabetos), se paseaba por las calles de Santo Domingo, de La Habana o de Castillo de Oro, como un desafío andante para que también los otros probaran su buena suerte.

Y cuando en algún lugar había ya demasiados españoles, o los indios y el oro comenzaban a escasear, se salía en busca de mejor suerte a otras tierras. Es así que Bernal Díaz del Castillo nos relata que llega a Tierra Firme con Pedrarias Dávila, pero, como había demasiados soldados en el lugar, pasa con otros compañeros a la isla de Cuba, donde Diego Velázquez les prometió indios; pero, otra vez, junto con otros colonos que no habían recibidos su encomienda de indios, se pusieron de acuerdo con Hernández de Córdoba para que fuera su capitán, «para ir a nuestra ventura a buscar y descubrir tierras nuevas para en ello emplear nuestras personas» . Y no olvidaron de llevar con ellos un veedor «para que si Dios nos encaminase a tierras ricas y gente que tuviesen oro o plata, o perlas, u otras cualesquier riquezas, hubiese entre nosotros persona que guardase el quinto real».[92] Lo que es una forma decorosa de no recordar los otros cuatro quintos. Y

92. Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de Nueva España.* Introducción y notas de Joaquín Ramírez Cabañas, Editorial Porrúa, México, 1992, cap. I, p. 4. En adelante, BDC.

con estas intenciones partieron en un viaje que los llevaría a descubrir la provincia de Yucatán y continuar por la costa mexicana hacia el norte.

La terminología que se fue creando por aquellos años es un claro índice de todo esto, y de lo fundamental de la intencionalidad originaria en la configuración de un lenguaje que, a su vez, va definiendo el sentido de la construcción social de la realidad. Cuando se decide traer indios a La Hispaniola se les trae de «las islas inútiles», que eran aquellas en las que no se había descubierto oro; también la geografía era jerarquizada, o sea significada, en función del criterio pragmático: útiles o inútiles. Y cuando el rey Fernando envía a Pedrarias Dávila a que tome posesión de la región de Darién, en lugar de Vasco Núñez de Balboa, luego de haber recibido tentadoras noticias sobre el oro, las perlas y el nuevo Mar del Sur, o sea el Océano Pacífico, denomina al lugar con un nuevo nombre: Castilla de Oro. Y acorde a ello envió una expedición con veinte barcos y nada menos que dos mil hombres. Una flota del tamaño de la codicia real partía hacia una región que no era «inútil»: Castilla de Oro. Y a las islas antillanas de los Lucayos y las de Baraguana se les denominó Herrería de Oro. Y lo mismo sucedía con la población, que era dividida entre «indios de razón», que se rendían, e «indios de guerra» que luchaban contra los conquistadores, en tanto las indias eran denominadas «indias de cama» o «indias de labor», dependiendo del modo en que se les utilizaba. Y al venir a repartirse los indios entre los españoles éstos se referían a ellos como «piezas», tal cual recuerda Bartolomé de las Casas lo que vivió personalmente en Cuba: se les «llamaba piezas por común vocablo», diciendo «yo no tengo sino tantas piezas, y ha menester para que me sirvan tantas, de la misma manera que si fueran ganado».[93] Por lo demás eran todos «indios», categoría colonial y colonizadora que se desentendía de todas las diferencias culturales y de grados de civilización existentes entre ellos, los homogenizaba, muy pragmáticamente, bajo una denominación que venía a significar su calidad de dominados, de utilizables, diferenciando sólo entre los que ya lo eran por sumisión y los que lo serían por la fuerza. Eran el «otro» reducido a su calidad de objeto de instrumentación y de explotación, y en caso necesario, desechable. Y lo mismo sucedía con

93. Bartolomé de las Casas, *Historia de la Indias*, Libro III, cap. XXV, p. 235.

los nuevos nombres que descubridores y conquistadores iban otorgando a las tierras, pueblos, bahías, ciudades con las que se iban topando y de las que se iban apropiando simbólicamente, a la par de la imposición y la conquista real, desentendiéndose de los nombres ya existentes, o sea de los pueblos indígenas, de su historia, de su cultura, de su relación vital con sus tierras, con su patria, en fin, desentendiéndose de su presencia humana, desconociéndola. Ellos sabían cómo los diversos pueblos indígenas las nombraban, pero las renombraban, y nada ilustra mejor el significado de todo ello que la denominación propuesta por Hernán Cortés para las tierras por él conquistadas: la Nueva España. Y en esto de la terminología ya hemos recordado previamente el significado real de la «pacificación». Enrique Florescano, al referirse a los escritos de Colón, de Cortés, de Fernández de Oviedo y de Bernal Díaz del Castillo, escribe que «en todos estos casos el lenguaje acompaña y completa el proceso militar de la conquista, pues nombra, denomina y confiere un nuevo significado a la naturaleza, los hombres y las culturas nativas».[94]

En la misma península, por cierto, se hablaba de los «indianos» refiriéndose a aquellos españoles de las Indias que se enriquecían rápidamente y no precisamente por los medios más escrupulosos. Guillermo Céspedes del Castillo escribe que la nobleza castellana se aprovechó de la mala fama de las empresas de ultramar para resistir la promoción a sus filas de los conquistadores, a quienes veían como «pretenciosos advenedizos con las manos teñidas de sangre de inocentes indios y con riquezas al menos de origen sospecho».[95] Y esta perspectiva de la nobleza de la metrópolis reforzaba la conciencia de la diferencia propia de los nuevos pobladores de las Indias.

Pero lo definitivo para los conquistadores y los colonos, en lo que se refiere a la praxis colonial, no era esta intencionalidad original, sino su conjunción con la lejana circunstancia caribeña en las que se le intenta concretizar. Una circunstancia y una intención original en las que los principios y la ética cristiana, el proselitismo religioso y las órdenes e instrucciones reales eran fácilmente transmutados gracias al

94. Enrique Florescano, *Memoria mexicana*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987, p. 261.

95. Guillermo Céspedes del Castillo, *Historia de España, dirigida por Manuel Tuñón de Lara, vol. VI, América Hispánica (1492-1898)*, Editorial Labor, 6ª reimpresión, 1988, Madrid, pp. 90-91.

arte de su traducción a la coherencia pragmática, o sea la alquimia de la distancia y la codicia.

Luego de describir elogiosamente las órdenes reales que indicaban como proceder con los indios, «que más santas no puede haberlas», Pedro Mártir de Anglería escribiría los siguientes párrafos que ilustran patentemente lo que venimos diciendo:

> ¿Pero qué sucede? Idos a mundos tan apartados, tan extraños, tan lejanos, por las corrientes de un océano que se parece al giratorio de los cielos, distantes de las autoridades, arrastrados de la ciega codicia del oro, los que de aquí (España) se van mansos como corderos, llegados allá se convierten en rapaces lobos». Y agrega aún: «Los que se olvidan de los mandatos del Rey, se les reprende, se les multa, se les castiga a muchos; pero cuanto más diligentemente se cortan las cabezas de la hidra, tantas más la vemos pulular. Aténgome al proverbio aquél[96]: en los que muchos pecan, impune queda».

Y Motolinía escribiría pocos años más tarde acentuando el magnetismo del oro:

> Si alguno preguntase que ha sido la causa de tantos males, yo diría que la codicia, que por tener en el cofre algunas barras de oro […] queda la desventurada, ánima pobre, fea y desnuda. ¡Oh, cuántos por ésta negra codicia desordenada del oro de esta tierra están quemándose en el infierno![97]

Y el mismo Hernán Cortés recordaría en 1524 lo que había visto y vivido en las islas del Caribe:

> Todos o los más tienen pensamientos de haberse con estas tierras (Nueva España) como se ha habido con las islas que antes se poblaron, que es esquilmarlas y destruirlas y después dejarlas.[98]

Claro está que las disonancias éticas son patrimonio de toda sociedad y que en la vida cotidiana se encuentran los mecanismos que nos

96. Pedro Mártir de Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo*, Ediciones Polifemo, Madrid, 1989, Década VII, Libro IV, cap. I, p.517.

97. Fray Toribio de Benavente «Motolinía», *Historia de los indios de Nueva España*, tratado I, capítulo III, p. 69.

98. HC, *Cuarta carta-relación*, p. 322.

hacen posible vivir en paz con Dios y con el Diablo, en aquella época, en otras y en la nuestra. Pero lo que nos hace centrarnos de modo especial en la disonancia ética en el Caribe de entonces es el que la paz con el Diablo, en nombre de Dios, no implicó «una canita al aire» ni un crimen ocasional, ni tampoco los horrores de los tiempos bélicos tras la cortina de humo de las balas y la polvareda de los caballos, sino la crueldad cotidiana a pleno sol, la esclavización diaria y a menudo las matanzas, la confabulación activa en lo que todos sabían y veían lo que era la acelerada extinción de los indígenas, tal cual se expresa en los diferentes testimonios de diversos protagonistas que tomaron parte en todo ello y que recordamos y citamos explícitamente en estas páginas. Al fin y al cabo, fue allí que surgió como necesidad vital el baquiano, profesional de diversas ocupaciones y, entre ellas, también guía y cazador de esclavos para bien y gloria de La Hispaniola cuyos indios escaseaban cada vez más.

Codicia, terrenos incógnitos, constantes peligros y la necesidad de encontrar respuestas efectivas a las urgentes necesidades, fueron creando a ese nuevo profesional que fue el baquiano, que se organizó en *compañías*, que sabía cómo hacer las cosas, y que salía con sus armas, sus caballos y sus perros con toda clase de objetivos, entre los que sobresalía, en esa primera época, la caza de esclavos.[99] Y en el negocio estaban los gobernadores, que daban el visto bueno o que tomaban la iniciativa para nombrar a los capitanes de las incursiones y recibían posteriormente su parte del botín;[100] los empresarios y los comerciantes que financiaban la empresa y proveían a las compañías de todo lo necesario, ya fuera desde España o desde las mismas Indias,[101] los vecinos y los mineros que compraban los esclavos, las tripulaciones de los barcos, la administración local y los magistrados que permitían

99. Céspedes del Castillo, *América Hispánica (1942-1898), ob. cit.*, pp. 73-75.

100. Véase, por ejemplo, Pascual de Andagoya, *Relación y documentos*, Historia 16, Madrid, 1986, pp. 86-87.

101. Entre otros escritos de Enrique Otte al respecto, puede verse su excelente artículo «Los mercaderes y la conquista de América», en Francisco de Solano *et al.*, *Proceso histórico al conquistador*, *ob. cit*. Guillermo Céspedes del Castillo escribe que «poquísimas fortunas se basaron en el botín de ninguna conquista, si no fue la de algún comerciante que no participó en ella», y agrega que los elevadísimos costes de transporte fueron debidos a las enormes distancias, a los grandes beneficios comerciales para compensar riesgos y pérdidas de mar y tierras, y a la usual codicia de los intermediarios (*América Hispánica*, p. 90).

todas las «transacciones», y muchos más.[102] También lo sabían el rey, los funcionarios inmiscuidos y a menudo corruptos, y los encomenderos absentistas que se beneficiaban a larga distancia, aunque ellos quedaban en el plano de la coherencia lógica, ética y jurídica. Firmaban documentos y recibían los beneficios, las manos «limpias» y las arcas llenas. Los españoles del Caribe, en cambio, debían traducirlo todo a la coherencia pragmática. Y al hacerlo iban creando su Nuevo Mundo, (re)creándose a sí mismos.

Oviedo nos deja, en las páginas de su *Historia general y natural de la Indias*, un detallado e inapreciable testimonio de la mecánica y del entramado de la corrupción, al que ya nos hemos referido previamente, que se extendía desde la península hasta las Indias y desde éstas a la península, y que se encontraba estrecha y esencialmente ligado tanto a la búsqueda del oro como al trágico destino de los indios y a su extinción. Sin entrar al detalle de los diversos casos concretos a los que se refiere, veamos, por lo menos, el siguiente pasaje general:

> Dieron asimismo gran causa a la muerte de esta gente, las mudanzas que los gobernadores e repartidores ficieron de estos indios; porque, andando de amo en amo e de señor en señor, y pasando los de un codicioso a otro mayor, todo esto fue unos aparejos e instrumentos evidentes para la total finición desta gente, e para que, por las causas que he dicho o por cualquiera de ellas murieran los indios. Y llegó a tanto el negocio, que no solamente fueron repartidos los indios a los pobladores, pero también se dieron a caballeros e privados, personas aceptas y que estaban cerca de la persona del Rey Católico, que eran del Concejo Real de Castilla e Indias, e a otros. Cosa en verdad, no para sufrirse, porque, aunque eran personas nobles y de buena conciencia (¿que otra cosa podía escribir el cronista del rey?), por ventura sus mayordomos y fatores, que aca andaban con sus indios, los hacían trabajar demasiadamente por los disfrutar para los de allá y los de acá. Y hombres tan favorecidos, aunque mal hiciesen, no los osaban enojar.[103]

Y Pascual de Andagoya escribe refiriéndose a Darién:

102. Véase al respecto el interesante artículo de Justo L. del Río Moreno, «La élite antillana y la economía de conquista en América: los intereses ganaderos (1493-1542)», en *El Reino de Granada y el Nuevo Mundo*, tomo 3, *ob. cit.*, pp. 198-204.

103. Oviedo, *Historia general,* Libro III, cap. VI, p. 67, tomo I.

> y traían grandes cabalgadas de gente presos en cadenas, y con todo el oro que podían haber [ ] Los capitanes repartían los indios que tomaban entre los soldados, y el oro llevaban al Darién; junto y fundido daban a cada uno su parte y a los oficiales y obispo que tenían voto en la gobernación, y al gobernador, les llevaban sus partes de los indios que les cabía. Y como proveían por capitanes, por el favor de los que gobernaban, deudos y amigos suyos, aunque hubiesen muchos males ninguno era castigado [...] Todas estas gentes que se traían, que fue mucha cantidad, llegados al Darien los echaban a las minas de oro, que habían en la tierra buenas, y como venían de tan lenguo camino trabajados y quebrantados de tan grandes cargas que traían, y la tierra era diferente de la suya, y no sana, muríanse todos. En todas estas jornadas nunca procuraron de hacer ajustes de paz ni de poblar: solamente era traer indios y oro al Darien, y acabarse allí.[104]

Pero no sólo se dio el gran negocio del máximo de efectividad en la explotación de los indios, acorde con las normas jurídicas o burlándose de ellas en caso necesario. La coherencia pragmática también se manifestó en la instrumentación de todo lo que fuera útil, efectivo y necesario para la adaptación dinámica a las nuevas condiciones con las que se topaban conquistadores, colonos y funcionarios en todos los ámbitos de su existencia caribeña. Así es que continuaron aferrando la temible espada de acero, que demostró ser el arma más eficaz contra los indios, pero a la vez, sintiéndose sofocados en el trópico por sus armaduras, adaptaron rápidamente las ligeras armas defensivas de los indios, y en especial los escudos de madera y cuero, y las corazas de cuero rellenas de algodón. Y estos temerarios españoles del Caribe fueron abriéndose paso en terrenos desconocidos, ante penurias y peligros, fueron descubriendo y creando parte a parte su Nuevo Mundo mientras destruían el de los otros. La eficacia era su norte en todo momento, porque ella era la que fijaba el límite entre la gloria y la riqueza, y a veces la mera supervivencia, por un lado, y la perdición y la muerte, por otro.

Así fue surgiendo en estos españoles caribeños una conciencia pragmática en la que no había lugar para mayores consideraciones éticas o religiosas, sino, en primer y último lugar, para lo que era con-

104. Pascual de Andagoya, *Relación y documentos*, edición de Adrián Blázquez, Historia 16, Madrid, 1986, pp. 86-87.

siderado útil y eficaz. Útil y eficaz para sobrevivir, útil y eficaz para conseguir el oro y enriquecerse, útil y eficaz para lograr el apoyo de la corona, útil y eficaz para conseguir el poder, la gloria. A los indios se les explotaba y cazaba con eficacia; si era considerada eficaz se ejercía la masacre ejemplar; la prédica de los dominicos era repudiada al movilizar a los vecinos de la villa, a la administración local, a otros religiosos, a los letrados y teólogos en España y al mismo rey; las leyes protectoras del indio eran ignoradas; si había necesidad de embaucar a la reina para que permitiera la esclavización de los «caribes» se la embaucaba; si había necesidad se engañaba al gobernador para quedarse con los frutos de la aventura (¿que mejor ejemplo de lo hecho por Hernán Cortés a Diego Velázquez en Cuba?); si era necesario el combate a muerte contra otros españoles para asegurarse el botín, pues véase el caso Cortés- Narváez o las luchas sangrientas de los líderes del Perú, que se habían formado en el Caribe, o a veces bastaba degollar a Vasco Núñez de Balboa, como lo hizo Pedrarias. Y por cierto, si recordamos a Pedrarias, a veces bastaba simplemente con la distancia y la codicia, casi sin plazo alguno de permanencia en las Indias, tal cual sucedió con este gobernador que vino en pos de Castilla de Oro y dejó tras sí un rastro de matanzas y destrucción.

Pero no era sólo el ninguneo de lo ético y lo religioso en aras de la efectividad, era también la misma efectividad. Pilotos, conquistadores, colonos y aventureros de toda clase iban adaptándose dinámicamente a la nueva realidad y la iban volviendo a recrear en función de las respuestas que iban inventando a problemas previamente desconocidos.

La intencionalidad que los guiaba creaba nuevos contenidos cognitivos, y la floreciente cartografía fue dibujando paulatinamente su perfil, a la par que se perfeccionaban los instrumentos y el arte de la navegación. Los pilotos, en su mayoría marinos autodidactas en la ciencia de la cartografía,[105] iban conquistando el Mar Océano y el Caribe, descubriendo vientos, corrientes y bahías donde anclar. Y era importante descubrir los secretos del mar, no sólo de la tierra. Sin comprenderlos se acababa en el naufragio que puso fin a tantas expediciones. El mar podía ser el medio que facilitaba las conquistas, el

105. Jesús Varela Marcos, «La cartografía de los viajes de Antón de Alaminos», en *Ibíd.*, p. 127.

transporte, el abastecimiento, los refuerzos, la salvación de los peligros en tierra firme, la esperanza, pero también podía ser la perdición. Todo dependía de los pilotos y los marinos y de su capacidad de comprender la realidad marítima y actuar con eficacia acorde a la misma. Sin su comprensión y dominio no se le podría instrumentar. Eran los conquistadores del mar, debían ser capaces de conocerlo y utilizarlo.

Y los conquistadores, los funcionarios reales y los vecinos, ya lo vimos, utilizaban a los indios, a las indias y todo lo que era dable de utilizar de esa civilización que veían como bárbara. Aprendieron a comer el cazabe (pan de mandioca o yuca) y también el maíz, a tomar la chicha, a disfrutar el tabaco, a descansar o dormirse en las hamacas. Y además, claro está, traían todo lo suyo. Los perros, tan eficaces en la guerra contra estos indios desnudos o para perseguir a los fugitivos; o las vacas, las ovejas y los puercos, que exigían menos mano de obra, que era necesario reservar para las extracciones auríferas.

En fin, todo esto aprendieron y enseñaron los españoles en el Caribe, escuela de conquistadores. Pasemos ahora al estudio del imperio azteca, baluarte del poder del mito y del mito del poder.

Capítulo 2
La sociedad azteca: dialéctica del mito y del poder

Al noroeste de la escuela caribeña en la que se iban forjando los conquistadores, florecía por los mismos años el imperio azteca (o el «Imperio tenochca» o de «la Triple Alianza», tal cual es denominado, entre otros estudiosos, por Pedro Carrasco[1]) que dominaba la mayor parte de Mesoamérica. Un imperio que, aunque relativamente joven, se extendía de océano a océano. Apenas habían pasado unos cien años desde que los mexicas que habitaban la ciudad de Tenochtitlan, fundada en 1326,[2] se habían liberado del dominio de los tepanecas de la veci-

1. Pedro Carrasco, *Estructura político-territorial del Imperio tenochca. La Triple Alianza de Tenochtitlan, Tezcoco y Tacuba*, Fondo de Cultura Económica /El Colegio de México, México, 1996.

2. Robert Barlow, por su parte, escribió sobre el imperio Culhúa-Mexica, refiriéndose al nombre con que se autodenominaban a sí mismos los que detentaban el poder imperial y que apunta al parentesco entre los mexicas y Culhuacan, considerada esta última como la heredera y representante de la gran cultura tolteca: Robert H. Barlow, *The extent of the Empire of the Culhua-Mexica*, Iberoamericana, Berkeley, 1949. Michael Smith se refiere, al igual que otros historiadores, al imperio azteca, denominación que nos refiere al supuesto lugar de origen del que partieron varios pueblos entre los que también se contaban los mexicas. Por ejemplo, Michael E. Smith, «The role of social stratification in the Aztec Empire: a view from the provinces», en *American Anthropologist*, 88, 1, pp. 70-91. Carlos Santamarina presenta y analiza diversas posturas relativas a esta cuestión en su reciente e importante libro *El sistema de dominación azteca. El imperio tepaneca*, Fundación Universitaria Española, Madrid, 2006, pp. 24-27. Hay investigadores que no coinciden en lo que se refiere a este año, como Wigberto Jiménez Moreno (propone 1344) o Paul Kirchoff (1370). También Nigel Davies, considera 1345 como el año de fundación de Tenochtitlan (Nigel Davies, *Los mexicas, primeros pasos hacia el imperio*, UNAM-Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1973, pp. 198-199).

na ciudad de Azcapotzalco en 1426 y habían comenzado la creación del imperio, que llegaba por esos años a la cumbre de su poder. Los unos frente a los otros, y sin saberlo, aunque las noticias y los rumores comenzaban a cundir, puesto que inclusive Colón ya había llegado en su cuarto viaje a tierra firme a orillas del golfo de Honduras. Pero los españoles cavaban en las islas para encontrar el oro, o lo sacaban de las corrientes fluviales, y se expandían sólo en el perímetro más cercano, donde destellaba el metal precioso o era dable cazar indios; en tanto los aztecas, o los mayas que poblaban también las costas sur del golfo, no poseían los medios marítimos para llegar a las islas caribeñas, y en caso de que así fuera no tenemos conocimiento directo de que lo hayan logrado. Sería solamente hacia 1517 que partiría la primera expedición desde Cuba hacia Yucatán, enviada por el gobernador Diego Velázquez y capitaneada por Hernández de Córdoba.

Hemos visto algo de la formación de los españoles en el Caribe y de la conciencia predominantemente pragmática que fue conformándose en los primeros 27 años; dirijamos ahora la mirada hacia los aztecas y a esa conciencia preponderantemente mítica (nunca exclusivamente) que se fue constituyendo a lo largo de los años, para ir perfilando de tal modo los contornos iniciales de la confrontación. Mas en primer lugar quisiera dejar claro un punto muy importante en el contraste entre aztecas y españoles. Cuando hablamos de la conciencia pragmática de los españoles caribeños, hablamos de su constitución, fundamentalmente, desde la praxis cotidiana, desde abajo, desde el diario quehacer tan distanciado de la metrópolis; cuando nos dirigimos a los aztecas en su época imperial, hablaremos, fundamentalmente, de la conformación de su conciencia social desde el poder, desde arriba. En el caso de los españoles se trata de una conciencia que se va conformando desde la experiencia, desde una novedosa realidad que se va descubriendo y constituyendo cotidianamente, tal cual iban avanzando por los senderos desconocidos, y descubriendo los nuevos paisajes, los lugares poblados y los desiertos, los manantiales y los pantanos, el oro y la sífilis, los indios de guerra y los de razón, decían. Y de este modo, poco a poco, iban estructurando, de los trozos de experiencia, el *pazifas* de una nueva realidad; y por inducción, experiencia más experiencia, iban creando los contenidos de su nuevo mundo cognitivo y construyendo su nuevo mundo conceptual y emotivo, sus nuevas palabras, sus nuevos valores, su nueva realidad colonial.

Pero si los españoles iban creando esta realidad paso a paso, los aztecas, en los momentos previos a su encuentro con los invasores la veían, predominantemente, a vuelo de águila, desde las alturas míticas e imperiales por igual. Era la suya una visión global, general, que lo abarcaba todo desde un principio. Claro esta que también ellos iban aprovechando la progresiva acumulación de la experiencia, indispensable para la construcción y el mantenimiento de la estructura imperial, pero ahí estaba también el trasfondo mítico esencial, hecho profunda realidad en el espacio de la conciencia colectiva y que incidía, necesariamente, tanto en la significación de la vida cotidiana como de los acontecimientos imperiales. Y en este sentido no era tanto el proceso inductivo como el deductivo. No era tanto el agregar la experiencia de hoy a la de ayer, a la de antesdeayer, a la de los otros, avanzando por el sendero del descubrimiento, la innovación y la constante invención-construcción de su nueva realidad, sino básicamente el deducirla-significarla en medio y a partir de las coordenadas mitológicas que todo lo abarcaba: pasado, presente y futuro, los trece cielos, las cuatro direcciones y el inframundo, lo que había sido y lo que sería. Las verdades, en lo que se refiere a su conceptualización y significación, se encontraban implícitas en las coordenadas del mito imperial, y de él se deducían. Y como el mito era su narrativa las verdades se deducían del tiempo mítico, de un pasado que era necesario comprender para saber cómo actuar, y de un presente en que el actuar corroboraba al mito.

Pero no cabe duda de que también la aproximación pragmática se encuentra presente en toda aventura imperial, y por ende se impone la pregunta sobre la relación existente entre lo mítico, lo pragmático y lo imperial en Tenochtitlan. Mas para poder definir los lineamientos generales de la trama dialéctica del mito y del poder en el Estado y la sociedad aztecas, debemos necesariamente ubicarnos en la dimensión de su evolución histórica.

El mito como instrumento de poder

El imperio comenzó con la liberación. Al desmoronarse el poder de los tepanecas, que dominaban la región, no quedó vacío político alguno, sino que los vencedores se hicieron cargo de la situación. Los

mexicas de Tenochtitlan y los acolhúas de Texcoco, más los tepanecas de Tacuba, comenzaron el nuevo ciclo imperial sobre las ruinas de Azcapotzalco en medio de lo que se ha denominado como la Triple Alianza, en la que los mexicas constituyeron el elemento predominante.[3] Pero a la par de la expansión imperial, que comenzó casi de inmediato, se dio también la reconformación, hacia dentro, de la sociedad y la política en la misma Tenochtitlan. El imperio se puso a andar a la par del renovado y acelerado fortalecimiento de la élite político-militar, que dejaba atrás, en el pasado, la participación de los jefes de los *calpullis* (unidades sociales, parcialmente étnicas, de residencia en una zona común y con funciones propias), ya sea en lo relacionado a la elección del *tlatoani* (rey) como en lo que se refiere al mismo curso del gobierno. En un principio, los rasgos de una relativa representatividad de los intereses locales, a través de los jefes de los *calpullis*, habían continuado presentes después de la fundación de Tenochtitlan y del asentamiento definitivo de los aztecas, al grado de que hasta 1376 no se sintió la necesidad de elegir un *tlatoani*, tal cual era la norma en el resto de las ciudades de la región. Concordamos en este sentido con lo afirmado por diversos estudiosos, como Edward E. Calnek, por ejemplo, en el sentido que los aztecas continuaron adhiriéndose a sus propias y tempranas estructuras políticas, resistiéndose a adoptar el sistema propio de los toltecas.[4] E inclusive luego de la elección del rey, los primeros tres, hasta la victoria sobre Azcapotzalco en 1426, debieron tomar en cuenta al liderazgo tradicional, mismo que había tomado la iniciativa de la creación de la monarquía y de la elección de Acamapichtli en tanto el primer *tlato-*

3. En lo que se refiere a la Triple Alianza, véase el detallado estudio de Pedro Carrasco, *Estructura político-territorial del Imperio tenochca. ob. cit.* Carrasco analiza la estructura global del imperio, no solamente desde la perspectiva y las fuentes mexicas, y no deja de afirmar el carácter dominante de Tenochtitlan dentro del mismo (véanse, en especial, pp. 145 y ss.). López Austin y López Luján estipulan que no se trataba de una mera liga militar y política surgida entre los vencedores, sino de una forma de organización política con profundas raíces históricas en la Cuenca de México: Alfredo López Austin, Leonardo López Luján, *Mito y realidad de Zuyuá,* Fondo de Cultura Económica/El Colegio de México, 1999, p. 99.

4. Edward E. Calnek, «Patterns of Empire Formation in the Valley of Mexico, Late Postclassic Period, 1200-1521», en George Collier, Renato Rosaldo y John Wirth (eds.), *The Inca and Aztec States. 1400-1800,* Academic Press, New York, 1982, pp. 43-61.

ani.[5] Los casamientos de Acamapichtli con las hijas de los líderes tradicionales parecerían ser un claro indicativo de la necesidad de tomar en cuenta los diversos intereses y factores de poder vigentes en aquellos años.[6]

No cabe duda en lo que se refiere a esta primera fase de la estructura política tenochca, puesto que la misma élite política - militar, que se fue conformando alrededor de los reyes mexicas, dejó clara constancia de ello: luego de haber logrado liberar a los aztecas del poder de Azcapotzalco, la facción de la misma que lideró la acción bélica tomó de inmediato medidas radicales para fortalecer también su poder interno, lo que consideramos que constituye un claro indicio de la situación reinante previamente; y asimismo se preocuparon por dejar una versión historiográfica propia que justificaba el cambio interno y legalizaba el poder adquirido a costa del liderazgo tradicional. Existe un prolongado debate académico en lo que se refiere a la sociedad y al Estado mexica previamente a su victoria sobre Azcapotzalco, pero es evidente que luego de la misma se dio un avance definitivo hacia una mayor polarización social, y hacia la jerarquización política y la concentración del poder. El año de 1426, momento de la liberación, sería clave en la evolución histórica de los mexica, tanto en lo que se refiere al imperio como a su régimen interno, en lo económico, lo social y lo político. Analicemos con algo de detalle la revolución de 1426.

Desde el momento de su asentamiento en Tenochtitlan (en la que nos centramos por haber sido su conquista el objetivo de los españoles) los mexicas entraron a un proceso de aculturación, en el que a la vez que

5. J. Rounds se centra en la lucha por el poder entre el liderazgo tradicional y la nueva dinastía real en, «Lineage, Class and Power in the Aztec State», en *American Ethnologist*, 1979. Para la fundación de la dinastía en Tenochtitlan y sobre Acamapichtli, puede verse Davies, *Los mexicas, primeros pasos hacia el imperio*, *ob. cit.*, pp. 58-68.

6. Véase, por ejemplo, Fray Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de la Tierra Firme,* prepara y da a luz Ángel Ma. Garibay K., II, Editorial Porrúa, México, 1984, cap. 6, p. 56, en adelante Durán, *Historia de las Indias.* «Fue casado este rey (Acamapichtli) con una gran señora natural de Colhuacan […] la cual fue estéril e infecunda […] Y temiendo su reino no quedase sin herederos, tuvieron los señores entre sí un consejo, y determinaron de que cada uno de ellos le diese una de sus hijas...». Véase asimismo fray Toribio de Benavente, *Historia de los indios de la Nueva España,* Alianza Editorial, Madrid, 1988, pp. 44-45: «de suerte que se casó con veinte mujeres... y todas hijas y parientas de los más principales de los mexicanos...».

servían militarmente a los poderosos tepanecas, y según diversas fuentes asimismo a Culhuacán (Colhuacan) y Texcoco,[7] iban adoptando las nuevas formas de organización y acción militar, y paralelamente iban desarrollando su sociedad, su política y su cultura tanto en función de sus propias costumbres y tradiciones como de la herencia tolteca que era patrimonio de los pueblos de la región.[8] En todo esto los aztecas fueron haciendo gala de un fuerte sentido pragmático (que es lo relevante a la temática de este estudio) que les permitió convertirse en pocos años en un factor de importancia entre los diversos pueblos del valle central de México. Aunque subordinados a los tepanecas, adoptaron e instrumentaron con eficacia la cultura política, militar y religiosa de sus vecinos para irse abriendo camino en el complicado *pasifaz* del poder regional. Quizás el mejor ejemplo de ello lo constituya la elección de un *tlatoan*i en 1376 (año más, año menos, según las diversas versiones[9]), con lo que imitaban al resto de los pueblos vecinos al crear su propio *tlatocayotl* (reino). Este paso hacia una mayor centralización política era la respuesta del liderazgo mexica tradicional al desafío de una sociedad cada vez más compleja, que iba creciendo aceleradamente desde el punto de vista demográfico y que se veía cada vez más implicada en la política de la región y en sus confrontaciones bélicas. Además, unos cuarenta años atrás se había dado la separación entre los diversos *calpullis* mexicas, polarizados entre Tenochtitlan y Tlatelolco, tanto por desavenencias internas como por razones de política regional, y posiblemente los mexicas tenochcas también deseaban fortalecerse ante la posible agresividad de la ciudad gemela.[10] Como primer *tlatoani* de

7. Véase, por ejemplo, Durán, *Historia de las Indias*, quien señala que fueron «sujetos y vasallos tributarios» de los señores de «Azcaputzalco […] de Colhuacan y los de Tezcuco. Ya nos faltan las fuerzas para acudir a tanto» (II, cap. 7, p. 63).

8. En lo que se refiere al imperio tepaneca y a la falta de conocimiento suficiente del mismo, véase Carlos Santamarina Novillo, «Memoria y olvido, ostracismo y propaganda: el Imperio Tepaneca en fuentes e historiografía», en *Revista española de antropología americana*, vol. 35, 2005, pp. 117-131. Asimismo, véase Santamarina, *El sistema de dominación azteca. El Imperio Tepaneca, ob. cit.*, a partir del capítulo VI.

9. Fernando Alvarado Tezozómoc, por ejemplo, estipula el año 1367 en *Crónica Mexicayotl*, traducción directa del náhuatl de Adrián León, UNAM, México, 1975, p. 85. Para las diversas versiones al respecto véase: Nigel Davies, *Los mexicas. Primeros pasos hacia el imperio*, *ob. cit.*, pp. 200-203. Sahagún inclusive da la tardía fecha de 1384: Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España.* Numeración, anotación y apéndices de Ángel María Garibay K., Editorial Porrúa, México, 1992, libro VIII, cap. 2, p. 454. En adelante Sahagún, *Historia General.*

Tenochtitlan fue electo Acamapichtli, acorde con diversas versiones hijo de un guerrero azteca y de una princesa de Culhuacán, con lo que se lograba, de tal modo, tanto la legitimación propia de la estirpe de la clásica Tula, que se perpetuaba en tal ciudad, como asimismo sortear los problemas internos entre los diversos *calpullis* coronando a un rey de ascendencia mexica, pero de afuera, nieto del *tlatoani* de Culhuacán, «neutral» en lo que se refiere a las diferencias internas.[11]

Los mexicas, entonces, iban cambiando, querían ser parte integral de la región y comenzaban a ser considerados de tal modo. Previamente expulsados por la fuerza de todos lados, un pueblo de rostro desconocido, son ahora conocidos y reconocidos por sus victorias militares y por el acelerado desarrollo de su economía y su ciudad lacustre, y logran el reconocimiento de los reyes vecinos que casan a sus hijas con la nobleza mexicana. Inclusive uno de los hijos de Acamapichtli, que heredaría el cargo real, Hutizilohuitl, recibe como esposa nada menos que a una de las hijas del *huey* (gran) *tlatoani* Tezozómoc de Azcapotzalco, y éste les otorga asimismo el derecho a recibir cargos administrativos, tierras y tributos por sí mismos, como parte del botín de guerra. Muy pronto nació de este matrimonio Chimalpopoca, nieto del Tezozómoc y quien sucedería a su padre Hutzilihuitl como *tlatoani* de Tenochtitlan, haciendo patente de tal modo la dependencia de Azcapotzalco por parte de los mexicas.[12] Carlos

10. Véase, por ejemplo, Fray Diego Durán, *Historia de las Indias*, tomo II, cap. V, pp. 50-51; o Tezozómoc, *Crónica Mexicayotl*, p. 75, quien estipula 1337 como el año de la fundación de Tlatelolco. José de Acosta, basándose en la obra del Padre Tovar (quien se basó en a su vez en la obra de Durán) y además de en un Calendario que recibió de Tovar, escribe que la coronación del primer rey se hizo para fortalecer a los tenochcas y atemorizar a los enemigos; según el texto y el contexto se trata de una clara referencia a la ciudad de Tlatelolco (José de Acosta, *Historia Natural y moral de las Indias*, edición de José Alcina Franch, Historia 16, Madrid, 1986, libro, séptimo, cap. VIII, p. 451).

11. Durán, *Historia de las Indias*, tomo II, cap. VI, p. 55. Davis, *Los mexicas...*, pp. 74 y 80. Motolinía se refiere a Acamapichtli como al hijo de un *tlatoani* de Culhuacán que luego de que su padre fuera asesinado fue enviado por su madre a México. Esta versión viene a fortalecer aún más la procedencia culhúa que se adjudicaban los mexicas. (Motolinía, *Historia de los indios de la Nueva España,* p. 44.) En lo que se refiere a la función política del matrimonio entre aztecas puede verse, entre otros, el análisis de Santamarina, *El sistema de dominación azteca: El imperio tepaneca, ob. cit.,* pp. 63-67.

12. Durán, *Historia de las Indias,* tomo II, cap. VII, p. 67; *Origen de los mexicanos,* edición de Germán Vázquez, Historia 16, Madrid, 1987, libro I, p. 72. En adelante, *Códice Ramírez.*

Santamarina, que en su reciente libro y en diversos artículos ha estudiado detenidamente este fase histórica de la evolución de los aztecas, apunta que uno de los elementos fundamentales de la política imperial de Tezozómoc consistía, precisamente, en la imposición de lazos dinásticos de parentesco, tanto sobre los vencidos como sobre los aliados, a veces colocando directamente a sus propios hijos como *tlatoque* (plural de *tlatoani*) en los principales señoríos.[13]

En el principio, entonces, fue principalmente el pragmatismo y una enorme capacidad de adaptación dinámica de los mexicas a la nueva realidad de la región; y esta metamorfosis, política, cultural y mental de los mexicas se expresó, de modo contundente, en una verdadera encrucijada histórica, cuando el poderoso *huey tlatoani* de Azcapotzalco murió y se desencadenó una crisis general en la región. Es el momento en que el águila, luego de haberse afilado cuidadosamente sus uñas y haber examinado detalladamente el panorama durante una centuria, levanta vuelo y comienza a echar su sombra imperial sobre toda la región.

Dos fechas son decisivas en este episodio histórico: 1415 cuando muere Hutzilihuitl y lo sucede en el trono su hijo Chimalpopoca, estrechándose, más aún, las relaciones con su abuelo que reinaba en Azacapotzalco, y 1426, cuando muere el mismo Tezozómoc. La figura clave que surgió en el año crucial de 1426 fue la de Maxtla, uno de los hijos del difunto rey tepaneca, quien, acorde con todas las fuentes, asesina a su hermano Tayahu, se apodera del trono y actúa rápidamente para fortalecerse en el mismo. Y entre las medidas que toma de inmediato a nivel imperial, se contó, acorde con diversas versiones, ni más ni menos que el asesinato del nieto de su padre, Chimpalpopoca, el *tlatoani* de Tenochtitlan.[14]

No es suficiente para explicar este acto el recordar la supuesta maldad del nuevo todopoderoso «tirano» de Azcapotzalco, no se trató de un acto inmoral sino de un acto político. El contexto general, en aquellos momentos, era el de la reciente confrontación entre las dos grandes fuerzas de la región, Azcapotzalco y Texcoco, y el triunfo de

13. Carlos Santamarina Novillo, «La muerte de Chimalpopoca. Evidencias a favor de la tesis golpista», en *Estudios de Cultura Náhuatl*, nº. 28, 1998.

14. Véase, por ejemplo, Durán, *Historia de las Indias,* tomo II, cap. VIII, p. 71-72; *Códice Ramírez (Origen de los mexicanos),* libro I, p. 74.

Tezozómoc, con ayuda de los mexicas, sobre el ejército de Texcoco en 1418, lo que sentó así, definitivamente, su dominio sobre la región del Valle de México.[15] Pero entonces, ¿qué sentido podría tener el que Maxtla enviara a asesinar al *tlatoani* de Tenochtitlan en esos momentos? Evidentemente la respuesta es mantener su dominio sobre el poder imperial recientemente asegurado por su padre, ya sea contra las aspiraciones de un nieto consentido, o contra el poder ascendente de los mexicas. Más aún cuando ya desde comienzos del siglo XV, tal cual lo resaltan Conrad y Demarest, existía una facción antimexica en la corte de Tezozómoc, temerosa del rápido ascenso de los mexicas.[16] Pero, ¿por qué hacerlo cuando la situación política y militar era tan crítica, cuando Texcoco aún lamía sus heridas y seguramente podía aprovechar el momentáneo vacío de legitimidad y de poder en Azcapotzalco para tomar su revancha; y más aún, cuando Nezahualcóyotl, el desterrado heredero del trono de Texcoco, volvía de su exilio en Tlaxcala para organizar sus fuerzas militares al este del valle? ¿Qué sentido tenía atacar entonces a los mexicas, que habían servido tan efectivamente a los tepanecas y que apenas ocho años atrás, en 1418, los habían ayudado decisivamente en su guerra contra Texcoco? ¿Por qué no intentar conciliarlos, por qué empujar a los aztecas a un pacto con Texcoco y con los tepanecas que se le oponían? Y, a final de cuentas, ¿quién le garantizaba a Maxtla que los herederos de Chimalpopoca serían más sumisos que él, cuando vendrían necesariamente de la nobleza que abogaba por un mayor activismo militar? Existen dos posibilidades: o que Maxtla actuó paranoicamente de un modo irracional, lo cual no es sólo posible sino que inclusive frecuente en la clase política; o que en verdad los mexicas constituían un peligro real, ya sea por el apoyo que podían prestar, o ya prestaban, a otras fuerzas dentro del mismo conglomerado tepaneca (la ciudad de Tacuba al sur de Azcapotzalco, quizás), o porque podrían tener un peso decisivo en el nuevo equilibrio de poder que se estaba configurando en la región (o sea sus relaciones con Texcoco). Pero éstas últimas posibilidades implicaban necesariamente que Chimalpopoca, luego de la

15. Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, *Historia de la nación chichimeca,* edición de Germán Vázquez, Historia 16, Madrid, caps. 16-20, pp.82-91.

16. Geoffrey W. Conrad, Arthur A. Demarest, *Religión e imperio,* Alianza, Madrid, 1998, p. 52.

muerte de su abuelo Tezozómoc, había tomado de inmediato una línea activista y militante que se desprendía por completo del alineamiento político tradicional con Azcapotzalco o quizás, apoyando al malogrado Tayahu en su lucha por el trono.

Mas en este punto, antes de continuar nuestro análisis, y precisamente para poder continuarlo, debemos detenernos y prestar atención a los acontecimientos dentro de la misma Tenochtitlan, puesto que la trama de su política exterior e interior se encontraba fuertemente aunada; y de este análisis interno surgirá una tercera posibilidad de interpretación, que se agregará a las dos mencionadas previamente (ni la maldad ni el error de Maxtla, ni el peligro que para él entrañaba Chimalpopoca), que pone un signo de interrogación sobre la misma identidad de los asesinos del tlatoani de Tenochtitlan.

Los mexicas debieron enfrentar una situación conflictiva no sólo a nivel regional sino también internamente, y es necesario tratar de ver como enlazan ambas entre sí. El pequeño grupo de la élite político-militar, que se había ido conformando a lo largo de los años al servicio militar de Azcapotzalco y que era liderada por la dinastía real instalada unos cincuenta años atrás, se decidió, en la coyuntura que estamos estudiando, por una acción militar radical contra Azcapotzalco, contrariando la postura del liderazgo tradicional. Es verdad que la nobleza real había venido casándose con las hijas de los jefes de los *calpullis*, pero de todas formas las diversas bases de poder que se fueron conformando y la representación de intereses diversos aún hacían la diferencia. La versión que nos ha dejado la élite es la de que Maxtla había mandado asesinar a Chimalpopoca y había amenazado con destruir a Tenochtitlan si no aceptaban los grandes y nuevos tributos, y por ello se dio la urgencia de la confrontación militar que ellos exigían.[17] Pero en verdad no existe ninguna razón para considerar que la confrontación interna en la misma Tenochtitlan haya tenido lugar sólo luego del asesinato de Chimalpopoca, al no lograrse un acuerdo en lo que se refería a la reacción adecuada frente a la amenaza de Maxtla. Es razonable considerar que se venía dando previamen-

17. Para un incisivo análisis de las fuentes de lo que denomina la «versión oficial», véase el ya recordado artículo de Carlos Santamarina, «La muerte de Chimalpopoca. Evidencias a favor de la tesis golpista», o el apartado titulado «La muerte de Chimalpopoca», en Santamarina, *El sistema de dominación azteca: el imperio tepaneca, ob. cit.*

te como consecuencia de la existencia aún paralela (aunque ya muy desigual) de dos focos y fuentes de poder, hecho confirmado inclusive por la misma versión histórica de la élite, tal cual lo veremos detalladamente. Tampoco podemos saber cual fue la postura de Chimalpopoca (quién, acorde con diversas fuentes, previamente a su asesinato apenas había llegado a sus diecisiete años[18]), ya sea en lo que se refiere al equilibrio de fuerzas en la región (Azcapotzalco-Tacuba-Texcoco), como a la relación de fuerzas en la misma Tenochtitlan. Hasta ese momento, parecería que paralelamente a la ampliación cuantitativa de la nobleza, de los *pipiltin* (*pilli* en singular), se había dado internamente un relativo equilibrio político, en medio de una especie de *modus vivendi* y del mantenimiento del statu quo entre el liderazgo tradicional de los jefes de los *calpullis*, que continuaba aún siendo relevante a pesar de la paulatina reducción de su poder, y la pronunciada y progresiva imposición de la élite real bajo la égida de los tres primeros reyes. Pero es sumamente probable que la confrontación no se diera solamente entre estos dos focos de poder, que parecería que sí encontraron la forma de cooperar funcionalmente en medio de la conformación progresiva de la hegemonía real, sino que también contaba un tercer factor que parecería haber sido el decisivo: aquellos miembros de la familia real que no habían podido llegar al trono, los que habían perdido la posibilidad de cernir la corona. Y entre estos se contaban nada menos que aquellos tres que tomarían el poder luego del asesinato de Chimalpopoca: Itzcóatl, Moctezuma y Tlacaélel.

Los tres primeros *tlatoque* (plural de tlatoani), Acamapichtli, Hutzilihuitl y Chimalpopoca, habían sido, acorde a por lo menos cinco de las versiones genealógicas que nos han llegado, padre, hijo y nieto.[19] Itzcóatl había sido hijo (bastardo de una esclava de Azcapotzalco) del primer *tlatoani*, Acamapichtli, pero el trono fue de su hermano Hutzilihuitl. Moctezuma había sido hijo de Huitzilihuitl, pero el trono fue de su hermano Chimalpopoca. Y el tercero, Tlacaélel, era sobrino de Itzcóatl.[20] Pero si estas relaciones genealógicas, a pesar de

18. Durán, *Historia de las Indias*, tomo II, cap. VII, pp. 65-67.

19. Por ejemplo Durán, *Historia de las Indias*, cap. VII, p. 62 y cap. VIII, p. 69; o Fernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica Mexicayotl*, pp. 89-90.

20. Durán, *Historia de las Indias*, tomo II, cap. XI, p. 76; *Códice Ramírez (Origen de los mexicanos),* libro I, p.80. Al respecto puede verse el artículo de J. Rounds,

ser aceptadas por la mayoría de los estudiosos no fueron realmente tales, puesto que existen otras acorde con las diferentes fuentes,[21] de todas formas ello no quita nada al hecho de que los integrantes de la futura cúpula imperial no habían logrado el poder real. Más aún, es importante recordar que, según Durán, Chimalpopoca ascendió al trono a los 10 años de edad, lo que, de haber sido así, si bien postergó la confrontación interna entre el liderazgo tradicional y esta parte de la élite real, la convirtió en inevitable. En todo caso parecería que el liderazgo tradicional tenía evidentemente interés en que el cetro fuera de Chimpalpopoca para poder seguir contando con el favor de su abuelo en Azcapotzalco y mantener, en la medida de lo posible, el statu quo y el *modus vivendi* vigente, en tanto que la élite político-militar real, por su parte, vio como sumamente propicia tal elección, que les posibilitaba la manipulación del joven *tlatoani* y la toma del poder efectivo.[22] Es claro, si aceptamos lo escrito por Durán, que Chimalpopoca no pudo gobernar por sí mismo a esa edad, por lo menos en un principio, y que de hecho el poder seguramente quedó en las manos de la élite político-militar real, y más específicamente en las del futuro triunvirato. Más aún, parecería que éstos comenzaron a manipular a Chimpalpopoca para crear a fuerza una situación conflictiva con Azcapotzalco, aun antes de la muerte de Tezozómoc y la ascensión al poder de Maxtla. Al principio lo convencieron para que solicitara su abuelo agua y que le explicara que los mismos tenochcas se preocuparían de traerla a Tenochtitlan, pero luego de haber recibido una respuesta positiva volvieron a enviar mensajeros solicitando que Azcapotzalco les diera los materiales y la gente para construir el acueducto. Y todo esto, tal cual escribe Durán, «fundados en malicia, con deseo de que todo viniese ya en rompimiento para empezar ya a hacer lo que tanto deseaban, que era ponerse en libertad».[23] Más aún, Carlos Santamarina (que no acepta la supuesta infancia de Chimalpo-

«Dynastic Succesion and the Centralization of Power in Tenochtitlan», en George Collier, Renato Rosaldo y John Wirth (eds.), *The Inca and Aztec States. 1400-1800,* Academic Press, New York, 1982.

21. Véase, por ejemplo, el primer capítulo del libro de Susan D. Gillespie, *Los reyes aztecas. La construcción del gobierno en la historia mexica,* Siglo XXI, México, 1993.

22. Durán, *Historia de las Indias,* tomo II, cap. VII, p. 67

23. *Ibíd.*, tomo II, cap. 80, p. 70.

poca al ascender al trono) señala asimismo la posibilidad de una confrontación dentro de la aristocracia tenochca en función de diversas orientaciones políticas de la rama culhúa-mexica y la culhúa-mexica-tepaneca, identificada ésta última con Chimalpopoca: «Desde el punto de vista de la facción golpista liderada por Itzcóatl, Moctezuma Ilhuicamina y Tlacaélel», escribe Santamarina, «la liberación mexica requería de la eliminación de Chimalpopoca para dar un giro a la línea dinástica hacia la rama colhúa-mexica, segando la rama tepaneca».[24] Y finalmente, apuntemos que en los *Anales mexicanos* se estipula que fue Itzcóatl quien envió a los asesinos de Tacuba a matar a Chimalpopoca y apoderarse de tal modo del poder.[25] Y si de todas formas tomamos en cuenta otras fuentes acorde con las cuales Chimalpopoca ya no era un jovenzuelo en el momento de estos acontecimientos,[26] ello no quita nada a esta hipótesis relativa a la existencia de esta sección de los *pipiltin* tenochcas que no habían logrado ceñir la corona y a sus objetivos específicos. Eran los *pipiltin* ante lo que restaba del liderazgo tradicional, eran los representantes de la rama tenochca-culhúa cohlúa ante la tepaneca, y eran aquellos que no habían logrado ceñir la corona.

O sea, que en este contexto y con estas fuerzas intrigando y luchando por el poder en la misma Tenochtitlan, no podemos afirmar a ciencia cierta quién asesinó a Chimalpopoca: los asesinos enviados por Maxtla o los enviados por los pretendientes reales marginados, que quizás ya detentaban *de facto* el poder imperial, aunque en este último caso el asesinato bien pudo haber sido realizado por medio de sus aliados de Tacuba. Los intereses políticos internos y las orientaciones de política exterior se encontraron estrechamente ligadas en la definición de esta coyuntura, y parecería que lo determinante fue el interés de parte de la nobleza real de poner fin al limitante *modus vivendi* apoderándose del poder absoluto, ya sea a nivel interno como a nivel imperial. En nuestra opinión, agregándonos a lo estipulado al respecto por Nigel Davies («probablemente sea más exacta la versión

24. Carlos Santamarina, «La muerte de Chimalpopoca. Evidencias a favor de la tesis golpista», en *Estudios de Cultura Náhuatl*, n. 28, pp. 277-316; aquí p. 311.

25. «Anales Mexicanos. México-Azcapotzalco (1426-1589)», en *Anales del Museo Nacional de México*, 1903, época I, vol. 7, p. 50.

26. Véase al respecto Carlos Santamarina, «La muerte de Chimalpopoca», *ob. cit.*, p. 281.

de que Chimalpopoca fue eliminado a causa de su sumisión a Maxtla»[27]) y por Conrad y Demarest («Maxtla no tenía nada que ganar con la muerte de Chimalpopoca»[28]), y con el detallado análisis de Santamarina que ya hemos citado, lo más probable es el que se haya tratado de un golpe de estado, puesto que las versiones que nos han llegado sobre el crimen que acusan a Maxtla se nutren fundamentalmente del legado escrito de la élite tenochca triunfante, y ellas mismas reflejan una seria confrontación entre Itzcóatl y el liderazgo tradicional. O sea que la dinastía filial de padre a hijo se había dando en medio de la elección de uno de los hijos en tanto heredero por un consejo en el que los jefes tradicionales tenían aún un poder nada desdeñable. Pero el hecho de que siempre había sido electo uno de los hijos del monarca anterior expresaba evidentemente el *modus vivendi* que caracterizaba las relaciones entre los reyes y el liderazgo tradicional, quienes sólo en 1376 habían optado por la creación de una monarquía, y muchos de los cuales continuaron seguramente activos durante buena parte del período que nos ocupa. Más aún (y este argumento nos parece definitivo) ¿por qué aceptar la versión histórica de una élite (que acusaba a Maxtla) que, casi de inmediato, quemaría los viejos códices e inventaría explícitamente de nuevo la narrativa histórica de los mexicas, como aún veremos? Ello no le agrega precisamente credibilidad, mejor dicho se la quita por completo. El análisis de la acción del triunvirato en el poder, y utilizo este término para acentuar sus intereses comunes y la distribución del poder efectivo entre ellos, sólo justificará nuestra conclusión. Más aún, luego de Itzcóatl sería electo Moctezuma, y luego de éste Axayacatzin, nieto de Itzcóatl y de la hija de Moctezuma, según Ixtlilochitl,[29] aunque Durán se refiere a él como al hijo de Moctezuma. El excluido Tlacaélel sería compensado con un cargo que sería el segundo en jerarquía, pero hereditario.

Lo que parecería meridianamente claro, más allá del debate sobre la genealogía real, es que en ese momento, como consecuencia de esta confrontación interna, la suerte de la guerra contra Azcapotzalco se

27. Nigel Davies, *The Aztecs*, G. P. Putnam and Sons, New York, 1974, p. 61.

28. Conrad y Demarest, *Religión e imperio*, *ob. cit.*, p. 55.

29. Ixtlilxóchitl, *Historia de la nación chichimeca*, cap. XLVI, p. 165; Durán, *Historia de las Indias*, tomo II, cap. XXXII, p. 250.

encontraba estrechamente ligada con la configuración del estado y la sociedad mexica. Se trataba del choque entre dos ideologías y proyectos completamente diferentes. La derrota implicaría el inevitable desplazamiento, o por lo menos la debilitación, de la élite político-militar dominante, a la par de la perpetuación de una Tenochtitlan sometida en lo político-militar a Azcapotzalco y, en el mejor y poco probable de los casos, que continuaba su fortalecimiento económico y militar en la región, tal cual había ido sucediendo hasta esos momentos (o sea el mantenimiento del statu quo); y asimismo la perpetuación de una relativa representación del liderazgo tradicional en el manejo político, quizás en medio de la continuidad de su simbiosis con los *pipiltin*. La victoria, en cambio, implicaría el establecimiento de una nueva jerarquía política y socioeconómica bajo el poder absoluto del triunvirato victorioso, el sometimiento definitivo del liderazgo tradicional, y el comienzo de una nueva época en la que Tenochtitlan se convertiría progresivamente en el poder hegemónico en la región.

Itzcóatl, Moctezuma y Tlacaélel vencieron. Entraron a la guerra como gobernantes de Tenochtitlan, pero sin contar con el consenso del liderazgo tradicional y quizás tampoco con el de la rama culhúa-mexica; volvieron como héroes victoriosos, una conjunción que a nivel popular los elevaba, en medio de la euforia, a la veneración; y volvieron también al frente de un ejército poderoso, cuyos jefes recibieron de inmediato el reconocimiento y la recompensa. Tlacaélel recibió el título de Tlacochcalcatl (Señor de la «Casa de los dardos»), y Moctezuma el de Talacatecatl (Comandante de los ejércitos aztecas). Y además otros 17 señores del linaje de Acampichtli, grandes capitanes, recibieron también sus títulos.[30] O sea que la élite militar que se había ido conformando bajo la hegemonía de Azcapotzalco logró tanto la victoria exterior como su confirmación definitiva en el poder.

Esto fue lo que sucedió, y los vencedores se preocuparon también por dejarnos una versión propia que proporcionaba la vigencia jurídica y la legitimación de su inmediato encumbramiento, en medio de la estructuración de una nueva jerarquía política, económica y social. Acorde a tal versión, Itzcóatl y la élite militar concluyeron un pacto

30. Durán, *Historia de las Indias*, tomo II, cap. XI, p. 99.

con los representantes de los *calpulli*, en el que estos se comprometieron a someterse por completo en el caso de que lograran vencer a Azcapotzalco:[31]

> Y así nosotros nos obligamos, si salís con vuestro intento, de os servir y tributar y ser vuestros terrasgueros y de edificar vuestras casas y de os servir como a verdaderos señores nuestros, y de os dar nuestras hijas y hermanas y sobrinas, para que os sirváis de ellas. Y cuando fueredes a la guerra, de os llevar vuestras cargas y bastimentas de armas a cuestas y de os servir por todos los caminos por donde fueredes y, finalmente, vendemos y sujetamos nuestras personas y bienes en vuestro servicio para siempre.

Pero evidentemente no encontramos aquí solamente la legitimación de la nueva realidad política y social de Tenochtitlan, sino también el reconocimiento de la controvertida situación que reinó previamente y de la confrontación que tuvo lugar entre el liderazgo tradicional y el nuevo grupo de poder. Sin lugar a dudas una confrontación total, puesto que, de otro modo, ¿por qué pagar un precio tan alto, o sea la subordinación total a la élite real? Como ya lo hemos visto se trató de una confrontación entre dos concepciones completamente distintas de la sociedad y la política mexica, y la suerte de la misma se jugó en el campo de batalla contra Azcapotzalco. Pero es claro que el traspaso de la decisión a este campo ya implicaba la fuerza preponderante de la nueva élite político-militar personificada en las figuras de Itzcóatl y Tlacaélel. Pero más aún, la necesidad de una versión que otorgara renovada legitimidad y legalidad a la nueva situación es claro índice de que se trató de una verdadera revolución y no de una reforma, como se le denomina a menudo. Es interesantísimo que en esta primera fase de transición el liderazgo está legalizando su revolución, la toma del poder absoluto en Tenochtitlan y el cambio de la estructura social, en función de la victoria militar. Pero póngase atención a que se trata de la victoria militar por sí misma, sin implicaciones míticas de ningún tipo. La efectividad bélica, esencialmente pragmática, era en esos primeros momentos imperiales la razón exclusiva y suficiente para la justificación y la legitimación del

31. *Ibíd.*, tomo II, cap. IX, pp. 75-84.

poder político. Más tarde, aunque muy pronto, vendría el ropaje de la conceptualización mítica. Si bien puede haber mitología sin imperio, no hay imperio sin mitología, y Tlacaélel tuvo la perspicacia de comprender que para la revolución no era suficiente la imposición o el pregonar su aparente legalidad, sino que era necesaria también la conformación de una nueva conciencia social, a todos los niveles, en la que se cimentaran definitivamente tanto las reformas internas como la empresa imperial.[32] Y el primer paso fue la quema de los viejos códices, los propios, y los del resto de los pueblos vencidos en la guerra:[33]

> Se guardaba su historia. Pero entonces fue quemada; cuando reinó Itzcóatl, en México. Se tomó una resolución, los señores mexicas dijeron: no conviene que todas las gente conozca las pinturas, Los que están sujetos se echaran a perder y andará torcida la tierra, porque allí se guarda mucha mentira, y muchos en ella se han tenido por dioses.

¿Que podemos aprender de estas frases que nos han quedado gracias a los informantes indígenas de Sahagún? Mucho. En primer lugar que evidentemente confirman que con Itzcóatl y la liberación se da una gran innovación en las relaciones sociales y políticas internas de los mexicas que existieron hasta el momento de la liberación. En segundo lugar, que esta innovación era contraria a la conciencia colectiva que se fue conformando en medio del proceso de aculturación que se dio bajo la égida de Azcapotzalco, y que se había visto expresada en los viejos códices mexicas. En tercer lugar que esta conciencia colectiva vigente, que la élite política militar venía a erradicar, era patrimonio tanto de la élite tradicional (¿como podría, de otro modo, haber sido vertida en los códices?), como del pueblo (al cual había que reeducar). En cuarto lugar, «quemar» implica que la ruptura con

32. Miguel León Portilla, basándose en el *Códice Ramírez*, escribe que las reformas de Itzcóatl, que «no hacía más que lo que Tlacaélel le aconsejaba», tuvieron como meta «crear en el pueblo azteca una nueva visión, místico-guerrera del mundo y del hombre» (Miguel León Portilla, *Los antiguos mexicanos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1961, p. 46). Conrad y Demarest consideran que «la contribución original de los mexica a la evolución de la civilización mesoamericana fue la de una ideología que logró integrar exitosamente a los sistemas religioso, económico y social en una máquina imperialista de guerra» (Conrad y Demarest, *Religión e imperio, ob. cit.*, p. 37).

33. *Códice Matritense,* vol. VIII, folio 192 v.

respecto a las viejas relaciones de poder es total y que ya no existe la necesidad de tomar en cuenta otros focos de poder. No hay necesidad de compromiso. Es, como lo decíamos previamente, la revolución. En quinto lugar se despliega ante nosotros la relación esencial entre política y mitología, puesto que en los códices «muchos han sido tenido por dioses» y entonces «la tierra andará torcida». O sea que para que se ande derecho es necesario estipular exactamente quiénes son esos dioses y hacérselo saber al pueblo. Se trata de la razón mítica en la que la racionalización y la justificación ideológica debían darse necesariamente en medio de la narrativa mítica y de sus protagonistas sobrenaturales. Existe la plena conciencia de la necesidad de conformar una nueva conciencia mexica a todos los niveles: un nuevo mundo cognitivo y conceptual, un nuevo mundo de valores, emotivo y terminológico-simbólico. Una nueva conciencia mítica que vaya alumbrando, al pueblo mexica y al resto de los pueblos, los senderos rectos por los que es necesario encaminarse en todos los espacios del quehacer político y social. Y claro está que los dioses verdaderos indicarán al pueblo como «andar derecho», tras las huellas de Itzcóatl, Tlacaélel y Moctezuma.

Y evidentemente no debemos olvidar que también aquello que había sido reformado o eliminado de las pinturas otorgaba previamente preponderancia y legitimación mítica a otros representantes o a otras configuraciones del poder político. El mito y su transformación-recreación se dan en medio de la confrontación por el poder político y en función del mismo. Hay que dar razón legitimante del poder como condición necesaria para su institucionalización y para poder anclarlo en el ámbito de la conciencia social. Asimismo, es interesante el señalar el modo en que se hace clara, en este episodio, la diferencia entre tradición y pasado, presentándose la tradición como una constante selección por parte del sujeto en medio de la construcción- reinvención de su pasado, lo cual es de importancia definitiva en una sociedad mítica que ubica precisamente en tal pasado la sabiduría primera y eterna.[34]

34. Para una apreciación diferente de estos acontecimientos, o de lo que denomina como «la hipótesis de la invención», véase el agudo análisis de Federico Navarrete, «Las fuentes indígenas más allá de la dicotomía entre la historia y el mito», en *Estudios de Cultura Náhuatl*, UNAM, México, vol. 30, pp. 246 y ss.

Este paso dado por Itzcóatl y Tlacaélel constituye uno de los máximos momentos del pragmatismo mexica: la recreación y la instrumentación del mito, en medio de su proyección-traducción al espacio de la conciencia social mítica en aras del poder político e imperial. Y en esta oportunidad ello se da desde arriba, desde la nueva élite política-militar y con la movilización de la capa cultural de escritores, sacerdotes, escultores y maestros que se ponían en acción para esta misión. Todos los conductos fueron utilizados para proyectar la renovada verdad, el nuevo dogma: los reconformados códices, las escuelas (tanto el *calmecac*, donde se educaban los jóvenes de la nobleza, como el *telpuchcalli*, de los *macehualtin*), los monumentos, los templos, los calendarios, los cantos, las danzas, el arte, el ritual, la organización social, la militar, la guerra, y el momento máximo del sacrificio de los seres humanos.[35] Aunque, claro está, siempre es necesario un mínimo de correlación entre el mito y la realidad para hacer posible la significación de ésta última en función del primero. Y esta correlación elemental se dio en este caso, como en otros muchos, de dos formas básicas propias de la praxis del poder: una es por medio de la inserción de los nuevos mensajes en la conciencia social vigente, la otra por medio de la conversión del mito en realidad cotidiana, ya sea por la misma creación del imperio que corrobora la verdad del mito, ya sea por la conversión del mito en realidad cotidiana por medio del ritual religioso. Veamos de qué se trata.

El proceso de inserción de los nuevos mensajes surge de la comprensión por parte de la élite dominante de la relevancia de la realidad espiritual vigente, de la conciencia colectiva, o sea de lo subjetivo como realidad, y por ello de la necesidad de proyectar la innovación sólo como una supuesta expresión o variante de tal conciencia. No se trata de borrar la conciencia social vigente, sino de resignificarla. Así, por ejemplo, se mantiene necesariamente el marco general y esencial de la mitología clásica, pero en medio de una nueva jerarquización. Huitzilopochtli, el dios tribal de los mexicas, es elevado paulatina-

35. Puede verse, al respecto, la acentuación de la significación social y política del arte oficial azteca en Carmen Aguilera, *El arte oficial tenochca. Su significación social*, UNAM, México, 1977. Véase asimismo el interesante análisis de María Rodríguez Shadow en dos de los capítulos centrales de su libro *El Estado Azteca*, Universidad Autónoma del Estado de México, Toluca, 1998: «Ideología y mecanismos de dominación y aparatos ideológicos de Estado» e «Instituciones y prácticas represivas del Estado tenochca».

mente al máximo grado en el contexto de la mito-épica militar, al identificarlo con el dios Tonathiu-Tezcatlipoca.[36] O, en cambio, se mantienen los mismos signos simbólicos y sagrados pero otorgándoseles otros significados, como en el caso de Quetzalcóatl. Laurette Sejourne ha abundado en lo que denominó, en su momento historiográfico, como «la traición de Quetzalcóatl» en este sentido.[37] Los sacerdotes de Quetzalcóatl, el dios que simbolizaba en la cultura tolteca los valores espirituales, sacrifican a las víctimas humanas en su nombre. Pero lo que nos interesa a nosotros en este caso no es la «traición» sino el ejemplo de inserción, de la manutención de los signos tradicionales y del aprovechamiento de la identificación popular con los mismos, en tanto son instrumentados como conductos de transmisión de nuevos significados. El nombre y la imagen son los de Quetzalcóatl, pero ahora simbolizan un mundo conceptual y axiológico completamente distinto. Lo que por cierto no tiene nada de excepcional, porque tal cual lo apunta acertadamente Enrique Florescano refiriéndose a la imagen mítica de Quetzalcóatl,

> tiene la cualidad de renacer en todas las épocas y de mostrarse en cada una de ellas con un rostro distinto, siempre nimbado por el aula ancestral, pero recubiertos de nuevos significados y con una carga anímica que entrevera anhelos del presente y reverberaciones del pasado.[38]

Y muy rápidamente también las flores y los cantos dejaron de ser símbolos de una concepción espiritual y humanista,[39] para convertirse, esos mismos signos, en símbolo de dominio e imposición impe-

36. Véase, por ejemplo, Alfredo López Austin y Leonardo López Lujan, *Mito y realidad de Zuyuá*, *ob. cit.*, pp. 100-101, quienes consideran que, en un principio, los mexicas reconocían que la autoridad de su dios patrono Huitzilopochtli y de sus gobernantes derivaba de Quetzalcóatl, pero como consecuencia de su vertiginoso ascenso, elevaron a Huitzilopochtli al rango de «padre adoptivo» al que tenían que subordinarse todos los pueblos sometidos. Véase asimismo Tezozómoc, *Crónica Mexicana,* p .80, al que se refieren los autores mencionados.

37. Laurette Sejourne, *Burning Water. Tought and Religion in Anciant Mexico*, Vanguard Press, New York, 1960, cap. 8, pp. 28-43.

38. Enrique Florescano, *El mito de Quetzalcóatl,* Fondo de Cultura Económica, México, 1993, p. 11.

39. Véase, por ejemplo, las páginas dedicadas al «diálogo de la flor y el canto» por Miguel León Portilla en *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y sus cantares*, Fondo de Cultura Económica, México, 1961, pp. 126-137.

rial. Es así como Itzcóatl envió mensajeros a la ciudad de Cuitláhuac amenazándola con conquistarla si no enviaba a Tenochtitlan a «las hijas y hermanos de ellos» para que vinieran a cantar y a bailar y «la planta de los rosales» con jardineros que las plantaran.[40] Viejos signos, nuevos significados; viejas palabras, nuevos conceptos. Y también se da el cambio en el significado del sacrificio humano en medio de su profusión masiva, que lo convierte de un acto religioso que tiene lugar en un determinado momento, en un fenómeno que, por su presencia constante y su extensión, a veces masiva, pasa a ser uno de los componentes determinantes de la vida cotidiana de los aztecas, y un imperativo ineludible para la perpetuación de su mundo imperial. Imposible desentenderse de la importancia de los sacrificios masivos (especialmente en momentos de la coronación de un nuevo *tlatoan*i o la inauguración de un templo importante) en la configuración del imaginario azteca, de su mundo cognitivo, conceptual y emotivo. Diversos investigadores han encontrado que tanto las sagradas «guerras floridas» (*xochiyayotl*) como las inmolaciones en masa de prisioneros no fueron invención, o por lo menos invención exclusiva de los mexicas, puesto que, tal cual lo señala Matos Moctezuma, se han encontrado *tzompantlis* o plataformas de exposición de cráneos en Chichén Itza y en Tula, y Chimalpahin, por su parte, también se refiere a una «guerra florida» entre los chalcas y los tlacochalcas y entre los primeros y los tepanecas en 1381.[41] Pero consideramos que si bien puede tratarse de un fenómeno propio de la historia y la tradición de la región, los testimonios existentes parecen indicar que el mismo llega a su máxima expresión en el imperio azteca, tal cual sucede con otros diversos fenómenos que se proyectan en su máxima

40. Hernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicana*, notas de Manuel Orozco y Berra, Editorial Leyenda, México, 1944, cap. XVIII, pp. 69 y ss.

41. Michel Graulich, «Reflexiones sobre dos obras maestras del arte azteca: la Piedra del calendario y el Teocalli de la guerra sagrada», en Xavier Noguez y Alfredo López Austin, *De hombres y dioses*, El Colegio de Michoacán/El Colegio Mexiquense, México, 1997, p. 179. En lo que se refiere a las «guerras floridas» se dan diversas consideraciones de su significado y de sus objetivos, desde los que las ven como un medio para capturar rehenes a sacrificar a los que las consideran como un entrenamiento militar. Véase al respecto Frederic Hicks, «Flowery War in the Aztec History», en *American Ethnologist*, vol. 6, nº 1 (feb.), 1979, pp. 87-92, o Eduardo Matos Moctezuma, *Muerte a filo de obsidiana. Los nahuas frente a la muerte*, Secretaría de Educación Pública, México, 1975, pp. 100-105.

expresión solamente en tal dimensión imperial. Por decirlo con las palabras de Inga Clendinnen, «Las matanzas, fueran grandes o reducidas, eran frecuentes: parte del latido de vivir».[42]

Y la máxima ilustración del proceso de inserción con el objetivo de crear la conciencia social mexica reside en la versión de Tlacaélel del mito de los soles. Se continúa con la versión clásica de los cuatro soles en que el mundo fue existiendo y destruyéndose sucesivamente en medio de un destino inevitable, pero en lo que se refiere al quinto sol, los aztecas aparecen como el pueblo elegido para postergar indefinidamente la nueva catástrofe, por medio de la guerra y las conquistas, el valor y la temeridad que hagan posible su vuelta victoriosa del campo de batalla. Los rehenes serán sacrificados, el líquido precioso será ofrecido a los dioses y éstos continuarán su lucha por la perpetuación del quinto sol.[43] A pesar del interesante debate sobre la relación entre el arte mítico y la política, y asimismo sobre el posible carácter autónomo del primero,[44] y del mito en general, consideramos que de ninguna manera puede ser meramente casual el que todo esto sea tan funcional para la creación del imperio y para su manutención.

La política, pragmática; el terror, recurrente, espectacular; y el mito como vivencia existencial, cotidiana. David Carrasco considera que «la violencia ritual, y especialmente el incremento de los sacrificios humanos, se convirtieron en un medio para manejar, desde den-

42. Inga Clendinnen, *Los aztecas. Una interpretación*, Nueva Imagen, México, 1988, p. 125.

43. Véase al respecto, las palabras de Tlacaélel, al proponer la idea de las «guerras floridas» ante Moctezuma «el viejo» (Durán, *Historia de las Indias*, tomo II, cap. 28). Asimismo, véase el poema del Quinto Sol del *Códice de Cuautitlán*, en Ángel M. Garibay K., *La literatura de los aztecas*, Editorial Joaquín Mortiz, México, 1992, México, pp. 15 y ss. En lo que se refiere a los mitos cosmogónicos mesoamericanos en general y a la representación y usos del pasado, entre la numerosa bibliografía al respecto, véanse los primeros cuatro capítulos del libro de Enrique Florescano, *Memoria Mexicana,* Fondo de Cultura Económica, México, 1987. Florescano considera que es con Itzcóatl cuando comenzó a conformarse la imagen de los mexicas como el pueblo predestinado a dominar a sus rivales y dirigir una nueva era (*Ibíd.*, p. 154). Véase, también, Jaques Soustell, *El universo de los aztecas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1992, cap. V, pp. 93-175.

44. Véase, por ejemplo, el importante y polémico artículo de Michel Graulich, «Reflexiones sobre dos obras maestras del arte azteca: la Piedra del calendario y el Teocalli de la guerra sagrada», en Xavier Noguez y Alfredo López Austin, *De hombres y dioses*, El Colegio de Michoacán/El Colegio Mexiquense, Morelia, 1997.

tro de los enclaves sagrados de la capital, la inestable dinámica social y simbólica entre el centro imperial y la periferia aliada y enemiga por igual»,[45] y Alfredo López Austin, a quien recuerda Carrasco, escribe que el enorme incremento de los sacrificios humanos debe ser visto en función de la necesidad de los mexicas de mantener el dominio imperial sobre los vencidos ante la ineficacia de otros medios.[46] Ello no implica, de ninguna manera, que se tratara del único medio para mantener y perpetuar la organización imperial, y durante los últimos años se han publicado importantes aportaciones, a las que nos referiremos posteriormente, relativas a la colaboración entre el centro imperial y los grupos dominantes locales, pero ello se da a la par del ritualizado terror imperial y no en lugar del mismo. No hay aquí contradicción alguna sino complementación.

Y asimismo se trataba de la conformación de una conciencia mitoépica imperial que era funcional no sólo en el plano de la expansión y la manutención del poder en Mesoamérica sino también hacia adentro, en el mismo ombligo tenochtitlano del imperio, produciendo y reproduciendo en los mismos rituales míticos una red muy especial de relaciones sociales entre los encumbrados (nobles, sacerdotes, comerciantes) y los supeditados *macehualtin* de las capas populares.[47] López Austin escribe, acertadamente, que los *macehualtin* tomaban su lugar subordinado y contribuían al sostenimiento de la clase gobernante no tanto por una «imposición forzada» sino más bien por «la idea de una obligación natural fundada en el orden divino».[48]

De éste modo el mito imperial fue conformando, por medio de este proceso de inserción, una conciencia social sustentada en último término en la concepción épica maniquea de la existencia humana, en la convicción de que el sentido de la vida residía en esa confrontación

45. David Carrasco, *City of sacrifice. The Aztec Empire and the role of violence in Civilization*, Beacon Press, Boston, 1999, pp. 6-7.

46. *Cuerpo humano e ideología, las concepciones de los antiguos nahuas*, I, UNAM, México, 1980.

47. Véase el incisivo análisis de Johanna Broda al respecto: «Relaciones políticas ritualizadas: El ritual como expresión de una ideología», en Pedro Carrasco y Johanna Broda (eds.), *Economía política e ideología en el México prehispánico*, INAH/Nueva Imagen, México, 1980, pp. 221-254.

48. López Austin, Alfredo, *Cuerpo humano e ideología, las concepciones de los antiguos Nahuas, I*, UNAM, México, 1980, p. 12.

heroica contra las fuerzas de la destrucción y el caos o, en otras palabras, los enemigos del imperio. Era la construcción de la identidad mexica en un mismo acto de ejecutividad identitaria que iba definiendo y significando a los demás, hacia afuera, y fijando las subdivisiones jerárquicas hacia dentro.

Y paralelamente a los procesos de jerarquización y de inserción se da la conversión del mito en realidad cotidiana. Ante todo, es la misma creación y existencia del imperio que lo corrobora. El poderoso ejército, las guerras, las victorias, los tributos y las riquezas que fluían a Tenochtitlan, el prestigio de los mexicas y el temor que imponían, la grandeza de la ciudad imperial, todo ello era evidencia y confirmación histórica de la realidad del mito imperial: ¿no eran acaso el pueblo elegido, no era el imperio una prueba más del poder superior de la voluntad de Huitzilopochtli? ¿Por qué no comprenderlo así cuando todos se beneficiaban, de tal o cual forma, de los tributos, del botín, de las tierras, del comercio, del prestigio, del ascenso en la jerarquía social: el *tlatoani*, la nobleza, la burocracia imperial, los comandantes y los guerreros, los *pochtecas* (los comerciantes), y el pueblo en general? La verdad del mito se daba en función de su veracidad, y esta surgía como un manantial desde las profundidades de la euforia y el bienestar imperial.

Pero además se daba otro conducto que propiciaba la conversión del mito en realidad, en vivencia propia, anclándolo en la experiencia por medio de la participación popular en el ritual religioso, diario, múltiple, constante. Y cuando hablamos de vivencia propia estamos refiriéndonos al ritual en tanto un conducto por el que se apunta al mundo emotivo como medio para la conformación de la conciencia mítica. Y esto es de importancia definitiva, puesto que una cosa es aprender nuevos contenidos cognitivos, por medio de los estudios en la escuela o los discursos morales en la familia, y otra es vivirlos. Pueden captarse verdades, lógicas en medio de un determinado mundo conceptual, pero la veracidad de las mismas es algo que no se da tanto en función de la lógica misma sino en función de una credibilidad en la que lo decisivo es el mundo psicológico del sujeto. Y en este sentido el ritual es un verdadero laboratorio humano en el que el mito se convierte en experiencia real y concreta, y su verdad en vivencia. Se trata de la integración de la existencia humana en la dimensión mítica por medio de la praxis ritual. Y es que en gran parte de los ritos se

reproducía la narrativa mítica, y actores y espectadores por igual vivían un tiempo mítico que se confundía y se amalgamaba con el tiempo real. Y la muerte de los sacrificados, siempre presente, debería aparecer como unas luces de aviso que se prendían y se apagaban, y que anunciaban constantemente: realidad, realidad, realidad. Era el espectáculo recurrente de los sacrificios humanos, que en su frecuencia cotidiana y por momentos *monumental*, tal cual la denomina David Carrasco en su *City of sacrifice*,[49] conllevaba su institucionalización constituyéndose en un parámetro mítico cotidiano, fundamental e ineludible.

Y este aviso mortal y aterrorizante ocupaba un lugar muy especial dentro del horizonte existencial de tal sociedad y no sólo en lo que se refiere a la conformación de su conciencia cósmica e imperial en medio de la narrativa mítica. Por lo general el terror estatal se ejerce cuando no se logra la identificación con el régimen, cuando no se da una conciencia social en consonancia con el poder, que entonces se desdobla en la amenaza, el terror y las ejecuciones. Pero he aquí, ante nosotros, que la misma conciencia social, mito-épica, maniquea e imperial, poseía como su misma quintaesencia, la muerte, los sacrificios y la proyección del terror. La identificación imperial, por un lado, y el terror, por otro, iban de la mano en un baile macabro, no como alternativas opcionales sino como conjunción cotidiana, y debemos recordar que ello era también relevante en lo que se refería a la misma sociedad mexica y a la perpetuación de las estructuras sociales y políticas internas, sin dejar de ser significativo el que también se daba, al lado del sacrificio de los guerreros y los esclavos no mexicas, el de niños[50] y esclavos que sí lo eran. Y acorde a David Carrasco, en un tercio de los festivales anuales también se presenciaba el sacrificio de mujeres.[51]

Y todo, todo esto, parecía integrarse en el majestuoso e imponente Templo Mayor, en el centro de Tenochtitlan, centro imperial y cen-

49. David Carrasco, *City of Sacrifice*, p. 7.

50. Juan Alberto Román Berrelleza, «Offering 48 of the Templo Mayor: A Case of Children Sacrifice», en Elizabeth Ill Boone (ed.), *The Aztec Templo Mayor*, Dumbarton Oaks, Washington D.C., 1987, pp. 131-149. Tanto sobre los niños como sobre los esclavos puede verse el tercer capítulo de Clendinnen en *Los Aztecas. Una Interpretación*, p. 123 y ss.

51. David Carrasco, *City of sacrifice, ob. cit.*, capítulo 7.

tro cósmico por igual. Centro ritual en el cual la narrativa mítica y el poder azteca se identificaban indisolublemente, y centro máximo de conformación de la conciencia mito-épica maniquea (el orden y el equilibrio mítico e imperial ante el caos y la destrucción) de los aztecas, cruce de todos los medios utilizados para su proyección: la arquitectura y el arte, la perpetuación de la narrativa clásica y de los símbolos tradicionales y la inserción de nuevos significados, la praxis ritual, las ceremonias, las canciones y los bailes, el terror intimidante; la máxima expresión del poder imperial, de la misión cósmica, del sentido y destino del ser mexica. Y en medio del profuso mundo simbólico de la pirámide y del Templo Mayor, la piedra de Coyolxauhqui, con su estética mexica tan especial, ocupa un lugar muy especial en este sentido. Acorde con la leyenda Huitzilopochtli derrotó a su rival Coyolxauhqui en la lucha por Coatépetl, la sagrada y mítica montaña en que había nacido el heroico guerrero-dios mexica, misma que se representaba en el Templo Mayor. La leyenda cuenta que Huitzilopochtli cortó la cabeza y los miembros de Coyolxauhqui y estos cayeron rodando hasta los pies del Coatépetl. Y he aquí, a los pies de la pirámide, la escultura de Coyolxauhqui descuartizada, magnífica, aterrorizante y espeluznante a la vez.[52]

Dialéctica I

De este modo, lo que comenzó como una idea virtuosa en el cerebro de Tlacaélel, se pintó en los códices, se materializó en los templos y en las esculturas, se enseñó en las escuelas, se respiró en los campamentos de los soldados y en las unidades militares especiales de los águilas y los jaguares, y se hizo parte integral y esencial de la vida cotidiana de los mexica, con las movilizaciones, los botines y los

52. Véase Richard F. Townsend, «Coronation at Tenochtitlan», en David Carrasco (ed.), *The Imagination of Matter. Religion and Ecology in Mesoamerica Traditions*, British Archaeological Report, Oxford, 1989, pp. 155-188. También Eduardo Matos Moctezuma, *Una visita al Templo Mayor de Tenochtitlan*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1981; y Eduardo Moctezuma y Víctor Rangel, *El Templo Mayor de Tenochtitlan: planos, Cortés y perspectivas*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1989. Véase asimismo el interesante segundo capítulo dedicado al Templo Mayor en Carrasco, *City of sacrifice, ob. cit.*

repartos.[53] Y póngase atención que diferenciamos entre la invención o reconformación del mito y la construcción de la conciencia social.

Durante años, durante generaciones, la constante proyección de esta conciencia mítica reconformada no quedó solamente en el plano de la maquinación pragmática inicial de Tlacaélel ni de la dimensión mítica ideológica de la nueva élite mexica. El nuevo mito se fue reificando convirtiéndose en realidad, cobrando vida en el mundo lingüístico, cognitivo, conceptual, axiológico y emotivo, o sea cobrando vida por la vida de los mexicas, en tanto conciencia social. Una conciencia social que, por cierto, adquiría formas peculiares acorde con los diversos sectores sociales,[54] pero que anclaba a todos ellos en medio de la común mito-épica militar e imperial.

El mito, en tanto conciencia colectiva, fue tragándose al momento de creatividad pragmática que fue propio, en un principio, de la élite político-militar inspirada por Tlacaélel. Y se lo fue tragando en la misma medida en que la traducción del mito al plano de la conciencia social se iba implantando con mayor efectividad, y el renovado mito iba cobrando realidad. Es lo que definimos al principio de este capítulo como la dialéctica del mito y del pragmatismo, o del poder. Y este proceso es el que a los casi cien años del ascenso al poder de Itzcóatl iría definiendo, durante la época del segundo Moctezuma, la conciencia social mexica, o sea a los mexicas que se encontrarían y confrontarían con Cortés y su gente.

Pero es necesario recordar que la recreación del mito en la época de Itzcóatl y Tlacaélel se dio en función de las urgencias pragmáticas, y por ello los nuevos contenidos míticos posibilitaban, precisamente, la eficacia de su instrumentación imperial. Más aún, esta conjunción primaria de lo mítico y lo imperial, se continuó expresando explícitamente en el imperativo de cada nuevo *huey tlatoani* de salir de inmediato a demostrar su poder en nuevas conquistas. Por ello el mito renovado, en función de su misma génesis, entró en perfecta conjun-

53. Véase el excelente aporte de Mario Erdheim con relación a ésta temática, «Transformaciones de la ideología mexica en realidad social», en Pedro Carrasco y Johanna Broda (eds.), *Economía política e ideología en el México prehispánico*, *ob. cit.*, pp. 195-220.

54. Johanna Broda, «Relaciones políticas ritualizadas: El ritual como expresión de una ideología», *ibíd.*, pp. 221-254.

ción con la aproximación pragmática imperial convirtiéndose en uno de sus instrumentos más eficaces. Sus categorías esenciales, como el lugar central de la guerra y los sacrificios, eran categorías imperiales, pero resulta que, con el tiempo, se fue dando el imperialismo de las categorías, en este caso de las categorías míticas que fueron neutralizando la relación y la inventiva pragmática en tal o cual medida. El mito, que surgió como una respuesta efectiva a la voluntad de imperio en medio de la problemática regional, se perpetuó más allá de toda realidad, más allá del cambio de las circunstancias, y con ello parecería que fue relegando al inventivo pragmatismo realista, en tal o cual medida, de su posición determinante. El mito azteca, respuesta de Itzcóatl y de Tlacaélel a un problema de poder en medio de las circunstancias del momento, se convirtió en una pantalla que empañaría su visión de la realidad, aunque en esta tuvieran lugar los cambios más inesperados. Y el punto ciego de tal visión se encontraba ubicado en aquel segmento copado por los conceptos centrales de la conjunción sagrada: dioses-mexicas-imperio. Esta era la equivalencia esencial que una vez aceptada permitía pensar todo lo que se quisiera, mientras no se entrara en conflicto con la misma. Todo lo que violaba o amenazaba con violar tal equivalencia básica debía ser ninguneado, ignorado, descartado, rechazado o eliminado; desde los pueblos que osaban rebelarse, hasta un *huey tlatoani* (Tizoc) que no lograba mantener la dinámica mito-bélica-imperial. Y también la creatividad se daba en medio de tales parámetros, como en el caso prominente de la inventiva de las «guerras floridas», con la intención inicial de mantener tanto el ejercicio bélico como el momento mítico de los prisioneros destinados al sacrificio ritual.[55] De este modo lo que fuera con Itzcóatl y Tlacaélel creación cultural relevante, el mito, se convirtió con el tiempo en códice, o código, petrificado en el sentido de irrelevante frente a la necesidad de dar nuevas respuestas a nuevas e inesperadas realidades, como aquellas que se personificarían más adelante, por ejemplo, en las extrañas figuras que bajarían a las costas orientales de las colinas flotantes. Es el peligro de esos libros dibujados, de esas esculturas cinceladas, de esos ritos escenificados ,todos ellos desde el poder político, por medio de la instrumentación de la élite cultural, y con el objetivo explícito de crear una determinada cultura

55. Durán, *Historia de las Indias*, tomo I, cap. III, p. 33.

y una determinada conciencia social, y no sólo en el caso de los aztecas o solamente en aquella época. Lo que fue una labor de creatividad cultural, respuesta de la élite cultural y política a una determinada problemática histórica en medio del rechazo de parte de las verdades vigentes, se reifica, convirtiéndose muy rápidamente en la cultura, en los contenidos cognitivos, en el repertorio conceptual, en los valores. Este también es, dicho sea de paso, el problema de lo canonizado en el que puede petrificarse el momento vital y original de la creatividad cultural. Aunque, por lo general, las creaciones clásicas poseen precisamente aquel elemento esencial de universalidad que parecería radicar en aquello que es humano en tanto tal, o sea más allá del tiempo y del lugar concretos, siendo esto, por lo general, la misma problematicidad de lo humano, la existencia humana como un problema perenne, y con ello la necesidad de encontrar siempre nuevas soluciones y, en pos de ello, el imperativo de la creatividad.

Y agreguemos aún que, si bien pudieron darse en la vida cotidiana y en los mismos rituales diversos márgenes de iniciativa individual y creatividad propia de los diversos sectores de la sociedad azteca, ello no puede de ninguna manera cancelar el hecho de que se daban dentro de una mito-épica fundamental que englobaba todo, que era decisiva.

Dialéctica II

Este proceso en que el mito fue tragándose, en tal o cual medida, el pragmatismo, y la canonización a la creatividad, fue conformando la conciencia popular, a los diversos niveles de la sociedad azteca, en función de la mito-épica bélica, maniquea e imperial. Generaciones tras generaciones nacieron en una sociedad y en un Estado que desde el acto de bautismo, pasando por las escuelas, la tradición oral plasmada en oraciones, poesías y amonestaciones, los rituales, las guerras, el fluir de los tributos,[56] y todo lo que hemos analizado previamente,

56. Sobre estos espacios de la vida cotidiana en los que se iba conformando la conciencia social puede verse Jacques Soustelle, *La vida cotidiana de los aztecas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1956, y también diversos capítulos de José Alcina Franch, Miguel León Portilla y Eduardo Matos Moctezuma, *Azteca-Mexica*, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Sociedad Quinto Centenario/Lunwerg, México/Madrid, 1992; y José Alcina Franch, *Los aztecas*, Historia 16, Madrid, 1999.

nos hacen posible suponer, sin gran riesgo a equivocarnos, que eso fue así, en gran medida, más allá de las diferencias propias de los diversos sectores sociales. Estas diferencias sociales se expresaban también en las diversas agendas rituales y, seguramente, en las peculiaridades propias de su lenguaje, su mundo cognitivo, su mundo conceptual, etc., pero todo ello en medio del común denominador hegemónico de la mito-épica imperial.

Mas esta hegemonía no implicaba, de ninguna manera, la exclusión de lo pragmático, sino su relegación a un plano secundario. En el devenir histórico nunca fue la cuestión excluyente del ser o la nada, de lo pragmático que había nulificado lo mítico, o de lo mítico que ahora nulificaba lo pragmático. Pero, para relacionarnos con esta problemática, debemos profundizar algo más en el análisis tanto de la dimensión mítica como de la pragmática.

Evidentemente lo mítico siempre se encuentra presente en la sociedad azteca. Se encontró en los primeros años de Tenochtitlan, en la gran revolución de Tlacaélel y posteriormente hasta los días de Moctezuma II. Simplemente era una sociedad mítica como toda la mesoamericana. Pero en esa dimensión mítica es necesario distinguir analíticamente dos planos diferentes. El primero de ellos es el existencial, en el que se van acumulando durante el tiempo las respuestas a las interrogantes cósmicas y existenciales, y preferimos la denominación de «plano existencial» puesto que también todo lo relativo al cosmos y a las diversas criaturas son respuestas a las interrogantes propias del ser humano que pregunta por el significado de todo ello para sí mismo. Cada respuesta incluida en el repertorio mítico primario va definiendo el lugar del ser humano dentro de tal mundo y el significado del mismo y de sí mismo. Y esta conciencia mítica, como toda conciencia colectiva, posee sus propios contenidos cognitivos, su propio sistema conceptual, su terminología a todos los niveles, su mundo de valores y su mundo emotivo. Y en función de todo ello su raciocinio propio, mítico, fundamentando el devenir humano en la existencia y en la acción de poderes transhistóricos, metafísicos, en este caso divinos, que se manifiestan patentemente en la narrativa mítica.

Un segundo plano de lo mítico es aquél que se refiere explícitamente al poder político y a la estratificación social. La gran revolución de Tlacaélel nos ilustra patentemente a necesidad de esta dife-

renciación analítica, puesto que perpetuándose el plano existencial primario se injertó en el mismo la mitología del poder. Todo lo nuevo podía tener sentido exclusivamente en medio de su inserción en la tradición mítica vigente, pero tal tradición cobró por sí misma una nueva trascendencia social y política, y el último y recientemente agregado motivo mexica otorgó un renovado significado a la narrativa mítica en su totalidad. Y todo ello se llevó a cabo desde el poder, por el poder y para el poder. Pero si bien esto ya lo hemos analizado previamente, lo que deseamos apuntar aquí es que esta manipulación de la dimensión mítica por parte del poder político- militar es precisamente testimonio, no sólo de la importancia y la trascendencia de lo político, sino asimismo del carácter fundamental y esencial de lo mítico. Es imposible pensar sino en medio del raciocinio mítico, es imposible legalizar sino en medio de la narrativa mítica, es imposible actuar sino en función del legado y el imperativo míticos. O sea que la aproximación pragmática propio de la acción utilitaria de los seres humanos, el inevitable pragmatismo de los aztecas al a organizar su economía, su sociedad, sus ejércitos, sus conquistas y su imperio, debía conllevar necesaria y «naturalmente» el ropaje conceptual mítico, con sus significados correlativos, y expresarse, necesariamente, por medio de la razón mítica, sólo que volcando en la misma nuevos contenidos (fundamentalmente el papel de los aztecas en la salvación del cosmos), y otorgando, de tal modo, nuevos significados a los mitos previamente vigentes. Claro está que todo ello se manifiesta de diversos modos en función de los diversos grupos sociales, pero siempre en medio del común denominador esencial, o mejor dicho, existencial identitario: la mito-épica imperial.

Resulta, entonces, que lo mítico y lo pragmático no residen en dos formas opuestas y contradictorias de la conciencia social, puesto que es posible actuar pragmáticamente en el ámbito, por ejemplo, de la metafísica o de la mítica del poder, llegando inclusive a procesos de inserción y creación de nuevos significados míticos en función de la necesidad de su instrumentación; aunque, por otro lado, una vez que el mito renovado se institucionaliza y se convierte en conciencia social, nos topamos con que la acción pragmática se encuentra seriamente limitada al tener que desempeñarse en medio de una realidad oculta por las brumas de la conceptualización mitológica. Brumas enajenantes que, como sabemos, bien pueden ser patrimonio no sola-

mente del raciocinio mítico sino asimismo de los más diversos tipos de ideologías «racionales» y supuestamente científicas.

En fin, la razón mítica no excluye la metafísica del poder, y por otro lado, la razón imperial se define también en términos míticos. Más aún, no hay razón imperial sin mitología, y si el poder se basa simplemente en la fuerza bruta, pues no es razón de ninguna índole. Es importante, empero, diferenciar entre la razón del poder y la razón imperial. La razón del poder democrático, por ejemplo, no necesita de la dimensión metafísica, puesto que es inmanente al reconocimiento de las diversas manifestaciones de la existencia humana, al pluralismo y a la igualdad humana en la diferencia; y con ellos el reconocimiento de la libertad humana y de los seres humanos en tanto sujetos históricos, desentendiéndose de todo determinismo metafísico o religioso, de tal o cual índole. Lo imperial, en cambio, implica la necesidad de una justificación trascendental, metafísica, más allá del devenir histórico de la sociedad humana, ya sea Huitzilopochtli, o «el destino manifiesto», o «las leyes de hierro» de la dialéctica o las de la biología racista, para anclar en la misma un destino convertido en surco ineludible, y por ende necesario, de la historia humana. Debe darse razón imperial y trascendente del por qué una de las manifestaciones de lo humano se convierte en su expresión exclusiva.

Pero, concluyendo nuestro análisis, recordemos que en medio de esta diferenciación analítica y de esta dialéctica siempre presente entre lo mítico y lo pragmático, la relativa hegemonía del uno o del otro puede ser decisiva en la confrontación con determinadas circunstancias históricas como, por ejemplo, la aparición de aquellas colinas flotantes en las costas orientales...

Mitología, autocracia y terror

Pero no se trató solamente de la mitología del poder, sino de su conjunción con el poder absoluto y personal, lo que no niega la existencia de toda clase de redes políticas a nivel imperial. El poder autocrático se fue personificando paulatinamente en la figura de los *tlatoque* que se sucedieron en el poder en Tenochtitlan, y a medida que el imperio se acrecentaba y la polarización social se ahondaba, la figura del emperador se encumbraba cada vez más bordando lo divino. Si

bien Itzcóatl y Tlacaélel simbolizan la revolución, mítica, socioeconómica y política, en la evolución histórica de los mexicas, parecería que los dos Moctezumas, «el viejo»(1440-1468) y «el joven» (1502-1520) constituyen los dos hitos prominentes de un viraje absoluto, en el que primeramente se marginó definitivamente, a nivel estatal, al liderazgo tradicional de los *calpullis*, y finalmente se marginó en gran medida a la misma nobleza; todo ello en medio del encumbramiento, rayando lo divino, de la autocracia real personificada finalmente en Moctezuma II. El imperio creció, con él las proporciones del *huey tlatoani*, y abajo fueron quedando, algo diminutos, aunque siempre en orden jerárquico, los otrora jefes tradicionales y, finalmente, también buena parte de la nobleza.

Moctezuma «el viejo», luego de los 14 años del reinado de Itzcóatl, dio instrucciones detalladas para fijar un orden preciso y definitivo en todo lo referente a las jerarquías sociales y a las conductas requeridas acorde a las mismas. Durán escribe al respecto:[57]

> Y, para mejor ordenar esto, tuvo su consejo con los grandes de su corte, o por mejor decir, hizo Cortes y Junta General de todos los grandes de su reino y de todas las provincias comarcanas, con los cuales se ordenó la honra, el respeto, el temor, la reverencia que se habría de tener a los reyes y luego a los grandes señores, que fue ordenar que los adorasen por dioses y los tuviesen por dioses.

Luego de haberse reformulado los mitos y habérseles comenzado a proyectar y a difundir en medio de la reconformación de la conciencia social, venían ahora los dictados, las órdenes y las reglamentaciones, que definirían la fisonomía definitiva de la sociedad y del estado mexica por la imposición El pacto de la absoluta sumisión del pueblo en caso de la victoria militar contra Azcapotzalco (que verídico o imaginario de todas formas refleja la nueva visión social y política del triunvirato victorioso), la quema de los códices, los nuevos mitos y las ordenanzas, constituyen los eslabones de una cadena cuya lógica interna iba ahondando el abismo de la polarización social, e iba conformando el encumbramiento social, político y económico de los reyes y de la nobleza en este período de Moctezuma «el viejo». Y,

57. Durán, *Historia de las Indias*, tomo II, cap. XXVI, p. 211.

como veremos, el terror azteca, inmanente y esencial a su mito-épica militar e imperial, hizo presa no sólo de sus adversarios sino que también funcionó hacia adentro, en lo que se refiere a la conformación del mismo orden social y político.

Luego de la reestructuración de los mitos y de su renovada proyección a todos los niveles sociales, Moctezuma dicta también las ordenanzas que regularían la conducta social, quiérase o no, acompañadas por castigos sumamente convincentes, y sin ambigüedades de ningún tipo: las penas mortales asecharían por doquier. Al mito traducido al plano de la conciencia social se agregaría ahora la reglamentación y el terror.

Pero, en esta primera fase, las ordenanzas de Moctezuma «el viejo» privilegiaban, principalmente, los diversos sectores de la nobleza con respecto al pueblo en general; y la posición de la misma nobleza, dentro de la consabida escala jerárquica, continuaba siendo importante y de peso político tras la reconocida superioridad del *huey tlatoani*. Ante todo debemos tener presente, al respecto, la posición privilegiada de Tlacaélel, segundo de varios *huey tlatoani*, con su enorme prestigio personal, sus cargos y su poder institucional, quién inclusive en más de una ocasión rechazaría la proposición de convertirse en el *huey tlatoani*, explicando que había puesto y depuesto señores haciendo gala de todo el poder real aunque no llevara corona.[58] Más aún, según Tezozómoc, Moctezuma el viejo inclusive le dijo a Tlacaélel, en medio de un cambio de opiniones en asuntos de Estado, que «...es verdad que soy señor, pero no lo puedo yo mandar todo, que tan señor sois vos, Cihuacóatl, como yo, y ambos hemos de regir y gobernar esta república mexicana».[59] Y claro está que Tlacaélel poseía su propia base de poder, con sus parientes directos, su gente de confianza y dependiente de él. Asimismo la política imperial agresiva y la progresiva expansión del imperio hacían manifiesta la necesidad y la importancia tanto de una nobleza burocrática como de una nobleza militar. Y no sólo esto, sino que había lugar en ellas, especialmente en la última, para determinados parámetros «meritocráticos», al estar conformadas también por soldados que destacaron

58. Luego de la muerte de Moctezuma «el Viejo»: *Ibíd.*, cap. XXXII, p. 241. Luego de la muerte de Tizoc: *Ibíd.*, cap. XLI, p. 313.

59. Tezozómoc, *Crónica Mexicana*, cap. XXI, p. 79.

por su heroísmo en el campo de batalla, aunque no pertenecieran originalmente a las familias de los *pipiltin*, de la nobleza. O sea que lo definitivo durante este siglo XV de iniciativa y expansión imperial, era el *ethos* imperial y militar alumbrado míticamente por un quinto sol azteca. Y si bien las jerarquías eran las jerarquías, y el muy relativo y primer supuesto equilibrio en el que tomaron parte los *calpullis* y sus jefes tradicionales pasó rápidamente a ser parte del pasado, de todas formas la misma empresa mito-bélico-imperial dejaba aún fisuras para un mínimo de ascenso social en función de los logros en el campo de batalla.

El nuevo «equilibrio» se dio, en primer lugar, entre los componentes del triunvirato, Itzcóatl, Moctezuma y Tlacaélel, quienes dividieron el poder entre sí mismos, y luego entre ellos y la nobleza, fundamentalmente familiar y ligada a los tres integrantes del triunvirato, de enorme importancia burocrática en la progresiva organización del imperio, y claro está de importancia militar, con su componente «meritocrático» que en esta fase expansiva tenía aún una importancia decisiva. Asimismo debemos tener presente que entre estos últimos jefes militares se contaban aún, en un principio, aquellos capitanes de la generación que habían tomado parte en la épica guerra de liberación contra Azcapotzalco y en las primeras de la expansión.

El objetivo de las ordenanzas de Moctezuma fue, entonces, el de imponer la subordinación absoluta de las clases populares, o sea la traducción de la subordinación popular expresada en el pacto (supuesto o real) a la reglamentación oficial y definitiva, en tanto la nobleza continuaba manteniendo su importancia y poder relativos dentro de la jerarquía social y política.

En las ordenanzas de Moctezuma se estipula, primeramente, el lugar supremo del *huey tlatoani*, separado y alejado del pueblo, pero no tanto de los grandes señores y de los *tlatoque* de las diversas regiones. Los reyes no debían aparecer en público sino sólo cuando era imposible evitarlo, y en la ciudad solo él podía portar corona de oro en su cabeza; pero durante la guerra tanto los grandes señores como los capitanes prominentes podían portarla, puesto que representaban en la guerra la persona real. Asimismo sólo el *huey tlatoani* y Tlacaélel (o sea también Tlacaélel) podían usar calzado en el palacio y por la ciudad. Los únicos que podían recibir un permiso especial eran algunos de los más destacados héroes militares, aunque sólo para usar un

par de sandalias simples y comunes. Todo el que lo hiciera sin estar autorizado pagaría su atrevimiento, nada menos, que con la vida. En fin, no es de extrañar que ante la alternativa nada reconfortante los aztecas se pasearan descalzos de buena gana.[60]

Asimismo se fijó una jerarquía muy clara en lo referente a la calidad de las mantas y los colores que debían portar los privilegiados, cada cual según su rango: los *tlatoque*, los grandes señores, doce en total, los que se habían destacado en las guerras y los soldados en último lugar. Todo el resto de la gente tenía prohibido utilizar mantas de algodón, sólo de henequén, y el largo de las mismas podía llegarles sólo hasta la rodilla. Abajo de las rodillas, claro está, la pena de muerte.[61] Gran responsabilidad la de los sastres de la época...

¿Adornos? Pues sólo el *huey tlatoani*, los *tlatoque* y los grandes señores podían utilizar bezotes de oro y de piedras preciosas, u orejeras y nariceras de oro y de piedras preciosas. También los capitanes y los soldados de valor podían adornarse con bezotes, nariceras y orejeras, pero solo de hueso o de palo... Y lo mismo en lo referentes a otros adornos como los brazaletes de oro en la garganta y en los pies, o los adornos de plumas.

Y con la identidad jerárquica claramente definida, manifiesta e identificable, iban también, a la par del prestigio social, los derechos, los deberes y las prohibiciones. Así, por ejemplo, sólo los grandes señores y los capitanes destacados podían edificar casas de más de un piso, también, claro está, bajo pena de muerte para los delincuentes.[62] Entonces, a nadie le quedaban dudas de que era preferible edificar una casa de un piso que una tumba de dos. Y ni siquiera la tumba esperaba a los adúlteros, que serían apedreados y echados a los ríos,[63] aunque en estos casos no siempre la consideración racional de los pros y los contras ante el castigo frenaba necesariamente los bríos de

60. Duran, *Historia de las Indias,* tomo II, cap. XXVI, p. 211.

61. *Ibíd.*, p.212.

62. Ídem.

63. *Ibíd.*, p. 213. En lo que se refiere a los delitos sexuales de diversa índole y a las penas otorgadas véase María J. Rodríguez, *El Estado azteca*, UAEM, Mexico, 1998, pp. 194 y ss. Véase asimismo la ejecución (por garrotes primero y luego quemada) de la esposa del *tlatoani* de Texcoco, Nezahualpiltzintli, hermana de Moctezuma, por adulterio: Ixtlilxóchitl, *Historia de la nación chichimeca*, cap. LXIV, p. 195. En lo que se refiere a la problemática de la mujer azteca y la sexualidad, véase María J. Rodríguez S., *La mujer azteca*, UAEM, Toluca, 1997, cap. VI.

los delincuentes. Por cierto, para calibrar cabalmente la diferencia del peso de esta última ordenanza sobre los diferentes sectores sociales, debemos recordar que la gente del pueblo debía conformar familias monógamas, en tanto los nobles podían mantener familias poliginias.

En fin, si la muerte era la guardiana de la buena conducta y de que cada cual se mantuviera en su nivel y la sociedad toda en su forma y jerarquía, no se trataba sino de otra forma de vivir cerca de ella y con ella, en aquellos intervalos entre los sacrificios rituales. Y si esto era así en el ámbito mexica, ni qué hablar de que el terror era uno de los fundamentos más firmes del poder imperial. Pero no nos explayaremos en esto, porque debemos pasar del «viejo» al «joven», o al segundo.

Sin entrar al detalle histórico del período que nos conduce de un Moctezuma al otro, es importante recordar dos hechos sumamente significativos para comprender al segundo de los Moctezumas y a su política al ascender al trono. En 1486 le dieron un golpe de gracia al *huey tlatoani*, o quizás mejor sería decir que le hicieron pasar un trago amargo...al envenenarlo.[64] Y es que Tizoc había fracasado en su deber de fortalecer al imperio, y ello no era un crimen menor que el de calzar sandalias... No es extraño, entonces, que con ésta advertencia el sucesor de Tizoc, Ahuitzotl, saliera a su debido tiempo a una racha de acciones militares sembrando el terror por doquier, a la vez que iba restituyendo el poder imperial efectivo, e iba alejándose asimismo de un destino similar al de su predecesor. O sea que en el «equilibrio» relativo dentro de la jerarquía social y política del *huey tlatoani*, de la familia real, de los militares, de los sacerdotes y de la nobleza en general, se iban dando algunos que otros vaivenes acorde con el imperativo de mantener el poder imperial a toda costa. La bonanza imperial era un pegamento imprescindible para el mantenimiento de la estructura social y política, y su debilitamiento imponía, necesariamente, acciones correctivas, a veces urgentes, radicales y... de mal gusto.

Es en medio de estos vaivenes que debemos comprender la gran campaña bélica imperial y los actos de terror intimidante que Ahuitzotl llevó a cabo y, en primer lugar, el sacrificio masivo y sin precedente de decenas de miles de víctimas en la inauguración del templo

64. Durán, *Historia de las Indias*, tomo II, cap. XL, p. 311. Ixtlilxóchitl, *Historia de la nación chichimeca*, cap. LVIII, p. 187.

mayor de Huitzilopochtli. Según las diversas fuentes de Durán se trató de 84.400 sacrificados; aunque hay quién considera que esta cuantificación es exagerada, no cabe dudas de sus dimensiones masivas.[65] Se trató de un despliegue de lujo, riqueza y poder, que dejó deslumbrados y espantados por igual a los *tlatoque* (plural de *tlatoani*) amigos y enemigos que habían sido «invitados» a presenciar tal inauguración en medio de una oferta que había sido imposible rechazar. Durante cuatro días se llevaron a cabo los interminables sacrificios, «desde la mañana hasta la puesta del sol», los pechos abiertos y los corazones ofrecidos a los dioses.[66] Y entonces le dijo el Ciuhacóatl (título de Tlacaélel) al rey Ahuitzotl: «ya, hijo y señor, han visto nuestros convidados esta honra de Huitzilopochtli, y es menester que como enemigos nuestros que son, se vayan, para que cuenten en sus tierras lo que han visto...»,[67] Y también los mexicas lo presenciaron.

Posteriormente, cuando Ahuitzotl se enteró de actitudes de rebeldía de los alauiztecas y de Oztoman, que rehusaron su invitación y que asimismo rehusaron rendirse ante los ejércitos aztecas, « fueron destruidas aquellas dos ciudades y puestas a cuchillo y destruidas por el suelo, sin ninguna piedad, excepto de mozos y mozas, los niños y niñas, que éstos fueron guardados para llevar a México, de los cuales llevaron cuarenta mil y doscientos mozos y mozas y niños y niñas, los cuales se repartieron por todas las provincias y ciudades de la comarca de México».[68] La bonanza y el orden imperial eran repuestos, el *huey tlatoani* volvía a demostrar su musculatura imperial, el terror celebraba, en y fuera de Tenochtitlan, y el equilibrio previo era reestablecido bajo la batuta imperial. Sí, también se daban las redes de conexiones y de colaboración a nivel imperial con las elites de las ciudades y regiones supeditadas, pero lo uno no quita lo otro, ahí estaba el terror, innegable y omnipresente.

65. Durán, *Historia de las Indias*, tomo II, cap. XLIII, p. 240. Ixtlilxóchitl, *Historia de la nación chichimeca*, libro LX, p. 189. Tezozómoc, *Crónica Mexicana*, cap. LXX, pp. 331 y ss. con gran detalle. En lo relativo al ritual del sacrificio humano también puede verse Yólotl González Torres, *El sacrificio humano entre los mexicas*, Fondo de Cultura Económica/INAR, México, 1985.

66. Duran, *Historia de las Indias*, tomo II, cap. XLIV, p. 345.

67. Tezozómoc, *Crónica Mexicana*, p. 334

68. Duran, *Historia de las Indias*, tomo II, cap. XLIV, p. 348.

Luego de la muerte de Ahuitzotl, y unos 60 años luego de las ordenanzas de «el viejo», es coronado otro Moctezuma. Y otra vez, desde el mismo principio de su reinado se da otro viraje decisivo, en lo que se refiere a la organización interna de la sociedad y el estado tenochca, y con él otro golpe decisivo, esta vez a la misma nobleza, que en parte se desbarata (especialmente en sus rangos menores) y en parte continúa, pero parecería que eclipsada por el *huey tlatoani*. Parecería que Moctezuma II aceleró la reacción real de su predecesor en lo que se refiere al fortalecimiento de la corona, llevándola hasta sus últimas consecuencias y, aunque parezca paradójico, aunque no lo es, contra su mismo predecesor. Tlacaélel había muerto al principio del reinado de Ahuitzotl,[69] y su muerte, ya venido en años, libraba al *huey tlatoani* de la sombra de un segundo todopoderoso, a veces más que el primero. Moctezuma heredaba de Ahuitzotl un imperio fortalecido casi hasta el extremo de sus posibilidades, con el paralelo y absoluto fortalecimiento del *huey tlatoani*. Heredaba la gloria y el poder, aunque también el imperativo de hacerse digno de los mismos por su propia acción y el recuerdo del trágico destino que alcanzó a Tizoc por no haber logrado hacerlo. Y es sólo desde esta óptica que podemos comprender la inmediata labor de reestructuración que llevaría a cabo «el joven» Moctezuma en toda la esfera política. Entre la paranoia y la megalomanía, se trató de una reestructuración que implicaba la eliminación de parte de la nobleza que había acompañado en el poder a Ahuitzotl, y la reconformación de una nobleza sometida, creada y educada por él mismo para asegurar su fidelidad total. Ahora el equilibrio sería perturbado en sentido contrario, dejando sólo lugar a la autocracia casi divina de Moctezuma.

Durán nos relata que Moctezuma:[70]

> ...quería ser servido a su voluntad y gusto y entablar su república y reino a su voluntad, y llevar las cosas de su gobierno por la vía que a él le diese más contento y por otra vía de la que su antecesor lo había gobernado.

69. *Ibíd.*, tomo II, cap. XLVIII, p. 369. Tlacaélel murió según Chimalphain en 1487 (*Codex Chimalphain,*, edited and translated by Arthur J. O. Anderson and Susan Shroeder, University of Oklahoma Press, Norman/London, 1997, vol. 1, Introduction, p. 52.

70. Durán, *Historia de las Indias*, tomo II, cap. LIII, p. 403.

Y por ello «no se le debía hacer ni duro ni pesado el privar de los cargos a todos los que lo tenían...». O sea que la nobleza que había servido a Ahuitzotl era identificada con el régimen previo, y Moctezuma se antepuso como su primer objetivo el de su eliminación. Claro está que como Ahuitzotl había llevado a cabo grandes conquistas, y parte de tal nobleza era también de origen popular «meritocrático» y le debía a él su encumbrada posición, el golpe que otorgaría Moctezuma reduciría primera y drásticamente, a tal nobleza de origen plebeyo:[71]

> Y era que él quería poner nuevos oficiales, así en el servicio de su casa y persona, como en el régimen en la provincia y reino, y mudar todos los que su tío Ahuitzotl había puesto y de los que se había servido, porque muchos de ellos eran de baja suerte e hijos de hombres bajos, lo cual era gran menoscabo y gran bajeza de los reyes servirse de gente baja, y que él quería servirse de otros tan buenos como él [...] porque así como las piedras preciosas parecen mal entre las bajas y ruines, así los de sangre real parecen mal entre la gente baja.

Y sin que tenga certeza de ello, pero basándose en algunas de sus diversas fuentes e inclinándose a creerlo, Durán nos relata que Moctezuma no solo despidió a todos los oficiales nobles que habían servido a su tío Ahuitzotl, sino que inclusive los mandó matar.[72]

¿Todo esto en defensa de la nobleza real para librarla del peligro de la contaminación popular? No precisamente, o al menos no solamente. Ya hemos mencionado que ante todo se trataba de eliminar la base de poder inmediata de su antecesor, que quizás podría poner en peligro su propia posición real, tal cual lo expresa explícitamente Moctezuma:[73]

> ...los que han servido a algún gran señor y rey, como mi tío Ahutzotil lo era, cualquier cosa que yo quiera innovar, ordenar o mandar, más o menos de lo que mi tío hacía, les ha de parecer mal y luego han de murmurar y detraer de ello y condenarlo por malo y han de decir que su señor Ahuitzotl no haría aquello, y siempre me han de hacer vivir con sobresalto, y, así, no quiero tenerlos conmigo.

71. Ídem. Tezozómoc, *Crónica Mexicana*, cap. LXXXIII, pp. 399 y ss.
72. Durán, *Historia de las Indias*, tomo II, cap. LIII, p. 407.
73. *Ibíd.*, p. 404.

Según Richard Townsend, parecería que Moctezuma II inclusive llegó a destruir las construcciones que en el lado norte de la pirámide del Templo Mayor fueron hechas durante el período de Ahuitzotl.[74] Pero más aún, la defensa de la nobleza de origen, por parte de Moctezuma, era mucho más peligrosa y maligna para ella que la supuesta amenaza de la meritocracia militar. Moctezuma mandó sacar a los hijos de los señores de México, Texcoco, Tacuba y otras ciudades, de las escuelas a las que habían sido enviados para ponerlos a su servicio en lugar de aquellos que habían servido bajo Ahuitzotl.

Este plan, evidentemente, le otorgaba a Moctezuma dos grandes ventajas en su intento de someter definitivamente a la nobleza a su poder absoluto: en primer lugar al mantener a su servicio a los hijos de tales nobles, de hecho también los mantenía como rehenes; en segundo lugar, su objetivo era también el de «educarlos» a su modo:[75]

> Los cuales yo los quiero criar y hacer a mis mañas y costumbres y conformes a mi voluntad y corazón. Y tampoco quiero de los ya muy hombres, sino todos mancebos de poca edad, porque a estos se les imprime con más facilidad cualquier buen consejo...

Por un lado era el *desencefalamiento* de la nobleza, por otro era la captura y el *encefalamiento* totalitario de la nueva generación. Y esto es de suma importancia (inclusive si se tratara solamente de los rangos inferiores de la nobleza, tal cual lo consideran diversos historiadores), puesto que la relativa base de poder propio de los diversos señores se daba también en función de sus linajes o sublinajes específicos, de sus familiares que desempeñaban diversas funciones a todos los niveles, y por ello la estrategia de Moctezuma lograba minar, en gran medida, la misma base del poder de los nobles a todo nivel. Y bueno es prestar atención a que se trataba de los hijos de los señores de México, Texcoco y Tacuba, a la par de otras ciudades. No era sólo Tenochtitlan, sino desde un principio la Triple Alianza. Y no está de más el recordar que el padre de Moctezuma II, Axayácatl, ya había derrotado en 1473 a la ciudad hermana de Tlatelolco,

74. Richard F. Townsend, «Coronation at Tenochtitlan», en David Carrasco (ed.), *The Imagination of Matter*, *ob. cit.*, p. 157.

75. Durán, *Historia de las Indias*, tomo II, p. 404.

imponiendo su poder sobre la misma y con él su condición de tributarios.[76]

Y a la par de todas sus «precauciones», Moctezuma continuó con el concebido menú de las guerras, las espeluznantes celebraciones y el terror. Esta herencia la asumió sin la menor de las dubitaciones e inclusive con renovados bríos, por ser esencial, como siempre, para la manutención del imperio.

El pragmatismo original de los aztecas, aunado esencialmente a la mito-épica militarista y anclado por último en la voluntad de poder, se desarrolló tan rápida y exitosamente que, hacia fines del siglo XV, parecería haber alcanzado sus límites con la misma celeridad. En la misma medida en que los tentáculos imperiales iban alejándose de Tenochtitlan en todas las direcciones, iban abrazando territorios cada vez más amplios, de océano a océano, y supeditando pueblos más lejanos, su capacidad de mantener a todos apresados en el sofocante abrazo imperial iba mermándose. Y es que parecería que durante los doscientos años que pasaron desde que se asentaron en Tenochtitlan, y los cien desde que comenzaron a establecer su imperio, no es dable discernir, paralelamente al gran desarrollo político y militar de los mexicas, ningún avance tecnológico significativo. Sin medios de transporte terrestre, sin utilizar la rueda, sin asimilar la utilización del bronce para la producción de armas de combate, lo que ya conocían de sus guerras con los tarascos, sin todo ello el mantenimiento de la hegemonía imperial se hacía cada vez más problemático, y en la misma relación se acrecentaba el imperativo de las represalias y el terror como el medio más efectivo para la neutralización *a priori* de toda disidencia rebelde. Los mexicas, a pesar de su poderío, parecería que se inclinaron más por el comercio y por la imposición de un sistema tributario que por la producción directa de los materiales y productos elaborados que aprovechaban.[77] Se acostumbra a decir que la necesidad es la madre de las invenciones; quizás el enorme poderío imperial haya opacado la capacidad inventiva de los invencibles aztecas, quizás el mito imperial, henchido de soberbia, la haya convertido en innecesaria. Pero los peligros allí estaban, a pesar de la extensión

76. *Ibíd.*, tomo II, cap. XXXII- XXXIII, pp. 249 y ss.

77. José Alfredo Uribe Salas, «Minería de cobre en el occidente del México prehispánico», en *Revista de Indias*, mayo-agosto, 1996, p. 305.

de los tentáculos imperiales, y en su coronación Moctezuma escuchó cómo se le exhortaba a honrar a los señores puesto que eran «las fuerzas contra Tlaxcala, Mechuacan y Metzizlan y todas las demás fronteras enemigas de los mexicanos contra las cuales has de estar siempre remendando tus armas, enderezando tus flechas y componiendo la espada».[78] Siempre en pie de guerra, era no sólo la fuerza del imperio sino asimismo el imperativo de la fuerza y del terror.

Michael E. Smith, entre otros investigadores, considera que la fuerza militar no constituyó el factor determinante en lo que se refiere a la integración del imperio azteca, sino que encuentra tal factor en la coincidencia de intereses entre los gobernantes de la Triple Alianza y la nobleza de las provincias supeditadas, que también gozaban de su participación en los tributos imperiales,[79] pero no deja de referirse posteriormente a la «propaganda (mexica) por medio del terror»,[80] tal cual se expresaba en los sacrificios rituales en medio del espacio público. O sea que lo que se buscaba en tales ocasiones no era precisamente la cooptación ideológica sino algo muy diferente. También Carlos Santamarina, en un libro reciente, comienza por plantearse como su «herramienta de análisis» el que los sistemas de dominación mexicas, aunque no sólo ellos, «se articulan mediante la reutilización de estructuras de dominación preexistentes».[81] Se trata de una hipótesis importante, que nos presenta una visión más compleja de las relaciones entre el centro imperial y las provincias, pero no consideramos que la misma se encuentra en necesaria contradicción con la afirmación de la existencia y la importancia del terror imperial. Y también Santamarina llega a la conclusión de que se trata de dos procesos necesariamente complementarios, puesto que no basta con la violencia para mantener un sistema de dominación sino que «*además* hace falta una cierta colaboración de los supeditados», y agrega aún que «todos los sistemas de dominación se basan, en alguna proporción en la combinación de fuerza y poder...».[82] Pero a la par de los conceptos

78. Durán, *Historia de las Indias*, tomo II, p. 401.

79. Michael E. Smith, «The Roll of the Social Stratification in the Azteca Empire», en *American Anthropologist. New Series*, Vol. 88, nº 1, 1986, pp. 70-71.

80. Michael E. Smith, *The Aztecs*, Blackwel, Oxford, 2003, p. 220.

81. Carlos Santamarina, *El sistema de dominación azteca: El imperio tepaneca*, *ob. cit.*, pp. 36 y ss.

de «propaganda» de los mexica, o de la manipulación de su «reputación» (agigantada), o de la conjunción de fuerza (una acción física directa) y poder (opera indirectamente y no necesariamente por la fuerza[83]), nosotros apuntamos en especial al factor de la coerción aterrorizante, sin la cual nos parece evidente que tampoco la colaboración entre la élite imperial y las supeditadas élites locales sería factible. Era una colaboración de la que ambas sacaban provecho, pero que por sí misma era el producto de la coerción imperial. Y es que no se trataba solamente ni del cálculo racional y utilitario, ni de la cooptación o de la hegemonía ideológica, ni del poder militar, sino asimismo del impacto del terror imperial, que es algo esencialmente diferente; es la implantación del espanto y del pavor paralizantes en tanto una parcela esencial del espacio de la conciencia colectiva de los pueblos supeditados. Y esto es sumamente significativo, no sólo para la comprensión de la imposición imperial, sino asimismo en lo que se refiere a la construcción de la misma identidad mexica en medio de un horizonte existencial muy especial: bélico, mito – épico y maniqueo. Y es que al proyectar el terror los mexicas no estaban solamente intentando imponerlo como un factor decisivo en el espacio de la conciencia colectiva de los pueblos sometidos, sino asimismo estaban afilando, a fuerza, los trazos de su propia identidad. Sobre el mismo eje identitario, definiendo al otro y definiéndose a sí mismos en un mismo acto de ejecutividad identitaria, y es que no va lo uno sin lo otro.

Aunque, por cierto, no faltaron las rebeliones y su consecuente y cruel represión. Al coronarse un nuevo *huey tlatoani* nunca faltaban aquellas ciudades o regiones que consideraban que era factible aprovechar la oportunidad para poner a prueba su voluntad de poder y su capacidad para el mismo. Los resultados solían ser más que desastrosos, porque también el recién coronado comprendía perfectamente

82. *Ibíd.*, pp. 31 y 37. Acentuación en el original. Santamarina lleva a cabo un análisis histórico de las diversas modalidades que es dable detectar en diferentes casos concretos.

83. Ross Hassig, *War and Society in Ancient Mesoamerica*, University of California Press, Berkeley/Los Angeles/Oxford, 1992, pp. 57-59. En su estudio sobre Mesoamérica, Hassig diferencia entre el imperio hegemónico y el territorial, una diferenciación que será patrimonio de buena parte de los estudios posteriores en esta área.

que en tales pruebas se jugaba su destino político y biológico por igual. Recuérdese nuevamente el caso Tizoc.[84]

En 1503, por ejemplo, fueron dos grandes y pobladas provincias, Icpatepec y Xaltepec, las que se tentaron y cayeron en la fatal imprudencia de mandar matar a todos los mexicas que se encontraban en sus límites.[85] Pero, por cierto, no se trataba de un intento meramente suicida, ni en este caso ni en otros similares, sino de un riesgo calculado con la intención de lograr una posición independiente e inexpugnable como la de los michoacanos, o por lo menos otra intermedia de independencia relativa, o por lo menos constantemente amenazada en medio de las «guerras floridas», como en el caso de Tlaxcala. Más aún, Conrad y Demarest consideran que en el momento de la llegada de los españoles, el imperio azteca había llegado a sus límites imperiales y se encontraba en crisis, tanto interna como externa, y que su poder militar había disminuido y fracasado en no pocos de sus encuentros militares; los ejércitos de Moctezuma II se encontraban incapacitados para continuar expandiéndose hacia nuevos territorios y, en cambio, se veían obligados a confrontar constantes rebeliones dentro del mismo ámbito del imperio azteca.[86] Pero en caso de que esta última tesis reflejara la realidad de tal momento histórico, ello sólo haría aún más necesaria la instrumentación del terror para mantener el equilibrio imperial.

Es así que en momentos de la llegada de los españoles a México nos encontramos con una situación algo ambigua que nos recuerda al dios Janos, con sus dos perfiles mirando en direcciones opuestas. Por un lado los tentáculos imperiales que llegaban a los límites geográficos de su expansión, los pesados tributos fluyendo hacia la temida Tenochtitlan, las componendas con las élites de las regiones supeditadas, las represalias y el terror; por otro, las rebeliones y las «guerras floridas» que en algunos casos, como en el de Tlaxcala, parecerían haber perdido las flores persistiendo sólo el clamor de las armas. La hegemonía del terror (y no, no se trata de una contradicción porque

84. Sahagún describe el modo en que el *huey tlatoani* salía a la guerra «a conquistar alguna provincia», a los pocos días de haber sido coronado. (Sahagún, *Historia general*, libro VIII, cap. 5, p. 475.)

85. Durán, *Historia de las Indias*, tomo II, cap. LV, pp. 417 y ss.

86. Conrad y Demarest, *Religión e imperio*, *ob. cit.*, pp. 82-105.

la realidad es más compleja que la mutua exclusión de conceptos en el plano de la lógica) no podía cubrir constantemente y al mismo tiempo el mapa de las diversas irrupciones rebeldes, y, por otro lado, parecería que los pesados tributos y la constante amenaza de la represión bélica, al igual que algunas píldoras estimulantes, al darse en dosis excesiva producían, a veces, el efecto contrario. No cabe dudas de que el *huey tlatoani* Moctezuma II no era muy consciente de los límites del poder, y se daba entonces un fenómeno sumamente interesante: no sólo el imperio se constituía en alas del mito, sino que el mismo poder imperial se mitificaba, y con él se mitificaba el mismo *huey tlatoani*, cada vez más alejado de las miradas humanas. Siempre había sido así, por lo menos en medio de los rituales, pero ahora ya no se osaba ni mirar su rostro. Era la conjunción de la mitología, la guerra, los acuerdos y la colaboración, el terror, el poder autocrático, casi divino, y otra vez la mitología, en un círculo vicioso que estiraba la circunferencia de sus posibilidades hasta sus máximos límites imperiales; un círculo vicioso que cerrándose sobre sí mismo, también parecía convertirse en insensible a sus propias limitaciones.

Pero a la par de la imperiosa necesidad de continuar constantemente la represión de las rebeliones, a veces pagando un enorme precio o inclusive fracasando, como en la derrota inflingida a Moctezuma II por las fuerzas de Huexotzinco,[87] no eran solamente los más lejanos límites los que se extremaban, sino que también el centro de la circunferencia imperial trastabillaba un poco. Al morir Nezahualpilli, el *tlatoani* de Texcoco, se dio un serio conflicto entre sus hijos alrededor de la sucesión real, y Moctezuma tomó parte en el mismo e intentó imponer a Cacamatzin, quien era también su sobrino, para definir del todo el poder de Tenochtitlan dentro de la misma alianza imperial, y directamente sobre Texcoco. Era un acto político ya usual en la región, pero tratándose ahora de Texcoco, quizás también hubiera algo de la megalomanía autocrática, o quizás simplemente de la voluntad de poder propia de tantos políticos, que insaciable y sufriendo de bulimia incurable, agrega por lo general, en sus fases

87. Durán, *Historia de las Indias*, tomo II. Véase, por ejemplo, cap. XXXVII, sobre la derrota de los mexicas por los michoacanos en tiempos de Axayacatzin, o cap. LVII, sobre la derrota de los aztecas a manos de Huexotzinco en tiempos de Moctezuma II.

más avanzadas, la ceguera frente a sus condicionantes y sus limitaciones. Más aún, según Ixtlilxóchitl, Moctezuma, en una acción conjunta con sus enemigos de Tlaxcala, traicionó previamente a Nezahualpilli e hizo matar a «toda la flor de los capitanes y los soldados del reino de Tezcuco»,[88] y ante las reclamaciones de Nezahualpilli no dudó en expresar que «ya no era el tiempo que solía ser, porque si en los tiempos atrás se gobernaba el imperio por tres cabezas, que ya el presente no se había de gobernar más que por una sola, y que él era el supremo señor de las cosas celestes y terrestres...».[89] Pedro Carrasco escribe al respecto que «en los últimos tiempos del Imperio la estructura centralizada bajo el predominio tenochca estaba creciendo a expensas de la organización tripartita de la Alianza».[90]

Mas el resultado de la intromisión de Moctezuma en la disputa por la corona fue la división de hecho del reino de Texcoco y la hostilidad entre los descendientes de Nezahualpilli, aunque Cacamatzin quedara como tlatoani.[91] Moctezuma había logrado en gran medida su objetivo, pero se había ganado también el odio de Ixtlilixóchitl, uno de los posibles herederos legítimos de Nezahualpilli, quien había tomado las armas para oponerse a la imposición de Cacamatzin logrando el apoyo de las provincias septentrionales de Texcoco, y quien finalmente, en medio de un acuerdo, también recibió el cargo de capitán general del reino. No era esto aún una amenaza para Tenochtitlan, pero si en la costa oriental aparecieran algunas extrañas criaturas que avanzaran hacia el valle central, vaya uno a saber el efecto catalizador que pudieran tener.

El poder casi absoluto y aparentemente ilimitado, tal cual se concentró en las manos de Moctezuma II, a la par de las dimensiones del imperio que convertían su manutención en un constante desafío, constituyen una de las claves básicas a tomar en cuenta en todo intento de comprensión de la conquista del imperio azteca por los españoles y del modo en que ello se llevaría a cabo. No se trataría sólo de las nubes míticas que impedirían, en un primer, fugaz y decisivo momen-

88. Ixtlilxóchitl, *Historia de la nación chichimeca*, cap. LXX, pp. 215-218.

89. *Ibíd.*, cap. LXXV, pp. 218-219.

90. Pedro Carrasco, *Estructura política territorial del Imperio tenochca*, *ob. cit.*, p. 601.

91. *Ibíd.*, cap. LXXVI, pp. 220-222. Durán, *Historia de las Indias*, tomo II, cap. LXIV, pp. 473-478 no recuerda la discordia.

to, ver, comprender y adaptarse dinámicamente a una sorpresiva y cambiante realidad, cuando llegaran aquellas extrañas criaturas, sino también de la sordera de una megalomanía autocrática que impediría escuchar otras voces y otras opiniones de la élite mexica, fundamentalmente en lo que se refiere a la táctica a adoptar ante el avance de los invasores. Entre los tlaxcaltecas, por ejemplo, se escucharon diversas voces y finalmente salieron a combatir a los españoles. Ya lo veremos, como también veremos el enorme peligro que entrañaba el que todo el poder imperial se viera personificado autocrática y absolutamente, quizás como nunca previamente, en la figura del *huey tlatoani*. En último término sería Moctezuma, punto de conjunción humana del mito y del poder. A veces se ha preguntado qué hubiera sucedido si el gran Tlacaélel hubiera vivido cuando llegaron los españoles,[92] y la pregunta encierra la admiración por su sabiduría y pericia política y militar; pero el sentido de tal pregunta, si es que tiene sentido alguno, reside en que la mera presencia de Tlacaélel implicaba un límite de mayor o menor medida a la megalomanía autocrática, la delimitación de un espacio político y la posibilidad, aunque fuera mínima, del diálogo, y con él, quizás, de una mejor comprensión. Nada más lejano que Moctezuma II de aquellas palabras que Moctezuma el viejo le había dirigido a su *cihuacóatl* Tlacaélel, diciéndole que no podía gobernar él solo a pesar de ser el *tlatoani*, y que era labor de ambos hacerlo juntos.

Pero no era sólo Moctezuma en tanto la humana personificación y conjunción del mito y del poder, sino que, si recordamos su carácter de máximo y sabio sacerdote, por lo que había ganado una gran y`, según parece, merecida reputación, se trataba también de la conjunción y la personificación del poder y del saber. Y esto es evidentemente otra de las facetas presentes en la época del segundo Moctezuma que no se había podido dar en vida de Tlacaélel, cuya sabiduría era reconocida por todo *huey tlatoani* desde Itzcóatl.

Claro está que las instituciones continuaban existiendo, pero siempre es necesario prestar también atención a su peso real, a la trama de relaciones en las cuales quedan atrapadas y a las actitudes que las definen. Quizás valga la pena recordar al respecto el modo en

92. Miguel León Portilla, *Los antiguos mexicanos, a través de sus crónicas y cantares*, Fondo de Cultura Económica, México, 2ª ed. corregida, 1972, p. 88.

que Moctezuma II se comportó desde un principio con el hijo de Tlacaélel, quien era su *cihuacóatl*, cuando luego de su coronación partió con él a la conquista de Cuatzontlan y de Xaltepec. Ya durante la primera jornada le ordenó volver a México, y el afligido *cihuacóatl* debió desistir de su deseo de participar en la guerra, «y así muy pesante volvió a México, acompañado de los consejos reales y de las justicias de la ciudad y de los señores que eran ya jubilados de poder ir a la guerra».[93] Y no sólo ello, sino que le dio órdenes, cuya razón Durán no sabe explicar, de cortar la cabeza a todos los ayos de sus hijos y a todas las amas que estaban en compañía de sus mujeres y mancebas y de nombrar otros y otras en su lugar. Y no olvidó Moctezuma de enviar espías tras su *cihuacóatl* para cerciorarse que cumplía sus órdenes estrictamente. En fin, hablamos de la autocracia, que es un término político a menudo emparentado con el de la megalomanía, especialmente cuando porta ribetes míticos. Quizás podríamos agregar asimismo alguna pizca de paranoia, aunque Tizoc hubiera podido afirmar que hay algunos paranoicos que tienen razón.

Los españoles en el Caribe, los aztecas aquí, en México-Tenochtitlan, y en su imperio que se extendía de océano a océano, personificado en la figura del segundo Moctezuma.

93. Durán, *Historia de las Indias*, tomo II, p. 149.

Capítulo 3
El rastro del oro y el horizonte imperial

En 1514 el perímetro de las exploraciones españolas se iba ampliando significativamente, en pos del oro y de los esclavos que se iban agotando, y tanto la Corona como las autoridades locales y los mismos españoles del Caribe hacían todo lo posible para ampliar el horizonte de las riquezas. Todos tenían interés en ello y todos colaboraban. La expectativa de nuevos descubrimientos era esencial en la vivencia del Caribe, y de la mano de aquel pragmatismo radical, al que ya nos hemos referido, iban desplegándose el horizonte aurífero y los sueños y las leyendas de nuevos tesoros. Y las carabelas iban ampliando constantemente ese mundo suyo, que siempre se encontraba más allá de donde estaban. Pero no todo fue tentación, éxito y promesa. Los reveses no faltaron, y a veces fueron terribles. Es imposible hablar del pragmatismo y de la codicia de estos españoles caribeños sin tener presente los peligros que afrontaban por aquellos primeros años tanto ellos como aquellos que llegaban directamente de la península. La suerte de la gente de las expediciones de Ojeda y Nicuesa puede testimoniarlo, o al menos pudieron hacerlo los ciento y tantos que quedaron con vida luego de dos meses en la costa norte de Colombia; de España habían partido más de mil. La tentación de gloria, oro y poder debía sobreponerse al temor a perder el botín y la vida por igual, a las muy probables tormentas y naufragios y a las lluvias de flechas y dardos envenenados que a veces eran la bienvenida que les otorgaban los indios «carentes de razón». Lo que inclinaba la balanza para el lado de la aventura era el grado de osadía y temeridad

de cada uno. Por ello, ya de antemano, los que partían eran una clase muy especial de hombres: en su osadía, en su temeridad, en su valentía, en su codicia, en su espíritu de aventura. No eran por lo general soldados y no constituían una unidad militar profesional, pero iban por su propia voluntad, con una motivación suprema, con un espíritu de cuerpo, de unidad, de colaboración que surgía de la plena conciencia de que estaban pendientes los unos de los otros, y de que el triunfo de cada uno podía darse sólo en función del éxito de los demás. Aunque no faltaron las querellas y las maquinaciones maquiavélicas, especialmente al nivel de los líderes de la campaña, pero también entre sus seguidores, entre los hombres provenientes de diferentes regiones de España y, claro, también a nivel personal. Entre el pavor y la osadía, entre el llanto y la euforia, entre la mezquina realidad cotidiana y los sueños de gloria, entre el resplandor del oro y la muerte que había secuestrado y secuestraba a tantos de los suyos, entre lo conocido y lo desconocido, pero que ahí estaban, un poquito más allá, estos conquistadores que perfilaban un pragmatismo radical y, cuando lo consideraban necesario, cruel y despiadado, iban abriendo así los caminos de su nuevo mundo. Vivían, por así decirlo, al filo de la navaja aurífera, entre dos mundos, creando el propio. Llorando los mismos capitanes, como atestigua Bernal Díaz del Castillo, al referirse a lo que sería la derrota de la Noche Triste[1], y orinándose de miedo él mismo antes de la batalla, encomendándose a Dios y a su bendita madre.[2] Nada de superhombres, pero sí los osados y temerarios protagonistas de una gesta histórica en la que yendo en pos del rastro aurífero abrirían de par en par las puertas del colonialismo europeo en el nuevo continente y en el mundo entero. Y a la vez pondrían fin al quinto sol de la imponente Tenochtitlan.

Acumulando experiencias

No por casualidad partieron tres expediciones sucesivas desde Cuba a Yucatán: las porciones de experiencia que se fueron juntando en pos de las dos primeras (sobre los indios, las casas, los templos, las

1. BDC, cap. XXVIII, p. 257.
2. *Ibíd.*, cap. CLVII, p. 373.

armas, las costas, las corrientes, los vientos, el oro, el oro, el oro) iban dibujando doradas perspectivas que incentivaron más aún las intenciones originarias, a la vez que traían noticias sobre civilizaciones más desarrolladas que las de los indígenas del Caribe. Porciones de experiencia de una realidad cuyo conocimiento era esencial para esa praxis pragmática por la cual iban avanzando estos conquistadores en su nuevo mundo.

La expedición de Cortés, que partió de Cuba en 1519, fue precedida por otras dos expediciones. La primera de ellas con Hernández de Córdoba al frente, en 1517, y la segunda capitaneada por Juan de Grijalva, en 1518. Ambas fueron enviadas con el permiso, el apoyo y la estrecha colaboración de Diego Velázquez, el teniente gobernador de Cuba, y ambas trajeron consigo noticias sensacionales. Otra civilización, nuevas riquezas y, por encima de todo, las nuevas sobre la existencia de un gran imperio, que se extendía hasta las mismas costas en las que habían desembarcado. Esto era, en verdad, como si se descubriera de nuevo el Nuevo Mundo. Se volvía a abrir el horizonte que tanto se achicaba por esos años en las islas del Caribe y en Tierra Firme; se abrían nuevas esperanzas, nuevas ilusiones, y el imaginario de la colonización volvía a henchirse de optimismo y de codicia.

Hernández de Córdoba y su gente volvieron a Cuba luego de dos meses bordeando la extremidad nordeste de la península de Yucatán, y se apresuraron a escribirle a Diego Velázquez que habían descubierto «tierras de grandes poblaciones y casas de cal y canto, y las gentes naturales de ellas traían vestidos de ropa de algodón y cubiertas sus vergüenzas y tenían oro y labranzas de maizales...». Y además trajeron consigo, tal cual lo recuerda Bernal Díaz del Castillo, «el arquilla con las diademas y anadejos y pescadillos y otras pecezuelas de oro, y también muchos ídolos, que en todas las islas, así de Santo Domingo y en Jamaica y aun en Castilla hubo gran fama de ello, y decían que otras tierras en el mundo no se habían descubierto mejores».[3] ¿Que mejor incentivo para los españoles caribeños que el brillo

3. BDC, cap. VI, p.13. Este libro de Díaz del Castillo, más allá de las críticas de las que ha sido objeto, es una fuente de información de gran importancia en todo lo relativo al descubrimiento y la conquista del imperio azteca, y no sólo eso. Díaz del Castillo nos presenta un testimonio directo de los mismos desde la perspectiva de un alférez (en el original de su libro, capítulo VIII, tachado sargento), otorgándole a los capitanes y los soldados un protagonismo, que, según afirma, el cronista oficial, Francisco

del oro? Y también llevaron a Julián y Melchorejo, dos indios bautizados con esos nombres, con la esperanza de que pudieran dar información y con el tiempo servir como traductores. Esto era de un valor excepcional en el Caribe, puesto que era necesario ponerse en contacto con la realidad para operar dentro de ella del modo más eficaz. Pero lo que el gobernador de Cuba quiso averiguar, ante todo, fue una realidad muy concreta, sobre la que todos los exploradores y conquistadores preguntaban siempre y en todo lugar, tal cual se puede apreciar en sus relatos: «que si había minas de oro en su tierra...».[4] Y los indios, mintiendo en este caso de Yucatán, dijeron que había mucho oro en su tierra. En fin no se necesitaba más para que Diego Velázquez, ya luego de la primera expedición, enviara un emisario personal a los frailes jerónimos que gobernaban en Santo Domingo, con el fin de solicitarles permiso para continuar la exploración de las costas descubiertas y comerciar con oro y perlas, y asimismo se apresurara a escribir a Castilla informando al Real Consejo de la Indias que él había promovido y financiado la expedición y descubierto las nuevas tierras y sus riquezas, y solicitaba su nombramiento como adelantado de Yucatán lo que le aseguraría el gobierno de las tierras que conquistara, y con él el botín.[5]

Pero no todo fueron buenas noticias. Los españoles habían sido atacados en tres oportunidades por los indios y habían sufrido grandes

López de Gómara, en su libro *Historia de la conquista de México*, reserva exclusivamente para Hernán Cortés. Además de Hernán Cortés y Bernal Díaz del Castillo, también participaron en la conquista del imperio azteca y dejaron testimonio de la misma: Andrés de Tapia, *Relación de algunas de las cosas que acaecieron al muy ilustre señor don Hernando Cortés, Marqués del Valle, desde que se determinó ir a descubrir tierra en la Tierra Firme*; Francisco de Aguilar, *Relación breve de la conquista de Nueva España*; y Bernardino Vázquez de Tapia, *Relación de méritos y servicios del conquistador.* Estos tres testimonios pueden leerse, entre otras ediciones, en la de Germán Vázquez, *La conquista de Tenochtitlan*, Historia 16, Madrid, 1988. Jorge Gurría Lacoix, en un estudio preliminar a la *Relación* de Aguilar, denomina a estos cinco conquistadores, que relataron posteriormente los hechos por ellos vistos y oídos, «soldados cronistas». Véase su estudio preliminar en Fray Francisco de Aguilar, *Relación breve de la conquista de Nueva España*, UNAM, México, 1977.

4. BDC, cap. VI, p.13.

5. *Ibíd.*, cap. VI, p. 14. Hugh Thomas considera que esta doble petición pudo haberse debido a que Velázquez adivinara de antemano que una vez muerto Cisneros los frailes perderían rápidamente su poder (*La conquista de México*, Planeta, Barcelona, 1994, p. 128).

pérdidas. De los 110 que habían partido de a Habana 57 fueron muertos, la gran mayoría heridos y algunos también se perdieron o fueron capturados y no volvieron a Cuba. El mismo Hernández de Córdoba volvió mal herido y murió a los pocos días. Parecería que estos indios ya habían escuchado del destino trágico de la gente de las islas del Caribe durante los 25 años que habían pasado desde 1492 y preferían prevenir que curar. Parecería que comprendieron muy racionalmente que ante la dicotomía española de «indios de guerra» e «indios de razón» era preferible ser indios de guerra. Según lo cuenta Bernal Díaz del Castillo los indios se apresuraban a preguntarles si venían de donde sale el sol y decían «castilan, castilan».[6] Pero, si a pesar de todo, la tentación del oro fue definitiva para la continuación de la empresa, los reveses y las guerras proporcionaron conocimientos de no menos valor: los relatos de los sobrevivientes fueron de gran importancia en lo militar. Bernal Díaz del Castillo cuenta, por ejemplo, cómo fueron conducidos a una emboscada por un cacique que daba señas de paz, pero que al llegar a unos montes dio la orden del ataque[7]:

> ...y a las voces que dio, los escuadrones vinieron con gran fuerza y presteza y nos comenzaron a flechar, de arte que de la primera rociada de flechas nos hirieron quince soldados; y traían armas de algodón que les daba a las rodillas, y lanzas y rodelas, y arcos y flechas, y hondas y mucha piedra, y con sus penachos; y luego se vinieron a juntar con nosotros pie con pie, y con lanzas a manteniente nos hacían mucho mal.

Y cuando relata lo que aconteció en Potonchan los detalles del informe son similares en lo que se refiere a las diversas armas de los indios , a sus formas de hacer la guerra, y a su efectividad («nos dan tales rociadas de flechas y varas y piedras tiradas con hondas que hirieron sobre ochenta de nuestros soldados»), aunque aquí se hace mención también de «espadas de navajas, que parece que son de hechura de dos manos», y del hecho que los indios buscaron especialmente al capitán, al que efectivamente lograron herir con diez flechazos. Y en los mapas se le puso a este lugar el nombre de Costa de Mala Pelea.[8] No era para menos.

6. BDC, cap. III, p. 7.
7. *Ibíd.*, p.6 .
8. *Ibíd.*, p. 10_

Las porciones de experiencias con las que se iba conformando el mapa de la nueva realidad, a la par de las coordenadas de la nueva aventura, eran áureas como el oro y negras como la muerte; desde abajo, bordeando las nuevas costas, paso a paso por los nuevos senderos, experiencia más experiencia. Y aunque la imaginación trabajara horas extras, no se trataba ahora de meras visiones míticas y leyendas atractivas, sino de las porciones de realidad que iban articulando estos hombres del Caribe muy selectiva y pragmáticamente. Era cuestión de tomar en cuenta dónde se encontraban ubicadas estas nuevas tierras, qué grado de desarrollo habían logrado estos nuevos indios, cómo se encontraban organizados políticamente, cuánto oro había y dónde se encontraba, cómo lo trabajaban, de qué modo y con qué armas peleaban, y todo ello en función de una motivación y una intencionalidad muy claramente definidas. Y es que ya en estas primeras excursiones, aún antes de la misma conquista, al ir bordeando las costas de Yucatán e ir nombrando y renombrando los diversos mojones de su itinerario, los españoles iban apropiándose simbólicamente de esta nueva geografía, asimilándola a la historia de la conquista en gestación; iban desplazando e ignorando las denominaciones indígenas originales, y con ellas su historia y su cultura (Costa de Mala Pelea, por ejemplo, o Cozumel convertida, según Juan Díaz en la isla de Santa Cruz, o el río de Tabasco convertido en el río de Grijalva[9]). Era cuestión de borrar y cuenta nueva.

Pero también les quedaba claro que deberían tomar muy en serio el peligro de guerra con los indígenas, que no iba a ser tan simple como en las islas del Caribe, que el botín podía ser fabuloso pero también enormes los peligros a confrontar, y que sería imposible salir, como lo habían hecho, con tan poca gente, sin cañones y sin caballos. Y además, como si todo esto fuera poco, habían presenciado también altares cubiertos de sangre en los que creían que habían sido sacrificados seres humanos, y habían visto a los sacerdotes con sus pelos largos y ensangrentados.

En fin, no todo era prometedor. Pero el imperativo de seguir el rastro aurífero pudo más, al grado que en la segunda expedición

9. Juan Díaz, *Itinerario de la armada del Rey Católico a la Isla de Yucatán, en la India en el año 1518, en la que fue por comandante y Capitán General Juan de Grijalva*, en *La conquista de Tenochtitlan*, edición de Germán Vázquez, *ob. cit.*, pp. 45 y 54. En adelante: Juan Díaz, *Itinerario*.

tomaron parte también los que apenas lograron sobrevivir en la primera, cuya experiencia personal era de gran valor puesto que era cuestión de volver sobre sus mismos pasos. Díaz del Castillo, que había sido flechado tres veces en la expedición previa, relata que cuando el gobernador le propuso volver a salir recordó de todas las penurias y de los muertos y heridos, pero cuando también le prometió mucha honra y que lo gratificaría adecuadamente se terminó la discusión.[10]

Y también volvieron a partir los pilotos, con sus nuevos conocimientos de las corrientes y los vientos, y sus mapas de las nuevas costas: Antón de Alaminos, quien también había sufrido una herida en el cuello, y Camacho de Triana y Juan Álvarez de Huelva, «el Manquillo». Y con ellos, casi está de más decirlo, se llevaron al intérprete Julianillo. Y los vecinos y soldados de Cuba, que no habían sufrido las penurias de la expedición, y que además no tenían indios en la isla y habían escuchado las buenas nuevas, hicieron a un lado las malas, «tomaron mucha voluntad y codicia», y muy rápidamente se reunieron 240 personas prestas a salir a la nueva aventura. En cuatro barcos, dos de ellos comprados esta vez por Diego Velázquez (en el primer viaje había fletado sólo uno de los tres que llevó Hernández) para que no hubiera dudas sobre sus intenciones de ser el adelantado, el futuro conquistador y gobernador de Yucatán, y con un pariente suyo, Juan de Grijalva, por capitán general, para evitar toda clase de malentendidos. Grijalva era un joven de 28 años que ya tenía más de diez años en el Caribe. Además partieron como capitanes de los otros tres navíos Pedro de Alvarado, Alonso Dávila y Francisco de Montejo, hombres importantes que tenían amplias encomiendas de indios en la isla. La codicia era común a vecinos simples y encumbrados, lo que variaba era sus dimensiones. Y también eran comunes las precauciones: esta vez partieron casi el doble de personas y llevaron consigo dos cañones que podían lanzar sus bolas de acero hasta una distancia de 300 metros; aunque tampoco en esta oportunidad llevaron consigo caballos, para los que se necesitaban barcos más grandes. Se despertaron

10. BDC, cap. IV, p. 10. Entre las críticas a Díaz del Castillo se le impugna el que posiblemente no haya tomada parte en la expedición de Grijalva. Por ejemplo, Carmelo Sáenz de Santa María, «Introducción crítica», en Bernal Díaz del Catillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, CSIC, Madrid, 1967, p. 50.

grandes expectativas pero, de todas formas, parecería que aún no se comprendía que estaban *ad portas*, a las puertas de la gran Tenochtitlan. Y es que la realidad que les esperaba superaba la amplitud de su imaginación.

Grijalva y su gente navegaron, más o menos según la misma ruta de la expedición previa, aunque continuaron algo más al norte y desembarcaron en nuevos lugares. Otra vez se dio el asombro frente a las ciudades mayas con sus casa de piedra y sus pirámides, y otra vez las preguntas, casi rituales en todos los encuentros, sobre el oro, tal cual lo recuerda Juan Díaz: «y el capitán les preguntó si tenían oro»[11], «y la lengua les respondió que buscábamos oro»[12], «y el capitán les dijo que no queríamos sino oro»[13]. Bartolomé de las Casas, por su parte, escribe que en la isla de Cozumel, Grijalva les dio a los indios las cosas de Castilla, como cuentas, cascabeles, peines, espejos y «otras brujerías», preguntándoles si tenían oro y diciéndoles que se lo comprarían o trocarían por aquellas cosas. Y comenta irónicamente que «éste fue, como siempre, el principio de su Evangelio, que los españoles acostumbraron, y el tema de sus sermones».[14] Y también en esta oportunidad volvieron a ser atacados por los mayas, aunque esta vez tronaron los cañones que demostraron su efectividad, no tanto por el daño real que provocaron entre los indios como por su impacto psicológico. Y otra vez, las lecciones bélicas[15], y también el terror de los sacrificios humanos. Juan Díaz, el capellán de la armada, recuerda lo relatado por un indio ante los muertos que encontraron en uno de los altares[16]:

> y el indio respondió que se hacía a modo de sacrificio; y según lo que luego se entendió, estos indios degollaban a otros en aquella piedra ancha y echaban la sangre en la pileta, y les sacaban el corazón por los pechos, y lo quemaban y lo ofrecían a aquel ídolo, y que les cortaban los molledos

11. Juan Díaz, *Itinerario*, p. 44.
12. *Ibíd.*, p. 47.
13. *Ibíd.*, p. 51.
14. Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias*, Lib. III, cap. CIX, vol. II, p. 437.
15. Juan Díaz, *Itinerario*, p. 45. Para las experiencias bélicas del viaje de Grijalva, véase también: *Relación de meritos y servicios del conquistador Bernardino Vázquez de Tapia*, pp. 132-134; incluida en la edición de Germán Vázquez sobre *La conquista de Tenochtitlan* citada en la nota 3 de este capítulo. En adelante: Vázquez de Tapia, *Relación*.
16. Juan Díaz, *Itinerario*, p. 50. Véase también p. 55 con otros ejemplos.

de los brazos y de las piernas, y que se los comían; y que esto hacían con los enemigos con los que tenían guerra.

Las piezas de las experiencias, incluso aquéllas nada estimulantes como la recién citada, se iban juntando paulatinamente e iban conformando los senderos operativos para el futuro. Por cierto, se trataba ahora de civilizaciones mucho más desarrolladas que la de las islas del Caribe, lo que hacía más difícil esgrimir ante ellas el argumento de la barbarie y la consiguiente necesidad de salvarlos de la misma, pero en el informe de Juan Díaz, en cambio, ya se abría la posibilidad de la eventual satanización de estas poblaciones entregadas a tales rituales.

Dos acontecimientos fueron de especial importancia en esta segunda expedición. El primero de ellos fue el que en las cercanías de lo que en el futuro sería la ciudad de Veracruz se encontraron con las tribus totonacas que los recibieron amistosamente. No es probable que los totonacas no hayan tenido noticias previas sobre los encuentros de los españoles con los mayas el año anterior y sobre el éxito de éstos últimos al lograr hacerlos volver sobre sus pasos. Más bien parecería que su actitud fue premeditada. Se trataba de tribus relativamente desarrolladas acorde con los parámetros de la región, concentradas en diversas ciudades y aldeas, casi todas bajo el dominio azteca. Dos veces al año enviaban sus tributos a Tenochtitlan, en especial vestidos de algodón. Muy probablemente la amistad de los totonacas fuera ya entonces el resultado de un cálculo político y de la idea de que quizás los recién llegados pudieran ayudarlos a liberarse de la imposición azteca. No debemos olvidar que se trataba de la periferia imperial y que el dominio azteca directo y real se encontraba en proporción inversa a su distancia del centro imperial. Claro que los aztecas podían movilizar sus ejércitos, o los de sus aliados, y enviarlos a sofocar tal o cual subversión, pero cuanto más lejos más problemático. Sin bestias de carga y sin ruedas, el terror impuesto por los aztecas era decisivo para mantener el statu quo opresivo de océano a océano, especialmente en las regiones más lejanas, evitando la necesidad de movilización y transporte de los ejércitos; pero si el terror azteca llegara a perder su poder de disuasión también sucedería lo mismo con el poder imperial. Muy posiblemente la actitud amistosa de los totonacas hacia los españoles reflejaba su interés por examinar la posibilidad de neutralizar el estratégico terror imperial y poder asi-

mismo medirse, en caso necesario, con la reacción mexica. Los extraños y poderosos forasteros podían ser la solución, e inclusive posteriormente, al encontrarse con Hernán Cortés y su gente, llegarían a llamarlos *teteuh*, o sea dioses o seres sobrenaturales en tal o cual acepción de este último término. En otras regiones tanto la gente de Hernández de Córdoba como la de Juan de Grijalvo, luego de habérseles preguntado si venían de donde sale el sol y haber sido identificados como «castilan», habían sido recibidos hostilmente y habían sido atacados ferozmente. No se les había temido o tratado precisamente como seres sobrenaturales, muy posiblemente por haber escuchado previamente de ellos y de sus «hazañas». Pero de los totonacas, en cambio, escucharon sobre «Colúa, Colúa, México, México», también ello, muy posiblemente, por haber escuchado previamente de los españoles y de sus «hazañas».[17] Para los totonacas la mera aparición de los poderosos recién llegados implicaba la posibilidad de una reconsideración geopolítica y militar del statu quo imperial. En el contexto de su supeditación imperial a Tenochtitlan, los recién llegados podían ser la salvación, y parecería que no les importaba tanto de donde venían sino a donde deberían ir. Muy posiblemente el término *teteuh*, con el que denominaron a los españoles y que poseía connotaciones sobrenaturales, si no divinas, no era sólo el reflejo de sus esperanzas, sino también el comienzo de una campaña de desinformación que debía poner en jaque al terror mexica y comenzar a hacerlo funcionar en dirección inversa. O sea que si hoy en día el debate historiográfico se ocupa de la posibilidad de que los mismos indígenas o los españoles hayan elaborado posteriormente los relatos sobre la supuesta (?) creencia de los pueblos indígenas en su divinidad, también debemos tener en cuenta que sus mismos aliados, como los totonacas, tuvieran, por lo menos, especial interés en difundir tal versión. Y si así lo hicieron es porque era una opción plausible en aquellos momentos. Y es que si los mismos españoles especulaban dentro de su horizonte cultural, ¿por qué negar tal posibilidad en lo que se refiere a los totonacas u otros pueblos de la región que debían confrontar tal estridentes disonancias cognitivas? Al constatar que los sacerdotes se mortificaban sangrando su pene a modo de ofrenda, Grijalva consideró que los totonacas practicaban la circuncisión, y

17. BDC, cap. XI, p. 21.

Juan Díaz, dando un paso más, escribió que sospechaba que en las cercanías deberían encontrarse moros y judíos.[18] No tiene nada de raro el que también los totonacas adelantaran, acorde con su raciocinio mítico, una plausible opción conceptual (los *teteuh*), ya sea para sí mismos o manipuladoramente para los demás.

Y volviendo al hilo de nuestra historia, es importante recordar que en la época de el primer Moctezuma, los totonacas se habían negado a entregar a los tenochcas tortugas, caracoles, pescados y ostras marinas, tal cual se les exigió, y en alianza con la gente de Tlaxcala inclusive mataron a los embajadores tenochcas. La guerra se desató de inmediato y con la victoria tenochca los totonacas se vieron obligados a elevar tributos mucho más caros, en piedras y plumas preciosas, cacao y mantas de valor. Moctezuma nombro a Pinotl como encargado de la recolección de los mismos, pero luego de algunos años, parecería que otra vez incitados por Tlaxcala, los totonacas dieron muerte a Pinotl, y posteriormente mataron también a los emisarios enviados por Moctezuma para saber qué pasaba. El odio que sentían los totonacas contra los tenochcas era tan grande que luego de haber ahogado a los emisarios reales en las casas en que se alojaban, por medio de humo de chile, profanaron cruelmente sus cadáveres. La venganza mexica no se hizo esperar y, además de la matanza, Moctezuma ordenó degollar a los jefes totonacas y duplicó sus tributos[19]. Con un historial de este tipo se nos hace más fácil la comprensión de su alegría al recibir a los españoles. Eran la supeditación, los tributos, y la venganza latente en sus corazones los que les hacían ver con alegría y amistad a los nuevos, extraños y poderosos extranjeros, y a difundir, posteriormente, la buena nueva sobre los *teteuh.*

Los totonacas hicieron lo imposible para lograr la amistad de los españoles; y para éstos, que se habían topado otra vez con los ataques de los mayas en otras regiones, esta amistad, que parecía tan plausible de ser traducida operativamente a lo político y militar, sería de trascendental importancia. Juan Díaz recuerda que los totonacas les tenían «muy buena voluntad, y nos abrazaban y hacían muchas caricias», y que el cacique les mostraba «tanto amor que era cosa maravillosa». Amén,

18. Juan Díaz, *Itinerario*, p. 57.

19. Durán, *Historia de las Indias*, tomo II, cap. XXIV, p. 197-203; Hernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica Mexicana*, cap. XXXIV.

claro está, del oro que trajeron de buena gana, el fundido en barras o en una bonita máscara, y las joyas y las piedras de diversos colores.[20]

Un segundo e importante acontecimiento fue el que en esta segunda expedición los españoles escucharon por primera vez descripciones y detalles de la gran ciudad imperial Tenochtitlan, y el que los totonacas les relataran también de la supeditación y de los grandes tributos que debían enviarle, e incluso llegaron a encontrarse cara a cara con un representante del gran Moctezuma. Cuando habían preguntado previamente a los indios por el oro, la respuesta que habían escuchado había sido: «culúa, culúa, México, México», y constatar que en verdad existía tal lugar, y que era el centro del imperio, implicaría para los españoles la conversión inmediata de la región en que se encontraban en periferia de tal centro imperial, por un lado, y en base de organización y partida hacia el nuevo objetivo, por otro. Esta jerarquización de la geografía marcaba un ineludible norte para los españoles. El asombro por las casas de piedra y las pirámides, y por la nueva civilización descubierta durante la primera expedición, dejaba ahora su lugar a la convicción de que, esta vez, en verdad, todas las áureas leyendas se convertirían en realidad palpable. Y el franciscano «Motolinía», fray Toribio de Benavente, que llegaría a México en 1524, no pudo dejar de escribir, posteriormente, los siguientes párrafos:

> Y fue el oro de esta tierra como otro becerro por dios adorado, porque desde Castilla lo vienen a adorar pasando tantos trabajos y peligros; y ya que lo alcanzan, plegue a Nuestro Señor que no sea para su condenación.[21]

Y es que, sin lugar a dudas, la codicia aurífera constituía una parte integral y prominente de la intencionalidad originaria que impulsaba a estos españoles a la aventura de los descubrimientos y de la conquista, definiendo amplios y significativos ámbitos tanto de su praxis cotidiana como de su conciencia colectiva.

Ahí estaban, el encanto de la codicia y el seguro paso de su práctico pragmatismo esencial, pero también la luz de la divina Providencia. Y así se manifestaba esta última en las palabras de Juan Díaz:

20. Juan Díaz, *Itinerario*, p. 51.

21. Fray Toribio de Benavente, «Motolinía», *Historia de los indios de la Nueva España*, Tratado I, cap. I, p. 59.

> En este día, a la tarde, vimos un milagro bien grande, y fue que apareció una estrella encima de la nave después de puesto el sol, y se partió despidiendo rayos de luz a la continua hasta que se puso sobre aquella villa o pueblo grande, y dejó un rastro en el aire que duró más de tres horas largas; y también vimos otras señales bien claras, por donde entendimos que Dios quería que poblásemos aquella tierra para su servicio...[22]

Como los mexicas en su momento, los españoles en el suyo.

Cortés viento en popa: «Colúa, Colúa, México, México»

Pero la oportunidad y el desafío sobrepasaban en mucho la medida de Juan de Grijalva. Sería sólo la tercera expedición, con Cortés al frente, que con un norte muy claro y brillante saldría implacablemente hacia Tenochtitlan. Y con Cortés saldrían otra vez muchos de aquellos que participaron en las dos previas expediciones o sólo en la última. Síntoma claro, todo esto, de que la ampliación de su mundo cognitivo hasta Tenochtitlan disparaba ahora inevitablemente la intencionalidad original que los motivaba en una muy definida e ineludible dirección. Con Cortés volvieron a salir dos de los capitanes de la última expedición; seguro que Pedro de Alvarado y Francisco de Montejo sabían por qué lo hacían. Y ahí iba también con su privilegiado olfato, por tercera vez, el ahora alférez Bernal Díaz del Castillo, y muchos más.

Velázquez fue el primero en tomar en sus manos la dirección de la nueva empresa, mas a pesar de que el tiempo no hacía mella en su codicia y en su ambición (había llegado en 1493 en el segundo viaje de Colón), de todas formas ya no era el mismo joven aventurero, cruel y combatiente que había liderado las conquistas-matanzas en La Hispaniola y en Cuba. Lo que el tiempo no había logrado lo habían hecho el poder, la buena vida, la obesidad, las comodidades, la rutina del buen vivir. Era cuestión de que ahora otros hicieran la lucha por él, y su problema era encontrar a la persona adecuada para ello. Y este era un problema sumamente crítico, puesto que temía la traición,

22. Juan Díaz, *Itinerario*, pp. 53-54.

temía que si todas las esperanzas y noticias se hicieran realidad, el capitán que enviara se le diera vuelta e intentara aprovecharlo todo para sí mismo, y solicitara, posteriormente, el reconocimiento real. Este problema ilustra claramente lo que hemos visto con respecto a la naturaleza «flexible» del poder del gobierno en el Caribe, y asimismo en lo que se refiere a aquel espacio caribeño, abierto e incitante, en el que cada uno consideraba que podía avanzar hacia la riqueza y la gloria sin tomar muy en cuenta consideraciones éticas, legales o de disciplina alguna. Y es que si la aventura llegara a verse coronada por el éxito, también existía la posibilidad de que la Corona le otorgara su legitimación al conquistador, en caso de que resolviera obtenerla él mismo desentendiéndose de Velázquez. En la balanza de las decisiones reales el quinto, para la Corona, pesaba mucho más que la mitad.

Diego Velázquez dudó, descartó a uno, no tomó en cuenta al otro, y finalmente, parecería que, con el consejo de su secretario y de su contador, hizo la peor de las elecciones en lo que a él se refiere: Hernán Cortés.

El futuro conquistador del imperio azteca había nacido en 1485 en un pueblo de Extremadura, Medellín, hijo único de Martín y de Catalina. Luego de una niñez muy enfermiza fue enviado a los 14 años a la casa de una pariente de su padre, en Salamanca, donde estudió en la Universidad latín y leyes, aunque no es claro de las diversas fuentes si finalizó sus estudios o no. En tanto hijo de una familia de hidalgos, pero sin fortuna, trató de lograrla por medio de las armas más allá de las fronteras y, luego de toda clase de tribulaciones, entre las que sobresalieron tanto su aprendizaje con un escribano como sus aventuras amorosas que no siempre tuvieron un buen final (los maridos traicionados no siempre son comprensivos), partió en 1504 hacia La Hispaniola. Iba en pos del oro del que tanto se hablaba por ese entonces y que en verdad llegaba de aquel lugar. El gobernador Nicolás de Ovando, quien era pariente suyo, le otorgó una encomienda de indios a la par que lo nombró escribano de la villa de Azúa, y así, durante siete largos años, Cortés tuvo que contentarse con un destino que no tenía mucho que ver con sus sueños auríferos. En 1511 intentó salirse de lo que se había convertido en una vida rutinaria y se agregó a Diego Velázquez que salió a la conquista de Cuba. Luchó bravamente y también volvió a hacer gala de sus conocimientos legales, primero como uno de los secretarios de Velázquez y luego como alcalde de

Santiago de Baracoa, que era la primera ciudad y la capital. Ya por aquellos años movía, con igual facilidad, la espada y la pluma. Cortés se formó en esta época una fortuna propia, pero sus relaciones con el gobernador sufrieron de bruscos altibajos, tanto por asuntos oficiales como por asuntos personales (otra vez cuestión de mujeres). De todas formas hacia 1518 parecería que estas relaciones no eran tan malas, puesto que de otro modo sería muy difícil de comprender el que el gobernador lo eligiera para tan crucial misión.

Aún antes de que el mismo Juan de Grijalva volviera a Cuba, Velázquez ya había comenzado a organizar la nueva expedición y solicitar todos los permisos necesarios, puesto que mientras tanto había vuelto Pedro de Alvarado, quien había sido enviado de regreso por Grijalva con los soldados heridos y con los regalos de oro de Moctezuma. Si antes se había hablado de una nueva civilización, ahora se escuchaba de un verdadero imperio y de riquezas colosales. Era cuestión de apurarse, puesto que en ese espacio caribeño el que no corría, volaba. Pero parecería que desde un principio, mientras Velázquez comenzó a correr, Cortés levantó vuelo. Al menos, según lo comenta Bernal Díaz del Castillo, el mismo Velázquez acusaría a su secretario y a su contador de haberlo engañado al recomendarle el nombramiento de Cortés, y en verdad ambos terminarían por sumarse al bando del futuro conquistador.[23] Parecería que todos los que se encontraron involucrados desde un principio en el detalle de los informes traídos por Pedro de Alvarado (y seguramente que el secretario y el contador estaban en el detalle del secreto) tenían muy claro que el botín que se iba dibujando era tan impresionante que justificaba un posible enfrentamiento con el gobernador. Y parecería, también, que la figura que se consideraba más apropiada para manipular al gobernador y enfrentarse a él, en caso de que fuera necesario, era Cortés. En las instrucciones de Velázquez a Cortés se estipulaba que el objetivo era explorar y comerciar, pero no se mencionaba ni conquistar ni poblar, puesto que Velázquez esperaba aún la autorización

23. BDC, cap. XXII, p. 36. También Francisco de Aguilar da testimonio de que Velázquez se arrepintió casi de inmediato del nombramiento de Cortés, pero no logró evitar su partida (*Relación breve de la conquista de Nueva España*, p. 163, incluida en la ya mencionada edición de Germán Vázquez junto con otras relaciones de la conquista. En adelante: Aguilar, *Relación*).

real, mas J. H. Elliott resalta que Cortés se preocupó por incluir una cláusula que establecía que en caso de que surgiera alguna inesperada emergencia podría tomar las medidas necesarias, acorde con el servicio de Dios y de la Corona, y Elliot comenta que evidentemente Velázquez no conocía en verdad al hombre que había elegido para tal misión.[24]

Cortés comenzó de inmediato con sus preparativos, haciéndolo todo en grande, como si tuviera la certeza de que la expedición lo conduciría necesariamente a la gloria y a la riqueza. Gastó todo lo que tenía y se endeudó cuanto pudo, y cuando lo encontró oportuno, no dudó en apoderarse por la fuerza de un barco español con provisiones, para arrebatárselas antes de partir hacia Yucatán. Era una apuesta del todo por el todo. Si antes nos ocupamos de definir lo que debía entenderse por el pragmatismo caribeño, ahora podemos contentarnos con presenciar su personificación. Al diablo con la disciplina y al diablo con la fidelidad, la ética y lo jurídico; lo decisivo era operar del modo más rápido y eficaz posible. Cuando Velázquez se dio cuenta de lo que estaba sucediendo y que ya antes de partir su Capitán se le alzaba y lo hacía todo por cuenta propia, salió apresuradamente hacia el puerto, pero sólo para recibir otra afrenta y verlo partir. [25]

El 18 de febrero de 1519 partían 11 barcos de Cuba, no eran ni los tres barcos de Hernández ni los cuatro de Grijalva. Los datos sobre la flota varían según las diversas fuentes, pero no se trata de diferencias dramáticas. Si nos atenemos a los datos de Bernal Díaz del Castillo salieron unos 508 soldados, más de 100 marineros, 14 cañones, 13 escopetas, 16 ballestas y esta vez también 16 caballos.[26] Ya no se trataba, ni por los preparativos de Cortés ni por las dimensiones y los recursos de la flota de una mera expedición; baste compararla con las dos anteriores. [27] Era el resultado de la experiencia y de la informa-

24. *Hernán Cortés. Letters from Mexico*, translated, edited an with a new introduction by Anthony Padgen, with an introductory essay by J. H. Elliott, Yale University Press, Yale, 1986, p. XIV.

25. Para más detalles sobre los preparativos de Velázquez y de Cortés puede verse el siempre detallado relato de Hugh Thomas, *La conquista de México*, *ob. cit.*, capítulos 10 y 11, pp. 164-192; y Juan Miralles, *Hernán Cortés: inventor de México*, Tusquets, Barcelona, 2001, cap. 3, pp. 67-88.

26. BDC, cap. XXVI, p. 42.

27. Véase un interesante análisis de diversos aspectos de esta primera fase de la empresa en Fernando Redondo Díaz, «La organización de la «compaña» indiana de

ción acumulada por las dos expediciones previas, y de la decisión temeraria de salir a la conquista de un imperio aún invisible, pero resplandeciente.

Cortés quemó los puentes al salir de Cuba escapándose del gobernador tal cual lo hizo. Desde el mismo momento de su partida no le quedó sino un norte muy claro e ineludible: «Colúa, Colúa, México, México». Se lo jugó el todo por el todo, y eso no se hace sin saber las cartas que se tiene en la mano: el seguro rastro del oro y el resplandeciente horizonte imperial. Cortés recordaría posteriormente, en 1519, que ya Hernández, al volver de la primera expedición a Yucatán, había informado sobre «una tierra muy rica en oro» y «que había mucha cantidad de ello», y que además, ya al salir, tenía exacta información tanto sobre los itinerarios de las dos previas expediciones como sobre el modo de combatir de los indios.[28] Y yendo sobre seguro, en lo que se refiere a su norte, con el detallado conocimiento de toda la experiencia acumulada, con los mismos pilotos, las mismas rutas y gran parte de la misma gente, siguió el rastro de las dos expediciones previas: la isla de Cozumel, la isla de las Mujeres, Puerto Deseado, donde encontraron una nave de la expedición de Grijalva, que allí había sido dejada, y la ciudad maya de Potonchan. Y finalmente, luego de una corta estadía en la Isla de los Sacrificios, Cortés llegó a su meta inmediata: las costas de los totonacas, cerca de lo que es hoy en día la ciudad de Veracruz, donde crearía su base de organización y partida hacia Tenochtitlan, para convertir las noticias y la información acumulada en botín. Pero aún volveremos a la trama de sus relaciones con los indios en aquellos lugares que acabamos de recordar furtivamente, ahora nos interesa señalar el punto final de esta primera fase en la que se consuma definitivamente su traición a Velázquez.

La traición al gobernador se llevó a cabo en nombre de Dios y del Rey (era el Caribe de la ambivalencia ética y la coherencia pragmática), tal cual se expresa acorde con todos los pruritos legales en la fun-

Hernán Cortés», en *Quinto centenario. América, economías, sociedades, mentalidades*, Universidad Complutense, Madrid, 1985, pp. 86-105.

28. HC, *Primera carta-relación*, pp. 7-12. Cortés vuelve a recordar este dato en el «Interrogatorio general» que presentó en su defensa en 1534; véase José Luis Martínez (ed.), *Documentos Cortesianos II*, UNAM/Fondo de Cultura Económica, México, 1991, p. 223.

dación de la Rica Villa de la Vera Cruz y en la designación de su cabildo. Cortés se preocupó de que su gente le «solicitara» («tú me lo ruegas y yo me lo quiero» según Díaz del Castillo[29]) levantar un pueblo y que él fuera el justicia mayor y el capitán general. Y luego fueron electos los primeros alcaldes y los regidores, y el alguacil mayor y el tesorero, el capitán, y todo ello delante de un escribano del rey, Diego de Godoy. Todo debía de hacerse de acuerdo a la ley, y por ende se imponía, ante todo, conseguir el consentimiento y la legitimación real, tanto por lo jurídico propiamente dicho y por la esperada e inevitable reacción de Velázquez, como porque el Caribe y España constituían la retaguardia del conquistador, la fuente de nuevos posibles refuerzos, armas, caballos, alimentos, etc.; aunque, paradójicamente, buena parte de los refuerzos que le llegarían a Cortés serían principalmente aquellas fuerzas enviadas por Velázquez para capturarlo y que lograría hacer pasar a su bando. Es entonces comprensible que Cortés mandara a Castilla, en el mejor de sus navíos, dos procuradores de la nueva villa, y con ellos dos cargamentos para convencer al rey y a sus funcionarios: el uno muy liviano (tres cartas con un relato de todo lo acontecido y la argumentación jurídica que lo justificaba); el otro muy pesado: «todo el oro que se había habido».[30]

El mejor navío, su mejor piloto (Antón de Alaminos), no sólo el quinto real sino todo el oro, en fin todo ello habla por mil testigos de la importancia decisiva que tanto Cortés como su gente le otorgaba al imprescindible visto bueno de la Corona, especialmente en medio de su confrontación, no sólo con las incertidumbres de la conquista, sino también con la ira de Velázquez. Todos los soldados firmaron que renunciaban a su parte en el botín de oro, en la plena conciencia de que «servimos a Su Majestad con ello porque nos haga mercedes».[31] Más claro imposible: entre la rebelión y lo jurídico el puente aurífero posibilitaba la coherencia pragmática; sólo que en este caso se trataba de la traducción en sentido inverso: no de las instrucciones reales a la coherencia pragmática, sino de ésta última al plano jurídico. Y ade-

29. BDC, cap. XLII, p. 72.

30. Para las instrucciones dadas por Cortés a los procuradores Francisco de Montejo y Alonso Hernández Portocarrero puede verse José Luis Martínez (ed.), *Documentos Cortesianos I, 1518-1528*, UNAM/Fondo de Cultura Económica, México, 1990, pp. 77-85.

31. BDC, cap. XLIII, p. 90 .

más se enviaron dos cartas: una del mismo Cortés y otra del Cabildo y de los soldados que habían exigido poblar la tierra y nombraron a Cortés capitán general. Y aún una tercera carta firmada por los capitanes y los soldados. Cuando Velázquez se enteró de todo esto envió de inmediato dos navíos « con toda la artillería y los soldados que pudo haber», para tratar de apresar en el estrecho de Bahama a la nave enviada por Cortés, y en especial el oro que por medio de la alquimia del pragmatismo podía deslumbrar jurídicamente al monarca[32]. Pero fracasaron en tal misión, y entonces no le quedó otra opción a Velázquez que enviar sus quejas contra Cortés tanto a Castilla como a los frailes jerónimos que gobernaban Santo Domingo.[33] Mas de estos últimos recibió una respuesta decepcionante, puesto que por un lado ya habían escuchado de las riquezas descubiertas y enviadas al rey, y por otro lado, sabiendo que Cortés había recurrido al monarca para plantearle el problema y solicitarle su apoyo, ¿como podrían los jerónimos arriesgarse a una decisión previa?[34] Pero Velázquez sí podía hacerlo porque todo tiempo que no se diera la resolución real era su prerrogativa actuar contra su subordinado y, por ello, se dedicó a organizar una armada contra Cortés. Demoró un año en reunir nada menos que dieciocho naves y más de mil trescientos soldados que puso bajo las órdenes de Pánfilo de Narváez, quien había sido su brazo derecho en la conquista de Cuba. Era aproximadamente el doble de las fuerzas de Cortés y una declaración de guerra en todo el sentido de la palabra, aunque de hecho ésta había sido previamente presentada por Cortés. Frente a los peligros de la conquista y los ataques de los indios se imponía siempre la cohesión de los españoles, pero ante el rastro del oro y el nuevo horizonte imperial se desató la lucha fraticida. Aquí ya no había lugar para ambivalencias éticas o jurídicas, que parecería que pueden funcionar cuando todos las disfrutan (una especie de código implícito del que todos toman parte), pero que no pueden hacerlo cuando se da la confrontación abierta (recuérdese el caso del choque con los dominicos) por no poderse conjugar los diversos intereses en una labor común (como la explotación de los indios), y menos aún cuando se traspasa la confrontación

32. *Ibíd.*, cap. LV, p. 94 .
33. Véase, *Documentos Cortesianos I, 1518-1528*, *ob. cit.*, pp. 91-101.
34. Ídem.

al campo de las armas como en el caso que nos ocupa. Y ni qué habar del trágico precedente de Vasco Núñez de Balboa que, luego de haber desarrollado una labor efectiva en medio de la relativa conciliación de los indios en la región de Darién, fue finalmente degollado por orden del nuevo gobernador Pedro Arias, o Pedrarias.

Para Velázquez lo más importante, ahora, era cazar a Cortés antes de que éste lograra el favor real. Pero mientras Velázquez preparaba la expedición-caza, Cortés ya avanzaba viento en popa acorde con su itinerario, tal cual lo había programado cuidadosamente y, muy posiblemente, el fuerte viento que hinchaba sus velas acelerando el ritmo de su avance, era el de la ira del gobernador. El avance relámpago de Cortés hacia Yucatán, y luego hacia la capital azteca de Tenochtitlan, no era, en gran medida, sino el otro lado de su apresurado escape de las seguras represalias del gobernador. Había que hacerlo todo antes de que fuera demasiado tarde.

Luego de abandonar la isla de Cuba el 18 de febrero de 1519 navegó 9 días hasta llegar a la Isla de Cozumel, descubierta previamente por Juan de Grijalva. Como había sucedido durante la visita de Grijalva, otra vez la población vuelve a huir de sus ciudades al acercarse los españoles. Pedro de Alvarado, que había llegado dos días antes que Cortés, había dado órdenes de apoderarse de unas cuarenta gallinas, y de mantas y algunos ídolos y adornos de oro bajo, pero al llegar Cortés reprendió a Alvarado y dio órdenes inmediatas de devolver todo lo robado y de solicitarles a los caciques que volvieran a sus ciudades, donde también les haría regalos de todo tipo (cuentas, cascabeles y camisas de Castilla).

«Aquí en esta isla comenzó Cortés a mandar muy de hecho», recuerda acertadamente Bernal Díaz del Castillo[35], pero además de ello hizo patente desde un principio su capacidad de líder militar y político por igual, con una muy clara visión estratégica: cuando se iba tras el rastro imperial no era cuestión de ocuparse de cuarenta gallinas y de algunas otras pequeñeces, y en cambio si eran importantes las buenas relaciones con las poblaciones que encontraban y que iban dejando a su retaguardia. Pero, al lado del político y del diplomático, también era importante, siempre, el capitán general: cuidar de las armas, limpiar los cañones y los tiros y pelotas, y cuidar y tener siem-

35. BDC, cap. XXV, p. 42.

pre pronta la pólvora, tal cual lo ordenó Cortés en Cozumel. Y lo mismo con respecto a las ballestas y los caballos, que debían estar siempre prontos para entrar en acción. «Y Cortés tenía gran vigilancia de todo».[36] Y es que la efectividad exigía la constante alerta para utilizar en el momento oportuno los instrumentos más adecuados para continuar avanzando: la lisonja, los regalos, el pacto político o las armas. Lo uno o lo otro, simplemente en función exclusiva de su utilidad en medio de unas circunstancias que iban cambiando rápida y radicalmente. Para Cortés el destino no era algo fatídico, ya fijado de antemano, sino una serie de cambiantes circunstancias con las que se iba topando y a las cuales debía confrontar, convirtiendo cada victoria en la antesala de una nueva confrontación. Desde un primer momento se trató de una epopeya dramática, cuya tensión iría creciendo constantemente, sin pausa alguna, en un *crescendo* que a muchos de los conquistadores parecería interminable y, por momentos, insoportable.

Pero no sólo armas y diplomacia, un buen traductor podría ser de un valor incalculable. Cortés, ya al salir de La Española, había escuchado de «unos españoles» que estaban cautivos desde hace siete años en el Yucatán en poder de ciertos caciques, aunque también sabía que Juan de Grijalva había informado que no había nada de cierto en ello.[37] Luego de consultar a algunos de sus hombres que tenían información al respecto, decidió interrogar a los caciques, y cuando éstos confirmaron que ciertos españoles habían sido tomados por esclavos, envió una canoa hacia Cabo Catoche, a tres horas de navegación, con un grupo de indios que le habían dicho que sabían dónde y con qué caciques se encontraban tales españoles. Sus pilotos le habían aconsejado no salir con sus naves por tratarse de una costa peligrosa e imposible de abordar. Luego de tres días sin tener noticia alguna de los indios o de los españoles cautivos, Cortés envió tres pequeñas embarcaciones con cuarenta españoles y algunos indios, pero sólo para verlos volver luego de seis días con las manos vacías. Ya a último momento, cuando Cortés, aprestándose a partir de Cozumel esperaba en la costa que pasara una tormenta que se había desatado, vieron venir, en una canoa, a Jerónimo de Aguilar.[38] Diez años atrás trece

36. Ídem.
37. HC, *Primera carta-relación*, pp. 12-13.
38. *Ibíd.*, p. 15.

hombres, luego de que su barco se hundiera, lograron sobrevivir y fueron arrastrados a aquellas tierras por las corrientes marítimas. Capturados por los indios de la región algunos murieron y otros fueron sacrificados; sobrevivieron solamente dos de ellos: el uno como esclavo, el otro como cacique. El esclavizado, Jerónimo de Aguilar, quien llegó desnudo, «tapadas sus vergüenzas, atados los cabellos atrás, como las mujeres, y sus arcos y flechas en las manos», se agregó feliz a las fuerzas de Cortés[39]; el cacique, Gonzalo Guerrero, casado con una india y con tres hijos, rehusó volver. Pero no sólo ello, sino que parecería, según Jerónimo de Aguilar, que Gonzalo Guerrero, «labrada la cara y horadadas las orejas y el bezo de abajo», fue quién condujo a los indios que salieron a la guerra contra Hernández de Córdoba en 1517, lo que vendría a explicar también el que supieran del peligro español, el que no se les viera y temiera como a dioses o seres sobrenaturales, y el que estuvieran dispuestos a la confrontación bélica.[40] Según Germán Vázquez, Guerrero combatió «incansablemente» a los españoles cuando éstos comenzaron la conquista de los territorios mayas y les infligió serias derrotas hasta que murió de un arcabuzazo en 1536.[41] Seguramente no les contó a los indios de los poderes sobrenaturales de los invasores sino de su humanidad sangrante. Pero Aguilar prestó mucho más ayuda a Cortés que el daño que había hecho a los españoles Guerrero. Conociendo la lengua de los mayas se convirtió en un traductor mucho más fiel, en ambos sentidos del término, que el indígena con el que contaban. El idioma no valía menos que la espada, aunque, claro está, cada uno en sus circunstancias específicas.

Aún en Cozumel, es interesante prestar atención al hecho de que Cortés exigió, por primera vez, que los indios aceptaran el cristianismo y renegaran de su religión. Dirigiéndose al cacique, a los principales y a los sacerdotes («papas», según los españoles) les dijo que «*si*

39. Andrés de Tapia, *Relación de algunas de las cosas de las que acaecieron al muy ilustre señor don Hernando Cortés, Marqués del Valle, desde que se determinó ir a descubrir tierra en la Tierra Firme del Mar Océano.* En edición de Germán Vázquez junto con otras relaciones de la conquista en *La conquista de Tenochtitlan*, p. 71. En adelante, Andrés de Tapia, *Relación*.

40. BDC, cap. XXIX, p. 47.

41. J. Díaz, A. Tapia, B. Vázquez y F. Aguilar, *La conquista de Tenochtitlan*, edición de Germán Vázquez, *ob. cit.*, p. 71, nota 15.

habían de ser nuestros hermanos que quitasen de aquella casa aquellos sus ídolos»,[42] lo que conllevaba una implícita pero muy clara amenaza. Luego vino la exigencia de poner una imagen de Nuestra Señora y una cruz, aunque debemos recordar que ya habían visto en esta isla cruces blancas entre los indios, y quizás esto no fuera necesariamente ofensivo. A pesar de ello tanto el cacique como los sacerdotes respondieron que adoraban a sus dioses por ser buenos y que no se animaban a quitarlos, y previnieron a los españoles de no hacerlo puesto que serían castigados por ello. O sea, que no aceptaban las exigencias que se les habían presentado, pero habiendo abandonado ya en dos oportunidades previas sus ciudades cuando aparecieron los españoles, no era probable que intentaran enfrentarse a los hombres de Cortés. No había ninguna posibilidad real de que lo hicieran dada la disparidad de fuerzas (ni siquiera hubo necesidad de bajar los caballos de los barcos), y la solución de los indios fue transmitir la responsabilidad de lo que pudiera suceder a los mismos españoles; ellos mismos no harían nada contra sus dioses, simplemente no podían hacerlo. Y es que no son ideas que se tiene sino creencias en las que se vive, como diría Ortega y Gasset. Cortés, por su parte, no sólo no tenía inconveniente alguno de seguir en este tópico las declarativas instrucciones generales de Velázquez, según las cuales el objetivo principal de la expedición era servir a Dios y al cristianismo, sino que cada informe que pudiera hacer llegar en este sentido al rey, que detentaba desde la lejana España el patronato universal español en América, sólo acrecentaría las probabilidades de la legitimación real de sus acciones.[43] Pero no sólo ello, sino que ya en esta primera fase se hacía patente que las intenciones de Cortés no eran explorar, descubrir y rescatar (o sea el trueque), para lo que no hubiera sido necesaria la imposición del cristianismo, sino la de conquistar, subordinar y poblar, e incorporar estos pueblos al imperio de Carlos V, para lo que sí era necesaria la imposición del cristianismo. Su misión evangelizadora no era sino el otro lado de su misión imperial. Pisando sobre seguro Cortés destruyó los ídolos y puso en su lugar la imagen de Nuestra Señora y la cruz.[44] Y luego par-

42. BDC, cap. XXVII, p. 45. Acentuación nuestra.

43. En el ya recordado «Interrogatorio general» Cortés recuerda expresamente este episodio (José Luis Martínez, *Documentos Cortesianos*, vol. II, *ob. cit.*, p. 229-230).

44. Ídem.

tió despidiéndose amistosamente de sus nuevos «hermanos», el cacique y los sacerdotes. En este primer encuentro de Cortés con los indios se instrumentó sobre todo el buen trato y el «convencimiento», ejerciéndose la violencia «solamente» contra sus ídolos y se hizo patente, simbólicamente, el poder de imposición y de dominio implícito en el proceso de evangelización en tales circunstancias, pero también la necesidad de legitimación; mas no hubo necesidad de usar la fuerza física contra los indígenas mismos en ningún momento. Este primer modelo de «negociación» fue más que suficiente en medio del gran desequilibrio de fuerzas; en el futuro se conformarían otros modelos de negociación, aunados a las acciones bélicas, en función de las diversas variantes del recordado equilibrio.

A las pocas horas de abandonar las costas de Cozumel los españoles tuvieron problemas con uno de sus barcos y se vieron obligados a volver a la isla. Fue entonces que hizo contacto con ellos el ya recordado Jerónimo de Aguilar, quien fue aprovechado por los mayas como traductor para solicitarle a Cortés que les dejara una carta, para el caso de que llegaran otros españoles a la isla, en la que se solicitaba que se les tratara bien y no se les hiciera agravio alguno. Y esto es importante puesto que deja constancia de la plena conciencia de los indios de que con las dos expediciones que habían desembarcado en la isla se encontraban en una situación completamente nueva, frente a fuerzas temibles, y que sin renegar de sus dioses (se habían rehusado a destruirlos por sí mismos) de todas formas era necesario reconocer la nueva situación y ajustarse a la misma. Era preferible «ser sus hermanos». En este primer caso su absoluta debilidad relativa les permitió comprender de inmediato lo limitado y casi inexistente de sus opciones de acción ante los nuevos, extraños y poderosos intrusos; más aún cuando estos continuaban en sus avances abandonando sus tierras, y esperaban que así lo hicieran también otros intrusos en el futuro. Una complementación y una expectativa que se cifraban en la carta que solicitaron y que recibieron.

Un modelo completamente diferente de negociar con los indígenas se daría en el próximo encuentro de Cortés con ellos al llegar a las tierras de Tabasco. Aunque es necesario señalar que antes del mismo hubo un no-encuentro, cuando pasaron frente a Isla Mujeres y Aguilar contó que conocía bien esas tierras y que había en las mismas algo de oro, aunque poco. Cortés, riéndose, le explicó que no venía por

tan poca cosa[45]; era muy claro que continuaba acorde con su plan original y con conocimiento de causa. Su meta inmediata era llegar al río de Grijalva, a las tierras de Tabasco, en las que se había obsequiado a Grijalva una figura de oro, y a ellas arribó el 12 de marzo de 1519.Tal cual lo escribe, Cortés estaba determinado «a saber el secreto de aquel río y pueblos que en la ribera de él están, por la gran fama de riqueza se decía que tenían».[46] Más claro imposible. Pero aquí los indios eran numerosos y bien organizados, hubo guerra, y los españoles, pasando por grandes peligros, tuvieron también numerosos heridos. Aprendamos de este segundo encuentro algo sobre el modelo de negociación de Cortés en estas circunstancias, cuando la intimidación no funcionaba y se le hacía necesaria la conjunción de la diplomacia y la violencia. Un modelo de negociación cortesiano en el que la diplomacia conllevaría siempre la explícita o solapada amenaza de violencia, y en el que la violencia dejaba siempre una puerta abierta a la negociación.

Desde un comienzo le fue claro que se trataba de una situación completamente diferente de la previa. Muy pronto encontraron una ciudad, Potonchan, con miles de casas, algunas de ellas de piedra. Los indios, numerosos y armados, se acercaron en sus canoas sin temor algunos a los bergantines que se habían adentrado por el río y les preguntaron a los españoles que querían, a la vez que los amenazaban con hacerles la guerra. Desde ese momento comenzó la negociación. Lo primero fue hacer claro a los belicosos indios que venían en son de paz, y además de ello Cortés pidió, desde sus barcos, que se les diera comida, a cambio de la cual estaba dispuesto a pagar. Desde un principio, en este caso, el equilibrio de fuerzas provocó el mutuo temor y sendas precauciones. O sea que el primer condicionante de la suerte del encuentro era la fuerza relativa de los indígenas. Potonchan no era Cozumel. Más aún, los indios mayas evacuaron de la ciudad a sus mujeres y a sus hijos y se aprestaron para la guerra, en tanto los españoles bajaron de los barcos soldados armados y además exploraron la posibilidad de aprovecharse de un camino que, pasando entre ciénagas y arroyos, llegaba al pueblo por detrás.[47] Desde el principio

45. *Ibíd.*, cap. XXX, p. 48.
46. HC, *Primera carta-relación*, p. 14.
47. BDC, cap. XXXI, pp. 50-51.

ambos bandos tomaron en cuenta el fracaso de las negociaciones. Luego de estas maniobras de apertura los indios intentaron un paso conciliatorio, trayendo algunos pavos y maíz, una máscara de oro y algunas joyas, e invitando a los españoles a que se volvieran sobre sus pasos. Pero al hacerlo cayeron en el mismo y craso error sobre el que volvería posteriormente Moctezuma II. Y es que Cortés, ante una máscara de oro trabajada por artesanos expertos, parece comprender que ello era índice de que había mucho más, y exige más comida y una cesta llena de oro. A Cortés no se le contentaba con una máscara de oro, con ella sólo se le tentaba, puesto que le iban marcando el rastro aurífero. Se dio un impasse de tres días durante los cuales las dos partes medían sus nervios, y hacían sus preparativos. Cortés trajo más soldados de los barcos que anclaban en la boca del río y, además, envió a Pedro de Alvarado y Alonso de Ávila con cincuenta soldados cada uno para tratar de hacerse su camino hacia la parte trasera de la ciudad. Sus fuerzas se preparaban para la guerra. Al cuarto día los mayas volvieron otra vez a ofrecer algo de comida, muy poco según las fuentes españolas. Cortés eleva su presión y fuerza la situación al exigir más comida y entrar a la ciudad, a pesar de que los españoles percibían los preparativos para la guerra. Parecería que era imposible evitarla. Pero los indios volvieron por tercera vez con algo de comida. O que querían tratar de contentarlo para que se fuera y evitar la confrontación, o que querían ganar tiempo para sus preparativos. Cortés, con su gente en pie de guerra exigía entrar a la ciudad y ver al rey, y ahora la amenaza era clara y contundente: por la noche entraría a la ciudad. El juego por impresionar al enemigo continuó por parte de ambos bandos: también los mayas amenazaron con matarlos. No eran los indios de Cozumel. Una nueva prueba, una nueva experiencia, pero siempre en función del nítido norte estratégico que Cortés se había fijado desde un principio.

La escalada era inevitable puesto que ambos bandos confiaban en que la victoria sería suya. Cortés ordenó leer el requerimiento y de inmediato comenzó la lluvia de flechas y piedras, tal cual se la esperaba Cortés acorde con los informes de sus predecesores en lo que se refiere a las tácticas de lucha de los indios. Cortés respondió con los cañones; esto había sido suficiente en oportunidades previas en 1518. Pero había llegado el momento en que las experiencias previas ya no eran suficientes, puesto que si bien los mayas se asustaron mucho de

los rayos y los truenos, continuaron luchando. Cortés tuvo ahora la oportunidad de ver de cerca todas las armas y los modos de pelear sobre los que había escuchado, y constatar también la efectividad de las mismas, pero lo que lo ayudó a manejar esta situación fue el conocimiento previo que tenía de los caminos que conducían a la retaguardia de la ciudad y que ya habían sido ubicados por la gente de Grijalva[48]. Desde la retaguardia de los indios apareció Ávila con sus soldados y decidió la suerte de la batalla al lograr hacer retroceder a los indios, aunque, recuerda Bernal Díaz del Castillo, «como buenos guerreros nos iban tirando grandes rociadas de flechas y varas tostadas; y nunca volvieron de hecho las espaldas...»[49]. A estas alturas del combate retrocedían, pero ordenadamente, luchando, y nada aterrorizados a pesar de la gran diferencia entre sus armas de combate y las de los españoles. Fueron muertos 18 indios, los españoles sufrieron 14 heridos, perdieron a su traductor Melchorejo, que aprovechó la oportunidad para escaparse en una canoa y sumarse a las fuerzas enemigas, y Cortés perdió una alpargata. Cortés pudo acampar ahora en la ciudad, en el patio del templo mayor, pero con ello no había logrado su objetivo, que era, como lo sería siempre en el futuro, encontrarse con el jefe o con el rey. No era cuestión de llevarse algo de oro, como el que ni siquiera le interesó en Isla de las Mujeres, o ganar una importante batalla, como esta de Potonchan, sino que era cuestión de «conocer los secretos de la tierra», de saber a ciencia cierta sobre los tesoros e imponer una nueva dinámica política - militar en la región, y ambas cosas eran factibles de realizar solamente previa conexión con los reyes de la región. Además Cortés seguramente recordaba la forma en que Ovando había logrado imponer su poder en La Española y posteriormente Velázquez en Cuba, valiéndose de sus «tácticas» para decapitar la resistencia o la posible oposición. Por ello, luego de la batalla, solicitó a los prisioneros que informaran a su rey que venía en son de paz y que quería verlo. En la vaina de la espada se encontraba, siempre, la diplomacia. Pero Cortés aún debía aprender que en Mesoamérica no debía confundirse el ganar una batalla con el ganar la guerra, porque en estos encuentros con los españoles los indios no formaban todas sus fuerzas para el primer combate, sino

48. *Ibíd.*, p. 50.
49. *Ibíd.*, cap.XXXI, p. 5.

sólo parte de ellas, y que siempre era plausible que la rendición de sus contrincantes fuera, en verdad, una mera tregua para recuperarse, armarse y volver a cargar. Y en especial cuando Melchorejo, el traductor que había escapado al lado de los mayas, había puesto al servicio de los mismos sus conocimientos, asegurándoles que era dable vencer a los intrusos que eran muy pocos. [50]

Llegaron veinte jefes indios con algo de comida; solicitaron que no incendiase la ciudad y explicaron que el rey se encontraba en una lejana fortaleza, o sea que no quería verlo. Cortés envió de inmediato sus fuerzas al interior, pero también los indios habían enviado sus escuadrones y en Centla se entabló una nueva y cruenta batalla. Oigamos algo del ruido de la batalla, oigamos algo del fragor del combate, que al fin y al cabo estos eran los momentos decisivos de este modelo de «negociación» con los indios:

> ...y traían grandes penachos, y atambores y trompetillas, y las caras almagradas, blancas y prietas, y con grandes arcos y flechas, y lanzas y rodelas, y espadas como montantes de a dos manos, y muchas ondas y piedra y varas tostadas, y cada uno sus armas tostadas de algodón. Y así como llegaron a nosotros, como eran grandes escuadrones, que todas las sábanas cubrían, y se vienen como rabiosos y nos cercan por todas partes, y tiran tanta de flecha, y vara, y piedra, que de la primera arremetida hirieron más de setenta de los nuestros, y con las lanzas pie con pie nos hacían mucho daño; y un soldado murió luego, de un flechazo que le dieron por el oído; y no hacían sino flechar y herir en los nuestros, y nosotros, con los tiros y escopetas y ballestas y a grandes estocadas no perdíamos punto de buen pelear; y poco a poco, desde que conocieron las estocadas, se apartaban de nosotros; mas era para flechar más a su salvo, puesto que Mesa, el artillero, con los tiros les mató muchos de ellos, porque como eran grandes escuadrones y no se apartaban, daba en ellos a su placer, y con todos los males y heridos que les hacíamos no los pudimos apartar.[51]

O sea, que parecería que lo que era decisivo en la batalla era la combinación de las espadas de acero con la artillería. La una hacía estragos en la lucha cuerpo a cuerpo matando en lugar de herir como las espadas de obsidiana, puesto que las corazas de algodón no eran

50. *Ibíd.*, pp. 52-53.
51. *Ibíd.*, cap. XXXIV, pp. 54-55.

defensa alguna frente a ellas; la otra, a distancia, mataba masivamente al dar en los cerrados escuadrones indios. Pero los indios continuaban luchando y su gran superioridad numérica podría haberles otorgado finalmente la victoria, si no fuera porque a último momento entraron en la contienda 13 jinetes a caballo con Cortés a su frente.

> Estando en esto vimos asomar a los de a caballo, y como aquellos grandes escuadrones estaban embebecidos dándonos guerra, no miraron tan de presto en ellos como venían por las espaldas, y como el campo era llano y los caballeros buenos, y los caballos algunos de ellos muy revueltos y corredores, danles tan buena mano y lancean a su placer. [ ] Y aquí creyeron los indios que el caballo y el caballero eran todo uno, como jamás habían visto caballos. Iban aquellas sábanas y campos llenos de ellos, y acogiéndose a unos espesos montes que allí había.[52]

Lo definitivo, entonces, además del gran coraje de los españoles a la par del de los mayas, fue el valor acumulativo de todas las impresionantes novedades con las que tuvieron que vérselas los indios en esta batalla de Centla. O sea, que lucharon contra los españoles sin considerarlos seres sobrenaturales ni nada similar, muy posiblemente por haber tenido noticias de ellos previamente, quizás también originadas en la información proporcionada por Gonzalo Guerrero a los pueblos de la región y por la deserción de Melchorejo: eran extraños y poderosos, pero humanos y mortales. Mas la cantidad y la magnitud de las sorpresas que tuvieron que confrontar fueron erosionando su capacidad combativa. Los españoles, en cambio, si bien se vieron envueltos por vez primera en una batalla de estas magnitudes, viéndose obligados a confrontar la gran superioridad numérica de los indios, ya sabían a qué atenerse tanto en lo que se refiere a las armas, como a las estrategias y tácticas de sus enemigos. Estos indios, por su parte, habían escuchado de las espadas y de las escopetas, y muy posi-

52. Ídem. También Pedro Mártir, informado por diversos participantes en el combate, escribe que los indios «creían que eran una misma cosa el caballo y el hombre que lo montaba, como de los centauros lo cuenta la fábula» (Pedro Mártir, *Décadas del Nuevo Mundo*, *ob. cit.*, Década IV, cap. VII, p. 274). Sobre los caballos en el Caribe puede verse John Johnson, «The Introduction of the Horse into the Western Hemisphere», en *Hispanic American Historical Review*, vol. 23, nº. 4, 1943, pp. 587-610.

blemente también de los cañones, y todo tiempo que ellos eran los esgrimidos en la batalla continuaron en ella a pesar de sus grandes pérdidas; pero los nuevos monstruos, con sus hocicos tremendos y con los cascabeles que Cortés ordenó ponerles, esos mitad hombres mitad bestias, que corrían alocadamente y los lanceaban mortíferamente, ésos ya eran demasiado. Y eran demasiado porque, a la par de la destrucción que sembraban por doquier, también abrían el espacio de la incertidumbre mítica, de un mundo de asociaciones en la que el temor y el estupor configuraban opciones conceptuales que se acercaban más a lo sobrenatural que a lo humano, o que mezclaban a ambos por igual. Y no era cuestión solamente de opciones conceptuales; imagínese uno al guerrero indio, encontrándose, por primera vez, de improviso, ante esa cabalgada apocalíptica.

Pero continuemos con el análisis de este segundo modelo, al cuál Cortés agregaría de inmediato la instrumentación de ese espacio de la incertidumbre mítica, una instrumentación que, como veremos, consideramos como sumamente significativa en lo que se refiere a nuestra comprensión de las posibles especulaciones y de la incertidumbre de los pueblos indígenas.

Luego de la solicitud de paz, comida y oro (con algunas amenazas encubiertas), y la solicitud de ver al rey, todas ellas rechazadas por los mayas, viene la guerra victoriosa, pero sólo para que Cortés, de inmediato, vuelva a ofrecerles paz y hermandad solicitando ver a los caciques. La paz y la guerra no eran sino diversos medios para lograr el mismo objetivo, y la conquista era tanto la guerra como la diplomacia y también, como veremos, la escenografía mítica. Treinta indios principales llegaron entonces y solicitaron enterrar a sus muertos, según su cuenta doscientos veinte en total, lo que les fue concedido por Cortés, y además prometieron que luego vendrían los caciques. Más a estas alturas Cortés ya comprende exactamente el valor del dominio y la manipulación de la dimensión mito-psicológica de los indios, y se prepara a aprovecharla al recibir a los caciques y a una persona que se presenta como el señor de Potonchan, sin que ello implicara el que comprendiera y entendiera quienes eran esos «otros» con los que se había topado. Lo que sí comprendía era que lo que más atemorizaba a los indios eran los caballos y los cañones, tal cual les dijo expresamente a sus hombres, y consecuentemente mandó preparar una yegua que recién había parido y acercarla a un caballo brioso para que la

oliera, y luego de ello mandó separarlos y mantenerlos prontos para el momento de su actuación cuando los caciques se acercaran y subiera el telón. Y amén de ello mandó cargar un cañón con una de las bolas de tiro y con mucha pólvora.

Todo estaba pronto cuanto llegaron cuarenta caciques y se acercaron a Cortés trayendo consigo objetos de oro, alimentos y mujeres, y pidiendo perdón. Cortés comenzó su juego manipulador expresándose con enojo y afirmando que ellos tenían la culpa por todo lo que les había pasado y que merecían ser muertos juntos con el resto de la población. Pero luego del primer momento de la conmoción y del terror, en seguida viene la opción de la salvación poniendo a los caciques a su merced: el señor en cuyo nombre habían llegado le ordenó ayudar y favorecer a todos aquellos «que estuvieren en su real servicio», pero en caso de que se le rechazara soltaría a los *tepuzques* (el hierro en la lengua de los mayas chontales) para que los matara.[53] Cortés dominaba a esas criaturas que podían sembrar la muerte, y lo que hiciera Cortés dependía de lo que hicieran los caciques. Y no solo esto, sino que era necesario que Cortés se esforzara por contener a esos *tepuzques*, puesto que algunos de ellos aún estaban muy enojados. Los caciques debían decidir, y no se trataba de una decisión más, frente a un grupo de enemigos en el campo de batalla, sino de la necesidad de decidir en una situación esencialmente nueva, sin comprender a ciencia cierta de qué se trataba. Para ayudarlos a decidirse Cortés mandó secretamente disparar el cañón que había preparado, y en medio de un gran trueno la bola salió zumbando por los montes ante el espanto de los caciques. Cortés los apacigua, les pide que nos tengan miedo, pero sólo para traer de inmediato al caballo que había olido a la yegua atándolo cerca del lugar donde estaba Cortés y donde aún se sentía el olor de la yegua. Y el caballo comenzó a relinchar y a patalear mirando hacía el lugar donde había estado la yegua y en el que se encontraban ahora los caciques. Y otra vez el espanto de los indios y otra vez la manipulación de Cortés, quien se acerca al caballo y da orden de que se le aleje del lugar, volviéndose luego hacia los caciques para explicarles que le había mandado al caballo no enojarse, puesto que ellos eran buenos y venían en paz. Simples pero geniales, aunque maquiavélicas, estas puestas en escena de Cortés. Difunde la

53. BDC, cap. XXXV, pp. 57-58.

versión de que caballos y cañones tienen vida y voluntad propia, de que están enojados con los indios y pueden exterminarlos, y el único que puede defenderlos es precisamente él mismo, Cortés. En lugar de enfrentárseles solamente de enemigo a enemigo, haciendo valer la fuerza de las armas, escenifica míticamente el terror y el espanto, y los pone a su merced como el salvador; y los resultados dan testimonio de la efectividad de su estrategia. Cortés domina la escena y el espectáculo, y actúa tanto al nivel diplomático y militar como al psicológico y al mítico. No conoce casi nada, o nada, del mundo mítico de sus oponentes, pero si lo suficiente para el despliegue del espacio escenográfico y para su instrumentación pragmática, lo que le permite fijar el argumento del drama que se desplegaría ante los atónitos indios. Un drama que sería para ellos una vivencia concreta, real, que impactaría fuertemente en su mundo emotivo, y que los indígenas podían significar solamente en función de su propio mundo conceptual. Es evidente que las diferencias tecnológicas fueron de gran importancia en la confrontación de los españoles con los pueblos indígenas de la región, pero no lo fue menos la incidencia de la diferencia psico-religiosa entre ambos bandos, sin que ello implicara, especifica y necesariamente, la consideración de los españoles en tanto dioses. Las opciones del ámbito mítico eran mucho más diversas, ricas y complejas, ya sea en su concepción de lo natural como de lo sobrenatural y en lo que se refiere a las relaciones entre ambos. Cortés no tenía conocimiento del mundo mítico de los indígenas con que se iba topando y no era su comprensión antropológica lo que le interesaba en esos apurados momentos, pero lo que veía le era suficiente para el despliegue del espacio escenográfico en el que podía manipular la reacción de los espectadores.

Los mayas reaccionan tal cual lo esperaba Cortés, y acorde con sus exigencias vuelven a sus pueblos y los caciques le traen oro y otros presentes, y también veinte mujeres. Claro está que enseguida vino la pregunta obligada: ¿de dónde llegaba el oro?, y también la respuesta que escucharían constantemente: «México, Culúa». Ello convertía automática y definitivamente a Potonchan en una estación pasajera en el rumbo hacia el oro y el imperio. Y en cuanto a las mujeres, Cortés las repartió simplemente entre sus capitanes. El padre fray Bartolomé de Olmedo, quién por medio del traductor español, Aguilar, predicó a las mujeres indias los principios del catolicismo, les exi-

gió renegar de sus dioses y tener fe en Jesucristo. Era un acto supuestamente religioso, sí, pero eminentemente «pragmático», y Bernal Díaz del Castillo se limitó a señalar que «éstas fueron las primeras cristianas que hubo en Nueva España».[54]

Y entre estas «primeras cristianas» se encontraba también la famosa doña Marina, así llamada luego de su bautizo, que dominaba tanto el náhuatl, su lengua de origen de las tierras cercanas a Tenochtitlan, como el maya que aprendió en Tabasco. Aunada a Aguilar, que hablaba el idioma maya y, claro está, el castellano, su valor fue inapreciable al hacer posible la comunicación con los pueblos de la región. Ella traducía del náhuatl al maya, y Aguilar del maya al castellano, y al revés. En un principio Marina llegó a las manos de Alonso Hernández Puerto Carrero, pero cuando éste volvió a Castilla pasó a manos de Cortés, con quien, además de prestarle un excepcional servicio como intérprete durante la conquista, tuvo también un hijo. Posteriormente Cortés volvería a pasarla a manos de otro caballero español, Juan Jaramillo. Era doña Marina, en opinión de los españoles, «una mujer excepcional»,[55] sin la cual, agregamos nosotros, es difícil concebir la conquista tal cual se dio, porque ella fue tanto la voz de Cortés como sus oídos, y nunca sabremos lo que verdaderamente dijo y lo que verdaderamente escuchó y creyó comprender, pero, al fin y al cabo, parecería que continuó siendo para los conquistadores una mujer india.

Antes de abandonar el lugar Cortés les aseguró que si necesitaban en alguna ocasión ayuda podían contar con él; no estaba de más dejar a los enemigos de ayer como los aliados de mañana a lo largo de sus líneas logísticas. Asimismo les dejó en un altar la imagen de Nuestra Señora y una cruz (no se habló en esta oportunidad de la destrucción de sus ídolos, tributo a su poder militar), bautizó al lugar con el nombre de Santa María de la Victoria (una más de las usurpaciones simbólicas de este tipo) y finalmente llevó a cabo una devota procesión con todos sus hombres mientras los indios los miraban. La cristiandad en pos del imperio y el imperio en pos de la cristiandad, el uno que conllevaba, necesariamente, al otro; dos elementos decisivos y esenciales, no sólo en la misión que se había antepuesto Cortés, sino también en

54. *Ibíd.*, cap. XXXVI, p. 59.
55. *Ibíd.*, cap. XXVII, p. 61.

la justificación de la misma, a posteriori, ante el rey que era la fuente de toda legitimidad. Fernando Mires escribe, muy acertadamente, que «el conquistador necesitaba hacer la guerra para conquistar, a la vez que necesitaba creer que conquistaba para cristianizar y, para que eso fuera posible, necesitaba cristianizar la guerra».[56]

Y continuaron navegando. Los que ya habían pasado por esas costas las iban identificando una tras otra, hasta que llegaron finalmente al (re)nombrado San Juan de Ulúa, el lugar que había sido marcado para entrar en contacto con los totonacas que tan bien habían recibido a Grijalva y a su gente, y desde el cual saldrían a la verdadera empresa. Y mientras tanto Cortés había ido acumulando nuevas experiencias, tanto diplomáticas y militares como escenográficas, descubriendo en el mundo indígena nuevos posibles espacios de manipulación.

56. Fernando Mires, *La colonización de las almas*, Ed. DEI, San José, 1987.

Capítulo 4
Cortés y las básculas del terror

Entre la guerra relámpago y la incertidumbre estratégica

Lo primero que Cortés comprendió al llegar a las tierras de los totonacas fue que se encontraba en la periferia imperial, o sea en el punto de partida de un avance que tenía como norte único a Tenochtitlan. La certeza de su camino era exactamente lo opuesto de la incertidumbre que se apoderaría de Moctezuma a medida de que los españoles se fueran acercando a Tenochtitlan. Su decisión absoluta y temeraria era exactamente lo opuesto a la creciente indecisión que sería propia del *huey tlatoani* desde el momento en que Cortés se encaminó hacia la capital imperial partiendo de Vera Cruz. Su camino, a partir de su encomienda de indios en Cuba y su escapada del gobernador, se encontraba alumbrado por el ansia de riqueza, gloria y poder; sobre el de Moctezuma se cernían las sombras de la duda, las especulaciones y la incertidumbre. Pero más allá de estos contrastes en los que aún podríamos abundar, se trataba del pragmatismo cortesiano frente al mundo preponderantemente mítico de Moctezuma. El primero posibilitaría una inmediata y constante adaptación dinámica a las nuevas circunstancias; el otro, indeciso frente a la nueva realidad, debería enfrentar una disonancia cognitiva, con un desperdicio de tiempo inicial que, aunque corto, sería decisivo. El uno sabía lo que quería: Tenochtitlan; el otro sabía lo que no quería: la perturbadora e imprevista presencia y el avance de esos poderosos intrusos.

Para Cortés, una vez fijado el objetivo claramente, lo demás, que era mucho, se reducía a definir el *modus operandi* dentro de una circunstancia completamente nueva. Aquí no valían las experiencias de los españoles ni durante la reconquista ni durante la conquista de las Canarias; y si hemos afirmado previamente que el Caribe había sido otra cosa con respecto a las otras fronteras que hemos mencionado, México era otra cosa con respecto al Caribe. Claro está que Cortés y muchos de los suyos traían consigo la invalorable experiencia que habían acumulado durante largos años en las Indias, pero ahora todo era diferente: las dimensiones del continente, las dimensiones demográficas, las de los grandes ejércitos de la región, las dimensiones políticas del imperio, las de la empresa a emprender. Todo aparecía a otra escala; eran otras Indias. Y lo sorprendente es que Cortés no se haya amedrentado o decidido a ser más cuidadoso. Por el contrario, Cortés se acrecentó acorde con el nuevo desafío y lo asumió en un compromiso del cual no había marcha atrás. Antes había quemado sus puentes en Cuba, ahora los quemaría desde un principio en la costa de Veracruz. Pero es significativo, simbólico quizás de su forma de operar, lo que hizo realmente en este sentido con sus naves: Cortés mandó que se aprovechara de ellas todo «lo que más se pudiese [...] sacando primero los tiros, armas, velas, sogas, áncoras, y todas las demás jarcias que podían aprovecharse».[1] No las quemó, sino que las echó a la costa y las desmanteló para utilizar todo lo que consideró utilizable. Las desarmó para aprovechar sus partes de otro modo, y en eso se reflejaba, también, no poco de su relación esencialmente pragmática ante a la realidad. Él, Hernán Cortés, el sujeto histórico por excelencia, se le enfrenta, analiza, descompone y la vuelve a recomponer de otra manera, creando y recreando una nueva realidad que surge de la temeraria acción utilitaria del sujeto. Así también iría tratando de comprender los diversos componentes que estructuraban la cultura y la realidad indígena, no por sí mismos, sino para instrumentarlos pragmáticamente en la creación de su Nuevo Mundo. Así, por ejemplo, los españoles investigaron y comprendieron muy bien los medios y las formas de hacer la guerra de los indios, y también las

1. López de Gómara, *Historia General de las Indias. «Hispania Vitrix», cuya segunda parte corresponde a la conquista de Méjico,* Dastin, Madrid, 1987, pp. 86-87. En adelante López de Gómara, *La conquista de México*.

relaciones existentes entre los pueblos supeditados al poder imperial de Tenochtitlan; todo ello para ser instrumentado de tal modo que les hiciera posible consumar la conquista del imperio azteca, y entonces, con los componentes de la estructura imperial supeditada, o mejor dicho con sus restos, construir-reconstruir otro imperio, la Nueva España. Los pueblos supeditados a los aztecas deberían ser convertidos en sus aliados contra Tenochtitlan; el terror azteca, componente estratégico (aunque no exclusivo) de la estructura imperial, debía ser convertido en un *boomerang* que se volviera amenazante contra los mexicas; las opciones propias del horizonte mítico de los pueblos de la región debían ser convertidas en fuentes de incertidumbre, temor e indecisión. Y posteriormente se aprovecharían las estructuras y costumbres vigentes en las sociedades y estados precolombinos para servir a los nuevos señores, en medio de la recreación de nuevas formas de supeditación y explotación. Eran los agentes de la historia conformándola para gloria del rey (en España), de Dios (en el cielo), y de sí mismos (en México). Era un pragmatismo feroz entrelazado estrechamente con la divina Providencia, que venía a asegurar, de antemano, la conquista y la imposición, y que asimismo delineaba a lo largo de todo el itinerario de la conquista la impronta de su legitimación. La Providencia como designo divino amparando la expansión imperial.

Los aztecas, por su lado, integrados en la dimensión mítica y en su concepción cíclica de la historia, querían perpetuar la realidad cósmica e imperial por igual. Es verdad que los aztecas creían en su capacidad de acción para postergar constantemente la destrucción del quinto sol, lo que es índice de su autoconciencia en tanto agentes históricos, pero su acción se daba en medio de las coordenadas del destino mítico, y la palabra clave era postergar.

Lo mítico y lo pragmático se encontraban estrechamente entrelazados, constituyendo, desde los mismos orígenes de la configuración de la mito-épica azteca, los fundamentos de su armazón imperial. El primer Moctezuma, uno de los tres líderes de la gran revolución militar, política y mítica (pragmática por excelencia), gobernó hasta 1469, en tanto el gran Tlacaélel (pragmático arquitecto de la expansión imperial) murió alrededor de 1480, apenas unos 23 años antes de la ascensión del segundo Moctezuma al poder en 1503. Y no sólo ello, sino que el *huey tlatoani* Tizoc fue asesinado precisamente por no haber sido capaz de liderar el imperio de modo eficaz, lo que hizo

patente que la dimensión pragmática de la efectividad imperial era decisiva. O sea, que se trataba tanto del imperialismo de las categorías míticas como del de las categorías políticas, administrativas y militares propias del imperio.

Pero estos grandes actores dentro del escenario del destino, que ellos mismo habían designado previamente, debieron confrontar una situación absolutamente novedosa ante la aparición de tan extrañas, potentes y temibles criaturas como los españoles, debiendo necesariamente medirse con la estridente disonancia cognitiva implícita en la misma. Y el abanico de sus plausibles respuestas se abría, necesariamente, a todo lo ancho de su horizonte conceptual, mítico y pragmático por igual.

Esto no implica que necesariamente hayan llegado a conclusiones definitivas con respecto al carácter sobrenatural de los extraños invasores, sino que lo absolutamente excepcional del fenómeno, y la naturaleza fatal de algunas de las opciones significativas, les impusieron una indecisión estratégica que se expresó en una perdida de tiempo decisiva en su confrontación con los españoles. En un principio la celeridad de la adaptación dinámica a la nueva realidad lo era todo; los españoles fueron la liebre, los aztecas una tortuga mítica. Y es que también lo sobrenatural, de tal o cual modo, o la posible divinidad de los recién llegados, constituían una opción, quizás remota, pero que, en principio, era imposible que no fuera tomada en cuenta por la razón mítica. Si el suyo era un mundo mítico, si cuatro soles ya habían caído y su misión imperial implicaba la salvación cósmica del quinto sol del movimiento, si los numerosos rituales iban entretejiendo constantemente el tiempo mítico con el cotidiano, sería extraño que tal opción no se encontrara ubicada, por lo menos en un primer momento, en el espectro de su estupor e indecisión. Luego, muy pronto, a pesar de que ya se veía que sangraban, caían heridos y también morían, españoles y caballos por igual, la indecisión continuaría de todas formas ante el impresionante derrotero de las victorias militares que los españoles iban dejando tras sí. La angustia de la incertidumbre mítica iría siendo desplazado parcialmente por el terror bélico, sin que nos animemos a afirmar cual de los dos era más paralizante.

Cortés, por su parte, no sabía nada del intrincado laberinto mítico de los aztecas, y muy posiblemente tampoco Marina se especializaba

a profundidad en el mismo, pero el primero ya era plenamente consciente, de antemano, del abismo psico-religioso que se abría entre los indios de Mesoamérica y los españoles, mismo que sabría aprovechar desde el primer momento, en tanto Marina bien pudo haberle otorgado, en los momentos claves, los datos elementales sobre la narrativa mítica mesoamericana.

Diversos investigadores rechazan el relato de la profecía de la vuelta de Topiltzin Quetzalcóatl, identificado con Cortés porque consideran que tal relato se hilvanó sólo luego de la conquista,[2] pero, de haber sido así, este rechazo no tiene porque arrastrar consigo la incertidumbre mítica, que bien podía haberse dado sin implicar necesariamente a Quetzalcóatl, y que consideramos que necesariamente se dio. En medio de su mítico horizonte conceptual, los pueblos indígenas se irían refiriendo constantemente a los españoles en tanto *teules*, como decían los españoles, en las más diversas y posibles acepciones del término, además de dioses o señores. Richard F. Townsend resalta los muy diversos significados del término *teotl*, que bien podía referirse tanto a «dios», «santo» o «demonio», como a los representantes o personificaciones humanas de los dioses o sus ídolos. Pero esta palabra podía también referirse a todo aquello que fuera poderoso, misterioso o que se encontrara más allá de la experiencia cotidiana, tanto en lo que se refiere a fenómenos benignos como a los malignos y destructores. Estos diversos significados de *teotl*, concluye Townsand, nos sugieren que los aztecas consideraban las cosas de su mundo, tanto las transitorias como las permanentes, como cargadas con una carga o poder vital inherente, como si tuvieran una voluntad propia, y en ocasiones una propia personalidad.[3]

2. Véase, por ejemplo, el capítulo 6 del libro de Susan D. Gillespie, *Los reyes aztecas. La construcción del gobierno en la historia mexica*, Siglo XXI, México/Madrid, 1993, pp. 231-270, o James Lockhart (ed.), *We People Here: Nahuatl Accounts of the Conquest of Mexico*, University of California Press, Berkeley, 1993, pp. 19-21 y su introducción en general, o Camilla Townsend, «Buring the White Gods: New perspectives on the Conquest of Mexico», in *American Historical Review*, June 2003, pp. 659-687.

3. Richard F. Townsend, *The Aztecs*, Thames and Hudson, London, 1992, p. 116; acentuación nuestra. Alfredo López Austin escribe sobre el modo en que había sido explicada la misma naturaleza de los seres mundanos en la tradición religiosa mesoamericana: «El hombre y todas las criaturas que existen en su mundo tienen alma sensible, con voluntad, con poder sobre los procesos perceptibles. Esas almas sensibles son fragmentos divinos, trozos de dioses que quedaron contenidos en la capa pesada, dura,

Si tomamos todo esto en cuenta, resulta muy difícil cualquier generalización sobre los diversos sentidos que pudiera tener la palabra *teotl*, a lo largo del tiempo, de los diferentes lugares y para los diferentes pueblos o sectores sociales indígenas al referirse a los españoles, y sirva esta aclaración como conciencia de una limitación a tomar en cuenta cada vez que nos refiramos a esta problemática. Pero asimismo es posible aprender de ello que la consideración de Cortés y los suyos a un nivel de lo que nosotros consideraríamos sobrenatural no implicaba necesariamente su divinización, sino también otros fenómenos propios del mundo conceptual de los aztecas, con sus tan diversas opciones significativas. Una cosa es la deconstrucción histórica demostrando que tal o cual relato (la vuelta de Quetzalcóatl, quizás) no es sino una invención posterior de los vencidos o de los vencedores; otra muy diferente imponer retroactiva y anacrónicamente nuestro mundo discursivo y nuestra incredulidad, desentendiéndonos de las diversas opciones propias e ineludibles del complejo horizonte mítico indígena. Y ni que decir que ello es así si tenemos presente el detallado y profundo estudio de Alfredo López Austin, *Hombre-Dios. Religión y política en el mundo náhuatl*, en el que, entre otras cosas, se relaciona asimismo al concepto de *nahual*, que «en sentido general es la persona que tiene poder de transformarse o la persona o animal en los que se transforma [ ] que podía traducirse como «lo que es mi vestidura», «lo que tengo en mi superficie, en mi piel o en mi alrededor». O su excelente análisis del término *ixiptla*, traducido como imagen, sustituto, personaje o representante.[4] Imposible desentendernos de todo ello.

Más aún, parecería que tal incertidumbre mítica puede colegirse indirectamente de la misma conducta de Cortés, quién muy rápidamente comenzó a escenificar míticamente a sus cañones y a sus caba-

en el momento de la creación. Los seres deben sus peculiaridades a esas porciones de divinidad. Las almas son dioses condenados a un destierro transitorio que concluirá con el advenimiento del fin del hombre del mundo» (Alfredo López Austin, «Ofrenda y comunicación en la tradición religiosa mesoamericana», en *De hombres y de dioses,* El Colegio de Michoacán/El Colegio Mexiquense, Morelia, 1997, p. 212. Véase asimismo, López Austin, *Tamoanchan y Tlalocan*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994 y *Cuerpo humano e ideología. Las concepciones de los antiguos nahuas*, 2 vols., UNAM, México, 1980.

4. Alfredo López Austin, *Hombre-Dios. Religión y política en el mundo náhuatl*, UNAM, México, capítulo 8, pp. 107-142.

llos, intentando estimular y aprovechar al máximo tal margen de incertidumbre. Ya hemos visto cómo Cortés ejemplificó, de modo contundente, su capacidad de manipulación psicológica de sus contrincantes mayas en Potonchan, al lograr aterrorizarlos con sus cañones y caballos, que supuestamente tenían vida y voluntad propia, y presentándose como el magnánimo salvador a quien era necesario congraciar, y, como veremos, continuaría con tales puestas en escena . La diferencia psico-cultural y religiosa era captada por Cortés, como todo lo que iba descubriendo, en función de la posibilidad de su manipulación operativa para lograr sus objetivos, y lo decisivo fue que Cortés captó la disonancia cognitiva que fue patrimonio de los indígenas desde el primer momento. Pero en este sentido, lo que nos interesa apuntar es el que la escenografía cortesiana es también un índice indirecto del público al que se dirigía. El desconocimiento de los indios de los diversos elementos de la técnica y la cultura militar europea fue aprovechado por Cortés, quién montó desde el principio un teatro improvisado en el que la trama iba ofreciendo a los atónitos espectadores indígenas opciones significativas, por cierto nada estimulantes, de los nuevos fenómenos con los que se iban topando. En el vacío de la fugaz disonancia cognitiva inicial, estos plausibles significados ofrecidos por Cortés eran captados rápidamente, en los primeros pasos de su avance, por los tentáculos conceptuales de la visión mítica. Y aunque Cortés no supiera nada del complicado laberinto mítico mesoamericano, le era suficiente, a nivel esencialmente pragmático, su intento de presentarse frente al enemigo en un plano sobrenatural y aterrorizante. Y creemos que tampoco podemos rechazar de forma definitiva el que en un primer momento también se hubiera considerado la posibilidad de la misma divinidad de Cortés, aunque al final las conclusiones del mismo Moctezuma hayan sido absolutamente negativas al respecto. Recordemos la simbiosis de lo histórico con lo divino, personificada en diversos protagonista históricos que poblaban la narrativa mítica de los pueblos mesoamericanos; recordemos que el mismo Moctezuma era considerado como el representante viviente de Huitzilopochtli y entonces ¿por qué Cortés no podría haber sido asociado con tal o cual dios tutelar al hacer gala de sus enormes poderes? Y finalmente recordemos que la destrucción de los códices originales fue masiva, lo que abre ante los investigadores un amplio ámbito de incertidumbre en lo que se refiere a la problemática que confrontaron los aztecas y otros

pueblos indígenas en los primeros momentos de su encuentro con los españoles. Las fuentes deben ser las decisivas: las tan contadas que nos quedan, y la conciencia de todo lo que no podemos aprender de las innumerables que fueron destruidas, y que nos imponen un margen de incertidumbre y modestia. No cabe la menor de las dudas, por otro lado, que hacia el final de tal período, al llegar Cortés a Tenochtitlan, el mismo Moctezuma no los consideraba como seres divinos, tal cual veremos con detalle posteriormente.

Diplomacia y mitología

Antes de llegar a encontrarse con los totonacas, quienes tan bien habían recibido a Grijalvo viendo en él un posible aliado, Cortés llegó con sus barcos al puerto de San Juan de Ulúa, y desde ese momento ya se encontraría en el escenario de su aventura épica dejando atrás los ensayos generales y los meros encuentros furtivos. Ahora comenzaban a entrar en escena los actores principales, y en verdad los indios que salieron a darles la bienvenida en dos grandes canoas, o piraguas como se les llamaban, se presentaron nada menos que como enviados por un criado de su gran señor, Moctezuma, para ofrecerles lo que necesitaran y para saber qué intenciones tenían.[5] También Cortés, en quien los rumores y los informes de segunda mano dejaban ahora lugar a la certeza, les recibió con cordialidad. Mandó darles de comer y de beber, les otorgó algunas cuentas azules, y les respondió que no traía ninguna mala intención, que venía para conocerlos y negociar, y que podían estar contentos de su llegada.[6]

Un gambito apaciguador por ambas partes. Parecería que Cortés logró tranquilizar a los emisarios que se volvieron muy contentos y, posteriormente, desembarcó con artillería y caballos, ahora ya desde un principio, construyendo chozas para resguardarse en ellas, y haciendo un altar. Y es que Cortés sabía que estaba entrando en el tramo decisivo del rastro aurífero que venía siguiendo.

Era un Viernes Santo de la Cruz. El sábado, víspera de la Pascua de la Santa Resurrección, llegaron numerosos indios a prestar ayuda a

5. BDC, cap. XXXVIII, p. 64 y cap. XLVI, p. 78 .
6. *Ibíd.*, pp. 64-65; HC, *Primera carta-relación*, p. 18.

los españoles, con madera y mantas para las chozas y con joyas de oro para Cortés, anunciando la llegada, el próximo día, de un gobernador de Moctezuma.[7] Y ya también aquí, desde un principio, el mismo error en que habían caído los jefes indios en Potonchan. Era claro que Moctezuma quería evitar cualquier motivo de animosidad o de conflicto, quería impresionar a Cortés haciendo gala de su enorme poder, con toda la gente que enviaba y la ayuda que le prestaba, y además quería lograr información por medio de sus espías; pero erró al considerar que los regalos de joyas y de oro podrían impresionar, congraciar, satisfacer y quizás atemorizar a los intrusos logrando que se volvieran sobre sus pasos. Esto solamente le indicaba a Cortés que iba sobre el rastro y que debía persistir. Era como darle a oler sangre a un perro de caza. Y si el objetivo había sido expresar simbólicamente el enorme poderío de Moctezuma, Cortés no pareció comprender tal significado y si lo comprendió no se dio por aludido.

Y al otro día, en la Pascua Santa de Resurrección, llegaron dos representantes de Moctezuma, Tendile y Quintalbor que traían consigo más indios, más comida y más presentes, a la par de las reverencias acostumbradas ante Cortés y los soldados.[8] Cortés ordenó que se llevara a cabo una misa cantada por Fray Bartolomé de Olmedo y, luego de agasajarlos en una comida, se sentó a platicar con ellos por medio de sus dos traductores. Estaban en la arena de la pomposidad y de la diplomacia, o sea de la astucia. Cortés habló en nombre del emperador don Carlos y expresó su deseo de ver a Moctezuma para decirle muchas cosas y tenerlo por amigo; el objetivo: llegar lo más pronto posible al centro del poder y la riqueza. La respuesta de Tendile fue descrita como algo «soberbia» por algunos de los presentes,[9] índice de que ni Tendile, ni Moctezuma que lo había mandado, veían en los extraños algo o alguien frente a los que debían rebajarse (al contrario de lo que se acostumbra a afirmar acorde con los diversos presagios trágicos que presenciaron los aztecas y de los que nos hablan diversas fuentes). Los indios se despidieron y se aprontaron a

7. BDC, cap. XXXVIII, p. 63; HC, *Primera carta-relación*, p. 18.

8. Las fuentes nos dan diversas versiones de los nombres de los representantes de Moctezuma, como Tendile, por ejemplo, en Díaz del Castillo, Tentlitl en Sahagún, o Teudilli en López de Gómara.

9. BDC, cap. XXXVIII, p. 64.

volver de este primer encuentro con los regalos que recibieron y con la información que habían logrado obtener: dibujos de Cortés y de los capitanes y los soldados, de los navíos, de los cañones, de los caballos, etc. Sin lugar a dudas, también Moctezuma trataba de saber de qué y de quiénes se trataba, y en eso era tan pragmático como los españoles; los problemas para él comenzarían con la interpretación de los datos que lograba recoger y de las opciones de su significación en medio del horizonte mítico.

Pero, antes de que se fueran, la recordada soberbia de Tendile no quedó sin respuesta, y Cortés no dejó pasar la oportunidad para fijar el ámbito de las opciones significativas de los hechos recolectados por la gente de Moctezuma: sus soldados salieron a la carrera cabalgando sobre briosos caballos que portaban ruidosamente sus cascabeles, en tanto otros disparaban los cañones, «que retumbaron con gran ruido», causando gran espanto entre los indios.[10] Según López de Gómara los indios temían el resplandor de las espadas, ante el estruendo de la artillería pensaban que se hundía el cielo a truenos y rayos, y de las naves decían que venía el dios Quetzalcóatl, que se había marchado y que ahora venía con sus templos a cuestas.[11] Más allá de la credibilidad o falta de credibilidad de este informe, no cabe dudas de que el asombro y el terror de los emisarios aztecas se mezclaban necesariamente con toda clase de asociaciones propias de su mítico mundo conceptual. Tendile y los suyos presenciaron una escena surrealista, en la que los límites entre lo real y lo mítico parecían esfumarse, todo ello en medio de la profusión de los signos de admiración, de interrogación y de espanto; se quedaron atónitos. No tiene nada de raro, entonces, que cuando Tendile viera que uno de los soldados portaba un casco medio dorado creyera identificarlo con otro que portaba el dios Huitzilopochtli, y lo solicitara para mostrárselo a Moctezuma. Cortés, generoso, se lo otorgó, pero solicitó, de paso, recibirlo de vuelta lleno de oro para saber si el oro de la región era como el que los españoles sacaban de los ríos...[12] El uno en medio de especulaciones mitológicas, el otro, aprovechándose de las mismas, buscando el oro insistente y decididamente, y tratando de evitar cual-

10. *Ibíd.*, p. 65.
11. López de Gómara, *La conquista de México*, p. 56.
12. BDC, cap. XXXVIII, p. 65.

quier sospecha de que haría todo lo necesario para apoderarse por la fuerza de tales riquezas: mera curiosidad, sólo quería comparar, o como diría en esa oportunidad, según otra fuente, cuestiones de salud: le era necesario para curar «el mal de corazón» del que sufría su gente.[13] La segunda de las versiones se encontraba mucho más cerca de la verdad, y quizás era la verdad. Y este oro que solicitaba no le era importante solamente por sí mismo, sino asimismo para ir afilando definitivamente la mira e ir constatando que se encaminaba hacia el lugar desde que cual se desplegaba el horizonte aurífero.

Tendile volvió apresuradamente a Tenochtitlan donde informó a Moctezuma todo lo que había visto y lo que había acontecido, le mostró los dibujos y le entregó los regalos de Cortés. Luego de este encuentro con Cortés se sucederían otros entre éste y los emisarios aztecas, pero ya desde la vuelta de sus enviados Moctezuma comenzaría a adentrarse cada vez más, durante esta primera fase, en el ámbito de las especulaciones y las indecisiones, barajando toda clase de opciones propias de su mundo conceptual.[14] En los encuentros de sus emisarios con Cortés, Moctezuma haría patente una firme y asertiva postura táctica, pero a la par de la misma comenzó a perfilarse lo que podemos denominar como su incertidumbre estratégica, una incertidumbre que impediría la postulación de alternativa alguna al fracaso de sus constantes regalos y de sus solicitudes-exigencias de que los españoles volvieran sobre sus pasos: éstos hicieron más de dos tercios de su camino desde Veracruz a Tenochtitlan sin encontrar oposición alguna, y cuando la encontraron fue la de los tlaxcaltecas y no la de los mexicas. Esta incertidumbre conceptual y estratégica se constituyó en el primer gran triunfo de Cortés ante los aztecas, pero volvamos a San Juan de Ulúa para continuar viendo, desde allí, su puesta en escena y el modo en que manipulaba la situación. Luego ya habrá tiempo para situarnos del lado de Moctezuma.

Durante una semana los españoles continuaron disfrutando de la ayuda y la comida de los indios que habían quedado con ellos, y entonces aparecieron nuevamente otros emisarios de Moctezuma,

13. López de Gómara, *La conquista de México*, p. 56. Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, *Historia de la nación chichimeca*, *ob. cit.*, cap. 79, pp. 229-230.

14. Véase, por ejemplo, Sahagún, *Versión del texto náhuatl*, cap. IV y V, pp. 762-764, en Sahagún, *Historia General.*

esta vez «principales» de mayor categoría, o sea que de algún modo se comprendió en el campamento español que había sido elevado el rango diplomático y no se trataba ya de un funcionario imperial importante, pero local, como Tendile. En esta oportunidad, según los informantes de Sahagún, Cortés se encontraba en el barco,[15] donde habían pasado la noche los españoles, lo que quizás fuera un índice de que había comprendido el mensaje de Moctezuma, de que se trataba de un monarca poderoso, lo que se había manifestado inclusive en lo que Bernal Díaz del Castillo calificó, como ya vimos, como una actitud «soberbia» de Tendile en su diálogo con Cortés.

Pero parecería que luego de reflexionar sobre la táctica a seguir, los españoles decidieron de todas formas continuar con el intento de aterrorizar a los mexicas como trasfondo de las negociaciones, quizás para reforzar más aún la impresión de su última representación. Al presentarse los nuevos emisarios como provenientes de México, la respuesta agresiva, por medio de Marina y de Aguilar, fue de si acaso era verdad eso de que venían en nombre de Moctezuma y si no se estaban burlando de ellos. Mas este primer momento fue superado de inmediato ante la sorpresa que causó a los españoles el que los emisarios de Moctezuma anunciaban que venían a ver a su señor y rey Quetzalcóatl, otra vez acorde con los informantes de Sahagún.[16] El significado de ello fue seguramente inequívoco, una vez que Marina le explicara a Cortés de quién se trataba. Claro que Quetzalcóatl podría ser tanto el Ce Acatl Topiltzin Quetzalcóatl, aquél que había sido sacerdote de tal dios en Tula, o quizás sus descendientes, o quizás la misma divinidad o su representante. Pero de todas formas éste fue un momento clave y decisivo para los españoles, que comprendieron que no se trataba sólo de la posibilidad de aprovechar las diferencias de sus niveles tecnológicos militares para aterrorizarlos y poder manipularlos a su voluntad, sino de que ellos mismos eran considerados, o podían ser considerados, como seres sobrenaturales, descendientes o enviados de los mismos, ya fuera en conexión con el discutido caso de Quetzalcóatl o en el ámbito de otras posibilidades propias de su horizonte conceptual. Y en verdad, ésas podrían haber sido algunas de las posibles opciones que se plantaban ante el monar-

15. Sahagún, *Historia General*, lib. XII, cap.V, p. 727.
16. Ídem. Sahagún, *Versión del texto náhuatl*, cap. V, p. 764.

ca mexica en esos primeros momentos, luego de haber conseguido todos los datos posibles sobre los españoles. Retratos, relatos, dibujos, cantidades, potencia, todo ello podría haberlo conducido a la conclusión, acorde con diversas versiones, como las de Durán[17] o la de los informantes de Sahagún,[18] de que se trataba de dioses o de seres sobrenaturales. Pero estas versiones de Sahagún y Durán, como ya lo hemos escrito, son consideradas por diversos estudiosos como el producto de construcciones y manipulaciones historiográficas posteriores, sin relación alguna con la realidad histórica del momento. El libro de Bernal Díaz del Castillo, por su parte, parecería darnos una versión algo ambivalente. Por un lado escribe que los regalos que traían los emisarios de Moctezuma eran para que los repartieran entre los «*teules* y los hombres que consigo traen», lo que podría implicar tanto el que no eran humanos como los hombres que traían consigo o el que eran simplemente sus jefes, humanos como ellos. Asimismo escribe que los embajadores los denominaban «hombres tan esforzados», lo que quería decir que eran hombres tan valientes, porque sabían lo de sus victorias en Tabasco, pero hombres al fin.[19] Pero en otro pasaje y en otro contexto, Bernal Díaz del Castillo escribe claramente que «nos llamaban *teules*, que es, como he dicho, o dioses o demonios...»,[20] o sea que en cualquiera de los dos casos los consideraban como seres sobrenaturales.

Lo más probable es que en estos primeros encuentros con Cortés lo propio del momento fuera la incertidumbre de los indígenas al venir a conceptualizar la gran novedad con la que se topaban, y que las reacciones fueran diversas y oscilantes; y más aún, que el repertorio de sus oscilaciones incluyera no sólo lo recordado por Townsand sino otras opciones que nosotros no podemos captar por medio de nuestro mundo conceptual.

En este sentido coincidimos con Hugh Thomas, quién escribe que en las leyendas mexicanas, que se basan sin fundamento en períodos anteriores a la conquista, figuran escasas menciones del concepto de un señor o un dios que regresaría para reclamar un territorio perdido,

17. Durán, *Historia de las Indias*, tomo II, cap. LXIX, p. 511.
18. Sahagún, *Versión del texto náhuatl,* cap. III, pp. 761-762.
19. BDC, cap. XXXIX, p .66.
20. *Ibíd.*, cap. XLVII, p. 80.

pero que asimismo observa que «el hecho de que nada quede no significa que no existiera». Y es que, argumenta, casi todos los libros pintados del antiguo México fueron destruidos en la guerra posterior.[21] Y nos parece más que relevante traer la cita de una frase de Jacques Le Goff: «Hay que hacer el inventario de los archivos del silencio, y hacer la historia de los documentos y de las ausencias de documentos».[22] Y la incertidumbre en este caso, consideramos nosotros, no debe ser sólo patrimonio de los historiadores, sino que muy posiblemente lo fue también de los pueblos indígenas, o de parte de ellos, o de tales o cuales segmentos sociales, en tales o cuales lugares, y en tales o cuales momentos. Toda generalización nos parece temeraria, o por lo menos problemática.

Cortés, luego de permitirles subir a su nave, los recibió sentado en una silla que venía a ser una especie de trono, y al verlo los emisarios ofrecieron sacrificar diez esclavos en su presencia (lo que sólo podía reforzar la idea de que se trataba de Quetzalcóatl, el dios o el rey-sacerdote o algún de sus descendientes), mas luego de que Cortés se negara a aceptar tal sacrificio comenzaron a otorgarle los numerosos y riquísimos regalos enviados por Moctezuma.[23] Era la espiral de las equivocaciones fatales del emperador azteca con sus presentes preciosos, a lo que se agregaban ahora sus trazos míticos: entre los regalos otorgados a Cortés también se encontraban las vestimentas propias de diversas divinidades.

Pero a pesar de contar con numerosos regalos y de comprender que de algún modo se le consideraba como un ser divino o sobrenatural, Cortés volvió a aterrorizarlos, y esta vez de un modo mucho más agresivo y directo. Esta vez no sólo les montó una escena «mítica», sino que los atacó y amenazó personalmente. Lo más probable es que haya actuado de tal modo puesto que comprendió que si bien se le otorgaban todos los honores y todos los presentes, a la par de ello se le solicitaba, cortés pero insistentemente, volver sobre sus pasos, puesto que su solicitud previa de ver a Moctezuma quedó sin res-

21. Hugh Thomas, *La conquista de México*, *ob. cit.*, p. 223.

22. Jacques Le Goff, *Pensar la historia*, Paidós, Barcelona, 1997, p. 107.

23. Sahagún, *Versión del texto náhuatl*, lib. XII, cap. VIII, p. 766; Sahagún, *Historia General*, lib. XII, cap. VIII, 729; Durán, *Historia de las Indias*, tomo II, cap. LXXI, p. 521.

puesta alguna. Y quizás simplemente se haya tratado de un consejo de Marina, quién compenetrada con la mentalidad indígena del lugar, bien podría haber considerado que había que infundirles temor para reforzar esa posible visión mítica de los españoles como seres divinos o sobrenaturales. Pero volvamos de las especulaciones a los hechos, que ellos hablan por sí mismos.

Cortés manda atar a los emisarios de Moctezuma y poniéndolos cerca del cañón lo hace disparar. Los emisarios se desmayan, pero sólo para despertar frente a otra pesadilla: Cortés les anuncia que al otro día se llevara a cabo un torneo y lucharán para ver que tan valientes eran los aztecas. Pero, para su «suerte», Cortés les permite escaparse y corren, corren atemorizados a Tenochtitlan.[24] ¿Qué significa esto, fuera lo de su identificación con Quetzalcóatl verídico o no? Esto es casi una declaración de guerra en medio de la escenificación mítica, y lo que esta enviando es un mensaje muy claro para Moctezuma: nada podrá evitar que continuemos hacia Tenochtitlan. Cortés se encuentra en la playa, precavido y alerta, tiene sus cañones, puede replegarse a alta mar en caso que lo considere necesario; en una palabra, en medio de sus manipulaciones psico-mitológicas puede amenazar con todo sin arriesgar nada. Y, ante las repetidas llamadas de Moctezuma para que se volviera sobre sus pasos, responde con la intimidación y con la escenografía del terror mítico. El discurso de Cortés, mítico o no, se va desplegando acorde con las pautas de la comunicación aterrorizante. Su voluntad de poder y de dominio era la definitiva, y ni siquiera concebía la posibilidad de recibir algunos regalos resplandecientes y retirarse tal cual se lo solicitaba Moctezuma. Éste lo trata como a un posible ser divino o sobrenatural, o quizás como el representante de un rey legendario, o quizás solamente como un poderoso e indescifrable intruso, pero desde el punto de vista táctico le trae esplendorosos presentes, le solicita y exige, a la par de ello, que detenga su avance y se vuelva sobre sus pasos; y Cortés le responde con truenos y relámpagos. Los emisarios escaparon en medio del pánico portando consigo las malas noticias, el desconcierto y el terror. La tormenta se acercaba, y en medio de la niebla y de la distancia, no se veía nada claro y no se sabía de qué se trataba realmente.

24. Sahagún, *Historia general*, lib. XII, cap. V, p. 727; Sahagún, *Versión del texto náhuatl*, lib. XII, cap. V, p. 764.

Pocos días más tarde llegaba una tercera comitiva, otra vez con Tendile al frente. Los emisarios continuaron hablándoles a los dioses, o a los seres sobrenaturales, a los señores legendarios o a los poderosos intrusos (eran las opciones de la incertidumbre), les trajeron más ropa, regalos e inclusive comida ensangrentada con sangre humana, y además informaron que Moctezuma estaba dispuesto a enviar más regalos para el rey de Cortés. Dos preciosas y grandes ruedas, una de oro y otra de plata, demostraban que hablaban muy seriamente. Pero todo esto, operativamente, era solamente una parte del mensaje, la diplomática; en lo substancial Moctezuma volvía a anunciar por medio de Tendile que no podría llegar a la playa y que tampoco Cortés podría llegar a Tenochtitlan por las dificultades del camino, y porque se toparía en el mismo con gente cruel y mala,[25] lo que era una advertencia y una amenaza por igual.

Mas todo fue en vano, Cortés continuaría sordo ante cualquier proposición que lo desviara del rastro aurífero; Moctezuma seguiría cayendo en la trampa de oro que él mismo armaba míticamente. Sus regalos preciosos tomaban proporciones cada vez más grandes para impresionar y alejar a Cortés, pero cada vez lo ligaban más a su destino. Luego de haber visto las dos ruedas Cortés soñaba seguramente con todo el carro. Cortés fue amable (diplomático) y presentó nuevos regalos para Moctezuma, pero sólo para volver a anunciarle que era imprescindible que se encontraran; en otras palabras, que se le abriera el paso pacíficamente hacia Tenochtitlan. Cortés aún no se había encontrado con los totonacas, y no tenía idea alguna sobre la geopolítica militar de la región y de la posibilidad de una estrategia común con otros aliados indígenas. En esos momentos parecería que seguía actuando de acuerdo con el modelo de Potonchan (por las buenas, ante todo, imponiéndose por la disparidad del poderío militar e intentando encontrarse personalmente con el cacique o el rey, inclusive por las malas), aunque comprendía que en esta oportunidad seguramente se trataba de un enemigo mucho más poderoso.

Moctezuma, por su parte, luego de la casi declaración de guerra de Cortés, envió en esta oportunidad también a sus hechiceros, aunque a juzgar por los testimonios españoles, parecería que no sólo las supues-

25. BDC, cap. XXXIX, pp. 66-67.

tas víctimas ni siquiera se dieron cuenta del peligro en que se encontraron, sino que los supuestos maleficios tampoco surtieron efecto alguno.[26] Ya estaban *passé.* Pero esto ya era, evidentemente, una escalada en la trama de las relaciones diplomáticas que se iban tejiendo, o mejor dicho destejiendo. Y esto era así al grado de que en la próxima visita de Tendile, a los regalos usuales se agregó también la exigencia de Moctezuma de que los españoles abandonaran la región. Y ante la consabida negativa de Cortés, Tendile no vaciló en volver sobre sus pasos, pero esta vez llevándose a los dos mil indios que según Bernal Díaz del Castillo habían estado con los españoles ayudándolos en todo lo que necesitaban, y asimismo dejaron de proporcionarles alimentos.[27]

Con esta ruptura llegó a su fin la primera fase de las relaciones entre Moctezuma y Cortés. Quizás el gran éxito de Cortés fue lograr crear, por medio de su teatro mítico, una serie de posibles opciones significativas que dieran respuesta a la disonancia cognitiva con que se topaban los aztecas. Pero es difícil calibrar cuál fue la reacción de Moctezuma y de los aztecas, puesto que no titubearon en poner fin a los contactos, y su mensaje fue muy claro y contundente, al grado de que Bernal Díaz del Castillo escribe que «como vimos aquella novedad (que los indios se habían ido y dejaron de otorgarles regalos y comida) creímos que estaban de guerra, y estábamos siempre muy a punto apercibidos».[28] Y no cabe dudas de que fue así puesto que nos da testimonio de un estado de alerta militar que involucró a todo el campamento, y no de alguna opinión o sentimiento suyo particular. Los dioses temían. Cortés y sus hombres no tenían aún información y conocimiento más o menos detallado de lo que sucedía más allá de la franja de costa en la que se encontraban y no sabían ni cómo podía reaccionar Moctezuma, ni dónde se encontraban las fuerzas que podía movilizar ni cuáles eran sus dimensiones. Parecería que en estos momentos iniciales la incertidumbre, el temor y las precauciones no fueran patrimonio exclusivo de Moctezuma.

A pesar de los testimonios sobre el pánico y la angustia de Moctezuma,[29] parece evidente que en esta primera fase actuó decididamen-

26. Durán, *Historia de las Indias*, LXXI, p. 522, por ejemplo; Sahagún, *Historia General,* libro XII, cap. VIII, p. 729.

27. BDC, caps. XL y XLI, pp. 67-71.

28. Ídem.

29. Sahagún, *Historia general*, libro XII, pp. 729-730.

te, por lo menos a nivel táctico, sabiendo lo que hacía, aunque seguramente no le fuera claro de qué se trataba, lo que conllevaba consigo una muy plausible indecisión estratégica. Tampoco Cortés sabía a ciencia cierta de qué se trataba, pero su voluntad de conquista lo perfilaba estratégica e ineludiblemente hacia Tenochtitlan, y de lo que sí sabía iba extrayendo, como lo venimos viendo, todo lo necesario para enfrentarse, efectivamente, con los emisarios de Moctezuma.

Según Bernal Díaz del Castillo la causa de la ruptura residió en que durante la última visita de sus emisarios Cortés les predicó, junto con el fraile de la Merced, la doctrina cristiana, y les explicó que habían sido enviados para poner fin a los sacrificios y para que dejaran de adorar «aquellas malditas figuras». Y agrega Díaz del Castillo: «Parece ser, como Montezuma era muy devoto de sus ídolos, que se decían Tescatepuca e Huichilobos [ ] les sacrificaba cada día muchachos para que le diesen respuesta de lo que había de hacer de nosotros [...] la respuesta que le dieron sus ídolos que no curase más de oír a Cortés, ni las palabras que le envía a decir que tuviese cruz».[30] No cabe duda de que Moctezuma comprendió perfectamente que las insolentes exigencias de Cortés de que dejara de creer en sus dioses, inaceptables por sí mismas, conllevaban también su supeditación al poder de los recién llegados y el fin del imperio azteca. Y es que tales exigencias conllevaban implícitamente tanto una representación cultural muy definida, clasificatoria y jerárquica, como su consecuente ideología de la dominación.

¿Y los regalos y los mensajes a Quetzalcóatal? También si aceptamos estas fuentes, se trataría ante todo de una indagación que sólo viene a hacer patente la incertidumbre de Moctezuma ante los españoles. Una incertidumbre que se nutría de la posibilidad de que se tratara de Huitzilopochtli, luego de haberse identificado el casco de uno de los soldados como similar al suyo,[31] o de el rey-sacerdote Topiltzin Ce Acatl Quetzalcóatl, o de los descendientes de los previos pobladores de la región, o de potentes, extraños y desconocidos intrusos (quizás sobrenaturales de tal o cual modo). La indagación implica la falta de certeza, la incertidumbre, y no más; y es imposible

30. *Ibíd.*, pp. 69-70.

31. Hugh Thomas presenta una lista de las diversas opciones con las que se debió medir Moctezuma, refiriéndose también a las diversas posturas de los investigadores al respecto (*La conquista de México*, *ob. cit.*, pp. 216-223).

estipular que el horizonte mítico de los aztecas no dejaba espacio para especulaciones de tal tipo.

De todas formas, si nos apegamos exclusivamente a los hechos, pues todas estas opciones significativas, en medio del horizonte de la incertidumbre, parecerían no haber cercenado la capacidad de acción de Moctezuma y de los suyos. El tiempo perdido en la inevitable investigación ante tal disonancia cognitiva sería ya otra cosa, puesto que la mera presencia de los españoles en la región provocaría un cambio en el equilibrio geopolítico imperial, tal cual lo veremos detalladamente. Pero la primera fase, que se balanceó entre la mitología y la indagación, entre las amenazas veladas y la diplomacia, entre las exigencias mutuas y la terquedad, terminó con la ruptura; una ruptura que por cierto no puede ser índice de la depresión, la angustia y el pánico que diversas fuentes indígenas le atribuyen a Moctezuma. Existe la seria posibilidad de que los informantes de Sahagún, provenientes de Tlatelolco y de Tepepolco, no hayan sido «muy precisos» al describir *a posteriori*, luego de la derrota y ya integrados en el devenir del sexto sol, la actitud del emperador tenochca.

Rebelión y mitología

Más en este preciso momento comenzaron a desarrollarse dos procesos que serían decisivos para el futuro de la empresa. Por un lado se dio el encuentro de los españoles con los totonacas y el posterior concierto de su alianza antiazteca, por otro se dio la confrontación de Cortés con parte de su propia gente, en especial con aquellos que eran identificados con Diego Velázquez, lo que definió definitivamente su poder absoluto e indiscutido. No nos relacionaremos con el maquiavelismo cortesiano frente a su propia gente (algo de ello ya hemos recordado con respecto a la fundación de Veracruz y a su desconexión de la autoridad de Diego Velázquez), puesto que en lo que se refiere a la problemática que nos ocupa sólo ilustra, desde un principio, el modo en que Cortés, con su inquebrantable voluntad, había convertido el camino a Tenochtitlan en su destino irreversible.[32] El

32. J. H. Elliott escribe que Moctezuma, en diversos sentidos, era el menor de los peligros que Cortés debía enfrentar, y que debió temer más la amenaza de los propios

contacto con los totonacas, en cambio, fue decisivo, al grado de que en función del mismo se dio la completa transfiguración estratégica de la empresa de Cortés. El Cortés que iba montando la trama de sus manipulaciones psico-míticas aunadas a la imposición por la fuerza de las armas, pero sin saber nunca lo que le esperaba en la próxima escena, ni quienes serían sus protagonistas, o sea el Cortés que se encontraba al frente de un comando aventurero, se convierte, gracias a la alianza con los totonacas, en el jefe militar y político de lo que se iría convirtiendo en una cada vez más amplia y poderosa rebelión antiimperial que provocó, desde el principio, el desequilibrio geopolítico y militar de la región.

Ante la solicitud de los totonacas de que los librara del dominio de Moctezuma, quién «los tenía por fuerza y tiranía y que les tomaba sus hijos para matar y sacrificar a sus ídolos»,[33] Cortés no dudó en prometer su ayuda y su compromiso de defenderlos ante las fuerzas de Moctezuma. ¿Qué más podía pedir Cortés? Céspedes del Castillo escribe que los españoles hicieron uso de la experiencia adquirida durante siglos de relaciones bélico- diplomáticas con los reinos de los taifas de la España musulmana, de la ductilidad para aprovechar las contradicciones y luchas internas del adversario y de todo lo que pueda resumirse en la conocida divisa de «divide y vencerás»,[34] y Cortés fue un eximio exponente de tales habilidades. El encuentro y la alianza con los totonacas fue, sin lugar a dudas, un gran viraje en la empresa cortesiana, pero también, como todo lo que fue decisivo para la suerte de la misma, se debió al supremo pragmatismo maquiavélico y a la voluntad de acción y de poder de Cortés y de su gente, que seguían como un perro de caza el rastro aurífero. Observando, analizando, dispuestos a la negociación, pero siempre alertas para ver por dónde y cuándo aparecería el enemigo, esperaban la oportunidad propicia para darle el

españoles, refiriéndose a Velázquez, a los hombres del mismo que formaban parte de su contingente, y a la misma Corona. *Hernán Cortés. Letters from Mexico*, *ob. cit.*, p. XII. Véase también al respecto la introducción de Anthony Padgen. Si recordamos que posteriormente los españoles estuvieron a punto de ser derrotados, ya sea en su batalla contra los tlaxcaltecas o contra los mexicas, no consideramos que haya lugar para jerarquización alguna.

33. BDC, cap. XLVI, p.78; HC, *Segunda carta-relación*, p. 32.

34. Céspedes del Castillo, *América Hispana (1492-1898)*, *ob. cit.*, p. 13. En lo referente a la alianza con los totonacas, BDC, cap. LXII, p. 104. Itlilxóchitl, *Historia de la nación chichimeca*, cap. LXXXI, pp. 233-234.

zarpazo y sacar el mejor provecho posible. Así sucedió, por ejemplo, con el deseo de los totonacas de aunar fuerzas con los españoles frente a Moctezuma. Es verdad que los totonacas se quejaron de su sufrimiento a manos de los aztecas y explicitaron que querían la alianza para librarse de la supeditación y el terror, pero bastó la llegada de algunos pocos recolectores del tributo para que quisieran cambiar de opinión, y posteriormente bastó la llegada de algunos encumbrados emisarios de Moctezuma para que los jefes totonacas temblaran de miedo. Claro que la alianza que habían ofrecido los totonacas era de un valor inapreciable, pero los aztecas aún inclinaban la báscula del terror hacia su lado. Fue necesaria la acción de Cortés, como siempre, para empezar a equilibrarla; en un principio el terror ante los aztecas pesaba para los totonacas más que las ilusiones de la liberación.

Cuando Cortés estaba en la ciudad totonaca de Quiahuitzlan, enfrascado en negociaciones con los jefes del lugar y con el «jefe gordo» de la ciudad de Cempoala, enterándose de todas sus quejas contra Moctezuma y comenzando a comprender el mapa geopolítico de la región , llegaron al lugar cinco recaudadores mexicas y desde el momento que los jefes indios los oyeron, relata Bernal Díaz del Castillo, «se les perdió el color y temblaban de miedo; y dejan sólo a Cortés y los salen a recibir»[35]. Y no sólo ello, sino que los recolectores del tributo pasaron al lado de Cortés y los españoles «con tanta continencia y presunción que sin hablar a ninguno de nosotros se fueron adelante»[36]. Y luego de haber comido, mandaron llamar a los jefes totonacas y los riñeron y amenazaron por haber agasajado a los españoles prohibiéndoles hacer nada sin el permiso de Moctezuma[37]. Es claro que no se trataba de una mera recolección de tributos sino de la transmisión de una amenaza del *huey tlatoani* de no ilusionarse con pensamientos prohibidos, en plena coherencia con la previa ruptura de relaciones cuando Tendile abandonó el campamento español. Si tenemos presente que, acorde con diversas versiones posteriores al derrumbe del imperio, Moctezuma ya estaba a estas alturas presa del pánico, pues parece que ello no se podía detectar en absoluto tampoco en esta segunda fase de sus relaciones con Cortés.

35. BDC, cap. XLVI, p. 78.
36. Ídem.
37. Ídem.

Entonces entró en acción Cortés, volviendo a aclararles a los jefes totonacas que el emperador Carlos V lo había enviado «a castigar los malhechores, y que no consintiese sacrificio ni robos», que era lo que venían exigiendo estos recaudadores[38]. Es increíble la capacidad telepática transatlántica de Cortés que captaba los frecuentes cambios de intención del emperador, quien ni siquiera sabía de su existencia, y acorde con ello les ordenó aprisionar a los recaudadores que venían con sus exigencias criminales. «Espantados de tal osadía», los jefes totonacas no se atrevían a hacerlo, pero Cortés lo volvió a mandar y así lo hicieron. Frente al desdén y las amenazas de Moctezuma, Cortés comienza la rebelión en la periferia imperial. Y es que desde el primer momento se fue creando una situación límite que lo iría comprometiendo cada vez más y más. Escapándose de Diego Velázquez, momentos antes de crear Veracruz, y necesitando del éxito para legitimizar todas sus acciones frente a la Corona, se veía impulsado tanto por su intencionalidad original como por la imposibilidad de dar marcha atrás. ¿Qué hubiera sucedido si Cortés no hubiera actuado y los aztecas con un mero ademán de mando hubieran cancelado toda esperanza totonaca de rebelión? ¿O sea, qué hubiera pasado con los españoles? ¿Cuál sería la reacción de los mismos totonacas, sometidos antes de haber levantado la cabeza, contra aquellos que ayer eran una promesa y hoy una decepción y una carga? Pero Cortés dio el zarpazo y convirtió el peligro inminente en trampolín de salvación. Cortés ordenó a todos los jefes indios no otorgar más tributos ni obedecer las órdenes de Moctezuma, y que así fuera publicado en todos los pueblos. Era claro que la opción no era teórica: o Moctezuma o Cortés. Y Cortés estaba ahí. Entre el terror y la represalia azteca, por un lado, y el peligro inmediato de una confrontación con Cortés y la esperanza de la liberación, por otro, los totonacas, con miedo y todo, se plantaron con Cortés.

Los recaudadores fueron aprisionados, la rebelión comenzaba y las nuevas se expandían por toda la región. Cortés mandó no pagar más tributos y anunció que si volvían a llegar otros recaudadores los españoles irían por ellos. Pero no acabó aquí la jugada de Cortés, quien hizo lujo, en esta oportunidad, de un maquiavelismo de alto grado, inclusive con relación al usual en él. Una vez aprisionados los

38. BDC, cap. XLVII, p. 79. Andrés de Tapia, *Relación*, p. 81.

recaudadores, Cortés se preocupó, durante la noche, de liberar a dos de ellos, utilizando su clásica fórmula de crear situaciones desesperadas y aparecer luego como «el salvador» (recuérdese los enojados caballos y cañones en Potonchan que Cortés tuvo la bondad de apaciguar). A los dos liberados Cortés les hizo saber que no tenía nada que ver con su captura y de que la lamentaba, y los envió de vuelta a Tenochtitlan con mensajes de amistad para Moctezuma. Al otro día los totonacas se percibieron de que dos prisioneros habían logrado escapar. Con esta maniobra Cortés consiguió tres logros significativos:

1. Al ordenar aprisionar a los recaudadores comenzó la rebelión que lo plantó de inmediato como jefe militar y político de la región. Tenía ahora a su disposición, según los datos que le dieron los totonacas, un ejército de más de cien mil soldados, y aunque este número fuera exagerado nadie puede poner en dudas la importancia decisiva del vuelco que implicaba en la situación de los españoles.
2. Al liberar a dos de los recaudadores, ayudándolos a escaparse, y hacerse responsable por el bienestar de los otros tres, dejaba abierta la opción de reconciliar a Moctezuma e inclusive de presentarse como su posible aliado. Asimismo esta treta venía a afirmar definitivamente la dependencia de los totonacas de su voluntad, puesto que cuando los jefes indios supieron de la «huida» de los dos prisioneros temieron la represalia de Moctezuma y el que «no podrían escapar de ser muertos y destruidos»; pero Cortés los tranquilizó declarando que él y sus hermanos los defenderían y matarían a quien quisiera enojarlos. Era la fórmula mágica de Cortés: el gran salvador de las situaciones críticas que él mismo se preocupaba de crear para sus contrincantes, y la consiguiente dependencia absoluta de los mismos de su voluntad. Salvando a los recaudadores mexicas, salvando a los totonacas...
3. Y finalmente un tercer logro que ni Cortés podía haber predicho. Cuando volvió a llegar una alta comitiva de Moctezuma, que protestaba por la rebelión y amenazaba con represalias, pero traía regalos preciosos para Cortés por la ayuda que le había prestado, los jefes indios, que no sabían de la maniobra de Cortés, quedaron atónitos frente a lo que creían un acto de sumisión de Moctezuma. Y así lo describe Bernal Díaz del Castillo:[39]

39. BDC, cap. XLVIII, p. 82.

> ...y desde que vieron a aquellos parientes del gran Montezuma que venían con el presente [ ], y a darse por servidores de Cortés y de todos nosotros, estaban espantados y decían unos caciques a otros que ciertamente éramos ***teules***, pues que Montezuma nos había miedo, pues enviaba oro en presentes.

Y si Díaz del Castillo ya había escrito que al saberse de la captura de los recaudadores y de la rebelión los indios habían dicho que ello no podía ser obra de seres humanos sino de tules, «o dioses o demonios», ahora, luego de lo que interpretaron como un acto de sumisión de Moctezuma, el carácter sobrehumano de los españoles parecería confirmarse cada vez más; aunque lo que en verdad presenciamos es el comienzo del cambio en el equilibrio de la balanza del terror que hasta ese momento se había inclinado del todo hacia el lado de Moctezuma.

Pero, en los hechos, no parecería que la nueva comitiva real ilustraba cambio alguno en la decisión de Moctezuma de continuar manteniendo férreamente su poder imperial a pesar de la aparición de los extraños españoles. Por el contrario, se quejó agriamente de la rebelión de los totonacas y de la colaboración de Cortés con los mismos, y anunció que aunque no los castigaría de inmediato, lo haría en el futuro. ¿Y por qué no de inmediato? Porque los españoles se encontraban con ellos, y Moctezuma, tenía por cierto que «somos los que sus antepasados les han dicho que habían de venir a sus tierras, y que debemos de ser de su linaje...».[40] A pesar de la previa ruptura con los españoles Moctezuma no logra definir una nueva línea estratégica como opción a los magníficos presentes y a la exigencia de que Cortés detuviera su avance (la estrategia de la disuasión), y más bien son el desconcierto y la indecisión lo que continúa predominando. Pero la rebelión ya estaba en marcha.

Terror y mitología

A estas alturas, si bien no es posible hablar del pánico de los aztecas, no cabe dudas de que en la periferia imperial, entre los pueblos

40. Ídem.

indígenas, la báscula del terror ya comenzaba a temblar levemente a favor de los españoles. Los totonacas eran los primeros.

Pero póngase atención que hablo de la báscula del terror, y que este terror no se daba porque se creyera entre los totonacas que se trataba de *teules*, en cualquiera de sus acepciones, sino que si se les consideraba *teules*, o por lo menos así los presentaban, era por lo que hacían, y por el temor que infundían. Fueron las acciones de Cortés y su gente, su *modus operandi,* maquiavélico y teatral por igual, los que provocaron el temor y la admiración, y produjeron el encanto. Sería principalmente del terror que surgiría y se sugeriría lo mítico, y no es nada extraño el que el mismo fuera relevante para el mundo de los mexicas e incidiera consecuentemente en el mismo. Y Cortés, captándolo desde el primer momento, continuó en un *perpetuo movile* carismático, cuidándose en todo momento de seguir actuando como director de escena de la trama sobrenatural. Todo esto se vio ilustrado una vez más luego de que los representantes de Moctezuma dejaran la región y se volvieran a Tenochtitlan.

El cacique gordo de Cempoala y otros caciques totonacas se quejaron ante Cortés de que en Cingapacinga, un pueblo que se encontraba a unos dos días de caminata de Cempoala, se concentraron guerreros culúas con el objeto de asaltar sus estancias y a sus vasallos. Esto, acorde con la versión de Bernal Díaz del Castillo, no era sino un engaño por parte de los caciques totonacas que querían aprovechar de inmediato su alianza con Cortés para castigar a sus cercanos adversarios. La instrumentación era mutua. Pero lo que nos interesa, en este caso, es ilustrar el modo en que Cortés sigue montando el drama mítico, aunque aquí, entre sus hombres, fue más bien comedia. Y así les dijo a sus compañeros:[41]

> Sabéis, señores, que me parece que en todas estas tierras ya tenemos fama de esforzados, y por lo que han visto estas gentes por los recaudadores de Montezuma nos tienen por dioses, o por cosas como sus ídolos; he pensado que, para que crean que uno de nosotros basta para desbaratar a aquellos indios guerreros que dicen que están en el pueblo de la fortaleza, sus enemigos, enviemos a Heredia «el viejo», que era vizcaíno y tenía mala catadura en la cara, y la barba grande y la cara medio acuchillada, y

41. BDC, cap. XLIX, p. 83.

> un ojo tuerto, y cojo de una pierna, y era escopetero; el cual le mandó llamar y le dijo: «Id con estos caciques hasta el río [ ] y cuando allí llegareredes, haced que os paráis a beber y lavar las manos, y tirad un tiro con vuestra escopeta, que os enviaré a llamar, que esto hago porque crean que somos dioses, o de aquel nombre y reputación que nos tienen puesto, y como vos sois mal agestado creerán que sois ídolo».

Después de esta cita ya no habrá más necesidad de abundar en ilustraciones similares con respecto al teatro psico-mítico montado por Cortés. En estas líneas es interesante que Cortés no tiene certeza sobre lo que exactamente piensan sobre ellos los indios; no es un experto en mitología azteca, pero le es suficiente con saber que los consideran seres sobrenaturales o que pueden considerarlos de tal manera. Y Cortés no sólo monta la escena constantemente sino que actúa siempre como el personaje principal. Es así que reunió a los caciques aliados y les dijo:[42]

> Allí envío con vosotros ese mi hermano, para que mate y eche a todos los *culuas* de ese pueblo y me traiga presos a los que no se quisieren ir». Y los caciques estaban enlevados desde que lo oyeron, y no sabían si creerlo o no, y miraban a Cortés si hacía algún mudamiento en el rostro, que creyeron que era verdad lo que les decía. [ ] Y los caciques mandaron a dar mandado a otros pueblos como llevaban a un *teul* para matar a los mexicanos que estaban en Cingapacinga. Y esto pongo aquí por cosa de risa (agrega Díaz del Castillo), porque vean las mañas que tenía Cortés.

Unas mañas, por cierto, que apuntaban claramente al imaginario propio de los indígenas, y que para nosotros son un índice del mismo. Pero al final, claro está, Cortés llegó a la ciudad con cuatrocientos soldados españoles, catorce caballos y escopeteros y ballesteros. Ellos mismos no creían en los ídolos, ni en el viejo Heredia, aunque fuera feo, cojo y tuerto; en especial cuando se trataba de la primera «entrada» o incursión militar tierra adentro.

Pero, según la versión de Díaz del Castillo, no hubo necesidad ni del viejo Heredia, ni de otros dioses ni de combate alguno, puesto que los jefes y sacerdotes de Cingapacinga salieron en son de paz, explicaron que se trataba de una treta de la gente de Cempoala que

42. Ídem.

estaba enemistada con ellos y que, engañando a Cortés, «venían a matar y robar». Más aún, aclararon que si bien los mexicanos habían estado en la ciudad, se habían ido en el momento que escucharon del aprisionamiento de los recaudadores. Cortés, enojado al comprender que había sido manipulado por los totonacas, les gritó que eran «dignos de muerte», y que si volviera a suceder algo similar «no quedaría hombre de ellos con vida».[43]

Las noticias de lo acontecido llegaron rápidamente a los caciques de Cempoala, que comprendieron que se encontraban en una situación crítica, puesto que, por un lado temían las represalias de Moctezuma y, por otro creían que la alianza con Cortés podría encontrarse en peligro.

No tiene entonces nada de raro que les solicitaran a Cortés no abandonar sus tierras, y además trataran de afianzar la alianza con él acorde con sus tradiciones, ofreciéndole ocho mujeres indias, todas ellas hijas de los caciques. La sobrina del cacique gordo, «señora de pueblos y vasallos», era para Cortés. A veces había que sufrir por la causa. Pero en esas circunstancias el ofrecimiento no era sólo una muestra de amistad, sino también de debilidad, temor y urgente deseo de mantener la alianza. Y Cortés decidió dar un paso más, pasando de la alianza a la plena subordinación de los totonacas: el momento era propicio para exigir el derrumbe de los ídolos e imponer definitivamente su autoridad. Cortés aceptó con alegría el ofrecimiento de las mujeres, pero aclaró que[44]

> para tomarlas como dice y que *seamos hermanos* que hay necesidad de que no tengan aquellos ídolos en que creen y adoran […] y que no les sacrifiquen más ánimas […] *que luego tendrían con nosotros muy más fija la hermandad.*

No se trataba del ofrecimiento de las mujeres sino del ofrecimiento de la alianza, y Cortés lo comprende perfectamente. Lo que hace, entonces, es condicionar la alianza exigiéndoles el abandono de sus dioses, lo que vendría a simbolizar su absoluta subordinación. Como siempre, cuando vislumbra signos de debilidad no duda en atacar mas

43. BDC, cap. LI, pp. 85-86.
44. *Ibíd.*, p. 87; acentuación nuestra.

decididamente, aunque es difícil pensar que Cortés, con su supremo sentido práctico, pudiera considera que los totonacas renegarían de sus dioses simplemente porque él se los solicitara. Sin lugar a dudas es un momento dramático para los totonacas. La fidelidad a sus creencias fundamentales, algo que no depende de tal o cual razonamiento y que no depende ni siquiera de la mera voluntad de desprenderse de ellas, frente a las exigencias de la supervivencia, que ante las amenazas de represalia de Moctezuma exigía guardar por todos los medios la alianza con Cortés. Una cuestión era considerar el posible carácter sobrenatural de los españoles, a la par de sus propios dioses, o sea ampliando su propio mundo religioso e inclusive en función del mismo y eso, en la medida de que haya sido así; otra absolutamente diferente y opuesta era renegar de sus creencias. Y los dos bandos comprendían perfectamente que se trataba, simplemente, de la imposición formal de una representación cultural y religiosa que simbolizaba la supeditación de facto, porque no iban a dejar de creer, de ser. Pero inclusive esa renuncia formal conllevaba el sacrilegio religioso, la apostasía y la profanación, conllevaba el dejar de ser lo que se era.

Todos los caciques y los sacerdotes se negaron a abandonar a sus dioses y dejar de elevar los sacrificios humanos. Cortés dio orden a los españoles de derrocar a los ídolos y plantó a los totonacas frente a la opción de luchar contra aquellos frente a los cuales creían que se había humillado el mismo Moctezuma. El cacique gordo movilizó a sus guerreros y advirtió a Cortés que si iban a deshonrar a sus dioses o a quitarlos de su lugar no sólo los totonacas perecerían sino también los españoles. A estas alturas parecería que los caciques no tenían a los españoles por seres sobrenaturales, y que en todo caso no creían que fueran más poderosos que sus propios dioses, que la fe que tenían en éstos era profunda y verdadera, y que inclusive estaban dispuestos a sacrificar su alianza con los españoles y luchar contra ellos en defensa de sus creencias y de su misma identidad. Cortés por su parte aclaró la alternativa: «hermanos» subordinados o enemigos, y los amenazó con quitarles la vida. No cabe duda de que Cortés, el cristiano lleno de repugnancia por los sacrificios humanos rituales (los de otro tipo no lo intimidaban en especial, como lo demostraría a lo largo de la conquista), el conquistador, que no se veía a sí mismo sólo como un adelantado de la expansión imperial sino también del cristianismo, quería la destrucción de los ídolos y poner fin a los

rituales. Pero tampoco cabe dudas de que esto también vendría a implicar la subordinación definitiva de los totonacas y su integración en la avanzada occidental del católico imperio español. La carta que se jugaba Cortés era atrevida y arriesgada por igual, en especial porque se enfrentaba a sus mismos, primeros y decisivos aliados, y si llegara a perderlos sería un revés tremendo. Pero es que la conquista sin la evangelización sería tan inefectiva para él, en esos momentos, como la evangelización sin la conquista.

En medio de este dramático *impasse*, entre la imposibilidad de renunciar a su identidad y el temor a las represalias, los caciques lograron encontrar una fórmula que los dejaba en paz con sus dioses y con el diablo, o sea Cortés; y parecería que lo decisivo fue que Marina (nunca sabremos cuan grande fue su papel en la conquista de México) los amenazara con las temidas represalias que tomaría contra ellos el mismo Moctezuma:[45]

> ...por temor de esto dijeron que ellos no eran dignos de llegar a sus dioses, y que si nosotros los queríamos derrocar, que no era con su consentimiento; que se los derrocásemos o hiciésemos lo que quisiésemos.

Sólo luego de este asentimiento de los totonacas los españoles hicieron pedazos los ídolos, en tanto los caciques y los sacerdotes lloraban, se tapaban la cara con sus manos y pedían perdón. No eran ellos los culpables, decían, sino esos *teules* a los cuales hubieran dado guerra si no fuera por la amenaza de las represalias mexicas. Sea cual fuere el significado que otorgaban los totonacas al término *teules*, el mismo no conllevaba la imposibilidad de la confrontación bélica con los mismos. Los españoles destruían sus ídolos pero no sus creencias, y lo que ello venía a simbolizar no pertenecía al plano de la religión y de la fe, sino al de la imposición política y militar del conquistador. Y es que lo político y lo militar porta un carácter que puede ser también meramente mecánico y reducido a la mera imposición, en tanto la constitución del imaginario cultural, de las nuevas identidades implícitas en el mismo, y de su posible (no necesaria) asunción por parte del colonizado, es un drama que, aunque de índole social, se despliega en el espacio de la intimidad, en el que las texturas del tiempo y de la vivencia portan un

45. *Ibíd.*, p.88. Itlixóchitl, *Historia de la nación chichimeca*, cap. LXXXIII, p. 238.

carácter totalmente diferente; y en el mismo fenómeno del sincretismo se expresaría, posteriormente, la resistencia y la perpetuación de la identidad propia y no sólo la recepción de la novedad impuesta.

Por ello no es nada sorpresivo que el drama en Cempoala no terminara sin nuevas complicaciones. Por el contrario, la confrontación llegó a su clímax cuando los guerreros de Cempoala, sin poder contenerse, se aprestaron a flechar a los españoles para poner fin al sacrilegio. Pero Cortés lanzó entonces su carta de triunfo, dando orden de apresar al cacique gordo, a otros jefes y a seis sacerdotes, y amenazando con matarlos si sus guerreros salían al combate. El tira y maneje diplomático-militar había llegado a su fin y Cortés, que aprovechaba su experiencia en las islas del Caribe, había pasado a la fase de la captura y la manipulación.[46] Pero, ¿cómo saber de antemano cuál sería la reacción de estos nuevos indios frente a semejante acto? La apuesta de Cortés no fue descabellada, nunca lo sería. En ella se expresaban el riesgo calculado, las experiencias previas, su intuición personal y la temeridad. Y acertó Cortés: la obediencia al cacique (o quizás la veneración a lo que el mismo representaba) fue lo definitivo, y éste sería el as que Cortés volvería a sacar de su manga cuando en una situación semejante capturase posteriormente al gran Moctezuma en el mismo corazón de la gran Tenochtitlan. A posteriori podría decirse que todo era un ensayo general para el gran estreno imperial. No en el sentido de que realmente cada situación previa no fuera un drama por sí misma, por el contrario, todas ellas fueron situaciones críticas, dramáticas y peligrosas, sino en el sentido de que Cortés iba paulatinamente aprendiendo de su experiencia y acumulando pragmáticamente conocimientos prácticos y fórmulas operativas que le permitirían, posteriormente, reaccionar «intuitiva» y rápidamente, del modo más adecuado en el momento dado.

Luego de todos estos acontecimientos Cortés comprendió muy claramente la situación existente en el tablero del ajedrez imperial mexica, y en especial el cambio radical de su posición dentro del mismo; ya no era un alfil solitario que trataba de adelantarse, de mejorar posiciones, de salvar su pellejo y de hacer lo que podía en su avance hacia los tesoros soñados, sino que ahora tenía amplias fuerzas combativas a su disposición, y vislumbraba la posibilidad de que

46. BDC, cap. LI, p. 88.

dos o tres pasos adelante pudiera reforzar más aún su posición uniéndose con otras piezas de ataque en medio del progresivo acorralamiento del rey adversario. Ahora ya no serían jugadas sueltas y algo al azar, sino una estrategia premeditada.

En otras palabras, luego de su éxito definitivo con los totonacas y el comienzo de la rebelión, Cortés decidió salir hacia México-Tenochtitlan. Por un lado era posible hacerlo, ahora el éxito era probable; por otro ya era imposible dar marcha atrás. En una oportunidad posterior, un mes y medio más tarde, más o menos, en medio de una cruenta guerra con los guerreros de Tlaxcala, Cortés definiría esta situación límite del siguiente modo:[47]

> Así que, señores, no es cosa acertada dar un paso atrás, que si nos viesen volver estas gente y los que dejamos en paz, las piedras se levantarían contra nosotros, y como ahora nos tienen por dioses o ídolos, que así nos llaman, nos juzgarían por muy cobardes y de pocas fuerzas. Y a lo que decís de estar entre los amigos otonaques, nuestros aliados, si nos viesen que damos vuelta sin ir a México, se levantarían contra nosotros, y la causa de ello sería de que como les quitamos que no diesen tributo a Montezuma, enviaría sus poderosos mexicanos contra ellos para que le tornasen a tributar, y sobre ello darles guerra, y aún les mandara que nos la den a nosotros, y ello por no ser destruidos, porque le temen en gran manera, lo pondrían por la obra. Así que donde pensábamos tener amigos serían enemigos. Pues desde que lo supiese el gran Montezuma que nos habíamos vuelto !qué diría!, ¡en qué tendría nuestras palabras ni lo que le enviamos a decir! ¡Que todo era cosa de burla o juego de niños!

Paradójicamente, al intentar conformar el mundo emotivo y conceptual de los pueblos indígenas como parte esencial del itinerario de su conquista, Cortés se veía obligado a delinear, acorde con ello, el de los propios españoles. Debemos ser, les decía a los hombres de su contingente, lo que esperan que seamos, lo que creen que somos, y si no, no seremos. Y esto era solamente con respecto a los indios. Además estaba el iracundo Diego Velázquez, quien había intentado apresar el navío enviado por Cortés a España con muchos y preciosos presentes de oro para el rey, y con dos procuradores en nombre de la nueva Villa Rica de

47. *Ibíd.*, cap. LXIX, p. 120.

Vera Cruz, quienes llevaban tres cartas para las autoridades reales. El mismo Diego Velázquez que había enviado sus propios mensajeros a España, a quejarse ante el Obispo de Indias que se encontraba al frente del Consejo Real y Supremo de las Indias, y que estaba organizando una armada poderosa para prender a Cortés. No había marcha atrás, y tanto la brújula de la necesidad como las de la codicia y de la gloria señalaban un mismo norte: México- Tenochtitlan. Y cuando algunos amigos de Diego Velázquez quisieron tomar una de las naves y volverse a Cuba para informarle dónde podría capturar a los procuradores enviados por Cortés a España, vino el acto decisivo, no menor en su simbolismo que en su realidad, de la inutilización de las naves, y Cortés también dio orden de ahorcar a dos de los cabecillas, cortarle los pies al piloto y azotar doscientos veces a los marineros.[48] Quedaba claro para todos, definitivamente y sin lugar a titubeos, que la suerte estaba echada.

Al cacique gordo le ordenó darle solamente 200 cargadores para llevar la artillería, o sea indios desarmados que no podrían ponerlos en peligro, y además 50 principales de guerra, o sea un refuerzo nada desdeñable, pero en un número reducido. En esas circunstancias Cortés desconfiaba de todo el mundo. Sin que entremos en detalles de todo lo acontecido en esos días, se acordó seguir el consejo de los caciques de Cempoala, y avanzar hacia México-Tenochtitlan por el camino que pasaba por Tlaxcala. Los totonacas decían que los de Tlaxcala eran amigos de ellos y enemigos de Moctezuma, pero las ilusiones que infundieron en los españoles al respecto se verían defraudadas rápidamente. El encuentro no sólo que no fue nada pacífico, sino que, por el contrario, los españoles se vieron envueltos en una guerra a muerte en la que poco faltó para que sucumbieran.

Hacia Tlaxcala: el terror de la fuerza

El 16 de agosto de 1519 salieron los españoles hacia Tlaxcala, pasaron previamente por cuatro pueblos que los recibieron amistosamen-

48. *Ibíd.*, cap. LVII, p. 97; Cortés se limita a escribir: «los castigué acorde con la justicia y a lo que según el tiempo me pareció que había necesidad y al servicio de vuestra alteza cumplía»; HC, *Segunda carta-relación*, p. 32; véase también Aguilar, *Relación*, p. 166, que vuelve al detalle de Bernal. También Ixtlilxóchitl, *Historia de la nación chichimeca*, cap .LXXXIII, p. 239.

te y cruzaron la cadena montañosa oriental con su frío extremo y sus heladas. Bajando llegan a la ciudad de Caltanmí (Zautla), tal cual la denomina Cortés, en donde vuelven a escuchar largamente sobre el poder y las riquezas de Moctezuma. Los totonacas, por su parte, se preocuparon por exaltar a los recientes y poderosos recién llegados. Se trata de seres sobrenaturales, de *teules*, contaban en los pueblos a los que llegaban, sus perros eran para matar a aquellos que los hacían enojar, con sus cañones mataban a quienes querían y con los caballos alcanzaban a quienes no fueran, y además los *teules* sabían leer los pensamientos de los demás y el mismo Moctezuma les temía y les enviaba oro y mantas, recuerda Bernal Díaz del Castillo.[49] El cacique Olintecle y su pueblo, al escuchar estos relatos, se encontraban con la integración concreta de su acontecer cotidiano a la dimensión mítica, se encontraban frente a frente con esos seres, posiblemente sobrenaturales, pero evidentemente extraños y poderosos por igual. Es sumamente interesante el modo en que los totonacas intentan difundir el carácter sobrenatural de los *teules* para intentar impulsar la rebelión, pero más aún lo es el hecho de que a pesar de ello Olintecle se negó a destruir a sus ídolos o entregarle oro a Cortés, tal cual éste se lo pidió, y en cambio recordó el enorme poderío militar de Moctezuma, con su capacidad de movilizar cientos de miles de soldados, el sacrificio de 20.000 hombres por año en Tenochtitlan y lo inexpugnable de la gran ciudad imperial.[50] O sea, que inclusive en medio de la misma vivencia del encuentro con estos seres de tan potentes poderes, el terror azteca aún pesaba más para él. Y no menos interesante es que la descripción del enorme poder de Moctezuma se hace en términos meramente militares, acentuando el terror de las guerras y los sacrificios masivos. No era lo mítico lo que infundía el terror imperial azteca sobre los pueblos subordinados, no era tanto Huitzilopochli, sino el enorme poder bélico y la crueldad de los aztecas. Conrad y Demarest consideran que en los momentos de la llegada de los españoles, el imperio azteca había llegado a sus límites imperiales y se encontraba en crisis, tanto interna como externa, y que su poder militar había disminuido fracasando en no pocos de sus encuentros militares.[51]

49. BDC, cap. LXI, p. 104.
50. *Ibíd.*, cap. LXI, p. 103.
51. Conrad y Demarest, *Religión e imperio*, pp. 82-105.

Pero si estas conclusiones son correctas ellas no parecerían reflejarse en las reacciones de los pueblos indígenas con que se fueron topando los españoles en su itinerario hacia Tenochtitlan, y en lo que iban escuchando sobre el gran y temible Moctezuma. La llegada de los recaudadores había producido el pánico entre los totonacas, y a final de cuentas fue el miedo a las represalias de Moctezuma lo que los impulsó definitivamente a los brazos de Cortés, a pesar de que éste les exigía la destrucción de sus dioses, y lo mismo escucharon los españoles de boca de Olintecle en Zautla. El terror imperial continuaba siendo un factor decisivo.

¿Que sucedería, entonces, al llegar los españoles a la gran Tlaxcala, que ni siquiera temía a los aztecas, con los que continuaba midiéndose en sus regulares confrontaciones bélicas y guardaba su propia autonomía dentro del espacio imperial, por cierto desde mucho tiempo atrás? Si el temor a los aztecas había neutralizado el temor a los *teules* en Zautla, sea cual fuere la acepción de tal concepto, ¿cual sería la reacción frente a los españoles de la gente de Tlaxcala, que ni siquiera temían confrontarse con los aztecas?

Los aliados de Cempoala le habían hecho saber a Cortés de la rivalidad que reinaba entre la gente de Tlaxcala y Moctezuma, a la par de la amistad que ellos mismos tenían con los primeros. Por ello se imponía el llegar a tal ciudad para ampliar y configurar definitivamente la alianza antiimperial contra los aztecas. Según Cortés, sus aliados de Cempoala le informaron que «querían confederar con ellos porque eran muchos y muy fuerte gente», además que «confinaba su tierra por todas partes con las del dicho Mutezuma, y que tenían con él muy continuas guerras y que creía se holgarían conmigo y me favorecerían si el dicho Mutezuma se quisiese poner en algo conmigo».[52] La lectura de la situación geopolítica por parte de los aliados de Cortés era lógica, y también lo era su estrategia de conformación de una alianza antiimperial, pero los tlaxcatelcas no lo fueron, porque lo que los mantenía ante los aztecas era precisamente su espíritu de independencia. En Tlaxcala existía una confederación de cuatro reinos a los que se encontraba aliada Huexcotzino, y sus líderes dudaron y deliberaron con respecto al modo en que debían confrontar a los nuevos, extraños y poderosos intrusos.

52. HC, *Segunda carta-relación*, p. 36.

Cortés envió cuatro mensajeros totonacas a Tlaxcala con un sombrero de seda, una espada y una ballesta como regalos, que según Diego Muñoz Camargo en su *Historia de Tlaxcala*, tenían por objeto ostentar la fortaleza de sus armas, a la vez que les hacía saber que las mismas se encontrarían prontas a ayudarlos y socorrerlos «como hermanos contra aquel tirano y fiero carnicero de Moctheuzoma».[53] Además, según Bernal, querían dejar en claro que iban en son de paz, puesto que habían escuchado que la gente de Tlaxcala ya «estaba puesta en armas contra nosotros».[54] Todo esto se encontraba en una carta enviada por Cortés, cuyo contenido llegó a su destino gracias a que la infalible Marina se había preocupado de instruir detalladamente a los mensajeros sobre el mismo.

Pero si más o menos las fuentes coinciden con respecto a lo recientemente relatado, no sucede lo mismo en lo que se refiere a la reacción de los señores de Tlaxcala al enterarse del mensaje de Cortés. Éste, al ver que los mensajeros no volvían, comenzó a encaminarse hacia Tlaxcala, y en el camino se encontró con ellos. Según Diego Muñoz Camargo éstos fueron enviados de vuelta, luego de que los cuatro señores de Tlaxcala decidieron no matarlos y les permitieron volver para enviar su saludo de bienvenida a los españoles. Acorde con esta versión, parecería que en un primer momento también la gente de Tlaxcala creía que se trataba de los descendientes del príncipe y sacerdote Ce Acatl Quetzalcóatl: «ya sabéis […] si bien os acordáis, cómo tenemos de nuestra antigüedad cómo han de venir *gentes* de la parte de donde sale el sol, y que han de emparentar con nosotros, y que hemos de ser todos unos, y que han de ser blancos y barbudos».[55] Aunque parecería que lo único que podemos afirmar con seguridad es que se encontraban ante un fenómeno que aún vacilaban en definir, y que dudaban cómo conceptualizarlo y ubicarlo en su horizonte mítico: «Estos dioses u hombres, veamos lo que pretenden y quieren...».[56] Era, aún, la incertidumbre, la imposibilidad de ubicar a los intrusos, con certeza, en su mundo conceptual, y Cortés ya se encontraba *ad portas.*

53. Diego Muñoz Camargo, *Historia de Tlaxcala*, edición de Germán Vázquez, Historia 16, Madrid, 1986, libro II, cap. III, p. 191. En adelante DMC.

54. BDC, cap. LXII, p. 105.

55. DMC, libro II, cap. III, p. 192

56. Ídem.; acentuación nuestra.

Pero quizás esta versión del mestizo tlaxcalteca, escrita entre 1576 y 1585 que recuerda la bienvenida dada a los españoles, está «algo» influida por el deseo de congraciarse con los conquistadores, cuyo punto de vista adopta de modo absoluto. Bernal, en cambio, que evidentemente no sabía lo que sucedió en Tlaxcala pero si de la vuelta de los mensajeros, nos relata que éstos lograron escaparse de la custodia en que los tenían y volvieron tan aterrorizados que apenas podían hablar. Los de Tlaxcala habían amenazado con matar y comer tanto a aquellos que los totonacas llamaban *teules*, los españoles, como a ellos mismos.[57] No podemos relacionarnos a las preferencias gastronómicas de los señores de Tlaxcala, pero por las mismas se puede concluir que no se impresionaban en especial de las supuestas dimensiones sobrenaturales de los españoles, o por lo menos así era acorde con las opiniones que habían prevalecido entre sus mandatarios. Pero en lo que coinciden tanto Muñoz Camargo como Bernal es en que los señores de Tlaxcala temían enormemente a Moctezuma y creían que quizás los nuevos allegados venían como aliados del mismo. Al fin y al cabo deberían de estar al tanto de los constantes encuentros-negociaciones entre los emisarios de Moctezuma y Cortés, y quizás esta actitud conciliadora de Moctezuma podría haber tenido el objetivo, entre otros, de crear precisamente esa imagen de cooperación que pondría en guardia a los jefes tlaxcaltecas ante Cortés. Para Tlaxcala el peligro se llamaba Moctezuma, y como en las filas de Cortés se encontraban soldados indios de pueblos supeditados a Moctezuma, y se habían dado, además, las recordadas negociaciones, puede ser comprensible que los tlaxcaltecas desconfiaran, debatieran entre sí, y finalmente estuvieran dispuestos a luchar, lo que también constituía una especie de prueba para avalar realmente de quienes se trataba. Pero Cortés, por su parte, comprendió que Tlaxcala era la piedra de toque para la conquista de Tenochtitlan. No de otra manera se puede entender su decisión de encaminarse precisamente hacia ella sabiendo que ello implicaba la posibilidad de la confrontación bélica con tal potente adversario. Por un lado se trataba de una fuerza militar de enorme envergadura que podría ser decisiva en la posible confrontación con los mexicas, por otro, no sería muy adecuado continuar avanzando, evitando a los tlaxcaltecas y dejándolos a su retaguardia,

57. BDC, cap. LXII, p. 106.

situando así a su propio ejército entre dos fuegos. Además, dada la rivalidad entre Tlaxcala y Tenochtitlan, no era previsible intervención alguna por parte de estos últimos. Bernal escribe que, sabiendo que los tlaxcaltecas estaban en pie de guerra, los españoles siguieron avanzando, de todas formas, conscientes de que iban a la lucha, trazando su táctica militar y encomendándose a Dios.

Y en verdad, al poco andar, alertas y prontos para la lucha, distinguieron 30 guerreros indios que estaban espiando sus movimientos. Cortés envió de inmediato sus «corredores del campo», que se adelantaban a sus fuerzas explorando la ruta a seguir, a que capturaran, vivos, algunos de esos indios. Pero entonces los indios comenzaron a desplegar su conocida táctica militar de las emboscadas. Según Bernal, persiguiendo a los treinta espías, se encontraron de pronto con un escuadrón de más de tres mil tlaxcaltecas (cinco mil según Cortés-dos mil más, dos mil menos...) que los estaban esperando y los recibieron con una lluvia de flechas que cayó, especialmente, sobre los jinetes y sus caballos que iban al frente de las tropas españolas. Los españoles se habían tragado el anzuelo, a pesar de las advertencias de sus aliados que ya conocían estas mañas; pero resulta que para la mala suerte de los tlaxcaltecas esta vez el pez era un tiburón: «y en ese instante llegamos con nuestra artillería y escopetas y ballestas; y poco a poco comenzaron a volver las espaldas...».[58] Esto era solamente el prólogo: tres heridos y un muerto de parte de los españoles, diez y siete muertos de los indios.

Al otro día los españoles continuaron avanzando para encontrarse con una nueva versión de los acontecimientos del día anterior, sólo que a una escala mucho mayor y mucho más dramática. Parecería que los indios los iban probando gradualmente a la vez que dejaban el grueso de sus tropas en la retaguardia. Esta vez se toparon con dos escuadrones de guerreros, seis mil en total, que con gritos, trompetas y tambores intentaron espantarlos, a la par que volvían a enviarles sus lluvias de flechas. Las armas de fuego de los españoles volvieron a hacer estragos en sus enemigos y mataron también tres de sus capitanes. Y es que los españoles aprendían rápidamente a identificarlos por sus insignias y sus vestimentas y los buscaban afanosamente,

58. *Ibíd.*, p. 107. HC, *Segunda carta-relación*, p. 37. Para las batallas libradas contra Tlaxcala véase también Aguilar, *Relación*, pp. 167-173.

sabiendo que su muerte era a veces un golpe de gracia para los ejércitos indios. Y entonces vino la retirada de los tlaxcaltecas que atrajeron a los españoles a la emboscada donde se encontraba el grueso de sus fuerzas, que eran unos cuarenta mil según Bernal Díaz del Castillo[59] (según Cortés nada menos que cien mil; sesenta mil más, sesenta mil menos...[60]); y esta vez con Xicoténcatl (para Díaz del Castillo Xicotenga), el capitán general, al frente, y en un terreno con quebradas que dificultaba seriamente la utilización de los caballos. Esto estuvo lejos de ser un juego, no importa cual de los dos, Bernal o Cortés, fuera el miope. Escribe Bernal:[61]

> ...nos cercan por todas partes, que no nos podíamos valer poco ni mucho, que no osábamos arremeter a ellos, sino era todos juntos porque no nos desconcertasen y rompiesen; y si arremetíamos, hallábamos sobre veinte escuadrones sobre nosotros, que nos resistían; y estaban nuestras vidas en mucho peligro, porque eran tantos guerreros que a puñadas de tierra nos cegaran...

Y si los españoles buscaban a los capitanes indios, éstos no se quedaron atrás y lograron desarmar de su lanza a uno de los jinetes españoles para poder así degollar a uno de esos temibles monstruos desconocidos y llevárselo descuartizado consigo para mostrarlo en todos los pueblos de Tlaxcala y ofrecerlo a sus dioses. El jinete, Pedro de Morón, fue rescatado por sus amigos de las manos de los indios que ya se lo llevaban para otorgarle una suerte similar a la del caballo, pero tampoco él pudo sobrevivir y murió de sus heridas.

A final de cuentas, la suerte de esta batalla, en la que las vidas de los españoles estuvieron «en gran peligro cual nunca estuvieron», se decidió a su favor gracias a dos factores fundamentales, agregados a su audacia y su decisión: el primero de ellos fueron las armas de fuego que en esta oportunidad fueron eficaces, en especial debido al gran número de guerreros indios y a que se encontraban en formaciones militares sumamente compactas; y el segundo factor fue que lograran matar a ocho capitanes de gran rango que eran también hijos de los

59. BDC, cap. LXIII, p. 108.
60. HC. *Segunda carta-relación*, p. 37.
61. BDC, cap. LXIII, p. 108.

principales señores de Tlaxcala. Esto último parecería que fue lo decisivo: «...y a esta causa se retrajeron con muy buen concierto (o sea que la retirada estuvo bien organizada, lo que era índice de que dominaban sus fuerzas y podían haber continuado la lucha), y a nosotros que no nos pesó de ello, y no los seguimos porque no nos podíamos tener en los pies de cansados...».[62]

Como vemos, los españoles hicieron todo lo que pudieron, utilizando sus armas y estudiando al enemigo, para hacer posible el milagro; pero el milagro fue que la retirada se diera un minuto antes y no un minuto después de que los españoles desfallecieran. Estos minutos de diferencia son a veces decisivos para el curso de la historia, más allá de los diversos factores historiográficos e historiosóficos que los historiadores siempre nos preocupamos de desmenuzar sesuda y profesionalmente. Catorce heridos, un muerto y cuatro caballos heridos fue el precio que tuvo que pagar Cortés por esta victoria. Según Bernal no pudieron saber cuántos indios habían muerto puesto que los tlaxcaltecas rescataban a sus cadáveres y los llevaban con ellos.[63]

Eran las básculas del terror que se mantenían aún equilibradas gracias a la osadía y la temeridad de Xicoténcatl. Era con la cabeza del caballo en sus manos que intentaba convencer a su gente y a sus señores que la disonancia cognitiva no debía conducirles a la abdicación, que era posible luchar y vencer. Mito y pragmatismo se integraban en ambos bandos, se encomendaban a sus dioses, los unos, y a su dios, a sus santos y a la divina Providencia los otros, en la esperanza de que la suerte de la confrontación se diera en función de la intervención de estas fuerzas divinas; pero se lidiaba en la arena de la confrontación militar, y en la misma el pragmatismo de ambos lados se resolvía, simplemente, en la pericia, la fuerza, las armas y el terror bélico de los soldados. Y en medio de la cruenta confrontación se iba descubriendo, mas allá de cualquier duda, el carácter mortal de los poderosos intrusos, hombres y caballos por igual. El terror mítico y la incertidumbre iban siendo desplazados por el terror bélico. No hay lugar para la presentación de un interrogante único y general sobre el modo en que los pueblos indígenas conceptualizaron a los españoles, sino que es necesario puntualizar en qué momento de la confrontación y

62. *Ibíd.*, p.109.
63. BDC, cap. LXIV, p. 110, cap. LXV, p. 112.

para quién. Y he aquí que estos combates en gran escala con los ejércitos de Tlaxcala no sólo hacían patente el gran poderío de los intrusos sino asimismo su mortalidad. «... con la cabeza del caballo en sus manos». Y estas conclusiones, o comprobaciones, pasaban a ser también patrimonio de los aztecas, fieles testigos de cada uno de los acontecimientos desde la llegada de los españoles a las costas del golfo hasta su llegada a la misma Tenochtitlan.

Pero continuemos con el curso de los acontecimientos. Al otro día del cruento combate, Cortés liberó a los prisioneros que había capturado durante el mismo, y con algunos de los principales envió un nuevo mensaje de paz. El joven Xicoténcatl respondió que fueran a Tzompantzingo, el pueblo en que se encontraba su padre, y allí honrarían a sus dioses con su sangre y sus corazones, y que al otro día les daría su respuesta.[64] En fin, parecería que no era precisamente pacifista ni estaba dispuesto a negociación alguna. Según Bernal, Cortés logró congraciarse con los mensajeros que volvieron con tal respuesta y obtener de ellos información sobre las fuerzas que Xicoténcatl tenía a su disposición, pero es más que probable que el mismo Xicoténcatl les hubiera ordenado hacerlo para aterrorizar a los españoles. Y es que contaron que esta vez tenían los tlaxcaltecas una fuerza militar mayor que en la batalla anterior, con cinco capitanes al frente de diez mil soldados cada uno de ellos y con cincuenta mil en total. Sin lugar a dudas la información surtió efecto y los españoles, temiendo la muerte, se confesaron, estuvieron toda la noche orando en penitencia y se encomendaron a dios.[65] Pero no desistieron, porque era el continuar o el perecer.

Al otro día, el 5 de setiembre de 1519, los españoles apenas habían alcanzado a renovar su marcha. Eran cuatrocientos guerreros «muchos heridos y dolientes», según Bernal, cuando se encontraron con los campos llenos de guerreros y «mucho ruido de trompetas y bocinas». Bernal vio tantos soldados enemigos que ni siquiera pudo apreciar su número; Cortés, que en cada encuentro veía más indios, o al menos así se lo escribía al rey, escribe en esta oportunidad sobre

64. BDC, cap. LXIV, p. 110. Sobre el perfil histórico de Xicoténcatl, véase Ross Hassig, «Xicontencatl: Rethinking an Indiginous Mexica Hero», en *Estudios de Cultura Náhuatl*, UNAM, México, 2001, vol. 32, pp. 29-49.

65. BDC, cap. LXIV, p. 111.

ciento cincuenta mil; ni más, ni menos. Valiéndonos de las cotizaciones previas, es posible decir que Bernal hubiera calculado unos setenta mil. Pero la mitad o el doble, esta vez se trataba de la confrontación decisiva. Otra vez la lucha fue cruenta y otra vez fueron las armas de fuego, las filosas espadas de acero, las ballestas y los caballos, los que hicieron estragos en las masas de guerreros de Tlaxcala, pero en esta oportunidad se agregó un nuevo factor a favor de los españoles. Parecería que debido a las repetidas derrotas previas hubo disensiones internas en el alto mando de las fuerzas tlaxcaltecas y debido a ello, dos de los capitanes se abstuvieron de tomar parte en la batalla. Y otra vez, la muerte de uno de los capitanes, aparte de la de otros oficiales de alto rango, fue lo decisivo. Además, vale la pena resaltar que al herir o matar los españoles a un indio sacaban de la batalla, por lo menos, a otro de ellos: «…en hiriéndolos a cualquiera de los suyos luego lo apañaban y lo llevaban a cuestas…».[66]

Esta vez los españoles tuvieron solamente un muerto, aunque acompañado por más de sesenta heridos, y también fueron heridos todos los caballos. Pero no menos importante es que entre la primera batalla y ésta, la tercera, los españoles continuaron ejerciendo el terror en toda la medida de sus posibilidades. Mas no la escenificación del terror mítico, sino el muy terrenal, con toda la crueldad de que eran capaces estos soldados en guerra, que se balanceaban entre la gloria y la muerte. Y ya al otro día de la primera de las escaramuzas, Cortés había salido con sus jinetes y con unos doscientos soldados a «visitar» los pueblos de la región, y había quemado cinco o seis de ellos y capturado a unas cuatrocientas personas, entre hombres y mujeres. Y los relatos de Cortés, secos y concisos, se van sucediendo: en otra oportunidad quemó más de diez pueblos, de unas tres mil casas cada uno, matando mucha gente de los mismos; y luego de algunos días cayó sobre dos pueblos «en los que mató mucha gente»; y luego, otra vez, cayó sobre un pueblo grande de más de veinte mil casas, «y como los tomó de sobresalto, salían desarmados, y las mujeres y los niños desnudos por las calles, y comenzó a hacerles algún daño...».[67] Así informaba Cortés de sus «hazañas» por escrito a su soberano en España. Bernal, en cambio, intenta explicar en su libro

66. *Ibíd.*, cap. LXVI, p. 112.
67. HC, *Segunda carta-relación*, p 39.

que esas atrocidades («algún daño» diría Cortés) fueron perpetuadas por sus aliados indios, que «como son crueles, quemaron muchas casas y trajeron bien de comer...».[68]

Era simplemente cuestión de aterrorizar; cada cual acorde con su «cultura». En este sentido Cortés se apegó a algunos precedentes que ya eran parte de su bagaje de experiencias previas y se encontraban a su disposición, ya sea la «pacificación» de La Española por Ovando, o sus propias andanzas en la conquista de Cuba, como aprendiz en las matanzas perpetuadas por Diego Velázquez. Uno de los momentos más macabros fue cuando luego de la tercera batalla llegaron a su campamento unos cincuenta tlaxcaltecas de rango superior que llevaban comida para los españoles. Pero avisado por los de Cempoala de que se trataba de espías, Cortés los interrogó y confirmó que así era en efecto, y que Xicoténcatl se preparaba para atacar por la noche. Cortés los envió de vuelta, a los cincuenta, pero solo luego de cortarles las manos...[69] En fin, no sólo los dioses aztecas necesitaban el líquido precioso, también las insaciables básculas del terror. Y es que en el seno del discurso y de la comunicación del terror anida, como parte esencial de los mismos, la concretización de sus amenazas.

Cuando Xicotenga llegó con su gente, los españoles ya los estaban esperando, y la noche era de luna llena: el blanco se dibujaba nítidamente frente a las armas de fuego. No pasó mucho tiempo hasta que las fuerzas indias se vieron obligadas a retirarse dejando tras de sí unos veinte muertos. Según Bernal los sacerdotes y los adivinos habían aconsejado a los señores atacar durante la noche, luego de haber llegado a la conclusión de que los españoles no eran sino hombres de carne y hueso, puesto que comían como los hombres, y no comían en cambio ni carne ni corazones de indios, tal cual les habían relatado la gente de Cempoala, que parecerían haberse encargado del departamento de inteligencia y desinformación. También los totonacas habían aprendido de las primeras lecciones de Cortés (el teatro mítico), y lo difundían tratando de amedrentar a sus adversarios. Pero en esta oportunidad, a estas alturas de la confrontación con los tlaxcaltecas, ya sin mayor éxito. Sí, eran raros, extraños, poderosos, pero ni dioses ni invencibles; y Xicoténcatl, a pesar de las disidencias que comenza-

68. BDC, cap. LXIV, p. 110.
69. HC, *Segunda catar-relación*, p. 38. Andrés de Tapia, *Relación*, p. 90.

ron a darse entre los líderes tlaxcaltecas, continuaba implacablemente en sus cercanías. El horizonte mítico de los tlaxcaltecas, y de los pueblos indígenas de la región en general, abría diversas opciones que nosotros podemos conceptualizar como sobrenaturales, pero no descartaba el que fueran simplemente seres humanos, lo que iban constatando de batalla en batalla.

Luego de la tercera derrota llegó al campamento español una comitiva de paz tlaxcalteca, y los cuatros principales de entre ellos ofrecieron la paz y solicitaron la amistad de Cortés y los suyos, pidiendo perdón por la guerra que había tenido lugar. Era la rendición. La razón de su conducta, explicaron, había sido que temieron que fueran aliados de Moctezuma (iban acompañados por pueblos tributarios de los aztecas) para volver a engañarlos y volver a robar a sus hijos y a sus mujeres. El mismo Xicoténcatl, anunciaron, llegaría en dos días en señal de buena voluntad y amistad, lo que en verdad sucedió.

Cortés relata que el joven jefe militar tlaxcalteca le dijo que nunca se habían encontrado sujetos a ningún poder externo y que ya hacía cien años que luchaban contra los aztecas, pero agregó que luego de haber sido derrotados por Cortés, preferían ser «vasallos de su alteza que no morir y ser destruidas sus casas y mujeres e hijos».[70] Y no hay en el relato de Cortés palabra alguna relativa a la visión mítica que de ellos podría tener Xicoténcatl. Lo que si hay, como vemos, es el terror ante la posibilidad de la destrucción total, es el que de hombre a hombre se impuso la crueldad y el terror de los españoles y sus aliados frente al de los tlaxcaltecas, y no pavor mítico alguno frente a los seres sobrenaturales. Y es que el teatro mítico, que Cortés había instrumentado frente a los mensajeros de Moctezuma y frente a los totonacas, no había encontrado en Tlaxcala un público adicto. La disonancia cognitiva inicial condujo a los tlaxcaltecas a llevar a cabo algunas pruebas (la comida ensangrentada que se les ofreció, el ofrecimiento de indios para que fueran sacrificados por los españoles, la misma lucha, la muerte de españoles y caballos por igual) a fin de cerciorarse de quiénes se trataba. Nada verificaba la posibilidad de su divinidad y los tlaxcaltecas estaban acostumbrados a luchar y así lo hicieron hasta

70. HC, p. 40. BDC, cap. LXXIII, p. 126.

que fueron vencidos en tres oportunidades. Entonces sopesaron la situación y llegaron a la conclusión de que era plausible convertir la derrota en una alianza bélica que fuera enfilada contra sus enemigos (Cholula) y finalmente contra México- Tenochtitlan. Al fin y al cabo era lo que les había ofrecido constantemente Cortés. Podrían haber continuado la lucha, tal cual lo intentó hacer Xicoténcatl, pero decidieron cambiarla por la alianza antiimperial. Un viraje estratégico absoluto. Esto es precisamente lo que significó la mera aparición de Cortés y los suyos: la perturbación del statu quo militar y político y de la relación de fuerzas en la región, y con ella la apertura a la posibilidad de nuevas configuraciones político-militares. Los totonacas, quizás por su localización periférica, lo comprendieron desde el primer momento; los tlaxcaltecas, aferrados a sus concepciones previas, pagaron con tres derrotas militares el precio de su aprendizaje y de su reconsideración de la nueva situación y de las opciones que la misma presentaba; imaginémonos qué hubiera sucedido y cuál sería su poderío y sus opciones si en lugar de luchar con los españoles se hubieran hecho sus aliados desde un principio, casi en pie de igualdad. Moctezuma seguía preso de su indecisión estratégica, aferrado todo el tiempo a su deseo-ilusión de que, a final de cuentas, sería posible disuadir a los intrusos de su avance hacia Tenochtitlan.

Las pruebas con las que se medían Cortés y sus hombres iban cobrando cada vez mayor magnitud, y siempre al filo de lo fatal. Y todo ello lejos, pero muy lejos, de aquellas entradas en las que los españoles incursionaban en las islas del Caribe para capturar indios y esclavizarlos en La Española, o de aquellas matanzas, como las perpetuadas por Ovando. No se trataba ya de la caza de indios, ni de «las guerras preventivas», ni de las represalias «pedagógicas», ni de las fáciles masacres o emboscadas con alguna que otra excusa. Era la guerra, cada vez mayor, ante ejércitos organizados y bien armados que iban creciendo en número y en poder; y a medida que crecía el riesgo, la temeridad y el avance de Cortés y sus hombres iban cobrando un perfil histórico inusual. Y es importante señalar que si bien la ayuda militar de los tlaxcaltecas sería decisiva en la derrota que infligirían posteriormente los españoles a las fuerzas aztecas, ante los mismos tlaxcaltecas y sus organizados y entrenados ejércitos fueron solamente los pocos cientos de españoles, más la reducida ayuda de totonacas, los que lograron salir airosos de los cruentos combates.

La noticia de la tercera derrota de Xicoténcatl había echado alas en toda la región y, claro está, también Moctezuma supo de ella. Viendo que el peligro se acercaba a su ciudad envió nuevamente cinco personas de alto rango para felicitar a Cortés por sus victorias y otra vez más regalos preciosos y ropas finas de algodón. Más aún, anunció estar dispuesto a pagar tributo anual tal cual lo fijara Cortés, pero, como siempre, volvió a solicitar que detuvieran su avance hacia Tenochtitlan. Nada cambiaba en la estrategia de Moctezuma, a pesar de que la situación había cambiado drásticamente; y con sus regalos deslumbrantes volvía a echar aceite sobre la hoguera de la codicia española. Lo único que Moctezuma intentó hacer fue disuadir a Cortés de pactar una alianza con Tlaxcala, explicándole, por medio de sus mensajeros, que le estaban tendiendo una trampa y que el ofrecimiento de paz sólo encubría una traición. Divide e impera, o por lo menos trata de salvar el imperio; también Moctezuma conocía esta divisa. Los líderes de Tlaxcala, claro está, argumentaban exactamente lo mismo contra Moctezuma. Cortés no había podido imaginar una situación más favorable:

> Vista la discordia y la disconformidad de los unos y de los otros, no hube poco placer, porque me pareció hacer mucho a mi propósito, y que podría tener manera de más aína sojuzgarlos […] y con los unos y con los otros maneaba y a cada uno en secreto le agradecía el aviso que me daba, y le daba crédito de más amistad que al otro.

Una vez en Tlaxcala, a la que los españoles no dejaban de admirar, Cortés volvió a enfrentarse con una situación que ya conocía previamente de su experiencia en Cempoala. En primer lugar los señores de Tlaxcala hicieron patente su voluntad de alianza, tal cual lo habían hecho los de Cempoala, ofreciéndoles a sus propias hijas «para que sean vuestras mujeres y hagáis generación, porque queremos teneros por hermanos, pues sois tan buenos y esforzados».[71] Y también en esta oportunidad Cortés creyó otra vez que era el momento oportuno para condicionar tal alianza exigiéndoles derrocar sus ídolos y poner fin a los sacrificios «si quieren ser nuestros hermanos y tener amistad verdadera con nosotros, y para que con mejor voluntad

71. BDC, cap. LXXVI, p. 131, y cap. LXXVII, p. 132.

tomásemos aquellas sus hijas para tenerlas».[72] Para Cortés la alianza era la supeditación, y la supeditación se veía simbolizada en el abandono de sus ídolos y en la recepción del cristianismo. Y también en esta oportunidad los señores de Tlaxcala se escandalizaron al escuchar tales exigencias y las rechazaron de inmediato: no «dejarían de sacrificar aunque los matasen».[73] Mas el paralelismo termina en este momento, puesto que al escuchar tal negativa tanto Cortés como los religiosos y algunos de sus capitanes llegaron rápidamente a la conclusión de que la situación era diferente a la de Cempoala y no debían insistir al respecto. En Cempoala Cortés, al verse obligado a confrontar la violenta negativa de los señores y de los soldados, había optado por capturar al cacique gordo; pero Tlaxcala era otra cosa. Habían luchado y podían continuar haciéndolo; y además Cortés, que siempre estaba más allá de donde estaba, ya veía Tenochtitlan al alcance de su mano, y tenía clara la definitiva importancia estratégica de una alianza con Tlaxcala. Es así que de todas formas, a pesar de haber condicionado la alianza de tal modo, a pesar del rechazo de sus exigencias, los españoles tomaron de buena gana las jóvenes doncellas indias, aunque, claro está, sólo después de bautizarlas. La hija del señor principal, Xicoténcatl el viejo, fue para Cortés, pero parecería que éste no quiso arriesgarse a caer de la gracia de la imprescindible Marina, y se la pasó a Pedro de Alvarado. Este no se casó con ella, pero tuvieron dos hijos, don Pedro y doña Leonor.

Como era de esperar, Cortés volvió a tener largas pláticas con los señores de Tlaxcala, sobre todo lo que tenía que ver con Moctezuma y con los mexicas. Había que saber lo máximo posible sobre el enemigo. De esta gente, que luchaba constantemente con los mexicas, volvió a recibir una detallada información militar sobre Tenochtitlan y sobre los ejércitos mexicas, pero es interesante e ilustrativo de la amplitud de miras de Cortés en su deseo de conocer la realidad de la región, el que les solicitara que le contaran su historia, y que le explicaran cómo era posible que siendo vecinos de los mexicas fueran tan distintos y tan enemigos. Los tlaxcaltecas relataron su historia, pero parecería que lo importante en la misma (para Cortés lo plausible de manipulación) es que sus antecesores les habían relatado que sus dio-

72. *Ibíd.*, cap. LXXVII, p. 132.
73. Ídem.

ses habían anunciado que vendrían *hombres* de tierras lejanas, de donde sale el sol, y que les impondrían su poder y los gobernarían, y no olvidaron agregar, recuerda Bernal, que «si somos nosotros, que holgarán de ello...». Y escribe también Bernal que los españoles «todos quedamos espantados», porque parecía en verdad una profecía que se realizaba.[74] Nos parece improbable que Bernal hubiera utilizado una expresión tal sin no recordara tal vivencia propia de los españoles ante tales relatos. Cortés, por su parte, se apresuró a confirmarles a los tlaxcaltecas que ellos efectivamente venían de donde sale el sol y que fueron enviados por el rey a tenerlos por hermanos y a salvarlos. Evidentemente todo debía darse dentro de las coordenadas míticas o legendarias de los pueblos indios, pero ello no implicaba necesariamente la conceptualización de los extraños conquistadores en tanto dioses o seres sobrenaturales, sino que acorde con esta versión de Bernal los españoles aparecen como seres humanos en los que se cumple una de las antiguas profecías de sus dioses.

Se había logrado avanzar otro buen trecho en el rastro aurífero, pero Cortés estaba siempre más allá de lo alcanzado, y rechazando los pedidos de Moctezuma decidió continuar hacia una gran e importante ciudad que se encontraba en las cercanías de Tlaxcala y en el camino a Tenochtitlan, misma que era fiel tributaria y aliada de Moctezuma: Cholula. Ya hemos aclarado todas las razones por las que Cortés explicaba de tanto en tanto por qué era imposible dar marcha atrás, considerándolo como un verdadero suicidio; pero ¿por qué no quedarse en Tlaxcala?, ¿por qué ese ritmo de avance frenético cuando apenas tenía tiempo de curarse de un espanto para caer en otro? Claro que ahí estaban la codicia, la ambición, la fama, pero además la conciencia de que siempre se encontraban saliendo de lo que podía ser un trampa mortal para caer en otra. También Tlaxcala lo era. Inclusive entre sus mismos aliados los españoles se encontraban todo el tiempo alertas, «como si nos quisiesen dar guerra», en palabras de Cortés, y les era claro que no podían confiar en ellos. Así, por ejemplo, Bernal relata que en Tlaxcala había casas de maderas llenas de indios e indias encarcelados para cebarlos hasta que estuviesen gordos para el sacrificio y poder comérselos, y que los españoles las destruían y liberaban a los encarcelados. Cortés, enojado, logró que los señores de

74. BDC, cap. LXXVIII, p. 135; acentuación nuestra.

Tlaxcala prometieran que no sacrificarían y comerían de tal modo a esos indios, pero, como lo asegura Bernal, «en volviendo la cabeza hacían las mismas crueldades».[75] No era el lugar más adecuado para que algunos buenos cristianos, y ni siquiera los malos, decidieran pasarse en él alguna estadía más o menos prolongada. Además Cortés está consciente todo el tiempo, y así lo recuerda, que todos los pueblos indios ya sabían que iba hacia México-Tenochtitlan, especialmente sus aliados, y era imposible quebrar la imagen que de ellos se habían formado. Su intento de conformar el mundo emotivo y conceptual del otro le imponía, a fuerza y paradójicamente, su propio sendero, su propia forma de ser, reconformando constantemente su propia espiral identitaria. Su ritmo frenético surgía de la necesidad de mantener el terror a todo costa, amedrentar al enemigo constantemente, con su constante iniciativa, su avance decidido y sus victorias. Sí, era el efecto dominó, pero también la conciencia de que podía darse en ambos sentidos; y Cortés, que lo dominó a la perfección, hizo todo lo posible para que las piezas de la construcción imperial cayeran sobre Tenochtitlan. Luego de casi un mes de reposo y preparativos en Tlaxcala, llegó el turno de Cholula.

Hacia Cholula: la fuerza del terror

Estando Cortés en Tlaxcala llegaron otros cuatro mensajeros de alto rango de parte de Moctezuma para urgirlo a abandonar Tlaxcala puesto que se encontraba «entre gente mala y sin policía, que aún para esclavos no son buenos, por ser tan malos y traidores y robadores, que cuando más descuidados estuviésemos, de día o de noche nos matarían por robarnos...».[76] Y todo ello, demás esta decirlo, acompañado una vez más por preciosos regalos. Moctezuma no podía desentenderse de que la alianza Cortés-Tlaxcala, tan cerca de su Tenochtitlan y luego de haberse perturbado la organización imperial periférica, era ya como una bola de nieve que iba acrecentándose en su caída sobre Tenochtitlan. Por ello intentaba hacer salir a los españoles de Tlaxcala a la vez que intentaba difamarla y hacerle perder su credibili-

75. *Ibíd.*, p. 137.
76. BDC, cap. LXXX, p.139; HC, *Segunda carta-relación*, p. 42.

dad. Los gobernantes de Tlaxcala utilizaron las mismas mañas para desprestigiar a Moctezuma a ojos de los españoles, aunque, por su pobreza, sin poder agregar a su argumentación el peso de los resplandecientes regalos que nada paradójicamente funcionaban como un *boomerang* contra el *tlatoani* tenochca.[77] Intentar disuadir a los españoles de continuar avanzando hacia Tenochtitlan y otórgales regalos de oro era una contradicción, no sólo lógica sino que también fatal.

Para Cortés la única pregunta era cómo y por dónde avanzar hacia Tenochtitlan. Los mexicas señalaron a Cholula, gran ciudad y aliada de ellos, en tanto los tlaxcaltecas le aconsejaron ir por otro camino, puesto que decían saber que la gente de Cholula les había preparado una celada junto con 50.000 hombres de Moctezuma que se encontraban a dos leguas de Cholula.[78] Como ya lo recordamos previamente Cortés tomó en cuenta las advertencias de los tlaxcaltecas, pero de todas formas se dirigió a Cholula, «que tenían (los pueblos de la región) por gran santuario como otra Roma, en la cual había muchos templos del demonio», según escribiría Motolinía poco después.[79] Los tlaxcaltecas pusieron a su disposición 10.000 guerreros, pero Cortés, temeroso de que en Cholula ello fuera interpretado como una señal de sus intenciones bélicas, prefirió aceptar sólo 1000 guerreros tlaxcaltecas, según la versión de Bernal.[80] Cortés, por su parte, escribe que cien mil guerreros de Tlaxcala, prontos para la guerra, acamparon a unas dos leguas de Cholula, pero cuando les solicitó que se volvieran quedaron con él unos «cinco o seis mil de ellos».[81] En uno u otro caso es claro que Cortés intentaba entrar en Cholula por las buenas, en son de paz.

Pero, ¿por qué Cholula, a pesar de que el mismo Cortés recuerda las advertencias de sus aliados de Tlaxcala? Es posible que la causa de su elección de Cholula residiera en que ya tuviera preparado su plan maestro, acorde con la estrategia del terror, para anunciar su posterior llegada a Tenochtitlan de un modo muy especial. Nos referimos, claro está, a la masacre que perpetrarían los españoles en Cholula y

77. Para esta confrontación diplomática entre los enviados mexicas y los líderes de Tlaxcala véase también Aguilar, *Relación de la conquista*, pp. 75-76.

78. HC, *Segunda carta-relación*, p. 43; BDC, cap. LXXXIII, p. 143.

79. Fray Toribio de Benavente, *Historia de los indios de la Nueva España*, p. 91.

80. BDC, cap. LXXXI, p. 141.

81. HC, *Segunda carta-relación*, p. 44.

que tendría un enorme impacto en los mexicas.[82] Aunque también sería relevante el que Cortés no quisiera dejar Cholula tras de sí y encontrarse entre dos fuegos una vez que avanzara hacia Tenochtitlan, lo que bien podría ser congruente con el plan recordado.

Según el informe de Cortés, luego de haberse asentado en Cholula, al sospechar y tener evidencias de que se le preparaba una trampa[83]

> hice llamar a algunos de los señores de la ciudad diciendo que les quería hablar, y metílos en una sala, y en tanto hice que la gente de los nuestros estuviese apercibida, y que en soltando una escopeta diesen en mucha cantidad de indios que había junto al aposento y muchos dentro de él. Así se hizo, que después que tuve los señores dentro de aquella sala, déjelos atando, y cabalgué, e hice soltar la escopeta y dímosles tal mano, que en pocas horas murieron más de tres mil hombres […] e hice poner fuego a algunas torres y casas fuertes (olvida decir que estaban llenas de gentes que encontró en ellas refugio) […] y así anduve por la ciudad peleando […] hasta que eché toda la gente fuera de la ciudad por muchas partes de ella, porque me ayudaban bien cinco mil indios de Tascalecal y otros cuatrocientos de Cempoala.

Todo esto lo relata concisamente Cortés en unos trece párrafos. Y Bernal, que coincide con Cortés en los que se refiere a la supuesta traición de la gente de Cholula, agrega en el borrador, puesto que lo tachó posteriormente, que amén de los indios muertos «otros se quemaron».[84] Quizás haya borrado el texto original debido a que coincidía en un aspecto central con la acusatoria versión de Bartolomé de las Casas, quien había escrito que los españoles llevaron a cabo premeditadamente la matanza en Cholula para «sembrar el terror», y que los señores de Cholula fueron *quemados* por orden de Cortés.[85]

82. Hassig considera que Cortés fue instrumentado por los tlaxcaltecas y por una fracción de la élite de Cholula, que había sido desplazada del poder previamente, la misma que lo dirigió a la matanza de los gobernantes de Cholula y al entronamiento de su sucesor. «En este golpe, fue una mano española la que aferró la espada, pero fue un cerebro indio el que la guió...» (Ross Hassig, *México and the Spanish Conquest*, Longman, London/New York, p. 81). Esta interesante explicación de Hassig no explica, empero, el por qué de lo masivo de la matanza llevada a cabo por Cortés, más allá de lo necesario para evitar la supuesta celada.

83. HC, pp. 44-45.

84. BDC, cap. LXXXIII, p. 148

85. Bartolomé de la Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, Fontamara, México, 1998, pp. 59-60; acentuación nuestra. Bernal Díaz del Castillo recha-

En el mismo espíritu de Bartolomé de las Casas, fray Diego Durán trae el caso de Cholula como un ejemplo de las «grandes y atroces crueldades e inhumanidades de gran lástima y dolor» ejecutadas por los españoles y que prefiere «por lo general callar».[86] También Bernardino Vázquez de Tapia testimonia, ya en 1529 (aunque enemistado con Cortés por ese entonces), que estando con Cortés en Cholula, fueron bien recibidos por la gente de Cholula, y que además de los cuatro o cinco mil muertos en la celada de Cortés, en las casas y en las calles y en los templos fueron muertas otras numerosas personas, «entre muertos y cautivos fueron más de veinte mil personas».[87] Bernal Díaz del Castillo, por su parte, insinúa algo del comportamiento de los guerreros de Tlaxcala que «iban por la ciudad robando y cautivando que no les podíamos detener […] y les hacen grandes daños». Y relata aún que los de Tlaxcala «quedaron de esta vez ricos, así de oro y mantas y de algodón y sal y esclavos».[88] Y luego de todo esto, Cortés nombró un nuevo señor en Cholula, puesto que el anterior se encontraba entre todos los de rango mayor que habían sido muertos en la celada.[89]

Y después de la matanza se les predicó la santa fe cristiana, explicándoles, entre otras cosas, que no debían sacrificar seres humanos. Pero inclusive en estas circunstancias la gente de Cholula se negó a derrocar a sus ídolos, y entonces los españoles volvieron a valorizar la situación como lo habían hecho previamente en Tlaxcala y prefirieron no forzar las cosas y acabar con ello. Al fin y al cabo la meta, ya casi la podían tocar, era Tenochtitlan.

za las acusaciones de Bartolomé de las Casas en relación a la matanza en Cholula, explicando que la misma fue necesaria, y trae a su favor la versión de Motolinía: BDC, capítulo LXXXIV, p. 151. Bernal Díaz del Castillo defiende la justicia de la guerra de los conquistadores, imprescindible para toda la clase de privilegios que solicitaban por esos años. Respecto a estas diversas versiones puede verse: Rolena Adorno, «The discoursive encounter of Spain and America: The Authorityof Eyewitness Testimony in the Writing of History, en *The William and Mary Quarterly*, 3rd. Ser., vol. 49, nº. 2, pp. 210-228, 1992.

86. Durán, *Historia de las Indias*, tomo II, cap. LXXIV, p. 539.

87. José Luis Martínez, *Hernán Cortés*, Fondo de Cultura Económica/UNAM, México, 1990, p. 232. Véase también, en el mismo espíritu, Sahagún, *Versión texto náhuatl*, cap. XI, p. 770. Es interesante que el mismo Sahagún, en cambio, al referirse a este tema en función de la fuente náhuatl, agregue que una vez en Cholula los españoles «conjeturaron alguna traición» (Sahagún, *Historia general*, cap. XI, p. 732).

88. BDC, cap. LXXXIII, p. 148-149.

89. Ídem.

Cortés muy posiblemente haya desconfiado de la gente de Cholula, y sin lugar a dudas había escuchado las advertencias de la gente de Tlaxcala, más a pesar de ello había ido a Cholula. Es evidente que no pudo haber decidido tal cosa sin haber planificado detalladamente un plan de acción. Una vez en Cholula sus supuestos o verdaderos temores fueron confirmados, acorde con su testimonio, gracias a la información que le llegó por medio de Marina. Así, por ejemplo, Cortés relata que ésta le contó que una mujer de Cholula la hizo partícipe de las maquinaciones para matarlos.[90] Y en otra oportunidad Cortés relata que interrogó a una de las personas del lugar, y éste le dio una versión similar de los hechos; por medio, necesariamente, de Marina.[91] Claro está que esta es la versión que Cortés le hace llegar al rey de España que justifica la matanza, y ya hemos recordado otras versiones, pero quizás sea también significativo que la información que recibe Cortés es la que le da siempre, o por su iniciativa o por su labor de traductora, la Marina. Lo que dice Cortés lo dice a final de cuentas, en su versión definitiva, la Marina, y lo que le dicen la gente de Cholula lo dice, en su versión definitiva, Marina. Se podría decir que, en gran medida, Marina va dialogando consigo misma, y que ese diálogo fue de una relevancia definitiva para el curso de la historia de la conquista.

La matanza premeditada ejecutada por los españoles o la frustrada celada de los de Cholula en complicidad con los aztecas, la labor maquiavélica de Marina o el maquiavelismo despiadado del terror cortesiano, todas estas posibilidades históricas, cada una por separado y todas en conjunto, pueden haber sido lo que verdaderamente ocurrió. Pero, a final de cuentas, por tal o cual causa, fue una celada tendida por los españoles. No hubo combate, fue una masacre masiva. Los resultados expresaron definitivamente el poder del terror de los conquistadores. Pero hay una gran diferencia entre el golpe militar preventivo y la matanza masiva perpetuada en Cholula: ésta última no tuvo como objetivo la victoria sino la proyección de un terror espeluznante cuyos ecos debían alcanzar rápidamente el liderazgo azteca y a la población de la ciudad imperial. Bajaban tajantemente sus espadas, tiraban con sus escopetas, incendiaban la ciudad y que-

90. HC, *Segunda carta-relación*, p. 44.
91. Ídem.

maban a los líderes y a la élite de Cholula, pero tenían en mente a los tenochcas. La matanza fue en Cholula, pero miraban a Tenochtitlan. A veces se había tratado del teatro mítico, y a veces de la cruel matanza, pero siempre era Cortés, preocupado por proyectar-comunicar una imagen suya muy determinada; una imagen que imponía el temor, el terror, la reverencia y la supeditación. El espectáculo de un terror muy terrenal que se había convertido operativamente, a estas alturas, en el elemento estratégico más efectivo de su avance hacia Tenochtitlan.

Y en un paralelismo asombroso, a medida que los regalos deslumbrantes de Moctezuma iban creciendo, también las básculas del terror se iban inclinando definitivamente a favor de los españoles; y al revés. Cholula simbolizó la culminación de este proceso. Y fueron los hombres los que diseminaron la muerte y el terror, no los dioses. Se les llamaba por lo general *teules*, pero difícilmente se puede decir que a estas alturas ello implicaba la referencia a los dioses. En la misma Cholula no se recuerda en los diversos testimonios o relatos nada que nos haga suponer que se les considerara como dioses. El mismo Bernal, que sí recuerda que se les llamó *teules* en esta ciudad, de todas formas describe en los siguientes términos el modo en que fueron recibidos en Cholula:[92] «Y era tanta la gente que nos salía a ver, que las calles y azoteas estaban llenas, y no me maravillo de ello, porque no habían visto *hombres* como nosotros, ni caballos».

Hombres, escribe otra vez, pero no recuerda que se le considerase dioses, lo que evidentemente sería demasiado significativo para no mencionarlo. Extraños y poderosos, sí, divinos, no parecería que así los consideraron.

Y vuelvo a apuntar algunas conclusiones que van surgiendo de nuestra narrativa. En estas sociedad míticas, es una redundancia el mencionar que su raciocinio mítico era lo «natural», pero ello no implica que necesariamente vieran en los españoles dioses o seres sobrenaturales y aterrorizados se rindieran frente a los mismos. En un primer momento se dio la disonancia cognitiva frente a la aparición de los extraños desconocidos, y Cortés la aprovechó para montar el espectáculo del teatro mítico en la periferia imperial (totonaca y

92. BDC, cap. LXXXII, p. 143.

emisarios aztecas). La importancia de la puesta en escena de Cortés no residió en que haya logrado convencer a su amplio y diverso público indígena de que en verdad se trataba de seres divinos, o que quizás solamente lo haya logrado parcial y fugazmente, sino en la incertidumbre y las dudas que logró despertar en ellos en las fases iniciales de la confrontación. Éstas le otorgaron una ventaja definitiva en lo que se refiere al tiempo que cada uno de los bandos necesitó para adaptarse dinámicamente a la nueva y conflictiva realidad del encuentro de dos civilizaciones tan diversas. Mientras los unos dudaban, los otros avanzaban rápida y decididamente; mientras los unos llevaban a cabo toda clase de pruebas e investigaciones para comprender quiénes eran los invasores, examinando las diversas opciones significativas propias de su abanico conceptual mítico, los otros, con un norte muy claro, continuaban su ininterrumpido avance; mientras los unos llevaban a cabo tácticas dilatorias en medio de su incertidumbre estratégica que intentaba disuadir a los extraños y potentes intrusos de llegar a Tenochtitlan, los otros no se detenían ante ningún obstáculo, luchando, pactando alianzas y perturbando definitivamente el statu quo imperial; mientras los unos creían que, con preciosos regalos, podrían disuadirlos de su decisión de llegar a Tenochtitlan, los otros, deslumbrados, los aceptaban con placer y continuaban aún más rápida y decididamente. La incertidumbre cognitiva de los aztecas frente a lo desconocido fue traducida al plano de la incertidumbre estratégica, aunque es necesario agregar que esta incertidumbre estratégica también se dio en función de diversos factores militares de la más diversa índole: la imposibilidad de que Moctezuma saliera con toda su fuerza militar de Tenochtitlan (como lo imponía la magnitud del adversario) dejándola a merced de un posible ataque, o por ejemplo, la problemática logística y estratégica, a las que aún nos referiremos más detalladamente. La mera aparición de Cortés había trastornado la situación geopolítica y militar y había impuesto la consideración de un cambio fundamental de las alianzas tradicionales y de la política imperial, un cambio que el *huey tlatoani* no pudo ni quiso ni siquiera imaginar, y que es difícil de imaginar el que pudiera haberlo hecho. Y es que Moctezuma se encontraba prisionero de las categorías imperiales, míticas y terrenales, o sea del imperio de unas categorías mentales que no dejaban lugar alguno para otras opciones. Desde la perspectiva imperial, todo cambio del statu quo sólo podía

proyectarse negativamente en lo que se refiere al poder de los mexicas.

Y mientras Moctezuma calculaba que hacer, y parecería llegar a la conclusión de lo que no podía hacer, un signo de interrogación quedaba pendiente sobre la misma existencia del imperio tenochca, con las fuerzas de Cortés y el ejército de Tlaxcala ante las puertas de Tenochtitlan. Y el vacío que iba quedando, a medida que la incertidumbre frente a la disonancia cognitiva se disipaba, se iba llenando con el temor frente al poder bélico de los invencibles españoles. La báscula del terror se había ido inclinando a favor de Cortés: los totonacas podrían haber luchado para evitar la profanación de sus dioses, pero prefirieron alzarse contra los aztecas, la gente de Tlaxcala podría haber continuado luchando y tenían aún sus poderosos ejércitos, pero aterrorizados frente a la fuerza y la crueldad de los españoles victoriosos, volvieron a hacer sus cuentas; llegaron a la conclusión, en medio de un espectacular giro estratégico, de que era preferible plegarse al terror de los invencibles contra el terror imperial de los mexica. Sus profecías le facilitaban llegar a tal radical conclusión, aunque de hecho les hacían posible llegar a cualquier conclusión. La gente de Cholula no tuvo la opción de decidir nada por sí mismos. Ahora quedaba Moctezuma.

Capítulo 5
Tenochtitlan: ¿trampa mortal u oportunidad fabulosa?

El salto mortal

La victoria sobre los ejércitos de Tlaxcala y la supeditación de la misma a la autoridad de Cortés, a la par de la matanza de Cholula, parecían ser un claro indicativo de que no sólo la báscula del terror se había inclinado definitivamente en favor de los españoles, sino que asimismo una buena parte del imperio azteca pertenecía ya al pasado, y que su núcleo central en el valle de México quedaba separado estratégicamente de gran parte del resto de sus dominios por la alianza de Cortés con los ejércitos de Tlaxcala, en tanto Cholula había sido arrasada por las fuerzas invasoras. Como una cebolla a la que le habían ido sacando sus capas periféricas o buena parte de las mismas, sólo que en el caso de los aztecas sí quedaba un carozo difícil de romper: México-Tenochtitlan. Cortés había cercado al rey, pero aún estaba lejos del jaque mate; existía la posibilidad de que al intentarlo cayera en una trampa mortal. Cada uno de los tramos en los que fuimos acompañando a Cortés había sido realmente dramático, pero de todas formas se había ido dando un crescendo en este drama histórico que ahora llegaba a uno de sus momentos máximos. Y decimos «uno de sus momentos máximos», porque inclusive la increíble entrada a Tenochtitlan sería sobrepasada en su dramatismo por los acontecimientos posteriores.

Ya hemos señalado que diversas fuentes nos relatan del temor, la angustia, el terror, la depresión, la incertidumbre y el pánico que, supuestamente, se apoderaron del gran Moctezuma al saber de la apa-

rición y el avance de los españoles,[1] todo ello en medio de una significación mítica de numerosas señales que, supuestamente, predecían el trágico final del imperio (los rayos y las lenguas de fuego que se vieron en el oriente, los cometas, las aguas ardiendo, las visiones de seres sobrenaturales, etc.). Pero asimismo señalamos, en pos de otras investigaciones, que no podemos tener certeza alguna de que así fuera, y que bien podría tratarse de versiones posteriores que vendrían a conceptualizar la catástrofe de la destrucción de Tenochtitlan en medio de los parámetros míticos que hicieran posible la comprensión de la destrucción del imperio para los sobrevivientes.[2] Amén de ello es necesario señalar que buena parte de la información referente a las señales sobrenaturales se nutre de los testimonios de gente de Tlaltelolco o de Texcoco, que no debieron dudar mucho al definir al tenochca Moctezuma como culpable de su tragedia histórica, preocupándose por resaltar su temor y su cobardía.

Quizás sea razonable distinguir en estos relatos entre sus dos componentes principales, por un lado las señales que iban marcando el rumbo de la fatalidad, y que bien podrían ser los ecos de las novedades que iban llegando a Tenochtitlan desde las costas orientales, como las lenguas de fuego de los cañones, o las extrañas criaturas parecidas a los venados, o los extraños personajes, barbudos, blancos y acorazados; y por otro lado, los relatos sobre la reacción y la conducta de Moctezuma. Y es que ya hemos visto, acorde con las descripciones de Cortés y de Bernal, que la forma en que se condujo Moctezuma en sus primeros contactos con los españoles fue firme, coherente, pragmática, y no reflejó pánico alguno. Se preocupó por averiguar de quiénes se trataba, si eran seres sobrenaturales o seres humanos de «su linaje», todo ello de un modo lógico y coherente con su mundo conceptual; y a pesar de confrontar estas opciones significativas nada alentadoras no se intimidó, y llegó inclusive a amenazar a los españoles y romper sus contactos diplomáticos con ellos. Sus enviados se comportaron con soberbia, testimonian los españoles, quienes inclusive llegaron a temer un posible ataque cuando Mocte-

1. Véase, por ejemplo, Sahagún, *Versión del texto náhuatl*, lib. XII, cap. 1, pp. 759-760; o Durán, *Historia de las Indias*, tomo II, pp. 515, 520-521; o DMC, *Historia de Tlaxcala*, libro II, cap. 1, pp. 179 y ss.

2. Véase, por ejemplo, Todorov, *La conquista de América*, pp. 82-83.

zuma retiró a los indígenas que había enviado previamente para servirlos. Y cuando Cortés avanza se encuentra por doquier con el terror que todos continuaban sintiendo frente al gran Moctezuma.

Pero entonces, ¿por qué ante el avance de Cortés, no salió a combatirlo cuando éste recién comenzaba la conquista y el imperio aún era todo suyo, del temido Moctezuma? Al fin y al cabo, no sólo había sido el gran sacerdote, sino que también había sido el máximo jefe militar durante muchos años y durante su reinado había obtenido numerosas e importantes conquistas.[3] ¿Por qué esperar a que llegaran a las puertas de Tenochtitlan y dejarlos entrar a la misma? Consideramos que la respuesta a esta pregunta es sumamente compleja, sin que pueda ser reducida a una razón única y que, además de ello, es dable distinguir entre ambas partes de la pregunta: ¿por qué aceptó Moctezuma, de hecho, el avance de Cortés?, y entonces: ¿por qué permitió su entrada a Tenochtitlan? Y no consideramos que haya aceptado el avance de Cortés por haber decidido de antemano permitir su entrada a la ciudad imperial, puesto que toda su estrategia se centró, precisamente, en tratar de evitarlo.

Ante todo es necesario estipular que lo único que podemos afirmar con certeza es que Moctezuma consideró, desde un principio, que su objetivo estratégico debía ser el intentar disuadir a los recién llegados de su avance hacia Tenochtitlan, y para ello se valió de la diplomacia, de los regalos suntuosos, de las advertencias y de las amenazas insinuadas o disfrazadas a las que nos hemos referido previamente. Ya sea por razones militares y políticas o por la indecisión propia de su horizonte conceptual mítico, o por ambas a la vez, ésta fue su decisión estratégica. El objetivo de Moctezuma fue siempre el mismo, inclusive cuando iba constatando que tal estrategia de disuasión era absolutamente ineficaz; y es que parecería que lo que predominó ante el avance de Cortés fueron la incertidumbre y la indecisión estratégica, o sea la imposibilidad de presentar una alternativa a la estrategia de la disuasión, hasta el mismo momento en que los ejércitos españoles y tlaxcaltecas se plantaron ante las puertas de Tenochtitlan.

3. Durán, *Historia de las Indias*, vol. II, capítulos LV-LX, pp. 417-458. Ross Hassig, *Aztec Warfare. Imperial Expansion and Political Control*, University of Ocklahoma Press, Norman/London, 1998, pp. 223-235.

En lo que se refiere a la primera de las preguntas (¿por qué permitió el avance de Cortés?), no consideramos que Moctezuma pudo haber jugado sus cartas a que los tlaxcaltecas vencieran a Cortés, porque simplemente no podía tener la certeza de que se encaminaría precisamente por tal itinerario, y además parecería que lo lógico era precisamente lo que había sido expuesto por los totonacas, o sea que Tlaxcala aunara sus fuerzas a las de Cortés para derrumbar el poder de los aztecas. Era demasiado arriesgado hacer cálculos estratégicos fiándose de sus enemigos de siempre. ¿Y Cholula? ¿Una emboscada? Difícil creer que eso pudiera ser considerado como una alternativa estratégica, en especial luego de que los españoles habían vencido nada menos que a los ejércitos de Tlaxcala, y luego de que estos últimos habían aunado sus fuerzas a las de Cortés. Y además, quizás hubiera sido más acertado el dejar pasar a Cortés y poder así situarlo entre dos fuegos.

La indecisión y la incertidumbre estratégica de Moctezuma surgieron en un primer momento como resultado de su incertidumbre conceptual ante la estridente disonancia cognitiva, que posteriormente se vio primero reforzada, y luego suplantada, por la fuerza del terror que surgía del poder bélico de los nuevos, extraños e invictos recién llegados. Pero se dieron también razones específicamente militares, aunque de muy diversa índole, estratégicas, tácticas y logísticas.

Ante todo, debemos volver a recordar que desde una perspectiva general, geopolítica y militar, la mera presencia de las fuerzas de Cortés en la periferia imperial perturbó automáticamente el relativo statu quo imperial, lo que abrió de inmediato la posibilidad de nuevas opciones estratégicas y de nuevas alianzas político-militares. Los totonacas reaccionaron de inmediato siendo los primeros en comprenderlo. Las tlaxcaltecas dieron su gran giro estratégico, aunque sólo luego de tres derrotas. Moctezuma siguió todo el tiempo con su estrategia de disuasión, que es simplemente otro nombre para su incertidumbre estratégica, y que a medida que pasaba el tiempo y los españoles continuaban su avance se convertía en el símbolo de su impotencia para considerar otras alternativas. Además la mera aparición y el avance de los españoles habían introducido a Moctezuma en una trampa estratégica casi sin escapatoria. Se trataba de una fuerza bélica, de tal o cual naturaleza, potente, temible y que muy pronto se iría mostrando también invencible, y por ello cualquier posibilidad de confrontación militar implicaba la necesidad de que los aztecas

salieran a la misma con sus mejores fuerzas. El perder una batalla en estas circunstancias podía ser el equivalente a perder el imperio al abrir nuevas opciones para los pueblos supeditados, perturbándose de tal modo el equilibrio de las básculas del terror. Pero además, si éstos eran los condicionantes de su salida al paso de los españoles, ello implicaba dejar a Tenochtitlan al descubierto como posible y atrayente blanco de ataque. Y no sólo ello, sino que si hubiera intentado salirle al paso a Cortés durante el primer tramo de su avance hubiera podido quedar entre dos fuegos: las fuerzas de Cortés y los ejércitos de Tlaxcala. Y además de estas consideraciones estratégicas, era también lógico el intentar evitar una batalla en campo abierto, donde los cañones y los caballos de los españoles tenían un efecto devastador.

Asimismo debemos tener presente, desde el punto de vista logístico, que las guerras en la región de Mesoamérica se llevaban a cabo, por lo general, entre los meses de diciembre y mayo, puesto que durante los meses de invierno era imposible avanzar con grandes ejércitos, debido a que los aztecas no habían creado una red de caminos adecuada para integrar sus dominios y ponerlos al alcance de su poder militar en todo momento.[4] La efectividad paralizante del terror azteca no sólo había hecho posible la supeditación, sino que asimismo parecería haber paralizado la necesidad de inventar e implantar nuevos medios de integración y de control, a no ser la cooptación de las élites locales para la cual no se necesitaba infraestructura alguna y que inclusive era parte de la tradición de la región. Asimismo, sólo en esta estación los aztecas podían conseguir, luego de las cosechas, el aprovisionamiento alimenticio que les otorgaban los pueblos supeditados a lo largo de la ruta del avance de sus ejércitos. Según el cálculo de Ross Hassig cada 8.000 soldados consumían 7.600 kilos de maíz por día,[5] y ello implicaba evidentemente no solo la necesidad de preparar todo un plan logístico de antemano sino que asimismo reflejaba la dependencia al respecto del aparato bélico imperial. Cortés había salido de la costa hacia el interior de México el 16 de agosto, al abandonar Cempoala; había combatido con los tlaxcaltecas en los primeros días de setiembre y había perpetuado la matanza de Cholula a media-

4. Ross Hassig, *War and Society in Ancient Mesoamerica*, *ob. cit.,* 1992, p. 145.
5. Ídem.

dos de octubre. No había respetado la agenda bélica de Moctezuma, y había llegado a Tenochtitlan cuando los *macehualtin* se encontraban abocados a las tareas de la cosecha sin poder ser movilizados, lo que muy posiblemente se haya agregado a las consideraciones recordadas previamente en lo que se refiere a la imposibilidad de una acción más decisiva por parte de Moctezuma en las primeras fases de las negociaciones con los españoles.

Y finalmente, quizás haya que tomar en cuenta que los aztecas conceptualizaban todo dentro de unas categorías temporales algo relajadas. Poseían un poder bélico real y, más aún, habían logrado conformar una hegemonía imperial injertando al terror como el elemento esencial en la conciencia de los pueblos supeditados. Reaccionaban con fuerza y crueldad ante cada rebelión, actuaban rápidamente contra las rebeliones (reales o imaginarias) que estallaban en los momentos en que un nuevo *huey tlatoani* tomaba el trono, pero fuera de estos casos especiales, en los que se imponía la inmediata proyección de la imagen del nuevo gobernante, por lo general actuaban militarmente acorde con sus cálculos, necesidades y posibilidades, con todo el tiempo del mundo a su disposición, con lo que desgastaban a sus enemigos, los aislaban políticamente, sitiaban sus ciudades durante años y cortaban sus líneas logísticas.[6] Desde el punto de vista de su estrategia imperial se trataba, más bien, de operaciones locales, imprescindibles para mantener su hegemonía, a veces difíciles, pero no de casos que constituyeran un desafío real a su poderío e integridad imperial. Y además, la guerra era siempre en el espacio vital de sus contrincantes, y Tenochtitlan era la ciudad más grande y más poderosa del valle de México, con la mayor cantidad de soldados y el mejor de los ejércitos, y con sus puentes y todas las defensas propias de su organización dentro del lago de Texcoco. Y los cantares de los mexicas expresaban claramente su plena conciencia de tal poderío:

> Orgullosa de sí misma
> Se levanta la ciudad de México-Tenochtitlan.
> Aquí nadie teme la muerte en la guerra.

6. Ross Hassig, *Aztec Warfare. Imperial Expansion and Political Control*, *ob. cit*. Véase, por ejemplo la p. 254, donde Ross escribe que tal estrategia podía durar durante décadas y exigir la paulatina conquista de las ciudades cercanas a las del enemigo.

Ésta es nuestra gloria.
Éste es tu mandato.
.....
.....
¿Quién podrá sitiar a Tenochtitlan?
¿Quién podrá conmover los cimientos del cielo...?[7]

Quizás también esta conciencia del monopolio del poder y del tiempo haya sido otro de los factores que contribuyeron a adormecer a los mexicas ante la celeridad del comando Cortés. Lamentablemente no tuvieron presente aquel pasaje de la narración que se da en los *Anales de Cuauhtitlán* sobre la creación de los cinco Soles (edades) por los que había pasado la creación del mundo y que, al referirse al Sol de Tigre, el segundo, cuenta que en el mismo vivían gigantes y relata que

Decían los viejos
Que los gigantes así se saludaban:
«No se caiga usted»,
Porque quien se caía,
Se caía para siempre.[8]

Y todo esto sobre el gran telón de fondo de la problemática de la indagación sobre la naturaleza de los intrusos que abría, en un primer momento, un paréntesis de indecisión a cuya trascendencia ya nos hemos referido.

La dialéctica de la situación fue la decisiva: luego de los primeros momentos de la incertidumbre mítica y de las investigaciones pertinentes, fueron la incertidumbre estratégica y el enorme poder imperial los que condujeron a Moctezuma a su aletargada reacción; por el contrario, fue su enorme debilidad proporcional la que empujó a Cortés, sin más remedio, a tomar la iniciativa en su avance intrépido y vertiginoso. De este modo el tiempo perdido por Moctezuma se fue convirtiendo en espacio ganado por Cortés, y lo que antes era pro-

7. Miguel León Portilla, *Los antiguos mexicas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1961, pp. 78-79.
8. *Ibíd.*, p. 17.

fundidad estratégica imperial, se convirtió en líneas logísticas españolas. Y es que los pueblos supeditados que se habían sumado a los españoles habían recibido también el imperativo categórico de los mismos: no había marcha atrás. No podía haberla puesto que ello implicaba tener que arrasar la venganza y el terror imperial. Y ante Tlaxcala los españoles lucharon, vencieron y pactaron. Y ante Cholula la perpetuaron una matanza terrible que constituyó un tremebundo mensaje para Moctezuma.

Con los ejércitos de Cortés y de Tlaxcala a las puertas de Tenochtitlan, nos topamos con la segunda de las preguntas, puesto que Moctezuma no puede ya continuar evitando su definición ante una alternativa que esta vez era concluyente: permitir la entrada de los españoles o declararles la guerra.

En estas circunstancias, ¿acaso Moctezuma se encontraba aterrorizado e incapacitado para reaccionar, los dioses y el Apocalipsis (la puesta del quinto sol) lo paralizaban? La respuesta es negativa. La incertidumbre mítica de un primer momento, seguida por su incertidumbre estratégica, le había hecho perder un tiempo breve pero precioso, y con él perdió el monopolio del factor decisivo dentro del espacio imperial: la báscula del terror había comenzado a inclinarse, decisiva y rápidamente, hacia el lado de Cortés. Pero aún así el poder real de Tenochtitlan era suficiente para terminar de un zarpazo con el peligro español. Así lo sabía Cortés y así lo sabía también Moctezuma. Por ello éste último, muy pragmáticamente, consideró preferible permitir la entrada de los españoles a Tenochtitlan y evitar, de tal modo, tener que medirse con ellos y con el ejército de Tlaxcala a campo abierto fuera de Tenochtitlan, donde la efectividad mortífera de los caballos, las lanzas y los cañones de los españoles sería mucho mayor. Pero si bien Moctezuma no estaba aterrorizado, ni nada similar, no podía dejar de temer a los españoles y comprendía la peligrosísima situación en la que se encontraba. Ross Hassig, en uno de sus libros que amplían significativamente nuestros conocimientos sobre la guerra y la sociedad en la antigua Mesoamérica y asimismo sobre los mecanismos del dominio imperial azteca, apunta al hecho de que los españoles no se presentaron como una fuerza hostil,[9] lo que por

9. Ross Hassig, *War and Society in Anciant Mesoamerica, ob. cit.*, p. 163. En un libro posterior, dedicado por completo a la conquista, Hassig considera que Moctezu-

cierto Cortés se preocupaba por enfatizar en sus pláticas con los mensajeros de Moctezuma. Pero, ¿cómo no temer a los españoles cuando en contadas semanas lo habían dejado sin buena parte de su imperio, habían vencido nada menos que a los poderosos ejércitos de Tlaxcala y habían perpetrado la terrible matanza al entrar pacíficamente a Cholula? Los españoles pudieron entrar a Tenochtitlan porque en medio de tan dramática situación Moctezuma, muy pragmática y sagazmente, lo consideró como la más apropiada de las opciones entre las que podía elegir, como muy bien parecería demostrarlo posteriormente la gran derrota de «la noche triste» que los aztecas infligirían a los españoles a pesar de todos los pesares y a pesar del mismo Moctezuma. Para Cortés ésta era la fabulosa oportunidad que había venido persiguiendo desde el primer momento que salió en pos del rastro aurífero; para Moctezuma, con la espalda contra la pared y ante los añicos de su estrategia de la disuasión, esta decisión suya venía a convertir a la imponente Tenochtitlan en una trampa mortífera en la que los invasores pagarían el precio de su osadía. Y es que ya le era meridianamente claro que no eran los *teules*, tal cual veremos que lo atestiguaría el mismo Cortés.

Pero, antes de continuar analizando esta dramática situación, acompañemos a los españoles en su entrada a Tenochtitlan. Francisco de Aguilar, soldado metido luego a mesonero y posteriormente fraile, nos ha dejado una de las descripciones más sobrias que nos han quedado del primer tramo de aquél momento épico:[10]

> ...comenzamos a entrar en una calzada por la dicha laguna adelante, por la cual podrían caber tres o cuatro de caballos y más, holgazadamente, y a trechos sus puentes de madera levadizas que se podían quitar y poner, de manera que la dicha laguna andaba tan llena de canoas cargadas de gente que nos miraban, que ponía espanto de ver tanta multitud de gentes. Y

ma posiblemente no tuviera claro si los españoles eran dioses o seres humanos, que no tenía suficientes soldados por encontrarse en la temporada agrícola, y apunta fundamentalmente a razones de índole política interna en la propia Tenochtitlan y en otras ciudades del imperio (Ross Hassig, *México and the Spanish Conquest*, Longman, London/New York, 1994, p. 83).

10. Aguilar, *Relación*, p. 80. Para un detallado análisis de la compleja estructura social de Tenochtitlan véase José Luis de Rojas, *México Tenochtitlan. Economía y sociedad en el siglo XVI*, El Colegio de Michoacán/Fondo de Cultura Económica, Morelia/México, 1986.

> llegando más a vista de la dicha ciudad parecieron en ellas grandes torres e iglesias a su modo, palacios y aposentos muy grandes. Tendría aquella ciudad pasadas de cien mil casas, y cada casa era puesta y hecha encima del agua en unas estacas de palos, y de casa a casa había una viga y no más por donde se mandaban., por manera, que cada casa era una fortaleza […] Las azoteas de las casas estaban tan llenas de gente que ponían admiración.

Y Bernal Díaz del Castillo no creía lo que veía:[11]

> Y de que vimos cosas tan admirables no sabíamos que decir, o si era verdad lo que por delante parecía, que por una parte en tierra había grandes ciudades, y en la laguna otras muchas, y veíamoslo todo lleno de canoas, y en la calzada muchos puentes de trecho a trecho, y por delante estaba la gran ciudad de México.

Y así fueron adentrándose, entre la fantasía y la realidad, hasta que llegó el momento cumbre del encuentro con Moctezuma. Recuerda Cortés con bastante lujo de detalles:[12]

> Pasado este puente nos salió a recibir aquel señor Mutezuma con hasta doscientos señores, todos descalzos y vestidos de otra librea o manera de ropa asimismo bien rica a su uso, y más que la de los otros, y venían en dos procesiones muy arrimados a las paredes de la calle, que es muy ancha y muy hermosa y derecha, que de un cabo se parece el otro y tiene dos tercios de legua, y de la una parte y de la otra muy buenas y grandes casas, así de aposentamiento como de mezquitas, y el dicho Mutezuma, venía por medio de la calle con dos señores, el uno a la mano derecha y el otro a la izquierda [...] todos tres vestidos de una manera, excepto el Mutezuma que iba calzado, y los otros dos señores descalzos; cada uno lo llevaba de un brazo, y como nos juntamos, yo me apeé y le fui a abrazar solo, y aquellos dos señores que con él iban, me detuvieron con las manos para que no lo tocase, y ellos y él hicieron asimismo ceremonia de besar la tierra, y hecha, mandó a aquel su hermano que venía con él que se quedase conmigo y me llevase por el brazo, y él con el otro se iba adelante de mí poquito trecho.

11. BDC, LXXXVIII, p. 160.

12. HC, *Segunda carta-relación*, p. 51.También Itlilxóchitl apunta que se evitó que Cortés abrazara a Moctezuma (*Historia de la nación chichimeca*, cap. LXXV, p. 249).

Este fue el primer momento, según el informe de Cortés, y lo que llama la atención ante todo es el modo en que los señores aztecas que acompañaban a Moctezuma evitaron que Cortés tocara siquiera a Moctezuma, sin dudar ellos mismos en detener la mano del español, y asimismo el que luego se vuelven hacia Tenochtitlan con Moctezuma al frente y tras de él Cortés. No hay aquí ni temor ni angustia del *huey tlatoani*, sino, por el contrario, altivez y orgullo. Pero de inmediato se hizo también patente el reconocimiento de que no se trataba simplemente de otro monarca que llegaba a ser agasajado en Tenochtitlan. Cortés había venido sembrando el terror y había demostrado su enorme e invencible poder. Si Tenochtitlan podía convertirse en una trampa mortal que levantando sus puentes dejara a los recién llegados a la merced de los ejércitos tenochcas, los caballos, por otro lado, los perros, las espadas, los cañones, y esos seres tan diferentes, no dejaban dudas de que eran necesario también congraciarse con ellos. Quizás fuera posible una solución diplomática. Estos intentos siempre se encontraron precedidos por los regalos preciosos que ya sabían que tanto alegraban a esos seres extraños, y esta ocasión cumbre no sería la excepción. Luego de haber conducido a los españoles a su aposento Moctezuma volvió a ofrecerles joyas de oro y plata, y plumas preciosas y hasta seis mil piezas de ropa de algodón «muy ricas y de diversas maneras tejidas y labradas». Otra vez en esta historia, desde el principio hasta el final, el error fatal de Moctezuma, aunque ahora parecía dominar la situación, y vendría a ser una especie de «tomen lo que tanto quieren y váyanse». Y si la intención previa y usual de los mexicas al otorgar valiosos presentes a los españoles había sido la de expresar su enorme poderío, a estas alturas Moctezuma comprendía muy bien que no había logrado su objetivo y con el oro no se atemorizaba a Cortés y a los españoles, pero quizás pudiera llenar esa codicia con sus presentes y lograr pactar de alguna manera para evitar la confrontación con los invencible (hasta ese momento).

Y luego de la fase inicial del encuentro, Cortés cita el discurso de Moctezuma, otra vez con lujo de detalles, que para muchos son producto de su prodigiosa memoria y para otros de su intencionada imaginación.[13] En este discurso de Moctezuma, el primero de los tres

13. J. H .Elliott, entre otros autores, considera que el relato de Cortés sobre su encuentro con Moctezuma es producto de su capacidad de invención y de su imagi-

sobre los que Cortés informa al emperador Carlos V en su segunda carta-relación, es dable distinguir tres aspectos fundamentales. El primero de ellos es la explicación de Moctezuma de que él mismo y el resto de los habitantes de esa tierra no eran naturales de la misma sino extranjeros que habían llegado al lugar hace mucho tiempo guiados por un señor, «cuyos vasallos todos eran». Este señor se volvió a su lugar de origen, mas sólo para volver nuevamente, luego de mucho tiempo, con la intención de devolverlos a todos a su tierra natal. Pero como su gente ya se había asentado definitivamente, habían fundado sus pueblos y se habían casado con las mujeres naturales de la tierra, rehusaron volver con él o acatar su señorío, lo que provocó su retorno solitario, a la vez que les advertía que volvería a «sojuzgar esta tierra y a tomarnos a nosotros como sus vasallos». Y como se había predicho que volvería del lado donde sale el sol, pues creía Moctezuma que ese gran señor del que le hablaba Cortés era ese antepasado suyo, «nuestro señor natural», al que debía obedecerse, poniendo a su disposición todos sus bienes.[14] Claro está que esta versión era sumamente conveniente para Cortés, y no tiene nada de raro que por esta razón, entre otras, diversos estudiosos la rechacen, señalando, por ejemplo, que el concepto jurídico empleado por Moctezuma, «señor natural», es netamente español.[15] J. H .Elliott, por ejemplo, escribe que Cortés incluye en su relato dos leyendas que combinan sutilmente los temas de la llegada del Mesías y el retorno del señor natural, y ello con el objeto de preparar el gran clímax de la renuncia de Moctezuma a su herencia imperial en favor de Carlos V.[16]

Pero inclusive en esta primera parte del discurso de Moctezuma, según la misma versión de Cortés, queda claro que no mencionó a Ce Acatl Topiltzin Quetzalcóatl, y que tampoco recordó explícitamente ninguna relación con el dios Quetzalcóatl o con su príncipe-sacerdote y sus peculiares preceptos religiosos, lo que seguramente Cortés

nación (Elliott, *España y su mundo, 1500-1700*, Alianza Editorial, Madrid, 1991, pp. 61-66).

14. HC, *Segunda carta-relación,* p. 52.

15. Con respecto a la construcción posterior de la leyenda de la vuelta de Topiltzin-Quetzalcóatl, véase, entre otros, el interesante y detallado análisis de Susan Guillespie en el capítulo sexto de su *Los reyes aztecas*, *ob. cit.,* relacionándose a los hallazgos de diversos historiadores al respecto.

16. J. H. Elliott, *España y su mundo, 1500-1700*, *ob. cit.,* pp. 61-66.

no hubiera omitido de haber sido así. Y también queda claro, ya desde estas primeras palabras, acorde con la misma versión de Cortés, que Moctezuma no los tomaba por dioses.

También Bernal Díaz del Castillo, que en diversos detalles da una versión algo diferente del encuentro, recuerda las palabras de Moctezuma con respecto a la conceptualización de los españoles en tanto aquellos «hombres» que sus antecesores habían predicho que vendrían del oriente a señorear sus tierras. Asimismo, agrega Bernal que habían llegado a tal conclusión «pues tan valientemente peleamos en Potonchan y Tabasco, y con los tlaxcaltecas...».[17] O sea que lo definitivo había sido el que las básculas de la guerra y del terror se habían inclinado a favor de los españoles, y no su carácter sobrenatural. Pero Bernal Díaz del Castillo se aleja más aún de la versión relativa a Quetzalcóatl que se difundiría posteriormente, puesto que ni siquiera recuerda el que Moctezuma haya señalado que aquellos que deberían venir a señorearlos «volvían», y que eran los señores que originalmente habían dominado a esos pueblos generaciones atrás, y por ello los «señores naturales» de esas tierras. Claro está que Cortés era mucho más sensible a las minucias jurídicas, puesto que al fin y al cabo debía de dar cuenta de la justicia de sus actos ante el emperador. O por lo menos preocuparse de que la coherencia pragmática que guiaba sus acciones pudiera ser traducida al lenguaje de la coherencia jurídica y al supuesto vasallaje voluntario de Moctezuma.

La versión de los informantes de Sahagún tampoco señala la *vuelta* de algún señor, pero sí la predicción de su llegada y de su dominio, y en especial crea un cuadro centrado en el temor y la angustia de Moctezuma al grado que, según esta versión Cortés le dijo que no debía tener miedo pues lo amaba mucho.[18] Aguilar, por su parte, escribe que Moctezuma dijo que sabía por sus antepasados que de donde salía el sol vendrían «una gente barbada y armados» (lo único que le faltó escribir es «con Cortés al frente») y que no debían luchar con ellos porque iban a ser los señores de la tierra.[19] O sea que no se trataba tampoco aquí de la vuelta de Quetzalcóatl, aunque Aguilar sí

17. BDC, LXXXIX, p. 163.
18. Sahagún, *Versión del texto náhuatl*, lib. XII, cap. 16, p. 775.
19. Aguilar, *Relación de la conquista*, p. 81.

escribe que «teníannos por hombres inmortales y llamábannos *tules*, que quiere decir dioses».[20]

El segundo aspecto a analizar en el discurso de Moctezuma es que se preocupó por rechazar todas las imputaciones que sus enemigos, que se habían rebelado y ahora eran aliados de Cortés, habían hecho contra él. En especial todo lo relativo a que supuestamente tenía enormes tesoros de oro y que las paredes de sus casas eran de oro. O sea que le era meridianamente claro lo importante que era el oro para los españoles, como también le era claro que los pueblos rebeldes habían venido azuzándolos desde un principio hacia Tenochtitlan con tal anzuelo aurífero. Pues bien, dice Moctezuma, acorde con la versión de Cortés, es verdad que tengo algunas cosas de oro que me dejaron mis abuelos, pero no más, ustedes lo pueden ver.[21] Quizás se escondía aquí, hasta el último momento, la esperanza de Moctezuma de que los españoles tomaran todo el oro que quisieran y se volvieran sobre sus pasos, lo que evitaría, de tal modo, la confrontación militar. Los tiene en Tenochtitlan; si no hay otra posibilidad se medirá con ellos en las mejores condiciones para él, puesto que en los combates a campo abierto los españoles habían salido invictos, pero si aún era posible satisfacerlos de alguna manera y presenciar su pacífica retirada ello era preferible, y esta postura parecería manifestarse en su ostentación de las limitadas cantidades de oro que tenía a su disposición, tal cual lo relata Cortés.

Y finalmente, en tercer lugar, el emperador azteca también rechazó la imputación de «que yo era y me hacia dios y muchas otras cosas»[22] y agrega algo que venía a definir con meridiana claridad la naturaleza del encuentro:

> y entonces alzó las vestiduras y me mostró el cuerpo diciendo: A mi veésme aquí que soy carne y hueso como vos y como cada uno, y que soy mortal y palpable.[23]

Y según la versión similar de Bernal al respecto, Moctezuma agregó aún: «Así que también lo tendréis por burla (todos los relatos

20. *Ibíd.*, p. 165.
21. HC, *Segunda carta-relación*, p. 52.
22. Ídem.
23. Ídem.

sobre él), como yo tengo de vuestros truenos y relámpagos».[24] Y vale la pena prestar atención aquí no sólo al testimonio de Moctezuma de que no consideraba a Cortés como a un dios, sino, asimismo, a que sabía lo que se decía sobre los truenos o relámpagos dominados por Cortés. Lo primero es citado a menudo, pero no menos significativo es lo segundo: lo que se decía sobre los poderes de Cortés. Es lo que venimos apuntando a lo largo de estas páginas: la incertidumbre mítica que fue, necesariamente, patrimonio de tales o cuales grupos, pueblos o sectores indígenas. No se puede generalizar, no se puede descartar, no se puede leer selectivamente. E inclusive si Moctezuma había llegado finalmente a la conclusión de que no se trataba de seres sobrenaturales, ahí estaba «lo que se decía»...

Esta versión de Cortés ha sido considerada críticamente en los minuciosos análisis de diversos escritores, pero consideramos que lo que es realmente significativo en estas de Cortés y de Bernal, más allá de tales o cuales detalles y formulaciones imaginarias e interesadas, es que la situación creada era tan clara como dramática, y que no quedaba ya lugar alguno para la escenografía mítica y las máscaras divinas. No era ya cuestión de posibles dioses o de fuerzas sobrenaturales de tal o cual índole, si es que así llegaron a ser considerados, o de potentes e invictos guerreros que iban surcando sus territorios imperiales infundiendo el terror por doquier, sino del encontrarse, físicamente, uno frente al otro, en la misma Tenochtitlan; seres humanos, los unos frente a los otros, en un dramático juego-confrontación en que les iba su misma existencia.

Y en los primeros días en Tenochtitlan, Bernal Díaz del Castillo recuerda algo que su capitán prefirió omitir y olvidar, y es que al otro día de haber llegado a Tenochtitlan Cortés predicó ante Moctezuma los principios de su religión católica. Esta vez Cortés ni soñaba en la posibilidad de violar la situación como lo había hecho en otros lugares, en caso de que recibiera una respuesta negativa, como siempre la había recibido. Y por ello, al finalizar sus palabras, le comentó a sus compañeros: «Con esto cumplimos, por ser el primer toque».[25] En verdad, a la par de lo religioso, se trataba de los primeros tanteos diplomáticos para aclarar en que medida podía intentarse la imposi-

24. BDC, XC, p. 165.
25. Ídem.

ción de la autoridad y el vasallaje. Pero la respuesta de Moctezuma no dejó lugar a dudas: ya que había escuchado todo lo que predicaba Cortés con respecto a «eso de tres dioses y de la cruz», pero nunca ni siquiera le había respondido «porque acá adoramos a nuestros dioses y los tenemos por buenos; así deben ser los vuestros, y no curéis más al presente de hablarnos de ellos».[26] No hay ninguna razón para que Bernal inventara este pasaje, que viene a reforzar la claridad y el dramatismo de que hablamos. Ahora parecería que ambos bandos se habían adaptado definitivamente a las nuevas circunstancias, sólo que ello sucedió cuando los españoles ya se encontraban en Tenochtitlan. Más aún, si los tanteos religiosos de Cortés constituían un eufemismo de sumisión y vasallaje, pues entonces el rechazo de Moctezuma lo era tanto de lo religioso como de lo político.

Este último punto se ve ilustrado patente y dramáticamente en el relato de Bernal Díaz del Castillo sobre lo que sucedió durante el cuarto día de la estadía de los españoles en Tenochtitlan, del que, por cierto, Cortés no da cuenta alguna. Los primeros cuatro días ni Cortés ni ninguno de los españoles salieron de sus aposentos, excepto a las casas y huertas, y día y noche iban armados. En realidad, según el relato de Bernal Díaz del Castillo, no es dable distinguir angustia alguna en el comportamiento de Moctezuma, pero si un gran y natural temor en los españoles. Cuando Cortés decidió al cuarto día concertar con Moctezuma una visita a la plaza mayor y al templo de Hitzilopochtli salió a tal visita montado a caballo y con todos los otros jinetes y sus caballos y muy bien armados. Ya a pies del templo Moctezuma envió a seis sacerdotes y dos principales para que lo acompañaran y ayudaran en la subida de los ciento catorce escalones, pero Cortés, precavido, rechazó el ofrecimiento. Quizás por miedo, quizás para continuar proyectando la imagen de invencible e incansable. Desde lo alto del gran templo se veía la imponente ciudad en todo su esplendor y no sólo se sentía su poder sino también se tomaba plena conciencia de encontrarse en el centro nuclear del imperio del terror. Bernal cuenta de los corazones de los indios que habían sido ofrecidos ese mismo día a Huitzilopochtli y que eran quemados en unos braseros. «Y estaban todas las paredes de aquel adoratorio tan bañado y negro de costras de sangre, y asimismo el suelo, que todo hedía

26. Ídem.

muy malamente». Y lo mismo veían en el templo de Tezcatlipoca, al grado que por la sangre derramada «ni «en los mataderos de Castilla había tanto hedor».[27]

Y he aquí que a pesar de todo esto Cortés se decide a probar su fortuna y solicitarle a Moctezuma que le permita poner en lo alto de la torre una cruz y una imagen de Nuestra Señora para atemorizar a aquellos ídolos que lo tenían engañado y que no eran dioses «sino cosas malas que se llaman diablos». Parecería que, otra vez, en una acción temeraria, rayante en la locura, quería examinar la posibilidad de supeditar a Moctezuma por vías pacíficas; que no otra cosa implicaba la aceptación del cristianismo por parte de los indios. Pero la respuesta de Moctezuma no dejó lugar a duda alguna:[28]

> Y Montezuma contestó medio enojado, y dos *papas* que con él estaban mostraron malas señas, y dijo: «Señor Malinche: si tal deshonor como has dicho creyera que habías de decir, no te mostrara mis dioses. Estos tenemos por muy buenos, y ellos nos dan salud y aguas y buenas sementeras y temporales y victorias cuantas queremos; y tenemóslos de adorar y sacrificar; lo que os ruego es que no se diga otras palabras en su deshonor». Y dese que aquello le escuchó nuestro capitán y tan alterado, no le replicó más en ello, y con cara alegre le dijo: «Hora es que vuestra majestad y nosotros nos vamos». Y Montezuma respondió que era bien; y que porque él tenía que rezar y hacer cierto sacrificio en recompensa del gran *tatacul* que quiere decir pecado, que había hecho en habernos dejar subir en su gran *cu*, y ser causa de que nos dejase ver a sus dioses, y del deshonor que le hicimos en decir mal de ellos, que antes que se fuese lo había de rezar y adorar. Y Cortés le dijo: «Pues que así es, perdone, señor».

Esta cita era imprescindible. Cortés, siempre precavido y armado con los suyos hasta los dientes, intenta temerariamente (o quizás sólo sugiere) la vía de la imposición pacífica, pero no sólo fracasa, sino que despierta la ira de Moctezuma, una figura imperial que no tiene ninguna similitud con aquélla otra aterrorizada que dibujan diversas fuentes indígenas posteriores. Y, ahora, si había sido Cortés quien lo había inducido al pecado, ¿quién era el «diablo» para Moctezuma? ¿Acaso Moctezuma se contentaría con rezar y hacer penitencia para

27. BDC, XCII , p. 174.
28. *Ibíd.*, pp. 174-175.

expiar sus pecados o se decidiría por una acción más radical y violenta? ¿Habían caído los españoles en una trampa mortífera? Y cuando esta pregunta se daba sobre el trasfondo de las paredes ensangrentadas y el hedor de los corazones quemados, se imponía una decisión inmediata por parte de los españoles. Su constante avance había ido creándoles situaciones imposibles, que imponían el imperativo de optar por soluciones increíbles. En verdad Cortés estaba acorralado, y así lo reconoce él mismo en su carta al rey, a quien escribe que en esos primeros días «enojándose (Moctezuma) nos podría hacer mucho daño, y tanto, que no hubiese memoria de nosotros, según su gran poder».[29]

Pero no sólo se daba el imperativo de la acción frente al peligro inminente, sino que el relato de Bernal Díaz del Castillo recuerda otras dos causas. La primera era que los españoles, al construir una capilla en sus aposentos, habían descubierto el tesoro del padre de Moctezuma, frente al cual Cortés y sus capitanes «no supieron que decir de tanta riqueza»; y el mismo Bernal recuerda haber creído que no había en el mundo riquezas como aquellas.[30] Se trataba de tesoros escondidos por Moctezuma, precisamente en los mismos aposentos de los españoles, y era claro que sería posible apoderarse de ellos solamente por la fuerza, por lo que los españoles guardaron en secreto tal descubrimiento. Andrés de Tapia vincula en su relato este áureo descubrimiento con la decisión de Cortés, en la mañana siguiente, de llevar a cabo una acción temeraria.[31] Y además se daba también el reconocimiento de los españoles, desde su llegada, que desde el punto de vista estrictamente militar sus posibilidades de acción se encontraban sumamente reducidas, si es que existían en general. Y así resume este punto Bernal:[32]

> ...que con quitarnos la comida o el agua o alzar cualquier puente, que no nos podríamos valer, y que mire la gran multitud de indios que tiene de guerra en su guardia (Moctezuma), y que podríamos nosotros hacer para ofenderlos o par defendernos, porque todas las casas tienen en el agua. Pues socorros de nuestros amigos los de Tlaxcala, ¿por dónde han de entrar?

29. HC, *Segunda carta-relación*, pp. 53-54.
30. BDC, cap. XCIII, p. 178.
31. Andrés de Tapia, *Relación*, pp. 102-103.
32. BDC, XCIII, p.178; Andrés de Tapia, *Relación*, pp. 102-103.

Y a todo esto se agregaban las noticias llegadas de Villa Rica sobre la muerte de soldados españoles a manos de jefes indios que seguían fieles a Moctezuma, y que entre los muertos se encontraba nada menos que el mismo capitán Juan de Escalante, que había quedado al frente de los españoles en Veracruz. ¿Era esta la nueva, o quizás simplemente la verdadera estrategia de Moctezuma? Con sus líneas logísticas en peligro, la tensión era enorme entre los españoles, que además comprendían perfectamente que la fina máscara de los *teules* ya no podía protegerlos y que los líderes aztecas sabían que eran raros, diferentes, poderosos, pero mortales y atrapados. Era la misma situación límite a la que se habían ido acostumbrando, entre la gloria y la riqueza, por un lado, y la muerte, por otro. O en palabras de Bernal al hablar de aquellos primeros días en Tenochtitlan, los soldados sentían el dulzor del oro, pero la muerte al ojo.[33] Y es entonces que los capitanes y algunos soldados se le acercaron a Cortés, entre ellos el mismo Bernal, que así lo relata, y lo urgieron a actuar de inmediato y capturar al mismo Moctezuma.[34] Cortés no lo recuerda así, acorde con su versión la decisión fue exclusivamente suya.[35] ¡Cuánto saldría ganando la historiografía si no existiera la egolatría!, aunque si bien los testimonios serían mucho más unánimes, la historia seguramente sería algo más aburrida.

Pero del dicho, ya sea de Cortés o de sus capitanes, al hecho; aunque esta vez se trataba de un salto mortal. Cortés relata que dejando guardia armada en puntos estratégicos, «me fui a las casas de dicho Mutezuma».[36] Bernal, mucho más generoso en el detalle, especialmente cuando ello echa luz sobre su propio rol y el del resto de los españoles, dándole a toda la empresa un carácter más colectivo, escribe que Cortés fue con cinco capitanes y con el mismo Bernal y, además, con Marina y Aguilar, los traductores, algunos a caballo y todos

33. BDC, XCIII, p. 178.

34. *Ibíd.*, XCIII, p. 178-179. También Aguilar recuerda que fueron los capitanes quienes indujeron a Cortés a capturar a Moctezuma, aunque agrega que éste lo rechazó hasta que recibió las noticias sobre los ataques a su gente en Veracruz (Aguilar, *Relación*, p. 82).

35. HC, *Segunda carta-relación*, p. 54. Andrés de Tapia le otorga la iniciativa a Cortés (Andrés de Tapia, *Relación*, p. 103).

36. HC, *Segunda carta-relación*, p. 54.

armados completamente.[37] Pero como siempre estaban armados de tal manera, también cuando iban a visitar a Moctezuma, no temían despertar por ello las sospechas del emperador. Más aún, se preocuparon por avisarle de antemano que iban a visitarlo. Moctezuma aceptó la visita, aunque según Bernal Díaz del Castillo comprendía que Cortés venía enojado por lo de la guerra que había tenido lugar en las cercanías de Vera Cruz, en la Almería. Pero, según el soldado-historiador, Moctezuma «no lo tenía en una castañeta», o sea que no le daba importancia alguna.[38] Y a pesar de que esta apreciación de Díaz del Castillo bien puede ser la acertada, no deja de parecernos sumamente extraño el que, luego de lo sucedido en Cholula, Moctezuma no hubiera tomado más precauciones.

Parecería que los había dejado entrar a la gran Tenochtitlan para jugar con los españoles como el gato con el ratón, al comenzar, en un primer movimiento, a cortar las líneas logísticas de los españoles, pero su sorpresa sería mayúscula. Las versiones de Bernal y de Cortés difieren al dar los detalles de este momento dramático, reflejándose en la de Bernal un Cortés más violento e impositivo, en tanto Cortés, en su carta al Rey, evita, así lo dice expresamente, tratar aspectos que considera irrelevantes, o quizás inconvenientes.

Según Cortés, el encuentro comenzó en un ambiente muy cordial y Moctezuma, inclusive, le otorgó a él personalmente una de sus hijas, y las hijas de algunos de sus señores a los capitanes de Cortés.[39] Esto podría ser índice de que si bien había rechazado la supeditación implícita en la exigencia de renegar de sus dioses y aceptar el cristianismo, Moctezuma podía estar interesado en alguna clase de pacto con los españoles o, por lo menos, en no violentar la situación y quedar a la espera del momento oportuno, en la inteligencia de que el paso del tiempo actuaba a su favor. Pero debemos señalar que Bernal, que también estuvo presente, no recuerda estos ofrecimientos de Moctezuma en absoluto. Y entonces coinciden las dos versiones en que Cortés le relató a Moctezuma que tenía pleno conocimiento de

37. BDC, XCV, p. 182. Andrés de Tapia escribe que con Cortés fueron treinta españoles y otros más esperaban en un patio interno del palacio y en sus afueras (Andrés de Tapia, *Relación*, p. 103).

38. BDC, XCV, p. 182.

39. HC, p. 54.

lo que había sucedido en Almería y que aquellos que habían atacado a los españoles le echaban la culpa al mismo emperador y explicaban que él había sido quien había dado tales órdenes. Cortés escribe que, a pesar de ello, él dijo que no podía creer que Moctezuma fuera culpable, y que por ello exigió que trajera a la ciudad a los culpables para castigarlos. Moctezuma así lo hizo enviando sus mensajeros a tal misión, pero entonces Cortés dio el paso decisivo y le solicitó que «él estuviese en mi posada hasta tanto la verdad se aclarase», aclarándole que él no estaría preso sino que gozaría de toda libertad y de los servicios usuales que se le otorgaban y podría seguir mandando.[40] En su relación al rey, Cortés salta olímpicamente por encima del dramatismo y los detalles del secuestro, que no presenta como tal:

> acerca de esto pasamos muchas pláticas y razones (con Moctezuma), que serían largas para las escribir, y aún para dar cuenta de ellas a vuestra alteza, algo prolijas, y también no sustanciales para el caso, y que por lo tanto no diré más que finalmente él dijo que le placía de se ir conmigo...[41]

La versión de Bernal es mucho más detallada, y acorde con la misma Cortés puso a Moctezuma frente a la opción de la guerra y la destrucción de Tenochtitlan o entregarse por su propia voluntad. Más aún, en caso de que se resistiera y comenzara a gritar dando la alarma, le advirtió que sería muerto de inmediato. Moctezuma «estuvo muy espantado y sin sentido», recuerda Bernal, pero a pesar de ello rechazó la exigencia de aceptar de buena gana su secuestro.[42] La situación era más que peligrosa para ambos personajes. Los capitanes de Cortés, parecería que con menos nervios que los de acero de su capitán, o más posiblemente acorde con una puesta en escena ya preparada de antemano, exigieron coléricamente y en voz alta llevarlo por la fuerza o matarlo (¿qué podrían ganar con su muerte? Nada, y perderlo todo) La Malinche se encargó de explicarle a Moctezuma que si no iba con ellos se le dejaría muerto. Pero tampoco entonces cedió Moctezuma y, en lugar de ello, propuso que sus dos hijas y sus hijos legítimos fueran llevados como rehenes hasta que él castigara a los jefes que

40. Ídem.
41. Ídem.
42. BDC, XCV, p. 182. La misma versión en Andrés de Tapia, *Relación*, p. 103.

habían atacado a los españoles, y argumentó aún: «¿Que dirán mis principales si me viesen llevar preso?». Pero frente a la férrea negativa de Cortés no tuvo más remedio que aceptar el cautiverio.[43] A partir de ese momento se impuso la colaboración, puesto que cualquier actitud diferente, creyó comprender Moctezuma, hubiera sido optar por la muerte, y parecería que quien había engrandecido el imperio con el sacrificio de tanta gente, no consideraba precisamente que el sacrificio propio era necesario en aras de la salvación del mismo. Aunque bien es posible que se tratara de un compromiso inevitable, esperando el momento adecuado para actuar, aunque éste parecería alejarse cada vez más. De todas formas, sus planes originales, fueran los que fueran, quedaban desbaratados, en tanto un amenazante signo de interrogación parecía delinearse por encima del destino personal del *huey tlatoani* y de la misma Tenochtitlan.

Cuando Moctezuma se resignó a colaborar, Cortés y los capitanes comenzaron a acariciarlo solicitándole por merced que no se enojara con ellos y que informara a sus capitanes y a los de su guardia que se iba con los españoles por su propia voluntad, puesto que el dios Huitzilopochtli le había dicho que eso era lo «que convenía para su salud y guardar su vida».[44] Era la increíble alquimia del pragmatismo: con el cambio en la postura de Moctezuma, las amenazas brutales se transforman en caricias, y Huitzilopochtli es invocado maquiavélicamente para apaciguar al pueblo.

Los señores aztecas, descalzos y llorando, lo llevaron a su cautiverio. La ciudad se conmocionó, pero Moctezuma mandó mantener la calma y no hacer absolutamente nada.[45] El régimen imperial autocrático centrado en la figura imponente (y ahora impotente) de Moctezuma, la absoluta concentración del poder en la figura del emperador,

43. BDC, XCV, p. 183. Para un versión completamente diferente del secuestro de Moctezuma por Cortés véase Francis J. Brooke, «Moctezuma Xocoyotl, Hernán Cortés, and Bernal Díaz del Castillo: The construction of an Arrest», en *The Hispanic American Historical Review*, vol. 75, n. 2 (May, 1995), pp. 149-183. Brooke considera que Cortés no capturó a Moctezuma en noviembre de 1519 sino solamente a fines de abril de 1520, y ello impulsado por la llegada de Narváez (pp. 166-167). Hugh Thomas presenta un análisis detallado, como siempre a lo largo de su libro, de las diversas versiones de las múltiples fuentes relativas al encuentro entre Cortés y Moctezuma (*La conquista de México*, *ob. cit.,* pp. 321 y ss.).

44. BDC, XCV, p. 183.

45. Ídem.

era precisamente lo que hacía posible la captura del imperio de un mero zarpazo de audacia casi suicida. La gente lloraba, pero obedecía. Estaba prisionero, pero obedecían. Era el *huey tlatoani*, era Moctezuma.

La versión que recibimos de los informantes de Sahagún, escueta y lacónica, difiere en todo de la de los españoles recientemente relatada. Pero si sus palabras son contadas ganan, en cambio, veracidad por el mero hecho de recontar lo que dijeron uno por uno todos los señores de otras ciudades y los principales de Tenochtitlan que se encontraban presentes. Además relata acontecimientos en los que tomaron parte todos los habitantes de la ciudad. Todo lo relativo al secuestro, en cambio, se resume en una frase: «¡Cuando fue preso Motecuhzoma, no más se escondieron, se ocultaron (los señores y los principales), lo dejaron en abandono con toda perfidia...!».[46] O sea que se comenzaba a resquebrajar la unidad de la élite tenochca y azteca, lo que muy posiblemente es expresión de divergencias previas, a las que aún nos referiremos. Pero, de una forma u otra, Moctezuma acompañó a Cortés junto con el señor de Tlatelolco, y el resto de los señores y los principales, lloraran o no, quedaron atrás. Y en lo que se refiere a la obediencia (relativa) que se le continuó prestando, muy posiblemente se dio tanto en función de la continuidad de su poder supremo, para muchos, y del temor frente a los españoles, para otros. La versión de Sahagún no deja las cuestiones solamente entre Cortés y sus capitanes, por un lado, y Moctezuma por otro, sino que además de resaltar la escisión en la élite de Tenochtitlan también apunta al terror sembrado por los españoles, para más seguridad, entre los tenochcas:[47]

> Y así las cosas, luego se disparó un cañón: como que se confundió todo. Se corría sin rumbo, se dispersaba la gente sin ton ni son, se desbandaban, como si los persiguieran de prisa. Todo esto era así como si todos hubieran comido hongos estupefacientes, como si hubieran visto algo espantoso. Dominaba en todo el terror, como si todo el mundo estuviera descorazonado. Y cuando anochecía, era grande el espanto, el pavor se pendía sobre todos, el miedo dominaba a todos, se les iba el sueño por el temor.

46. Sahagún, *Versión del texto náhuatl*, libro XII, cap. 16, p. 776.
47. Ídem.

La pericia de Cortés en la manipulación psico-mitológica no era novedad alguna, ni tampoco sus fórmulas básicas que aunaban diversas dosis de terror con otras de condolencia y esperanza para sus enemigos. Y en verdad, luego de su captura, Cortés y los españoles continuaron posibilitándole a Moctezuma, ya en su palacio-prisión, todos los placeres de que disfrutaba previamente aunque, claro está, que bajo una guardia constante. Más aún, seguía gobernando, rodeado por grandes señores, consejeros y capitanes y recibiendo embajadores y tributos. Y era realmente surrealista el que los embajadores, o los grandes caciques de lejanas tierras que llegaban a presentar sus problemas a Moctezuma, se quitaban sus ricas mantas, se ponían túnicas de henequén y se acercaban al gran emperador-prisionero descalzos, bajando sus ojos y en medio de reverencias.[48] Como si nada hubiera pasado. Y cuando sus familiares le preguntaban si acaso era necesario salir a la guerra, Moctezuma los tranquilizaba y les explicaba que había venido a su nuevo aposento solamente por unos días.[49] Y quizás así lo pensara en verdad. Todo parecía indicar que Cortés logró apaciguar a Moctezuma en ese momento decisivo, y por medio de él a sus capitanes, haciéndoles creer que sería liberado en el momento que los culpables del ataque a los españoles fueran castigados; en tanto Moctezuma, por su parte, le daba tiempo al tiempo, comprendiendo que aunque fuera prisionero, Cortés dependía, a final de cuentas, de su voluntad y de su capacidad para mantener a raya a los principales del reino y evitar la confrontación. Y quizás, en medio de todos los cálculos maquiavelistas que pululaban en tales circunstancias, hubiera, en la élite azteca, quien pensara dos veces antes de salir contra Moctezuma por considerar que ahora contaba con el respaldo de los españoles.

La coalición Moztezuma-Cortés y el malinchismo

A mediados de noviembre de 1519 se consumó el secuestro de Moctezuma, y durante los próximos siete meses los españoles disfrutaron de un período de relativa tranquilidad (seguro que en relación

48. BDC, cap. XCV, pp. 183-184
49. *Ibíd.*, p. 183. Andrés de Tapia, *Relación*, p. 103.

con los pasados meses de cruentas batallas y los primeros y dramáticos días en Tenochtitlan), que fue aprovechado por Cortés para afianzar su conocimiento y su dominio de la situación. Y el conocimiento fue ante todo de aquello que relucía y que los había deslumbrado aún antes de verlo. Según las versiones de los españoles, y claro está que predominantemente la de Cortés, Moctezuma colaboraba voluntariamente y accedió de buena gana a entregar todo el oro que poseía en diversos lugares. Los informantes de Sahagún agregan algo del detalle:[50]

> Inmediatamente fue desprendido de todo los escudo el oro, lo mismo que de todas las insignias. Y luego hicieron una gran bola de oro, y dieron fuego, encendieron, prendieron llama a todo lo que restaba, por valioso que fuera: con lo cual todo ardió.
> Y en cuanto al oro los españoles lo redujeron a barras...como si fueran bestezuelas, unos a otros se daban palmadas: tan alegre estaba su corazón.

Además Cortés adquirió un conocimiento detallado de los lugares donde se encontraban las minas, y envió a su gente, junto con guías de Moctezuma, a explorar esos lugares. Lo mismo hizo con respecto a las costas del golfo, dibujando sus mapas con la intención de ubicar los lugares más adecuados para levantar los puertos y facilitar la incursión de los navíos. Era evidente que Cortés ya se veía como dueño y señor y preparaba el acceso de refuerzos españoles, de la institucionalización de la conquista y la explotación organizada del botín. Pero la capacidad de Cortés para captar siempre la realidad en toda su complejidad no le daba tregua alguna en su necesidad de confrontarse con la misma, y acorde con ello dio órdenes para comenzar la construcción de dos bergantines que los liberaran del peligro de que la trampa tenochca se cerrara en caso de que los puentes fueran elevados. A la vez que se deleitaba de sus increíbles logros se preparaba para la peor de las opciones. Y es que sabía que si bien contaba en esos momentos con la colaboración de Moctezuma había forzado la situación hasta sus límites máximos. Su sensación de poder se nutría de dos intrépidas acciones. Por un lado el haber logrado capturar a Moctezuma, captura que había sido presentada por el monarca como una visita que llevaba a cabo por su propia voluntad, pero ¿qué pasa-

50. Sahagún, *Versión del texto náhuatl*, libro XII, cap. 16, p. 776.

ría si le cambiaba la «etiqueta», o si los nobles no aceptaban continuar con la farsa, o si la oposición a Moctezuma lograba predominar? Y la segunda de las acciones, a las dos o tres semanas de haber capturado a Moctezuma, haber logrado salir airoso de la enorme prueba de quemar en Tenochtitlan, en un acto público, a los responsables de la muerte de los españoles en Veracruz, Qualpopoca, junto a sus hijos y a quince caciques más. Y todo esto presenciado por Moctezuma encadenado.[51] Eso ya no era parte del protocolo de la «visita» y significaba y manifestaba públicamente la supeditación del *tlatoani*. Cortés convertía cada logro en un escalón más para seguir ascendiendo y para seguir forzando la situación hasta sus más extremos límites; y ya en Tenochtitlan, sentía urgencia por consolidar la conquista, antes de que llegaran refuerzos u otras fuerzas españolas. Quería para sí mismo la gloria y el poder, y del tesoro ni qué hablar, mas siempre se encontraba en una competencia incesante contra el tiempo. No era cuestión solamente de lograrlo, sino de lograrlo a tiempo.

Pero si bien era claro que salió airoso de ambos lances, no era menos claro el descontento que cundía entre la nobleza y los sacerdotes mexicas. Luego de la ejecución por la hoguera, el mismo Moctezuma expresó que no quería volver a su palacio o salir en libertad, puesto que temía la reacción de los nobles que lo presionaban para salir a la guerra, y también el que fuera depuesto y suplantado por uno de sus parientes.[52]

Independientemente de lo que hubieran sido los planes de Moctezuma cuando permitió la entrada de los españoles a Tenochtitlan, su prolongado secuestro y su actitud durante el mismo le crearon una situación prácticamente insostenible ante la élite mexica y azteca en general. Las lenguas de fuego de la hoguera en la que se consumieron los cuerpos de Qualpopoca, de sus hijos y de los caciques, amenazaban con alcanzar al mismo *tlatoani*. La muerte le asechaba no sólo de manos de aquellos que lo habían raptado, sino también de parte de aquellos que sólo en la víspera lo veneraban, adoraban y temían. Y esto es lo que explica su forzada comunidad de intereses con Cortés y su colaboración con el mismo: Cortés resquebrajó la unidad de la nobleza azteca alrededor de Moctezuma. Esto no fue algo que hizo

51. HC, *Segunda carta-relación*, p. 55.
52. Ídem.

adrede; por el contrario, todos sus planes se habían basado en la suposición que dominando a Moctezuma dominaba al imperio, y además había comprendido, muy pragmáticamente, que la rebelión en la periferia era algo que podía volver a acontecer, y que el corte de sus líneas logísticas era el presagio de la rebelión en Tenochtitlan. Y entonces, otra vez, volvió a actuar temerariamente, pero se encontraba ya en una situación límite y los resultados de sus acciones fueron minando paulatinamente la transitoria resignación de los *pipiltin*.

De hecho ya se había dado una seria escisión en la nobleza imperial de la Triple Alianza en 1515, cuando al morir en Texcoco el rey Nezahualpilli, Moctezuma logró imponer a su candidato (y sobrino), Cacamatzin, luego de haber aceptado la repartición del poder en Texcoco (de hecho) entre tres hermanos. Los otros dos, Ixtlilxóchitl y Coanacochtzin, habían logrado desafiar, exitosamente, la imposición de Moctezuma.[53]

Y las disidencias también se habían manifestado cuando Moctezuma consultó a los grandes señores para decidir cómo actuar frente al avance de los españoles, y si acaso dejarlos entrar a Tenochtitlan o no. La mayoría, liderada por su mismo hermano Cuitlahuacatzin, se opuso a su postura, pero ello no pudo impedir que Moctezuma impusiera su decisión.[54] Por cierto, el agraciado y fiel Cacamatzin se encontró entre los pocos que lo apoyaron.

De Sahagún aprendemos que estas disidencias se convirtieron en abierta oposición cuando Moctezuma, una vez preso, dio órdenes para que se le suministrara en su nuevo aposento todo lo que necesitaba (comida, carbón, cerámica, etc.): «Pero los principales a quienes mandaba esto, ya no le hacían caso, ya no le tenían acatamiento, ya no estaban de su parte. Ya no era obedecido».[55] Y parecería que esta ruptura en la élite azteca llegó a su máximo cuando Cortés, sin comprender las susceptibilidades y la trama de los intereses dentro de la élite azteca, empujó a los grandes sacerdotes a la oposición militante, al ordenar sacar a las imágenes de los dioses del Templo Mayor y poner fin a los sacrificios. Existen diversas versiones sobre este

53. Ixtlilxóchitl, *Historia de la nación chichimeca*, cap. LXXVI, pp. 220-221; *Códice Ramírez (Origen de los mexicanos)*, fragmento n. 2, pp. 211-213. Este fragmento alude al conflicto aún reinante entre los hijos de Nezahualpilli.

54. *Códice Ramírez (Origen de los mexicanos), ob. cit.,* pp. 215-216.

55. Sahagún, *Versión del texto náhuatl*, libro XII, cap. 16, p. 776.

(¿supuesto?) acontecimiento de importancia crucial. Esta imposición religiosa era importante para Cortés porque no se podía hablar del vasallaje de Moctezuma a Carlos V cuando seguía sacrificando seres humanos y seguía adorando a Tlaloc y a Huchilopochtli. Pero también fue importante para los aztecas, que si bien habían llegado al extremo de aceptar momentáneamente el secuestro de Moctezuma, no podían aceptar en ningún momento la exigencia presentada por Cortés. La casi divina imagen de Moctezuma podía verse empañada (y aun así se le servía) ¿pero la de los dioses?

De las diversas versiones sobre lo que sucedió al respecto nos parece que la más verosímil es la de Bernal, que no recuerda el que éstos ídolos hubieron sido depuestos y escondidos por los mexicas, sino que, en una especie de compromiso, lo que se hizo fue colocar las imágenes de Santa María y de San Cristóbal en un recinto aparte en el Templo Mayor.[56]

Pero, sea como fuere, todo esto condujo a una escisión definitiva dentro de la élite mexica. Políticamente era un revés más para los nobles que muy difícilmente podían contemporizar con él, pero para los sacerdotes era un golpe de gracia. Cortés había logrado todo lo que quería y todo lo que había ansiado, mas a pesar de ello continuaba compitiendo temerariamente con el tiempo de España y de los españoles del Caribe y ello lo llevaba a forzar definitivamente la situación.

Finalmente la situación llegó a su punto álgido con el intento conspirativo del otrora «fiel y agraciado» Cacamatzin, sobrino de Moctezuma y señor de Texcoco, de dar comienzo a la insurrección y a la rebelión. Por cierto, es significativo del descrédito total del otrora casi divino señor de Tenochtitlan, el que se tratara del mismo Cacamatzin que lo había apoyado al permitir la entrada de los españoles; y quizás ello fuera indicativo de que los que se le estaban dando vuelta eran precisamente los que constituían el círculo de sus súbditos más leales y cercanos. Quizás fuera ésta su única salida para salvarse a sí mismos ante la creciente presión de los círculos más amplios de los *pipiltin* y de los sacerdotes. Pero la coalición Moctezuma-Cortés logró salir airosa de este desafío, y el que tramó y preparó la celada

56. BDC, cap. CXII, p. 208.

contra Cacamatzin fue el mismo *huey tlatoani*, el mismo Moctezuma que le explicó a Cortés como actuar y como dejar de actuar, tal cual lo relata detalladamente López de Gómara.[57] Y póngase atención a que estamos hablando de la coalición política entre ambos. Por alguna razón parte de los historiadores abandonan el análisis político cuando se trata de casos como éste, y nos hablan del poder fascinante de Cortés o de la actitud imposible de explicar de Moctezuma o del efecto de identificación de los secuestrados con sus captores. Pero a final de cuentas, a estas alturas se trató de una coalición política elemental frente a enemigos comunes; aunque esta visión quizás nos imponga una revisión en esta historia de quién fue la o el verdadero Malinche, acorde con la posterior acepción del término en México.

En fin, con un aliado como Moctezuma, Cortés tuvo también suficiente tiempo para deleitarse de todo lo que sus ojos veían en Tenochtitlan. Tal cual se lo escribe a Carlos V, se trataba de una ciudad imposible de describir, porque aunque se dijera sólo un poco de ella, despertaría tanta admiración que sería increíble, y ni ellos mismos, allí, en Tenochtitlan, podían captar y comprender lo que veían sus ojos.[58]

Pero resulta que el destino, inesperado como un rayo en cielos despejados, y el iracundo y casi olvidado Gobernador de Cuba que perseguía a Cortés con su venganza, y para mayor seguridad con la poderosa flota que había enviado en pos suyo, desbarataron lo que parecía el seguro cauce del sometimiento del imperio azteca a manos de Cortés, inclusive en las tan difíciles circunstancias en las que se encontraba. Pánfilo de Narváez llegó con 18 naves, 800 hombres, 80 caballos, y 12 piezas de artillería. Una fuerza enorme, fresca y decidida, que nos viene quizás a recordar que, tarde o temprano, el imperio azteca hubiera sido presa, fácil o difícil, pero presa al fin, de los europeos que seguían el sendero aurífero como atraídos por un poderoso imán de oro.[59] Ahora Cortés tenía el frente de lucha en su retaguardia. La nueva configuración geo-militar frente a la que se encontraba no era envidiable, y salvando todas las diferencias, se puede decir que

57. *Ibíd.*, cap. C, 193-197. Andrés de Tapia, *Relación*, pp. 105-106. López de Gómara, *La conquista de México*, pp. 171-173.

58. HC, *Segunda carta-relación*, p. 62.

59. Andrés de Tapia, *Relación*, p. 113.

se encontraba en una situación algo similar a la que había tenido que enfrentar el mismo Moctezuma en su momento. Y los aztecas ya sabían de Narváez y, si Cortés se iba a la costa con parte de sus soldados, nadie podía saber qué pasaría en Tenochtitlan. Por otro lado, Cortés no podía quedarse y simplemente esperar que Narváez llegara, trayendo consigo a todos aquellos pueblos indios que quisieran aprovechar la nueva circunstancia. Sus primeros y fieles aliados totonacas, con «el cacique gordo», tal cual llamaban los españoles al señor de Cempoala, ya se habían pasado al bando de Narváez, y Cortés escribe que fue informado de que «toda la gente de los naturales de la tierra estaban levantados y hechos con el dicho Narváez».[60]

Pero Cortés tampoco podía enviar a alguno de sus capitanes. Los resultados podían ser no tan inesperados para la persona que había traicionado al gobernador y sabía muy bien de lo relativo de las lealtades, más aún cuando sabía que Narváez intentaba atraerse a los soldados de Cortés, utilizando tanto la promesa de mercedes como la amenaza del castigo. Cortés era plenamente conciente de los peligros de este tipo de maquinaciones maquiavélicas, al grado que luego de resolver partir personalmente hacia la costa, dejó en Tenochtitlan aquellos de los suyos que consideraba como «hombres sospechosos».[61]

Afrontando una situación en algunos aspectos similar a la que enfrentó Moctezuma cuando él mismo había llegado a las costas del imperio, Cortés sí decidió salir con setenta soldados, a los que se les agregaron los españoles de Cholula y de Veracruz. Podía confiar sólo en sí mismo para medirse con Narváez y evitar la traición. Pero, por otro lado, lo problemático de la situación en Tenochtitlan se expresaba en el hecho de que, a pesar de haber pasado siete meses desde que capturó a Moctezuma, no podía tener una fuerza tenochca a su servicio. Por el contrario, al poco tiempo de salir hacia la costa se enteró, acorde con su testimonio, de que Moctezuma ya había entrado en tratos con Narváez. Mas aún, inclusive sus fieles aliados de Tlaxcala rehusaron, acorde con Bernal, agregar a sus soldados a la guerra contra los españoles de Narváez, que tenían también ellos caballos y cañones.[62]

60. HC, p. 72.
61. BDC, cap. XCV, p. 222.
62. Ídem.

En la ciudad dejó a Pedro de Alvarado a cargo de la situación, pero el peligro era enorme. Cortés siempre estuvo pendiente del efecto psicológico de sus acciones, y a menudo llevó a cabo las más temerarias de ellas, precisamente para evitar el detrimento de la imagen española a ojos de los indios. No puede ser que no fuera consciente del efecto en Tenochtitlan de la aparición de su rival en el golfo y de la salida de tropas y de él mismo de la ciudad. Imposible que no tomara en cuenta una posible rebelión, y debido a ello se llevó consigo, como rehenes, a algunos de los principales señores de Moctezuma. En su segunda carta- relación a Carlos V deja muy claro lo dramático de la situación:[63]

> Porque yo estaba en aquella ciudad y en ella tenía preso a aquel señor, y tenía mucha suma de oro y joyas, así de lo de vuestra alteza como de los de mi compañía y mío; lo cual yo no osaba dejar, con temor que salido yo de la dicha ciudad la gente se rebelase y perdiese tanta cantidad de oro y joyas, y tal ciudad, mayormente que perdida aquella, era perdida toda la tierra.

Cortés debía salir para medirse con Narváez antes de que fuera demasiado tarde, pero el peligro de la rebelión y de la pérdida de todo el botín era patente. Ya tenía en sus manos el poder y el oro, y ya había dado sosiego a su enfermo corazón; y no era precisamente Cortés quien se resignara a perderlo todo. Y si esto no era suficiente problema e incentivo para una acción decidida, Cortés también nos relata que sabía que Narváez traía órdenes de ahorcarlo a él y a algunos de sus capitanes.[64] Bueno, pues no era cuestión para dejar pendiente. Cortés decidió llevarse a los rehenes, dejar a Alvarado con 500 soldados, aclarar que por ningún motivo debía liberarse a Moctezuma, elogiar a sus soldados y ofrecerles mercedes de oro de lo que era su propia parte del botín («con grandes dádivas de oro que nos das y ofrecimientos que nos haría ricos, a todos nos atraía para que estuviésemos con él», recuerda Bernal,[65] y amenazar a Moctezuma y a los suyos que no hicieran nada para que « después que volvamos tengan

63. HC, *Segunda carta-relación*, p. 72.
64. *Ibíd.*, p. 74.
65. BDC, cap. CX, p. 214.

los revoltosos que pagar con las vidas».[66] Pero, aparte de todo esto, ¿dejó Cortés otras órdenes precisas para evitar la posible insurrección? Y podemos prolongar aún más esta interrogante: ¿lo hizo posteriormente cuando, ya en su camino a la costa, se enteró de los tratos de los emisarios de Moctezuma con Narváez?[67] Sería imposible pensar que no puso a Alvarado al tanto de ello, siempre y cuando esta información de Cortés fuera verídica. Y para ponerlo más claro: ¿acaso sus órdenes fueron las mismas que había dado en Cholula, o sea la emboscada traicionera y la matanza indiscriminada, de antemano, de la élite tenochca? Por estas tierras americanas se dice que «a quién madruga Dios lo ayuda», pero para que este dicho sea relevante a nuestra narrativa debemos también recordar aquél otro que los soldados españoles pregonaban por Italia: «Con Dios en el pecho y el diablo en los hechos».

El 10 de mayo abandonó Cortés Tenochtitlan para medirse otra vez con un destino (las circunstancias que debía confrontar) al que siempre lograba sobreponerse, y así fue también en esta oportunidad, apenas a los dieciocho días de haber dejado la ciudad. Una enorme temeridad, un gran sentido pragmático de todo lo que era posible y necesario hacer. Espías, el soborno de algunos de sus enemigos, entre ellos nada menos que los mismos artilleros (el oro, siempre el oro), la pericia militar y su coraje y decisión de siempre, volvieron a darle a Cortés otra gran victoria, esta vez sobre Narváez, quién estaba muy lejos de las dimensiones necesarias para convertirse en contrincante suyo. Y cuando Narváez, prisionero y herido en uno de sus ojos, lo elogió por su victoria, Cortés le respondió desdeñosamente que «una de las menores cosas que en la Nueva España he hecho es prenderle y desbaratarle».[68]

No entramos a todo el detalle que Bernal nos otorga de la nueva hazaña de este héroe español, que si hubiese pertenecido al mundo azteca seguramente hubiera sido elevado, a su debido tiempo, como Mixcóatl o Huitzilopochtli lo fueron previamente, al grado de divinidad. Pero el liderazgo azteca no lo consideraba un dios, tal cual lo explicitamos previamente, y no sólo ello, sino que apenas a la semana

66. *Ibíd.*, p. 221.
67. HC, *Segunda carta-relación*, pp. 73-74 y 76.
68. BDC, CXXII, p. 240.

de haber abandonado Tenochtitlan había sucedido todo lo que más temía que pudiera suceder. No los consideraban dioses, los sabían hombres, y los querían matar: era la insurrección, el águila cautiva levantaba vuelo, aunque en circunstancias muy especiales, luego de que le habían arrancada sus plumas más vistosas.

Capítulo 6
El vuelo del águila y la noche triste: Tenochtitlan no es Cholula

Luego de su victoria Cortés se dedicó a «pacificar» la región y las ciudades que se habían visto involucradas en la ofensiva de Narváez y, además de ello, se apresuró a enviar un mensajero a Tenochtitlan para comunicarle a los españoles las felices nuevas. A los doce días volvió el mensajero trayendo consigo las nuevas de Tenochtitlan, que no eran nada felices. Pero nosotros nos adelantaremos al mensajero y acompañaremos los acontecimientos en la misma ciudad desde que Cortés la abandonó.

Todo aconteció a apenas una semana de haber partido Cortés. Fue similar a lo de Cholula. Los mexicas llevaron a cabo una gran celebración religiosa en honor de Huitzilopochtli, a pedido de Alvarado (según la versión indígena de Sahagún) o con su permiso (según versiones españolas), y en medio de la misma, cuando unos seiscientos de sus señores y capitanes, desarmados todos ellos, festejaban bailando en el Templo Mayor, se llevó a cabo la matanza. Dejemos la palabra a los informantes de Sahagún[1]:

> Los españoles al tiempo que les pareció convenible salieron de donde estaban, y tomaron todas las puertas del patio para que no saliese nadie, y

1. Sahagún, *Historia General*, libro XII, cap. 20, p. 738. Para la traición de Alvarado véase también Ixltilxóchitl, *Historia de la nación chichimeca*, cap. LXXXVIII, pp. 260-263. López de Gómara, escribe, refiriéndose a Alvarado, «sin duelo ni piedad cristiana, los acuchilló y mató, y quitó lo que tenían encima» (*La conquista de México*, p. 230).

> otros entraron con sus armas y comenzaron a matar a los que estaban en el areito, y a los que tañían les cortaban las manos y las cabezas, y daban de estocadas y de lanzadas a todos cuantos topaban, y hicieron una matanza muy grande, y los que acudían a las puertas huyendo de allí los mataban […] corría la sangre por el patio como el agua cuando llueve, y todo el patio estaba sembrado de cabezas y brazos, y tripas, y cuerpos de hombres muertos: por todos los rincones buscaban los españoles a los que estaban vivos para matarlos.

Era otra muestra del pragmatismo español, sólo que en esta oportunidad la efectividad brilló por su ausencia. Volvieron sobre la receta de las matanzas en La Hispaniola, Cuba, Darién y Cholula, pero en esta ocasión era Tenochtitlan. Lo que falló fue la incomprensión de que si habían venido dominando la situación era debido al atrevido secuestro de Moctezuma, a quién instrumentaban para mantener la paz y la colaboración, y que al perpetrar la matanza estaban quemando, junto con los indios, su carta de triunfo. O sea que para los mexicas ya no tenía sentido seguir confiando y obedeciendo a Moctezuma: o porque estos eran los resultados, o porque el mismo Moctezuma era un traidor. Y en verdad, de un sólo y mismo golpe se desmoronó el poder autocrático y paralizante de Moctezuma, y el águila azteca levantó vuelo. Vino la insurrección popular y espontánea de los mexicas: «Cómo salió la fama de este hecho por la ciudad, comenzaron a dar voces diciendo ¡a la arma!, ¡a la arma!, y luego a estas voces se juntó gran copia de gente todos con sus armas, y comenzaron a pelear contra los españoles».[2] Y cuando Moctezuma, posteriormente, salió a apaciguarlos obligado por sus captores, le lanzaron gran cantidad de piedras y, acorde con las fuentes españolas, murió de los golpes.[3] Pero aunque hubieran sido los mismos españoles los que lo mataron, según lo afirma Durán[4], de todos modos también ello vendría a demostrar que en la situación que crearon ya no podían instrumentar provechosamente a Moctezuma. Y esta vez se trataba de un levantamiento popular; no era el secreto y supuesto envenenamiento de Tizoc por parte de algunos de sus contrincantes de la nobleza mexica, unos treinta y cinco años atrás. Más aún, en el

2. Sahagún, *Historia general*, libro XII, cap. 20, p. 738.

3. BDC, cap. CXXVI, p. 253. Ixtlilxóchitl, *Historia de nación chichimeca*, cap. LXXXVIII, p. 262.

4. Durán, *Historia de las Indias*, tomo II, cap. LXXVI, p. 556.

Códice Ramírez se escribe sobre la matanza de «todos los mas, los señores principales del imperio» perpetuada por los españoles, y Durán escribe sobre «la mayor y más atroz (matanza) que se cometió en esta tierra, por ser cometida contra la flor y nobleza de México, donde murieron tantos y tan ilustres varones»[5], o sea que también se dio el descabezamiento de gran parte de la jerarquía mexica, lo que incentivó definitivamente la irrupción popular. Era el pueblo, liderado por parte de la nobleza sobreviviente y por los sacerdotes, contra los españoles y contra Moctezuma y sus colaboradores. Quizás en alas de sus mitos, pero parecería que desdeñaban la canonizada mitología del poder que se personificaba en la figura de Moctezuma. Y, en verdad, a la par de poner sitio a la residencia de los españoles, una de las primeras acciones que llevaron a cabo los rebeldes fue la de perseguir y matar a todos aquellos que servían a Moctezuma y a sus familiares cercanos, a sus hijos y a sus mujeres, identificándoseles por unos bezotes de cristal que lucían o por sus mantas delgadas.[6] Era el resquebrajamiento de la élite mexica, inclusive dentro de la misma familia de Moctezuma: su hermano Cuitláhuac, señor de Iztapalapa, quien se había opuesto a la entrada de los españoles, tomó su lugar en un principio, y luego de su muerte llegó el turno de Cuauhtémoc, su sobrino y uno de los líderes de la rebelión. Según los *Anales Históricos de Tlatelolco* fueron los sacerdotes aquellos que encabezaron la rebelión popular contra Moctezuma y los suyos, y exigieron la muerte de todos los colaboradores de Moctezuma, que también lo habían sido, de hecho, de los españoles:[7]

> los tenochcas empezaron a matarse entre ellos. En el año Tres - Casa mataron a sus señores […] y a los hijos de Motecuhzoma, Axayacatl y Xoxopeualloc, también los mataron. Cuando los tenochcas se sintieron perdidos, sencillamente se querellaron entre ellos, se mataron entre ellos, y por esa razón, esos señores, fueron asesinados. […] Fueron los sacerdotes, los grandes sacerdotes, nuestros hermanos mayores quienes hicieron matar a esas gentes. Pero otros grandes dignatarios montaron en cólera porque habían hecho matar esos señores.

5. *Códice Ramírez (Origen de los mexicanos)*, fragmento n. 2, p. 223; Durán, *Historia de las Indias*, tomo II, cap. LXXV, p. 549.

6. Sahagún, *Versión del texto náhuatl*, libro XII, cap. XX, p. 781

7. *Anales históricos de Tlaltelolco*, en Georges Baudot, Tzvetan Todorov, *Relatos aztecas de la conquista*, Grijalbo, México, 1983, pp. 190-191.

Si bien Moctezuma y los suyos podían jugar con la ilusión de la continuidad del poder imperial, y quizás también con las infinitas posibilidades de la alquimia de la mitología del poder que todo lo explicaba convirtiendo lo que parecería la traición en designio divino, para los sacerdotes era claro que su mundo se derrumbaba. La matanza en el máximo día festivo de Huitzilpochtli los lanzó a la lucha. «Finalmente cayeron sobre nosotros, nos pisotearon, cuando el Toxcátl (el mes en que se perpetuó la matanza)», recuerdan y argumentan su insurrección contra Moctezuma.[8]

No cabe dudas de que la posibilidad de un levantamiento mexica, en medio de la situación que se creó con la aparición de Narváez, había sido real, y tanto Cortés como Alvarado fueron conscientes de ello. Cortés había tomado sus precauciones, como ya lo vimos, mas en ningún lugar se menciona nada que lo relacione con la masacre, aparte de Durán, que considera que el mismo Cortés se encontraba en Tenochtitlan.[9] Más aún, Bernal relata que Cortés, al volver, se enojó enormemente con Alvarado, cuando éste le explicó el por qué de la matanza, y le dijo enojado que «era muy mal hecho y gran desatino», y en el original de su manuscrito Bernal agregó, en nombre de Cortés: «e poca verdad».[10] Según Bernal, Alvarado alegó que sabía que los mexicas querían llevar a cabo las celebraciones de Huitzilopochtli para salir de inmediato a la guerra, a lo que Cortés respondió que entonces para que les había dado el mismo Alvarado permiso para los festejos.[11] No cabe duda de que tampoco Bernal le creyó. El mismo Pedro de Alvarado volvió a alegar posteriormente estos argumentos en su juicio de residencia, pero agregó, además, que hubo un pleito con los indios porque sacaron la imagen de Nuestra Señora, y que entonces mataron a un español, hirieron al propio Alvarado y comenzó la pelea.[12]

8. *Ídem*.

9. Durán, *Historia de las Indias*, tomo II, cap. LXXV, p. 547. En el cap. LXXVI, p. 553, Durán considera que Cortés no hubiera podido entrar en Tenochtitlan con toda su gente al volver de su triunfo sobre Narváez por estar los tenochcas en guerra y ser las entradas por los puentes limitadas.

10. BDC, cap. CXXV, p. 246, nota 85.

11. Ídem.

12. José Luis Martínez, *Hernán Cortés*, UNAM/Fondo de Cultura Económica, México, 1990, p. 265, nota 41.

Asimismo es interesante e intrigante por igual el que el mismo Cortés no escribiera en sus cartas de relación al rey nada sobre la masacre. ¿Qué explicación puede tener este silencio? ¿No quiere perjudicar a Alvarado por algún pacto desconocido, o al hacerlo se estaría incriminando también él, por haber dejado órdenes al respecto cuando se enteró de las negociaciones entre los emisarios de Moctezuma y Narváez? Es muy posible, aunque imposible establecer nada a ciencia cierta, pero la más probable causa de su silencio es que lo que le importaba en esos momentos a Cortés era echarle la culpa absoluta por todo lo ocurrido, y por haber puesto en peligro toda la conquista y el tesoro, a Narváez, y con él a Diego Velázquez, quién si bien había vuelto a perder, aún podía intentar disputarle jurídicamente lo que tanto le había costado conquistar. Además le era importante informar al rey de la traición, pero no la de Alvarado sino la de los aztecas, puesto que de tal modo podría justificar de antemano el futuro ataque a la ciudad imperial. Y en verdad, en la tercera relación que enviaría en el futuro a Carlos V, Cortés se preocuparía por escribir que[13]

> sin causa ninguna todos los naturales de Culúa, que son los de la gran ciudad de Temixtitan y los de todas las otras provincias a ella sujetas, no solamente se habían rebelado contra vuestra majestad, más aún nos habían muerto muchos hombres, deudos y amigos nuestros, y nos habían echado fuera de toda su tierra.

Era claro quiénes eran los traidores a quienes se debía castigar, y en función de ello se daba también la legitimación de las futuras acciones bélicas de Cortés. No era cuestión de confundir las cosas con la «presunta» matanza de la flor y la nata de los mexicas a manos de Alvarado: los culpables eran Narváez, Velázquez y los aztecas. Y además de ello, en la situación en que se encontró Cortés al volver a Tenochtitlan, enfrentándose a las multitudes de tenochcas encolerizados y vengativos, lo último que necesitaba era una confrontación interna con su propia gente (más aún cuando no sabía si podía contar con la fidelidad de la gente de Narváez), tal cual lo escribe López de Gómara:[14]

13. HC, *Tercera carta-relación*, p. 106, acentuación nuestra.

14. Véase la observación de López de Gómara al respecto, *La conquista de México*, p. 195.

> Cortés, aunque lo debió de sentir, disimuló para no enojar a los que lo hicieron, pues estaba en tiempo en que los iba a necesitar mucho, o para contra los indios o para que no hubiese novedad entre los suyos.

Pero volvamos a la escena tenochtitlana. Durante tres semanas los mexicas cercaron y acosaron a los españoles, privándolos de alimentos y bebida. Al enterarse de la vuelta de Cortés, con sus soldados y con nuevos contingentes de indios de Cempoala y de Tlaxcala, los mexicas insurrectos se escondieron, dejándolos entrar y reunirse con el grupo sitiado en Tenochtitlan; mas esta vez ya no había dudas: preparaban una trampa mortal y las oportunidades de los españoles no eran nada fabulosas. Durán concluye que Cortés estaba ya durante la matanza en Tenochtitlan, puesto que de no ser así no hubiera podido volver y entrar a la ciudad, pero de no habérselo permitido los aztecas éstos hubieran tenido que luchar entre dos frentes, y por ello inspiran veracidad todas las fuentes que hablan sobre su llegada posterior.

El dramático combate se prolongó durante una semana. En un principio los españoles, con el gran refuerzo de la gente de Narváez, hicieron estragos con sus tiros contra la multitud de indios que los atacaba incesantemente. Pero estos últimos comenzaron a adaptarse a la situación muy pragmáticamente, y comenzaron «a culebrear para escaparse de los tiros», recuerda Bernal, o sea a cambiar de posición constantemente para evitar el ponerse en la trayectoria recta de los proyectiles. Hubo toda clase de tácticas utilizadas por los mexicas para lograr penetrar a los palacios en los que se mantenían sus enemigos, o ponerles fuego, pero sin mayores resultados; más tampoco las acciones militares de los españoles, quienes inclusive salieron a combatir fuera de su reducto tomando por la fuerza el Templo Mayor, lograron poner fin al sitio, y su situación no inspiraba grandes esperanzas.

A pesar de que sus soldados le exigían constantemente la retirada, Cortés necesitó de algún tiempo para comprender que la situación era insoportable.[15] Pero también él lo entendió finalmente, aunque ello no implicó, en ningún momento, la resignación. Era la primera vez que perdía, y la primera y urgente interrogante era saber si se salvaban; pero la segunda, de modo nada sorprendente luego de haber

15. HC, *Segunda carta-relación*, p. 83.

acompañado a Cortés hasta aquí, sería como volver. Y además, ahí estaban la preocupación y el dolor por el oro, no fuera que tuvieran que volver a sufrir el mal del corazón. Y es que en verdad se trataba de un mal terrible, y si alguien lo pone en duda, pues veamos como con la muerte a los ojos dieron la misma vida por los lingotes de oro. Es el relato de la noche triste, de los españoles, claro está, pues las de los mexicas fueron y serían incontables.

Los españoles lograron matar gran cantidad de combatientes mexicas e infligir gran daño a la población, pero era claro que sus días en Tenochtitlan estaban contados. O que lograban romper el cerco y escaparse, o que necesariamente todos perecerían de tal o cual forma, cada una menos reconfortante que la otra: quizás frente a los incontables y valerosos mexicas, «porque ni aprovechaban tiros, ni escopetas ni ballestas, ni apechugar con ellos, ni matarles treinta ni cuarenta de cada vez que arremetíamos, que tan enteros y con más vigor peleaban que al principio», como recuerda Bernal[16]; o seguramente por el hambre y la sed: «aunque no tuviéramos otra guerra sino la hambre y necesidad de mantenimientos, bastaba para morir todos en breve tiempo» , como recuerda Cortés.[17] A esto nos referíamos cuando escribimos que quizás Moctezuma hubiera dado un paso táctico acertado al dejar entrar a los españoles a Tenochtitlan. Los mexicas, por su parte, demostrando su gran capacidad descriptiva y haciendo gala de un realismo fantástico, explicaron muy detalladamente a los españoles qué era lo que les estaban preparando. Bernal así lo escuchó[18]

> que en aquel día no había de quedar ninguno de nosotros, y que habían de sacrificar a sus dioses nuestros corazones y sangre, y con las piernas y brazos que bien tendrían para hacer hartazgas y fiestas, y que los cuerpos echarían a los tigres y leones y víboras y culebras que tienen encerrados, y que a aquel efecto ha dos días mandaron que no les diesen de comer; y que el oro que teníamos que habríamos mal gozo de él [ ] y a los de Tlaxcala que con nosotros estaban les decían que les meterían en jaulas a engordar, y que poco a poco harían sus sacrificios con sus cuerpos.

16. BDC, cap. CXXVI, p. 249.
17. HC, *Segunda carta-relación*, p. 81.
18. BDC, cap. CXXVI, p. 250.

Como decíamos, las opciones no eran nada reconfortantes. Los mexicas sabían que a final de cuentas los españoles deberían intentar la desesperada retirada de Tenochtitlan, y les dejaron una sola calzada por la que de hecho los invitaban a salir de la ciudad, aunque era claro que una cuestión sería el intentarlo y otra, muy distinta, lograrlo. Entre lo uno y lo otro se interpondrían los soldados y el pueblo mexica. Y, además, para lograr llegar a la única salida disponible de la ciudad había que conquistar y pasar ocho puentes muy grandes en lugares en que las aguas del lago eran profundas, y donde las calles por las que deberían escaparse estaban bordeadas por muchas y altas azoteas desde las que se les podría infligir enorme daño. Tenochtitlan no era Cholula.

En una de las salidas Cortés salió a atacar a los mexicas para quemar las casas cercanas a su fortaleza y apoderarse de algunos puentes tratando de asegurarse el itinerario de la salida, pero sus pérdidas fueron enormes y él mismo apenas salió con vida, al grado que en la fortaleza se dio por entendido que había muerto.[19] Parecería que Cortés tuvo la esperanza, hasta el último momento, de que no fuera necesario abandonar la ciudad, y que, infligiéndoles a los mexicas enormes pérdidas, lograría aterrorizarlos, y luego, con su fórmula clásica, perdonarlos, volviendo entonces a los viejos tiempos, tan cercanos y tan añorados, de la *pax* cortesiana: con el imperio, el oro y los indios. Pero este último revés lo hizo cambiar de opinión y aceptar las propuestas de sus capitanes y soldados que querían arriesgarlo todo para tratar de escapar del infierno tenochtitlano. Cortés comprendió asimismo que si los mexicas lograban deshacer la última calzada ya no tendría alternativa alguna: «desecha (la calzada) era forzado morir todos»...[20]

Y es ilustrativo que luego de haber escrito sobre su decisión de abandonar la fortaleza y escaparse de la ciudad, lo primero que relata Cortés es de su preocupación por salvar el oro y las joyas, del rey, de él y de los demás. Los preparativos fueron intensivos y para tratar de despistar y tomar por sorpresa a los mexicas, enviaron a uno de sus sacerdotes prisioneros proponiéndoles que los dejaran salir en ocho días más y que entonces les dejarían todo el oro. Asimismo planearon

19. HC, *Segunda carta-relación*, p. 82.
20. *Ibíd.*, p. 83.

llevarse como rehenes a hijos e hijas de Moctezuma y a señores de la región que mantenían prisioneros; pero esta fórmula usual ya no podía servirles de nada. Lo que si les sirvió de algo fue un puente portátil improvisado que debía facilitarles el paso donde los puentes habían sido destruidos. Esto era algo de importancia decisiva, y la empresa de portarlo y tenderlo fue encomendada a ciento cincuenta soldados y a cuatrocientos indios tlaxcaltecas, lo que nos da una idea de sus dimensiones.[21]

Había niebla y lloviznaba. El 30 de junio de 1520, a medianoche, los españoles emprendieron la retirada silenciosamente. Lograron tender el puente y Cortés, con el grupo que en esta oportunidad dirigía, logró pasarlo fácilmente gracias a la sorpresa inicial, mas sólo para enfrentarse nuevamente a los mexicas, que desde sus canoas, sus azoteas y de a pie, lo atacaron ferozmente. Pero, a pesar de todo, logró abrirse paso y llegar con cinco soldados de a caballo y cien de a pie a tierra firme en Tacuba, aunque para superar los obstáculos de otros puentes rotos a veces se vieron obligados a nadar.

Atrás habían quedado los otros, y en especial la retaguardia, con Pedro de Alvarado al frente. Cortés volvió sobre sus pasos para intentar ayudar a los rezagados, pero sólo para ver cómo habían sido muertos la mayoría de los españoles y de los indios de Tlaxcala, y también los rehenes y muchas de las mujeres indias de los españoles, y ver cómo la artillería se había perdido y los caballos yacían muertos, y «perdido todo el oro y joyas»...[22] López de Gómara escribiría al respecto:[23]

> De los nuestros más morían cuanto más cargados iban de ropa, oro y joyas, pues no se salvaron más que los que menos oro llevaban y los que fueron delante o sin miedo. De manera que los mató el oro y murieron ricos.

Pedro de Alvarado herido, a pie y con una lanza en la mano, llegaba con cuatro soldados y ocho tlaxcaltecas, profusamente heridos todos ellos. Llevándoselos consigo Cortés se apresuró a abandonar Tacuba. Y los mexicas en pos de ellos, persiguiéndolos y matando a

21. BDC, CXXVI, p. 255.
22. HC, *Segunda carta-relación*, p 83.
23. Francisco López de Gómara, *La conquista de México*, Dastin, Madrid, 1987, p. 207.

cuantos más podían. La mayor parte de los soldados de Narváez, y no sólo ellos, ya no sufrían de esta retirada, porque yacían en el fondo del lago aferrados a los pesados lingotes de oro. Según el testimonio de Aguilar la gente de la retaguardia quedó bloqueada y se vieron obligados a volver a su fortaleza, donde fueron muertos («hechos pedazos») al poco tiempo.[24] Cortés escribe sobre 150 soldados españoles muertos, 45 yeguas y caballos, y recuerda, sólo en tercer lugar, a 2000 indios aliados.[25] En esta oportunidad, el que da números mucho más grandes de las pérdidas del bando español es Bernal, quien siempre apreciaba más modestamente el número de los enemigos que salían a combatirlos, y escribe que en esos cinco días fueron muertos y sacrificados 860 españoles y 1.200 tlaxcaltecas.[26]

El águila había levantado vuelo y, tras ella, venían los cuervos. En la retirada aumentaban los muertos y los heridos, el mismo Cortés iba herido en la cabeza de dos pedradas, y también fueron heridos parte de los veinticuatro caballos que le quedaron, y uno muerto. Esto último fue un gran golpe, porque, escribe Cortés, «no teníamos después de Dios otra seguridad, sino la de los caballos». Pero se consolaron comiendo su carne, «sin dejar cuero ni otra cosa de él».[27]

La tristeza de la noche continuó prolongándose unos ocho días, pero comenzó a terminar con el triunfo de los españoles en Otumba, cuando los sobrevivientes, a punto de ser derrotados, lograron matar al jefe que encabezaba las tropas indígenas,[28] y posteriormente llegaron a las ciudades de sus aliados en Tlaxcala.[29]

Para la gente de Tlaxcala la alternativa fue muy simple: enfrentarse solos a los mexicas que se volverían contra ellos en búsqueda de una venganza implacable, o tener junto a sí a los españoles. No tiene nada de raro que se decidieran por continuar la alianza y recibieran calurosamente a Cortés y a su gente.

Los mexicas, por su parte, a pesar de haber derrotado a los teules, haber matado tantos de ellos y de sus caballos, y haber recuperado

24. Aguilar, *Relación*, pp. 192-193.

25. HC, *Segunda carta-relación*, p. 84.

26. BDC, CXXVIII, pp. 260-261. Para una comparación de las diversas apreciaciones de las pérdidas véase José Luis Martínez, *Hernán Cortés*, *ob. cit.,* p. 273.

27. HC, p. 85.

28. Ixtlixóchitl, *Historia de la nación chichimeca*, cap. LXXXIX, p. 265.

29. *Ibíd.*, cap. XC, pp. 266 y ss.

gran parte de sus tesoros, aún no se encontraban suficientemente organizados y no persiguieron seriamente a los españoles en su retirada. Es muy posible que inclusive continuaran luchando en Tenochtitlan contra la retaguardia de Cortés que quedó atrapada en la misma. Además, continuar la persecución alejándose de Tenochtitlan no era lo más aconsejable, tanto en lo que se refiere a un posible ataque a la misma, como a los peligros internos de una situación inestable y en ebullición.

Si la descripción fuera hecha por un periodista pugilístico de nuestros días, escribiría que los españoles iban ganando claramente por puntos desde que llegaron a Yucatán, y tenían el combate absolutamente ganado hasta el penúltimo *round*, pero entonces fueron tirados a las tablas, y salvados a último momento del *nock out* por la campana (y los tlaxcaltecas). Quedaba el último e inevitable *round*. Y a estas alturas los contrincantes ya se conocían perfectamente, se odiaban profundamente, no se temían y cada uno confiaba en triunfar. Estaban exhaustos, pero les quedaban algunos minutos (11 meses) para recuperarse y prepararse para el combate decisivo. Sin caretas míticas y sin monarcas paralizantes. Pero no serían solamente los unos frente a los otros, porque el destino violaría todas las reglas de la confrontación al introducir al cuadrilátero un nuevo, cruel y decisivo contrincante.

Capítulo 7
La rueda del destino y el heroísmo imposible: el último *round*

> Y cuando se hubieron ido los españoles, se pensó que de una vez se iban, que para siempre se habían ido. Que nunca jamás regresarían, nunca jamás darían la vuelta. Por tanto, otra vez se aderezó, se compuso la casa del diablo. Fue bien barrida, se recogió bien la basura, se sacó la tierra.[1]

Así lo recordarían posteriormente los informantes de Sahagún. Los mexicas volvieron a decorar el Templo Mayor, y cuando llegó el séptimo mes, se festejó en su primer día la fiesta de la diosa de la sal, Tecuilhuitl, y retomaron su lugar «los sustitutos de los dioses», que eran aquellos que los representaban en las fiestas, decorados con sus plumas de quetzal, sus collares, sus máscaras de turquesa, y sus vestimentas divinas, y los mexicas volvieron a celebrar sus festividades sagradas. Se habían sacudido de encima el paralizante poder de Moctezuma, pero nunca habían dejado de vivir sus mitos, o sea de creer en ellos, y la expulsión de los intrusos los hacía volver a creer también en sí mismos.

Pero al año volvieron a ver a los españoles, a veces pasando precipitadamente, a veces atacando y matando en algún que otro lugar. La épica de los lingotes continuaba ejerciendo su poder magnético. Era claro que volverían a probar su suerte, que se estaban preparando para ello en Tlaxcala y que la lucha sería inevitable. [2]

Mas el relato de los informantes de Sahagún se interrumpe en este momento para anunciar la presencia de un nuevo, desconocido y

1. Sahagún, *Versión texto náhuatl*, libro XII, cap. 27, p. 790.
2. *Ibíd.*, libro XII, cap. XXIX, p. 792.

siniestro protagonista, que logró irrumpir en la ciudad imperial sin que ninguna guardia pudiera evitarlo: la viruela. Previamente la epidemia había asolado a la costa de Veracruz con enormes niveles de mortalidad y ahora era Tenochtitlan[3]. En medio de sus intentos de reconstrucción de la ciudad sagrada e imperial los tenochcas volvieron a acusar el golpe del destino, pagando caramente el precio de su previo aislamiento de otras civilizaciones y su falta de intimidad con los virus de otros continentes. La epidemia fue tremenda[4]:

> Ella extendió sobre nosotros una gran devastación. [...] Fue una gran ruina, muchas personas murieron de ella. [...] Entonces muchos hombres murieron de eso, y muchos otros simplemente murieron de hambre; ya nadie se preocupaba por los otros, ya nadie hacía nada por los demás.

O sea que no sólo provocó la muerte de gran parte de la población, sino que asimismo lesionó la misma cohesión y solidaridad social, lo que era de una importancia decisiva en vísperas de la confrontación con los españoles y sus aliados. Y si esto no fuera suficiente, Cuitláhuac, el *tlatoani* recientemente electo en lugar de Moctezuma y que tan valientemente había peleado contra los españoles, cayó víctima de la epidemia.[5] En su lugar fue elegido el joven Cuauhtémoc. Quizás esta nueva desgracia hubiera podido ser interpretada por los tenochcas como un castigo divino e, inclusive, como un signo de la superioridad de los españoles que parecían inmunes frente a los efectos de la enfermedad, pero esto no fue así, porque la muerte cayó también sobre los aliados de Cortés. En Tlaxcala, por ejemplo, murió Maxixcatzin, el mayor aliado de Cortés, que lo había recibido calurosamente luego de «la noche triste» poniendo todo su poder a su disposición.

La epidemia duró dos meses y fue el preámbulo del ataque de los españoles y sus aliados. Los golpes del destino, las circunstancias que no elegimos pero con las que a fuerza debemos medirnos, caían unos tras otros sobre el pueblo elegido. Los mexicas habían estando

3. Consúltese al respecto el análisis de Robert McCaa, «Spanish and Nahuatl Views on Smallpox and Demographic Catastrophe in Mexico», en *Journal of Interdisciplinary History*, 1995, pp. 397-431.

4. Sahagún, *Versión texto náhuatl*, libro XII, cap. XXIX.

5. Fernando de Ixtlilxóchitl, *Historia de la nación chichimeca*, cap. XC, p. 267.

luchando para postergar el derrumbe del quinto sol. Fortaleciendo al sol por medio de la sangre de sus víctimas crearon y mantuvieron un imperio en el que el terror constituía uno de sus elementos fundamentales. Habían luchado por la existencia, en todas sus acepciones, puesto que la salvación del cosmos, la de Tenochtitlan y la del imperio eran una sola cosa. Ahora el imperio pertenecía ya al espacio de la nostalgia y quizás de la esperanza, y lo que estaba en juego era la misma Tenochtitlan. Y ahora llegaba la prueba máxima contra los españoles, el esfuerzo definitivo por evitar que la rueda del destino continuara rodando hacia la quinta hecatombe, hacia el Apocalipsis. Lo que había comenzado como una disonancia cognitiva, frente a la cual las dudas mitológicas impusieron la necesidad de exámenes que consumieron un tiempo fugaz pero precioso, se había resuelto en la clara comprensión de que los hombres que enfrentaban debían ser derrotados en el campo de batalla y sacrificados a los dioses para poder perpetuar de tal modo la existencia de Tenochtitlan, del imperio (perdido) y del cosmos, de su mundo. Pero la epidemia no era un buen augurio, y los que habían quedado con vida no se encontraban en las mejores condiciones. Además, era la primera vez que los tenochcas debían prepararse para la lucha defendiendo su propia ciudad.

Los mexicas se plantarían heroicamente frente a la rueda del destino, pero como veremos, sería un heroísmo impotente. Intentaron superar sus trágicas circunstancias, pero, a pesar de sacrificarlo todo, y esta vez la sangre sería la propia, no pudieron evitar la destrucción de Tenochtitlan.

Tanto Cortés como los aztecas tuvieron razón. El destino se cumplió para los mexicas, a pesar de haber creado un poderoso e imponente imperio; la fe ciega en la capacidad del hombre para abrir la brecha de la historia con sus propias manos, aunque fuera pisando cadáveres, se cumplió para los españoles. Los mexicas no lograron postergar el ocaso del quinto sol, a pesar de que se batieron con enorme coraje. Lucharon valiente y desesperadamente, pero el poder y el lacio tiempo imperial, aunados a las dudas míticas, a la incertidumbre estratégica y al poder neutralizante de Moctezuma, postergaron durante un tiempo corto, pero fatal, la confrontación. Un tiempo perdido que nunca lograron recuperar. Cortés nunca dudó y siempre estuvo más allá de sí mismo, fiel a un norte al que se apegó desde un principio. Se introducía por su propio designio en las circunstancias

más fatales, pero sólo para perforar el ciclo fatal y continuar su marcha. Lo hacía y lo deshacía, como a los barcos. Sin lugar a dudas se trató de la personificación del pragmatismo, pero imbuido de una profunda fe, una profunda e infinita fe en sí mismo. Un sí mismo que veía en los demás instrumentos a manipular, que buscaba la efectividad y calculaba la utilidad que le era posible sacar de cada paso, de todo y de todos. Pero, paradójicamente, era éste un pragmatismo heroico, dispuesto a dar la vida por la gloria y el tesoro, y más paradójicamente aún, alentado por la divina Providencia. Y es que nuestros conceptos y nuestra lógica son a menudo impotentes ante el desafío de captar la realidad humana, con sus elementos racionales e irracionales, con su coherencia y con sus contradicciones lógicas de toda índole, y a veces no podemos sino simbolizarlas por un nombre propio, en este caso, no únicamente pero sí simbólicamente, Hernán Cortés.

Cerrando filas: terror y codicia

Cortés aprovechó los once meses que pasaron luego de la victoria de Otumba para convertir a los sobrevivientes de la noche triste en un ejército reorganizado, reforzado y brioso, y todo ello como parte de un detallado plan estratégico. A pesar de los muchos compañeros que yacían en el fondo de la laguna aferrados a sus lingotes de oro, a pesar de la terrible y reciente derrota, la inquebrantable voluntad de Cortés seguía en pie, y el imán aurífero continuaba ejerciendo su poderosa atracción, a la par de los sueños imperiales.

Pero los españoles que habían llegado al refugio de Tlaxcala, moribundos no poco de ellos, heridos otros, algunos mancos y cojos, y todos bajo el trauma de «la noche triste», le exigieron a Cortés replegarse definitivamente al puerto de Veracruz.[6] Y no era solamente la frustración y el temor lo que los movía, sino también el cálculo racional. En vista del gran número de muertos y heridos y la dimensión de la derrota, los españoles temían que todo ello alentara inclusive a sus aliados indígenas a pactar con los aztecas, y entonces podrían ser atacados por separado tanto en Tlaxcala como en Veracruz. En cambio,

6. HC, *Segunda carta-relación*, p. 87.

juntos en la Villa de Veracruz, podrían defenderse mejor hasta recibir ayuda de las islas. Además parecería que cuanto más lejos de Tenochtitlan, mejor. Para tristeza les sobraba con la que tenían. Pero el trauma de «la noche triste» no logró penetrar la coraza inmune de la personalidad y la voluntad indomables de Cortés, que quedaba en pie frente a todos los reveses, y que además lo último que necesitaba era volver, derrotado, a Cuba. Herido en la cabeza, manco de dos dedos de la mano izquierda, maltratado, y por primera vez derrotado, pero en pie. Cortés rechazó las exigencias de sus soldados. Fiel a su principio de que era decisivo no mostrar flaqueza alguna frente a sus enemigos y, menos aún, frente a sus amigos, comprendiendo a fondo el peso decisivo de la imagen proyectada en estas situaciones, se decidió, no sólo por evitar la retirada, sino por volver al ataque, y de inmediato.[7] Aunque luego de la enorme derrota las cosas no fueron nada simples, y Bernal Díaz del Castillo nos relata que casi estalló un motín de parte de la gente que había llegado con Narváez, y que los que salvaron la situación fueron el resto de los españoles que habían llegado con Cortés.[8]

A apenas unos veinte días de haber encontrado refugio en Tlaxcala, «aunque ni yo estaba muy sano de mis heridas, y los de mi compañía todavía bien flacos», Cortés comenzó de inmediato con la primera parte de su nuevos planes, lo que implicó la conquista de la región de Tepeaca, ubicada sobre la frontera oriental de Tlaxcala. De este modo Cortés aseguraba ante todo sus líneas logísticas, no podía ser de otro modo luego de sus experiencias recientes, para posibilitar de tal modo el repliegue a Veracruz en caso necesario, y asimismo asegurar el traspaso desde el puerto de Veracruz a Tlaxcala de provisiones, armamentos, hombres y equipo técnico de toda índole, acorde con lo que necesitara para sus preparativos bélicos. Y además le era importante y urgente elevar el ánimo de sus soldados y de sus aliados luego del trauma de la reciente derrota. En ésta nueva conquista de Tepeaca, en la que los soldados de sus aliados indios llegaron a unos cien mil, el terror cundió por doquier. Así, por ejemplo, Cortés relata escuetamente que en Tepeaca «hice ciertos esclavos», acusándolos de canibalismo, aunque no puede evitar el escribir que fue su intención el

7. Ídem.
8. BDC, cap. CXXIX, pp. 265-266.

imponer un castigo ejemplar y espantar a los aztecas.[9] Otra vez acorde con el precedente de Cholula. Bernal, como siempre, recuerda esto con algo más de detalle. Los soldados recibieron órdenes de Cortés de llevar a las indias y a las muchachas y muchachos que habían tomado como prisioneros a una casa para que fueran herrados y se separara un quinto de ellos para la corona, y otro quinto para Cortés. Y fueron errados con una «G» que quería decir guerra.[10]

Y tampoco la «C» de la codicia descansaba ni por un solo momento. Tambaleándose en medio del temor a la muerte y el deseo de volver a dominar la ciudad imperial, el oro y los esclavos que continuaban siendo una de las piedras de toque de su motivación esencial. ¿Herrar a los esclavos?, bueno que así sea; ¿darle un quinto al rey?, seguro; ¿darle un quinto a Cortés?, aquí ya hubo protestas («¿dos reyes en las tierras de nuestro rey y señor?»[11]). Pero lo que enfureció definitivamente a los soldados fue el que luego de haber traído cada cual sus prisioneros por orden de Cortés, recuerda Bernal enfadado, descubrieron que les «habían escondido y tomado las mujeres indias, que no apareció allí ninguna buena, y al tiempo de repartir dábanos las viejas y ruines».[12] ¡Que insolencia! ¿Que quedaría de la justicia si se les engañaba de tal modo?

Pero esto no era lo peor, sino que en palabras de Bernal, había «otra cosa casi peor que esto de los esclavos».[13] Cuando se habían escapado de Tenochtitlan se había cargado una yegua y algunos caballos con barras de oro, y también los tlaxcaltecas lo llevaron consigo, pero habían muchas barras que quedaban en el lugar, y entonces Cortés dijo, ante un escribano real, que quien quisiera llevar oro consigo así lo hiciera, y a él le pertenecería puesto que de otro modo quedaría en manos de los mexicas. Muchos soldados así lo hicieron, y en especial la gente de Narváez. Buena parte de ellos perdieron sus vidas y siguieron en pos de los lingotes de oro hasta las profundidades del Lago Texcoco; otros, más afortunados, salieron con vida aunque mal heridos. Pero en Segura de la Frontera, la villa real que habían levantado

9. HC, *Segunda carta-relación*, p.88.
10. BDC, cap. CXXXV, p. 279.
11. Ídem.
12. Ídem.
13. BDC, cap. CXXXV, p. 280.

los españoles en la región de Tepeaca, Cortés se enteró de la gran cantidad de oro que de todas formas habían logrado sacar, y entonces exigió, bajo graves penas, que declararan de inmediato la cantidad de oro que sacaron, y que les dejaría un tercio del mismo. Mas ni sus capitanes, ni los oficiales del rey, ni los soldados aceptaron la orden, aunque Cortés logró arrebatarles el oro a algunos de sus soldados, tomándolo supuestamente como préstamo. Parecería que el capitán no tuvo mayor éxito en esta maniobra, pero de todas formas, recuerda Bernal, la impresión dejada por la misma entre su gente fue muy mala; casi peor que la del engaño en el reparto de los esclavos herrados.[14]

Los preparativos bélicos y el comienzo de la confrontación

Cortés llevó a cabo una preparación militar de gran envergadura en vísperas de su renovado ataque a Tenochtitlan, pero ante todo es necesario resaltar que su compañía española, tan lesionada y venida a menos luego de «la noche triste», tanto moral como cuantitativamente, se vio reforzada por nuevos contingentes españoles que fueron llegando a la región. Siguiendo a Bernal, recontamos 171 soldados más y 20 caballos y yeguas.[15] Algunos llegaron enviados por el gobernador de Cuba, que creía que Narváez ya dominaba la situación; otros eran compañías enviadas por Francisco de Garay, teniente gobernador de la isla de Jamaica, en su intento de conquistar y poblar el Pánuco, pero a final de cuentas lo que brillaba era la aureola del imán aurífero mexica, cuyo resplandor alumbraba al ocaso de las islas del Caribe que se encontraban en franca y fatal decadencia por esos años.

A mediados de diciembre Cortés dejó en Segura de la Frontera 60 hombres, salió para Cholula y de ella para Tlaxcala, donde estaba construyendo trece pequeños barcos, bergantines, con la intención de ponerlos a navegar en la Laguna de Texcoco. De Veracruz mandó traer hierro, clavos, velas y todo lo necesario para completar la armazón de los bergantines. La construcción de las naves demoró cerca de seis meses, y en marzo de 1521 fueron desarmadas y transportadas a

14. Ídem.
15. BDC, caps. CXXXI, CXXXIII, CXXXIV.

lo largo de unos cien kilómetros a Texcoco. Fue una empresa de gran envergadura, audaz y compleja, en la que tomaron parte más de ocho mil indios. El ritmo había sido febril, puesto que esta era la clave de toda la estrategia («la llave de toda la guerra» en palabras de Cortés)[16], y el punto álgido en que se manifestaba la ventaja tecnológica de los españoles, tanto en lo que se refiere a la ofensiva, evitando de tal manera la necesidad de medirse con los puentes elevables y con la trampas de todo tipo dentro de la misma ciudad, como en lo que se refiere al facilitamiento de la retirada en caso necesario. Además, al armar a tales bergantines con cañones, el ataque de la artillería marítima, que cambiaría constantemente de posición, haría estragos en la ciudad, con el respectivo daño físico a las fuerzas de los aztecas, pero también con los estragos psicológicos de la desmoralización que esperaba provocar Cortés. Y amén de ello la movilidad de los bergantines los convertiría en un blanco difícil de ubicar.

Y esta vez ya no se trataría de una incursión temeraria o de la audacia del rapto de Moctezuma que paralizaría toda resistencia. Tampoco se trataría de una celada y una matanza al estilo de Cholula o del Templo Mayor. Esta vez era la guerra; la última vuelta en la confrontación bélica de todas las fuerzas en pleno, preparadas y listas para luchar a muerte. Las circunstancias habían cambiado, y el sumo pragmatista dejó a un lado las caretas maquiavelistas y las poses divinas, para preparar ahora un ejército en forma, y una estrategia bélica que le permitiera utilizar del modo más eficaz tanto las ventajas tecnológicas del mundo europeo como los enormes contingentes militares que sus aliados indios ponían a su disposición.

Desde el punto de vista estratégico lo primero era que se trataría de una guerra en la que la iniciativa quedaba en manos de Cortés; la ofensiva era la suya, y podía entonces actuar a su criterio: cuándo, dónde y cómo lo decidiera.

Pero, ¿por qué los mexicas contemporizaron con esta situación y dejaron la iniciativa en manos de Cortés, aceptando una guerra defensiva que nunca habían experimentado? Las causas fueron varias. El tomar la ofensiva hubiera implicado el incursionar en tierras enemigas tlaxcaltecas, y los mexicas no contaban en esos momentos con la posibilidad de reunir las fuerzas necesarias para tal ataque; el imperio

16. HC, *Tercera carta-relación*, p. 133.

se había resquebrajado, y además, al salir con todas sus tropas la misma Tenochtitlan quedaría desamparada. Asimismo, Tenochtitlan y el mismo ejército mexica habían quedado decapitados luego de «la noche triste», y luego había muerto en la epidemia el mismo Cuitláhuac. Esta debilidad se vio aún más acentuada por la epidemia, con su gran porcentaje de mortandad y su serio quebranto de la cohesión social. Y, acorde con algunas fuentes, estaba también la división interna dentro de la misma Tenochtitlan. Según el anónimo autor indio de los *Anales históricos de la Tlatelolco*, escritos en 1528, al comienzo de la ofensiva española contra las ciudades del lago «los tenochcas comenzaron a matarse entre ellos». [17]

De este modo los mexicas no tuvieron, prácticamente, otra opción que la de decidirse por esperar el ataque en Tenochtitlan, que en medio del lago y con sus puentes, y con todas las fuerzas concentradas en ella para el combate parecía inconquistable. ¿No lo habían demostrado cuando lucharon contra los españoles en la ciudad? Aunque fue precisamente la victoria de los mexicas sobre los españoles en «la noche triste» la que los llevó a una concepción errónea de lo que sería el próximo combate. Una cosa había sido tener a los españoles dentro de la ciudad, atrapados en unos cuantos lugares, prácticamente a su merced, cuando eran ellos, los mexicas, quienes decidían como y cuando actuar, e inclusive así, cuando los españoles tomaron la iniciativa lograron escapar; a duras penas y con enormes pérdidas, pero lo lograron. Ahora, en cambio, la situación con la que contemporizaron los mexicas era exactamente la contraria. Eran ellos, en gran medida, los atrapados; y los bergantines con su movilidad y sus cañones, aunados a las miles de canoas de sus aliados, lo ilustrarían plenamente.

También los mexicas intentaron prepararse para el combate del modo más eficaz y las tres ciudades de la Triple Alianza original, Tenochtitlan, Tacuba y Texcoco reunieron unos 300.000 soldados y miles de canoas, puesto que ya sabían de la construcción de los bergantines por parte de los españoles[18], cavaban fosas y trincheras y

17. *Anales Históricos de Tlatelolco*, en Georges Baudot y Tzvetan Todorov, *Relatos aztecas de la conquista*, *ob. cit.*, p. 190.

18. Ixtlilxóchitl, *Relación de la venida de los españoles y principio de la ley evangélica*, cap. 82, p. 835, en edición conjunta con Sahagún, *Historia General*.

juntaban muchas armas, especialmente lanzas muy largas para poder enfrentarse a los caballos.[19] Pero inclusive dentro de este núcleo firme se descubrieron las grietas, y las fuerzas de Texcoco se dividieron, unas con sus aliados mexicas, otras con los españoles, yendo tras dos hermanos que tomaron rumbos diferentes. En un principio Tenochtitlan contó también con la ayuda de Xochimilco, Coyoacán, Iztapalapa y otros pueblos de la región, pero cuando la guerra de defensa dejó a estos pueblos, de hecho, a merced de los españoles, luchando por su misma existencia, y estando en la misma situación también Tenochtitlan, ¿por qué no considerar pasar de bando y salvarse en momentos que los mexicas no podían tomar represalias contra ellos? Otro aspecto que los mexicas no tomaron en cuenta al optar por la guerra defensiva.

Cortés, mientras tanto, había llevado a cabo dos paradas dando forma a su ejército y pasando revista a todas sus fuerzas. A fines de diciembre de 1520 pregonó unas «ordenanzas» que intentaban imponer la disciplina y promover la cohesión de sus fuerzas más allá de las rivalidades reinantes entre los diversos grupos. Estaban la gente que había venido con él desde un principio, luego la de Narváez, y ahora los diversos grupos que iban llegando y que eran denominados con diversos motes; y claro que también estaban ahí las rivalidades propias de los diversos orígenes regionales en la misma España. Las ordenanzas prohibían expresamente las riñas y las burlas entre los españoles. Pero lo de la disciplina y la reglamentación bélica era imprescindible también porque Cortés sabía del descontento reinante entre algunos grupos de su gente explícitamente contra él. Es así que cuando un grupo de la gente de Narváez que lo había estado criticando le solicitó que les permitiera volver a Cuba accedió sin problemas.[20] Pero además de ello también se descubrió una conspiración para asesinarlo, y esto ya era algo diferente que el caso anterior. Cortés ordenó ejecutar al jefe y promotor de la conspiración y comenzó a andar con una guardia personal.[21]

Claro está que Cortés no olvidó estipular en sus ordenanzas, además de las cuestiones de disciplina, que todo el botín debía ser reunido y declarado en su propia presencia, y asimismo estableció la pena

19. López de Gómara, *La conquista de México*, p. 259.
20. BDC, cap. CXXXVI, p. 280.
21. *Ibíd.*, cap. CXLVI, p. 326.

de muerte para aquellos que osaran quedarse con el botín.[22] Tal sentencia se aplicaba explícitamente sólo para este delito específico, todo lo demás no era tan grave (salvo el posible y sobreentendido caso de traición). Y no solamente no era tan grave sino que inclusive podía ser beneficioso. Así, por ejemplo, a los enormes contingentes de los soldados indios aliados se les permite expresamente el saqueo y el incendio de las poblaciones conquistadas.[23] De hecho era una carta blanca para la masacre, que alcanzaría enormes dimensiones, y entre ellas el canibalismo masivo. Pero sin lugar a dudas era necesario motivar a los soldados para la lucha. Si la «C» de la codicia era lo definitivo para establecer la pena máxima y para la movilización bélica por igual, también la «E» de la esclavización estaba al orden del día.[24] Y en su arenga a los suyos Cortés no dejó de recordarles que habían llegado a esas tierras para predicar la fe de Cristo, «aunque justamente con ella nos viene honra y provecho, que pocas veces caben en un saco».[25]

A fines de diciembre de 1520 Cortés comienza a realizar la primera parte de su estrategia bélica llevando a cabo la conquista progresiva de las ciudades ribereñas en la cercanías de Tenochtitlan. Los aliados de los tenochcas fueron cayendo unos tras otros y el cerco se fue cerrando progresivamente. Este fue también el destino de las otras dos ciudades de la Triple Alianza: Texcoco, abandonada aún antes de la llegada de los españoles, y Tacuba, abandonada también ella, aunque luego de haber sido conquistada y destruida. Los mismos mexicas no pudieron concentrar sus fuerzas en una plan estratégico de defensa común con sus aliados, y tuvieron que optar por centrarse en el refugio de Tenochtitlan, dejando a merced de sus enemigos el resto de las fuerzas, divididas y aisladas. En algunas oportunidades los tenochcas intentaron otorgar ayuda a sus aliados, como en el caso de Xochimilco, pero ello no implicó una estrategia común, ni tampoco la concentración del grueso de sus fuerzas intentando evitar el dejar toda la iniciativa en manos de los españoles. Y todo en el mismo lago.

22. «Ordenanzas militares», Tlaxcala, 22 de diciembre de 1520, en José Luis Martínez (ed.), *Documentos Cortesianos*, vol. I, *ob. cit.,* pp. 164-169.

23. BDC, cap. CXLVIII, p.328. Véase también José Luis Martínez, *Hernán Cortés*, *ob. cit.,* p. 288.

24. BDC, cap. CXXX, p. 269; y cap. CXXXV, p. 279.

25. López de Gómara, *La conquista de México*, p. 261; acentuación nuestra.

Los ataques mexicas siempre fueron tácticos, nunca estratégicos. Estratégicamente contemporizaron, desde un principio, con el sitio y la defensa de la gran ciudad. Quizás ello se debió al temor de dejar a Tenochtitlan desamparada frente a la gran capacidad de movilidad y rapidez de transporte de fuerzas de los españoles, pero el hecho es que a lo largo de toda la contienda Cortés logró concentrar todo su poderío bélico contra las fuerzas aisladas de los mexicas y de sus aliados, cerrando constantemente el cerco, cada vez más férreo, alrededor de un núcleo cada vez más reducido, y enfrentándose a final de cuentas solamente a Tenochtitlan y Tlatelolco. El mito de la Tenochtitlan invencible, primero la aisló y luego la hizo caer. Aunque quizás hubiera sido sólo cuestión de tiempo el que la enorme diferencia en el desarrollo tecnológico provocara la caída del imperio, y si Cortés no hubiera sido quien fue y no hubiera actuado como actuó, hubiera sido otro quien llevara a cabo tal empresa, de otro modo. Desde el momento que la existencia de Tenochtitlan llegó al conocimiento de los españoles no hubo posibilidad de que el quinto sol escapara a su destino.

Después de las riberas del oriente y del poniente llegó el turno de las ciudades chinampas del sur. Las batallas fueron difíciles y en algunas de ellas los españoles también pagaron un precio nada desdeñable en prisioneros que fueron sacrificados y en muertos y heridos; pero luego de unos cuatro meses de guerra que dan testimonio de lo cruento de las batallas y de la resistencia de los mexica y de sus aliados, para abril de 1521 a Cortés le quedaba «solamente» Tenochtitlan. Para fines de mayo, poco antes del comienzo del sitio y el asalto, se impide la llegada de agua dulce a Tenochtitlan por medio un acueducto desde Chapultepec. De este modo el 30 de mayo sonó la campana para la última vuelta, y comenzó el sitio de la ciudad invencible. Ciudad sitiada, acosada por la sed, el hambre y la muerte.

La puesta del sol

La rueda del destino continuó rodando, ahora sobre Tenochtitlan. Tomaba en esta oportunidad la silueta de los conquistadores, de la tecnología europea y de las masas indígenas tlaxcaltecas que se abalanzaban sedientas del botín, sangre y venganza, sobre la cabeza del

imperio para destrozarla. Y todo ello bajo el liderazgo de Cortés. El valor heroico de los indios no pudo detenerla. Sin lugar a dudas fue un heroísmo inmensurable, pero imposible. Los tenochcas se tendieron sobre su ciudad, luchando denodadamente, como tendían a sus víctimas en sacrificio sobre el altar, en medio de un autosacrificio que teñiría de sangre a la ciudad entera.

Frente al avance imparable de los españoles y de sus aliados, los mexicas comprenden que su mundo se desmorona. La equivalencia fundamental de los dioses, el imperio azteca y el quinto sol, recibía un golpe fatal y el Apocalipsis se cernía sobre la trilogía mítica esencial. Los mexicas pedían la muerte. Continuaban luchando y pedían morir. Y recuerda Cortés que le decían que «en ninguna manera se habían de dar, y que uno sólo que quedase había de morir peleando».[26]

Pero el heroísmo no logró evitar el Apocalipsis, ni tampoco lo logró el terror, pieza esencial de los aztecas en la paz imperial, que habían venido imponiendo hasta hace apenas un año y medio tan lejano y que, por cierto, era también esencial en la guerra. Bernal Díaz del Castillo nos ha dejado algunos pasajes increíbles de la apoteosis del terror mexica y, a la vez, de su impacto en los humanos, como él, que temblorosos y espantados elevaban sus espadas en el infierno. Sólo uno de estos pasajes, y no de los más escalofriantes:[27]

> tornó a sonar el atambor muy dolorido del Uichilobos [el dios Huitzilopochtli], y otros muchos caracoles y cornetas, y otras como trompetas, y todo el sonido de ellos espantable, y mirábamos al alto del *cu* [altar] en donde los tañían, vimos que llevaban por fuerza por las gradas arriba a nuestros compañeros que habían tomado en la derrota que dieron a Cortés, que los llevaban a sacrificar; y desde que ya los tuvieron arriba en una placeta que se hacía en el adoratorio donde estaban sus malditos ídolos, vimos que a muchos de ellos les ponían plumaje en sus cabezas y con unos como aventadores les hacían bailar dentro del Uichilobos, y después de que habían bailado luego les ponían de espaldas encima de unas piedras, algo delgadas, y que tenían hechas para sacrificar, y con unos navajones de pedernal les aserraban por los pechos y les sacaban los corazones bullendo y se los ofrecían a los ídolos […] y los cuerpos dábanles

26. HC, *Tercera carta-relación*, p. 157; B.D.C., cap. CLIV, pp. 355 y 361. Díaz del Castillo recuerda en especial el valor de los sacerdotes.

27. BDC, cap. CLII, p. 352.

> con los pies por las gradas abajo; y estaban aguardando abajo otros indios carniceros...

... y en este momento es preferible terminar la cita. Y luego de dar testimonio de como les mostraban y les tiraban los restos de sus compañeros en medio de la burla y las amenazas, Bernal vuelve a recordar el citado sacrificio en el que fueron inmolados 62 de sus compañeros, y no vacila en expresar que[28]

> temía yo que un día que otro me habían de hacer lo mismo, porque ya me habían asido dos veces para llevarme a sacrificar, y quiso Dios que me escape de su poder, y acordándoseme de aquellas feísimas muertes, y como dice el refrán que cantarillo que muchas veces va a la fuente, etcétera (parece que ni en el refrán se quería acordar del final), y a este efecto siempre desde entonces temí la muerte más que nunca; y esto he dicho porque antes de entrar en la batallas se me ponía como una grima y tristeza en el corazón, y orinaba una vez o dos, y encomendándome a Dios y a su bendita madre y entrar en la batalla todo era uno, y luego se me quitaba aquél pavor…

Pero los sacrificios no fueron suficientes para los dioses, y tampoco lo fue el terror para los españoles. La balanza del terror caía definitivamente hecha pedazos, ya no había equilibrio alguno, los mexicas eran los masacrados.

En una oportunidad, recuerda Cortés, fueron muertos y capturados más de cuarenta mil mexicas.[29] Sobre la venganza de la gente de Tlaxcala contra los mexicas recuerda que «la crueldad nunca en generación tan recia se vio ni tan fuera de toda orden de naturaleza como en los naturales de estas partes».[30] Y agrega lacónica y espeluznantemente que, en otra oportunidad, cuando lograron matar más de quinientos enemigos, «aquella noche tuvieron bien que cenar nuestros amigos, porque todos los que se mataron tomaron y llevaron hechos piezas para comer».[31] Y luego de esta frase, Cortés simplemente continúa describiendo el espanto de los mexicas restantes que dejaron de

28. *Ibíd.*, cap. CLVI, p. 372.
29. HC, *Tercera carta-relación*, p. 160.
30. Ídem.
31. HC, *Tercera carta-relación*, p. 154.

hablar y gritar y quedaron callados. Y del mismo modo, en otro pasaje, luego de que escribe que «nos volvimos a nuestro real con harta presa y manjar para nuestros amigos», continúa hablando de otra operación bélica sin considerar que lo escrito exige relación o comentario alguno.[32] Cortés escribe, en otros pasajes, que intentó evitar la masacre que llevaban a cabo sus aliados, pero que no pudo evitarlo, y no sólo durante la guerra, sino tampoco cuando los mexicas intentaron escaparse ya destruida la ciudad. Además, le escribe Cortés al rey, no era sólo por la cuestión de la masacre que lo preocupaban sus aliados, sino que de la mano de ella iba también la toma del botín por parte de los tlaxcaltecas, y le informa que se hizo todo lo posible por evitarlo. Aún volveremos a lo del botín, que es uno de los hilos de oro que pasa a lo largo de toda esta historia.

Y es que todos lo querían, y todos caminaban sobre los cadáveres, y cada vez más alto. Y así escribe Cortés sobre el último día de la batalla[33]:

> ...y los de la ciudad estaban todos encima de los muertos, y otros en el agua, y otros andaban nadando, y otros ahogándose en aquel lagón donde estaban las canoas [...] y no hacían sino salirse infinito número de hombres y mujeres y niños hacia nosotros. Y por darse prisa al salir unos a otros se echaban al agua, y se ahogaban entre aquella multitud de muertos; que según pareció, del agua salada que bebían, y del hambre y mal olor, había dado tanta mortandad en ellos que murieron más de cincuenta mil animas.[...] y así, por aquellas calles en que estaban, hallábamos los montones de los muertos, que no había persona que en otra cosa pudiese poner los pies; y como la gente de la ciudad se salía a nosotros, yo había proveído que por todas las calles estuviesen españoles para estorbar que nuestros amigos no matesen a aquellos tristes que salían, que eran sin cuento. Y también dije a todos los capitanes de nuestros amigos que en ninguna manera consintiesen matar a los que salían; y no se pudo tanto estorbar, como eran tantos, que aquel día no mataron y sacrificaron más de quince mil ánimas...

Cincuenta mil y quince mil, en ese único día. La fuerza de las palabras o de los números palidece frente al intento de expresar una visión

32. *Ibíd.*, p. 155.
33. HC, *Tercera carta-relación*, p. 161.

inconcebible y que no puede captarse. Miguel León Portilla escribió su clásica *Visión de los vencidos*[34] ofreciéndonos la perspectiva de los mexicas. Pero, como vemos, parecería que a pesar de las diversas perspectivas propias de los diversos protagonistas, en ésta ocasión no había tanto espacio para la divergencia. Las interpretaciones historiosóficas o teológicas posteriores serían otra cosa, pero en la descripción de lo que sucedió (o sea de la masacre), que parecía tomada de alguno de los pasajes del infierno de Dante, la visión de los vencederos coincide con la de los vencidos. Ambos presenciaron la puesta del sol. El período del quinto sol, el del movimiento, llegaba a su fin. Y con él la vida de tantos y tantos mexicas, tantos como los nombres de los hombres, mujeres y niños con nombres propios que fueron masacrados o que murieron en y por el cerco, durante la guerra o en su intento de huir de la hecatombe. No son estas palabras nuestras una mera dramatización ajena al historiador, porque la historiografía tiene en un último término un sólo sujeto histórico que son los hombres de carne y hueso, y éstos tienen todos nombres propios. Pero de los aztecas nos quedaron solamente algunos contados nombres, los de sus jefes principales, no los de la gente del pueblo. Estos no contaban, y quizás no se contaban.

El 13 de agosto de 1521, escribe Cortés, se enfrentó con Cuauhtémoc, que ya rendido le pidió que lo matase a puñaladas. Habían pasado setenta y cinco días de combate desde el día en que se puso cerco a la ciudad. Bernal recuerda que[35]:

> Llovió y relampagueó y tronó aquella tarde y hasta medianoche mucho más agua que otras veces. Y después que se hubo preso Guatemuz quedamos tan sordos todos los soldados como si de antes estuviera un hombre encima de un campanario y en aquel instante que las tañían cesasen de tañerlas […] y después de preso Guatemuz cesaron las voces y todo el ruido; y por esta causa he dicho como si de antes estuviéramos en campanario.

Con el ocaso del sol se silenció la voz de los mexicas. Y sólo la lluvia, cayendo sobre los cadáveres que cubrían las calles de Tenochti-

34. Miguel León Portilla, *Visión de los vencidos*, UNAM, México, 1980.
35. BDC, cap. CLVI, p. 369.

tlan, acompañó el derrumbe del imperio y de la civilización azteca. Éste fue el momento en que comenzó la historia de la América Latina en el continente. Nació de la hecatombe, para volver y entrar de nuevo a las entrañas del régimen colonial.

Capítulo 8
Los cuervos y el lamento

Tenochtitlan cayó, y Bernal Díaz del Castillo recuerda que los españoles lo festejaron con un banquete que llevaron a cabo en Coyoacán, a donde Cortés se había trasladado a los tres días de haber conquistado la ciudad, entre otras causas por no poder seguir soportando el olor a muerte. Lo festejaron con vino, que había llegado de Castilla, con carne de puerco que trajeron de Cuba, con algunas contadas mujeres españolas que habían tomado parte en la conquista, y con mujeres indias que habían sido raptadas por los españoles. Algunos de los soldados, borrachos de vino y de codicia, hablaban de comprar caballos con sillas de oro.[1]

La primera orden de Cortés fue limpiar las calles de Tenochtitlan de las cabezas y de los cuerpos de los muertos que se amontonaban por todos lados. Y asimismo le ordenó a Cuauhtémoc que comenzara a recomponer el acueducto, los puentes, las calzadas, los palacios y las casas.[2] Luego de la destrucción y de la matanza llegaba el turno de la reconstrucción de la ciudad imperial, sólo que ahora se trataría de la Nueva España, tal cual Cortés la había denominado en la segunda de sus cartas a Carlos V.[3] Pero tanto durante la destrucción como durante la construcción, tanto durante la guerra como luego de la victoria, como siempre, las miradas codiciosas buscaban el oro por

1. BDC, cap. CLVI, p. 371, en la nota 141 bis en la que se apunta lo tachado por Bernal en el original.
2. BDC, cap. CLVII, pp. 373-374.
3. HC, *Tercera carta-relación*, p. 96.

doquier. «Este día», el del fin de la guerra, «después de haber saqueado la ciudad, tomaron los españoles para sí el oro y plata, y los señores la pedrería y plumas, y los soldados las mantas y demás cosas...».[4] Era el batir de las alas de los cuervos entreverado con el lamento mexica; era la intencionalidad originaria de los conquistadores, de la que hablábamos en vísperas de su partida de Cuba, y luego a lo largo de toda la jornada, el hilo áureo que pasaba como quintaesencia de toda la empresa, a la par del ansia de gloria y de poder.

Bernal, por ejemplo, siempre recordando en detalle mucho de lo que otros preferirían omitir, se queja de que los soldados que habían luchado desde los bergantines habían sido aquellos que habían robado la mayor parte del botín, puesto que habían tenido la posibilidad de maniobrar y acercarse a los barrios de la laguna donde sabían que había «ropa, oro u otras riquezas»; y además habían podido capturar el oro que los mexicas escondían en las riberas, o que intentaban llevarse consigo escapándose en sus canoas a tierra firme.[5] En cambio los soldados que habían luchado en las calzadas y por tierra, y entre ellos el pobre Bernal, cuando lograban finalmente apoderarse de algunas casas, «ya los moradores de ellas habían sacado toda cuanta hacienda tenían».[6] Y es que la guerra era también el saqueo.

Y así fue también luego de la victoria, durante el éxodo de los mexicas que se escapaban de Tenochtitlan. Así lo relatan los informantes de Sahagún[7]:

> ...los españoles, al borde de los caminos, están requisando a las gentes. Buscan oro. Nada les importan los jades, las plumas de quetzal y las turquesas.
> Las mujercitas lo llevan en su seno, o en su faldellín, y los hombres lo llevamos en la boca, o en el *maxtle* (prenda de ropa).
> Y también se apoderan, escogen entre las mujeres las blancas, las de piel trigueña [ ] también fueron separados algunos varones [...] A algunos desde luego les marcaron con fuego junto a la boca. A unos en la mejilla, a otros junto a los labios.

4. Ixtlilxóchitl, *Relación de la venida de los españoles*, en *Historia de la nación chichimeca,* caps. 180-181, p. 849.
5. BDC, cap. CLVI, p. 370.
6. Ídem.
7. Sahagún, *Versión del texto náhuatl*, libro XII, p. 807.

No es entonces que los españoles, por ser pocos, no pudieron impedir la matanza de los mexicas a manos de sus aliados, tal cual lo escribe Cortés, sino que además de ello habían estado muy ocupados.

Y al final, con la victoria, llegó el momento del reparto del gran botín. ¡Pero qué grande fue la desilusión de los soldados, aquellos que soñaban con sillas de oro para sus caballos o con flechas de oro, cuando escucharon lo que recibirían! Tantos cuervos volando sobre la presa, y de pronto, como por encanto, ésta desaparecía. Muchos afirmaron que Cortés había sido el gran mago, o quizás, mejor, el gran alquimista, aunque al revés: no todo lo que tocaba se convertía en oro, sino que todo el oro que tocaba, desaparecía.

El mismo Cortés relata, escuetamente, que una vez recogido el oro se fundió dando un total de ciento treinta mil castellanos, y entonces se apartó un quinto para el rey, y el resto se repartió entre Cortés y los españoles «según la manera y servicio y calidad de cada uno».[8] Pero Bernal es menos lacónico y se apresura a explicarnos el significado real de esta fórmula cortesiana. Los jinetes recibieron ochenta pesos y el resto de los soldados alrededor de los cincuenta pesos, y ello cuando el precio de un caballo era de ochocientos pesos, el de una escopeta cien, y el de una espada cincuenta.[9]

El descontento fue general. Y ni que hablar de cómo se sentían aquellos que «quedaron mancos y cojos y ciegos y tuertos y sordos y otros que se habían tullido y estaban con dolor de estómago, y otros que se habían quemado con la pólvora».[10] Intentando aprovechar la desgracia de esta gente algunos capitanes, entre ellos el mismo Pedro de Alvarado, le habían propuesto a Cortés que todo el oro se repartiera sólo entre estos desgraciados; su oculta intención, según Bernal, era obligar, de tal manera, a Cortés a sacar más oro del que suponían tenía escondido.[11] Pero éstos eran apenas aprendices de hechiceros al lado de Cortés.

A fin de cuentas hubo inclusive soldados con más deudas al médico y al boticario que parte en el botín. Los que habían llegado con Narváez y algunos que habían servido a Diego Velázquez en Cuba

8. HC, *Tercera carta-relación*, p.162.
9. BDC, cap. CLVII, p. 376.
10. *Ibíd.*, p. 375.
11. Ídem.

inclusive se negaron a aceptar la parte que supuestamente les correspondía, porque «Cortés se alzaba con el oro».[12]

El oro desapareció (se lo llevaron los tlaxcaltecas, se perdió en las aguas de la laguna, lo escondieron los mexicas, se lo escondió Cortés, etc.), y frente a las quejas y las protestas Cortés se decidió a atormentar a Cuauhtémoc y al señor de Tacuba, convertidos en chivos expiatorios; intentó hacerles confesar dónde se encontraba el tesoro que los españoles habían perdido al escaparse de Tenochtitlan en «la noche triste».[13] Según Bernal fue Julián de Alderete, el tesorero de la Real Hacienda, quien lo ordenó,[14] pero es imposible pensar el que se haya hecho tremendo acto sin órdenes de Cortés o contra su decisión. Recordemos que Cortés le había encomendado a Cuauhtémoc la reconstrucción de la ciudad e intentaba manipularlo como había hecho previamente con Moctezuma para facilitarle el dominio sobre la población, aunque evidentemente en una situación completamente diferente. Imposible que se le atormentara sin su orden o sin su consentimiento. Aunque según una de las versiones que circulaban entre los españoles el mismo Cortés, que tenía escondido el tesoro, le había ordenado a Cuauhtémoc decir que no tenía ni sabía nada.[15]

Mas la codicia exigía sus víctimas, y a Cuauhtémoc y al señor de Tacuba les quemaron los pies con aceite, hasta que Cuauhtémoc confesó que cuatro días antes de haber sido capturado había echado el oro que tenía consigo a la laguna, en las cercanías del lugar en que vivía. En el lugar indicado se encontraron en verdad algunos objetos de oro, y los soldados, entre ellos Bernal, se apresuraron a zambullirse en la laguna por cuenta propia, pero sólo lograron rescatar «piecezuelas de poco precio», que también fueron demandadas por Cortés.[16]

En resumen, el tormento de Cuauhtémoc no solucionó el problema de los cientos de soldados y de algunos capitanes que quedaron con las manos casi vacías. Seguramente Cortés debería tener un poder sumamente férreo para que no se le rebelaran; aunque debemos recordar que el grupo de oposición principal ya había vuelto previa-

12. BDC, cap. CLVII, p. 376.

13. Autor anónimo de Tlatelolco, *Relato de la conquista*, cap. 117, p. 821; en edición conjunta con Sahagún, *Historia general*.

14. BDC, cap. CLVII, p. 375.

15. Ídem.

16. Ídem.

mente al Caribe con su «sabio» permiso, y además parecería que parte de la gente que había llegado con él, y que le había sido fiel desde el principio de la campaña, sí recibió alguna recompensa que le posibilitó su apoyo en todo momento.

Pero el resto de los soldados salió a la guerra... de *grafitis*.

Cortés se alojaba en Cholloncan en unos palacios con paredes blancas, y todas las mañanas los españoles expresaban en las mismas lo que pensaban del gran alquimista. Así, por ejemplo, se escribía que a Cortés no le bastaba tomar buena parte del oro como general, sino que se llevaba su quinto como si fuera el rey, o que ellos no eran los conquistadores de la Nueva España sino los conquistados de Cortés. Y a veces también reflejaban lo que sentían: «¡Oh, qué triste está la ánima mea hasta que todo el oro que tiene tomado Cortés y escondido lo vea!».[17]

Cortés reaccionó en un principio con buen humor y aceptando el reto respondió del mismo modo: «Pared blanca, papel de necios», a lo que se le respondió al otro día: «Aún de sabios y verdades, y Su Majestad lo sabrá muy presto».[18] Todo esto hubiera podido ser resumido como un episodio simpático y risueño, a no ser por los cadáveres esparcidos y la destrucción total de la ciudad. Sobre este trasfondo, estas competencias ingeniosas sólo resaltaban aún más la indiferencia moral y emotiva de este cruel y despiadado pragmatismo comprometido exclusivamente con la insaciable codicia.

Pero el *grafiti* era poca ventana de escape para tanta desilusión y amargura, y Cortés de inmediato supo canalizarlas, como siempre, del modo más efectivo y siempre con el anzuelo áureo: alentar la ilusión de la codicia, continuar con la empresa de la conquista en otras regiones, acumular más botín. Bernal explica muy claro, cuáles fueron los principales motivos que hicieron que los conquistadores continuaran en la brega luego de tanto peligro y sufrimiento. Numerosos historiadores han resaltado el espíritu heroico y la sed de aventuras y gloria de esta gente, pero nos parece que algunas contadas palabras de Bernal, luego de la decepción, son suficientes, no para rechazar esta opinión, pero si para matizarla seriamente:[19]

17. BDC, cap. CLVII, p. 376.
18. Ídem.
19. BDC, cap. CLVII, p. 378.

> me dicen muchos curiosos lectores qué es la causa que pues los verdaderos conquistadores que ganamos la Nueva España y la fuerte y gran ciudad de México por qué no nos quedamos en ella a poblar y nos veníamos a otras provincias; digo que tienen mucha razón de preguntarlo y fuera justo; quiero decir la causa por qué, y es ésta que diré: En los libros de la renta de Montezuma mirábamos de donde le traían los tributos del oro y donde había minas y cacao y ropa de mantas, y de aquellas partes que veíamos en los libros y las cuentas que tenía en ellos Montezuma que se lo traían, queríamos ir [...] y también como veíamos que en los pueblos de la redonda de México no tenían oro, ni minas, ni algodón.

Y mientras los cuervos dejaban tras de sí la ciudad destruida, y sus nuevos y ricos señores, para salir en pos de otras presas, los mexicas que quedaron en vida expresaban en sus lamentos, mejor que cualquier otra descripción, su trágico destino[20]:

> En los caminos yacen dardos rotos
> los cabellos están esparcidos.
> Destechadas están las casas,
> enrojecidos tienen sus muros .
>
> Gusanos pululan por calles y plazas
> y en las paredes están salpicados los sesos
> Rojas están las aguas, están como teñidas,
> y cuando las bebimos,
> es como si bebiéramos aguas de salitre.
>
> Golpeábamos, en tanto, los muros de adobe,
> y era nuestra herencia una red de agujeros...

La rueda del destino y el heroísmo imposible, los cuervos y el lamento, la eficacia fatal de los españoles y las murallas míticas que impidieron que los aztecas discernieran a tiempo una realidad, que una vez vislumbrada ya se les había venido encima. Imperialismo, mito y pragmatismo, la conquista del imperio azteca.

Y fray Durán escribiría ante la destrucción y la masacre[21]:

20. Autor anónimo de Tlatelolco, *Relato de la conquista*, p. 819.
21. Durán, *Historia de las Indias*, II, cap. LXXVIII, p. 572.

> ...luego el cristianísimo Marqués del Valle trató de que los naturales fuesen industriados en las cosas de la fe y mandar que se señalasen sitio de iglesia y que se pusieran cruces e imágenes y que a los indios se les predicase la doctrina y enseñasen las cosas de nuestra santa fe católica. Lo cual comenzó a hacer un padre reverendo clérigo presbítero que el Marqués traía consigo, que por lo menos debía de estar irregular, suspenso y dexcomulgado, porque entiendo se lavaba él más veces las manos en la sangre de los inocentes que no Pilato con agua en la muerte de Cristo.

Y, ante estas palabras de fray Durán, parecería que en aquellos últimos días de la guerra y primeros de la victoria, no sólo se puso para siempre el Sol de los aztecas tras un horizonte aureado por un rojo encendido, sino que en tal horizonte no resplandecía, precisamente, la imagen del Cristo que murió por los demás. Claro está, sabemos que si el resultado hubiera sido otro, y los mexicas hubieran sido los vencedores, muy posiblemente no hubiera quedado ninguna versión de los vencidos. En la tierra, el terror pragmático había ganado la contienda. El terror mítico se hundió con la rueda del destino. Y comenzó, como siempre, otra vuelta... la de América Latina.

Bibliografía citada

Acosta, José de, *Historia Natural y moral de las Indias*, edición de José Alcina Franch, Historia 16, Madrid, 1986.

Adorno, Rolena, "The discoursive encounter of Spain and America: The Authorityof Eyewitness Testimony in the Writing of History", en *The William and Mary Quarterly*, 3rd. Ser., vol. 49, nº 2, 1992.

Aguilar, Francisco, *Relación breve de la conquista de Nueva España*, en Germán Vázquez (ed.), *La conquista de Tenochtitlan*, Historia 16, Madrid, 1998.

Aguilera, Carmen, *El arte oficial tenochca. Su significación social*, UNAM, México, 1977.

Alcina Franch, José, *Los aztecas*, Historia 16, Madrid, 1999.

Alcina Franch, José; León-Portilla, Miguel; Matos Moctezuma, Eduardo, *Azteca-Mexica*, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Sociedad Quinto Centenario/Lunwerg, México/Madrid, 1992.

Alva Ixtlilxóchitl, Fernando de, *Historia de la nación chichimeca*, edición de Germán Vázquez, Historia 16, Madrid.

Alvarado Tezozómoc, Hernando, *Crónica mexicana*, notas de Manuel Orozco y Berra, Editorial Leyenda, México.

— *Crónica Mexicayotl*, traducción directa del náhuatl de Adrián León, UNAM, México, 1975.

"Anales Mexicanos. México-Azcapotzalco (1426-1589)", en *Anales del Museo Nacional de México*, 1903, época I, vol. 7.

Andagoya, Pascual de, *Relación y documentos*, Historia 16, Madrid, 1986.

Anglería, Pedro Mártir de, *Décadas del Nuevo Mundo*, Ediciones Polifemo, Madrid, 1989.

BARLOW, Robert, *The extent of the Empire of the Culhua-Mexica*, Iberoamericana, Berkeley, 1949.

BAUDOT, Georges; TODOROV, Tzvetan, *Relatos aztecas de la conquista*, Grijalbo, México, 1983.

BENAVENTE, Toribio de (fray) "MOTOLINÍA", *Historia de los indios de la Nueva España*, Alianza, Madrid, 1988.

BRADING, David, *Orbe indiano. De la monarquía católica a la república criolla, 1492-1867*, Fondo de Cultura Económica, México, 1991.

BRODA, Johanna, "Relaciones políticas ritualizadas: El ritual como expresión de una ideología", en Pedro Carrasco y Johanna Broda (eds.), *Economía política e ideología en el México prehispánico*, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Editorial Nueva Imagen, México, 1980.

BROOKE, Francis J., "Moctezuma Xocoyotl, Hernán Cortés, and Bernal Díaz del Castillo: The construction of an Arrest", en *The Hispanic American Historical Review*, vol. 75, n. 2 (May), 1995.

CALNEK, Edward E., "Patterns of Empire Formation in the Valley of Mexico, Late Postclassic Period, 1200-1521", en George Collier, Renato Rosaldo y John Wirth (eds.), *The Inca and Aztec States, 1400-1800,* Academic Press, New York, 1982.

CARRASCO, David, *City of sacrifice. The Aztec Empire and the role of violence in Civilization*, Beacon Press, Boston, 1999.

CARRASCO, Pedro *Estructura político-territorial del Imperio tenochca. La Triple Alianza de Tenochtitlan, Tezcoco y Tacuba*, Fondo de Cultura Económica/El Colegio de México, México, 1996.

CASAS, Bartolomé de las, *Historia de las Indias*. Estudio crítico preliminar y edición por Juan Pérez de Tudela Bueso, Atlas, Madrid, 1957.

— *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, Fontamara. México, 1998.

CLENDINNEN, Inga, *Los aztecas. Una interpretación*, Nueva Imagen, México, 1988.

CÉSPEDES DEL CASTILLO, Guillermo, *América Hispana (1492-1898)*, Labor, Barcelona, 1983.

— *Historia de España, dirigida por Manuel Tuñón de Lara, vol. VI, América Hispánica (1492-1898)*, Editorial Labor, 6ª reimpresión, 1988, Madrid.

Códice Chimalphain, edited and translated by Arthur J. O. Anderson, Susan Shroeder, University of Oklahoma Press, Norman/London, 1997.

Origen de los mexicanos (Códice Ramírez), edición de Germán Vázquez, Historia 16, Madrid, 1987.

COELLO DE LA ROSA, Alexandre, "¿Indios buenos? ¿Indios malos? ¿Buenos cristianos? La cara oscura de las Indias en Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés", en *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, vol. V, n. 101, 2001.

Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de Ultramar, Real Academia de la Historia, Madrid, 1885-1932.

COLÓN, Cristóbal, "Relación del cuarto viaje, Jamaica, 7 de julio de 1503", en Juan Gil (ed.), *Textos y documentos completos*, Alianza, Madrid, 1992.

COLÓN, Hernando, *Vida del Almirante don Cristóbal Colón, escrita por su hijo don Hernando*, Fondo de Cultura Económica, México, 1947.

CONRAD, Geoffrey W; DEMAREST, Arthur A., *Religión e imperio*, Alianza, Madrid, 1998.

CORTÉS, Hernán, *Cartas de relación*, Editorial Porrúa, México, 1993.

— *Letters from Mexico*, translated, edited an with a new introduction by Anthony Padgen, with an introductory essay by J. H. Elliott, Yale University Press, Yale, 1986.

DAVIES, Nigel, *Los mexicas, primeros pasos hacia el imperio*, UNAM-Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1973.

— *The Aztecs*, G. P. Putnamws Sons, New York, 1974.

DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal, *Historia de la conquista de Nueva España.* Introducción y notas de Joaquín Ramírez Cabañas, Editorial Porrúa, México, 1992.

DÍAZ, Juan, *Itinerario de la armada del Rey Católico a la Isla de Yucatán, en la India en el año 1518, en la que fue por comandante y Capitán General Juan de Grijalva*, en *La conquista de Tenochtitlan*, Germán Vázquez (ed.), Historia 16, Madrid, 1988.

DURÁN, Diego (fray), *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de la Tierra Firme,* prepara y da a luz Ángel María Garibay K., Editorial Porrúa, México, 1984.

ELLIOTT, J. H., *España y su mundo, 1500-1700*, Alianza Editorial, Madrid, 1991.

ERDHEIM, Mario, "Transformaciones de la ideología mexica en realidad social", en Pedro Carrasco y Johanna Broda (eds.), *Economía política e ideología en el México prehispánico*, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Editorial Nueva Imagen, México, 1980.

FERNÁNDEZ-ARMESTO, Felipe, *Colón*, Editorial Crítica, Barcelona, 1992.

FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, Martín, *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los Españoles*, s. e., Madrid, 1825-1829.

— *Obras de D. Martín Fernández de Navarrete.* Edición y estudio preliminar de Carlos Seco Serrano, Ediciones Atlas, Madrid, 1955.

FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo, *Historia general y natural de las Indias*, edición y estudio preliminar de Juan Pérez de Tudela Bueso, Atlas, Madrid, 1959.

FLORESCANO, Enrique, *Memoria Mexicana*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987.
— *El mito de Quetzalcóatl*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993.
GARIBAY K., Ángel M., *La literatura de los aztecas*, Joaquín Mortiz, México, 1992, México.
GILLESPIE, Susan D., *Los reyes aztecas. La construcción del gobierno en la historia mexica,* Siglo XXI, México, 1993.
GIMÉNEZ FERNÁNDEZ, Manuel, *Bartolomé de las Casas, delegado de Cisneros para la reformación de las Indias*, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, Sevilla, 1953.
— *Bartolomé de las Casas*, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, Sevilla, 1960.
GINÉS DE SEPÚLVEDA, Juan, *Historia del Nuevo Mundo*, introducción, traducción y notas de Antonio Ramírez de Verger, Alianza, Madrid, 1996.
GONZÁLEZ TORRES, Yólotl, *El sacrificio humano entre los mexicas*, Fondo de Cultura Económica/INAH, México, 1985.
GRAULICH, Michel, "Reflexiones sobre dos obras maestras del arte azteca: la Piedra del calendario y el Teocalli de la guerra sagrada", en Xavier Noguez y Alfredo López Austin, *De hombres y dioses*, El Colegio de Michoacán/El Colegio Mexiquense, México, 1997.
GURRÍA LACOIX, Jorge, "Estudio preliminar" a Francisco de Aguilar, *Relación breve de la conquista de Nueva España*, UNAM, México, 1977.
HANKE, Lewis, *La lucha española por la justicia en la conquista de América*, Aguilar, Madrid, 1959.
HASSIG, Ross, *Aztec Warfare. Imperial Expansion and Political Control*, University of Ocklahoma Press, Norman/London, 1988.
— *War and Society in Ancient Mexico*, University of California Press, Berkeley/Los Angeles/Oxford, 1992.
— *México and the Spanish Conquest*, Longman, London/New York, 1994.
— "Xicontencatl: Rethinking an Indiginous Mexica Hero", en *Estudios de Cultura Náhuatl*, vol. 32, 2001.
HEERS, Jacques, *Cristóbal Colón,* Fondo de Cultura Económica, México, 1981.
HICKS, Frederic, "Flowery War in the Aztec History", en *American Ethnologist*, vol. 6, nº 1 (feb.), 1979.
JIMÉNEZ NÚÑEZ, Alfredo, "Epiqueya indiana o por qué, a veces, la ley se obedece pero no se cumple", en *El Reino de Granada y el Nuevo Mundo*, Vol. 3, Diputación Provincial de Granada, Granada, 1994, pp. 265-277.
JOHNSON, John, "The Introduction of the Horse into the Western Hemisphere", en *Hispanic American Historical Review*, vol. 23, nº 4, 1943.
KONETZKE, Richard, *América Latina. La época colonial*, Siglo XXI, Madrid, 1974.

— *Colección de documentos para la historia de la formación social de Hispanoamérica, 1493-1810*, CSIC/Instituto Jaime Balmes, Madrid, 1953.
LÓPEZ AUSTIN, Alfredo, "Ofrenda y comunicación en la tradición religiosa mesoamericana", en *De hombres y de dioses*, El Colegio de Michoacán/El Colegio Mexiquense, Morelia.
— *Tamoanchan y Tlalocan*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994.
— *Cuerpo humano e ideología. Las concepciones de los antiguos nahuas*, 2 vols., UNAM, México, 1980.
— *Hombre-Dios. Religión y política en el mundo náhuatl*, UNAM, México.
LÓPEZ AUSTIN, Alfredo; LÓPEZ LUJÁN, Leonardo, *Mito y realidad de Zuyuá*, Fondo de Cultura Económica/El Colegio de México, México, 1999.
LÓPEZ DE GÓMARA, Francisco, *La conquista de México*, Dastin, Madrid, 1987.
LE GOFF, Jacques, *Pensar la historia*, Paidós, Barcelona, 1997.
LEÓN PORTILLA, Miguel, *Los antiguos mexicas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1961.
— *Los antiguos mexicanos, a través de sus crónicas y cantares*, Fondo de Cultura Económica, México, 2ª. ed., 1972.
— *Visión de los vencidos*, UNAM, México, 1980.
LOCKHART, James (ed.), *We People Here: Nahuatl Accounts of the Conquest of Mexico*, University of California Press, Berkeley, 1993.
MARTÍNEZ, José Luis, *Hernán Cortés*, Fondo de Cultura Económica/UNAM, México, 1990.
— (ed.), *Documentos Cortesianos vols. I y II*, UNAM/Fondo de Cultura Económica, México, 1991.
MATOS MOCTEZUMA, Eduardo, *Muerte a filo de obsidiana. Los nahuas frente a la muerte*, Secretaría de Educación Pública, México, 1975.
— *Una visita al Templo Mayor de Tenochtitlan*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1981.
MATOS MOCTEZUMA, Eduardo; RANGEL, Víctor, *El Templo Mayor de Tenochtitlan: planos, Cortés y perspectivas*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1989.
MCCAA, Robert, "Spanish and Nahuatl. Views on Smallpox and Demographic Catastrophe in Mexico", en *Journal of Interdisciplinary History*, 1995.
MEDIN, Tzvi, *El cristal y sus reflexiones. Nueve intérpretes españoles de Ortega y Gasset*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2006.
MIRALLES, Juan, *Hernán Cortés, inventor de México*, Tusquets, Barcelona, 2001.
MIRES, Fernando, *La colonización de las almas*, Ed. DEI, San José, 1987.

MOYA PONS, Frank, *La Española en el siglo XVI, 1493-1520*, Universidad Católica Madre y Maestra, Santo Domingo, 1973.

NAVARRETE, Federico, "Las fuentes indígenas más allá de la dicotomía entre la historia y el mito", en *Estudios de Cultura Náhuatl*, UNAM, México, vol. 30, 1999.

OTTE, Enrique, "Los mercaderes y la conquista de América", en Francisco de Solano *et al.*, *Proceso histórico al conquistador*, Alianza, Madrid, 1988.

PASTOR, Beatriz, "Utopía y conquista", en *El indio, nacimiento, y evolución de una instancia discursiva*, CERS, Montpellier, 1994.

PÉREZ DE TUDELA BUESO, Juan, "Estudio preliminar. Vida y escritos de Gonzalo Fernández de Oviedo", en Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, Atlas, Madrid, 1959.

REDONDO DÍAZ, Fernando, "La organización de la 'compaña' indiana de Hernán Cortés", en *Quinto centenario. América, economías, sociedades, mentalidades*, Universidad Complutense, Madrid, 1985.

RÍO MORENO, Justo L. del, "La élite antillana y la economía de conquista en América: los intereses ganaderos (1493- 1542)", en *El Reino de Granada y el Nuevo Mundo*, Vol. 3, Diputación Provincial de Granada, Granada, 1994.

RODRÍGUEZ, María J., *La mujer azteca*, UAEM, Toluca, 1997.

— *El Estado azteca*, UAEM, Mexico, 1998.

RODRÍGUEZ DEMORIZI, Emilio, *Los dominicos y la encomienda de indios de la Isla Española*, Academia Nacional de la Historia, Santo Domingo, 1971

RODRÍGUEZ SHADOW, María, *El Estado Azteca*, Universidad Autónoma del Estado de México, Toluca, 1998.

ROJAS, José Luis de, *México Tenochtitlan. Economía y sociedad en el siglo XVI*, El Colegio de Michoacán/Fondo de Cultura Económica, Morelia/México, 1986.

ROMÁN BERRELLEZA, Juan Alberto, "Offering 48 of the Templo Mayor: A Case of Children Sacrifice", en Elizabeth I. Boone (ed.), *The Aztec Templo Mayor*, Dumbarton Oaks, Washington D.C., 1987.

ROUNDS, Jeffrey, "Lineage, Class and Power in the Aztec State", en *American Ethnologist* 6 (1), 1979.

— "Dynastic Succesion and the Centralization of Power in Tenochtitlan", en George Collier, Renato Rosaldo y John Wirth (eds.), *The Inca and Aztec States. 1400-1800*, Academic Press, New York, 1982.

SAHAGÚN, Bernardino de (fray), *Historia general de las cosas de Nueva España.* Numeración, anotación y apéndices de Ángel María Garibay K., Editorial Porrúa, México, 1992.

SANTAMARINA NOVILLO, Carlos, "La muerte de Chimalpopoca. Evidencias a favor de la tesis golpista", en *Estudios de Cultura Náhuatl*, nº. 28, 1998.

— "Memoria y olvido, ostracismo y propaganda: el Imperio Tepaneca en fuentes e historiografía", en *Revista española de antropología americana*, vol. 35, 2005.
— *El sistema de dominación azteca. El imperio tepaneca*, Fundación Universitaria Española, Madrid, 2006.
SAUER, Carl, *The Early Spanish Main*, University of California, Berkeley, 1966.
Testamento y Codicilio de la Reina Isabel la Católica, Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid, 1969.
TODOROV, Tzvetan, *La conquista de América. El problema del otro*, Siglo XXI, México, 1994.
TOWNSEND, Richard F., *The Aztecs*, Thames and Hudson, London, 1992.
SEJOURNE, Laurette, *Burning Water. Tought and Religion in Anciant Mexico*, Vanguard Press, New York, 1960.
SOUSTELLE, Jacques, *La vida cotidiana de los aztecas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1956.
— *El universo de los aztecas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1992.
SMITH, Michael E., "The Roll of the Social Stratification in the Azteca Empire: a view from the provinces", en *American Anthropologist. New Series*, Vol. 88, nº 1, 1986.
— *The Aztecs*, Blackwel, Oxford, 2003.
TAPIA, Andrés de, *Relación de algunas cosas de las que acaecieron al muy ilustre señor don Hernán Cortés, Marqués del Valle, desde que se determinó ir a descubrir tierra en la tierra firme del Mar Océano*, en Germán Vázquez (ed.), *La conquista de Tenochtitlan*, Historia 16, Madrid, 1988.
THOMAS, Hugh, *La conquista de México*, Planeta, Barcelona, 1994.
TORRES DE MENDOZA, Luis; PACHECO, Joaquín; CÁRDENAS, Francisco, *CDI, Colección de Documentos Inéditos, relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de América y Oceanía sacados de los Archivos del Reino y muy especialmente del de las Indias*, 42 vols., Imprenta de Manuel B. de Quirós, Madrid, 1864-1868.
TOWNSEND, Camilla, "Buring the White Gods: New perspectives on the Conquest of Mexico", en *American Historical Review*, June 2003.
TOWNSEND, Richard F., "Coronation at Tenochtitlan", en David Carrasco (ed.), *The Imagination of Matter. Religion and Ecology in Mesoamerica Traditions*, British Archaeological Reports, Oxford, 1989.
VARELA MARCOS, Jesús, "La cartografía de los viajes de Antón de Alaminos", en Pascual de Andagoya, *Relación y documentos*, Historia 16, Madrid, 1986.
VÁZQUEZ, Germán (ed.), *La conquista de Tenochtitlan*, Historia 16, Madrid, 1988.

VÁZQUEZ DE TAPIA, Bernardino, *Relación de méritos y servicios del conquistador*, en Germán Vázquez (ed.), *La conquista de Tenochtitlan*, Historia 16, Madrid, 1988.

VIVES AZANCOT, Pedro A., "Los conquistadores y la ruptura de los ecosistemas aborígenes", en Francisco de Solano *et al.*, *Proceso histórico al conquistador*, Alianza Universidad, Madrid, 1988, pp. 95-118.

ZAVALA, Silvio, *Filosofía de la conquista*, Fondo de Cultura Económica, México, 1972.